

Adam Haslett

---

**IMAGINA  
QUE NO ESTOY**



Adam Haslett

**IMAGINA QUE NO ESTOY**

Traducido del inglés por Ismael Attrache

# Índice

Alec  
Michael

I  
Margaret  
Celia  
Margaret  
Celia  
Michael  
Alec  
John

II  
Michael  
Celia  
Alec  
Margaret  
Celia  
Michael

III  
Alec  
Michael  
Margaret  
Celia  
Michael  
Alec  
Celia  
Alec  
Margaret

Créditos

*Para Tim*

Es posible que toda la música, incluso la más nueva, no sea tanto algo que se descubre como algo que resurge de donde estaba enterrada en la memoria, inaudible como una melodía grabada en un disco de carne.

JEAN GENET

# Alec

---

Cuando salí de la cabaña, la blancura me cegó. El jardín cubierto de nieve brillaba a pleno sol. De los carámbanos que se extendían a lo largo del tejado de la caseta goteaba agua fundida. Me dio la impresión de que los abetos, que antes se alzaban inmóviles y negros frente al cielo gris, habían vuelto a cobrar vida, que presentaban un aspecto verde y húmedo bajo la luz nueva. Las huellas que Michael y yo habíamos dejado en el camino nevado estaban deshaciéndose, convirtiéndose en óvalos sobre el empedrado. Bajo nuestras pisadas del sendero de entrada, distinguí gravilla por primera vez desde que habíamos llegado. Había hecho un frío glacial durante semanas, pero ahora se había producido aquel deshielo decembrino. No estaba seguro de qué día era, ni qué hora, solo sabía que ya tenía que haber pasado bastante tiempo desde el mediodía.

Al otro lado de la carretera se veía la furgoneta del joven langostero. Se filtraba agua marrón por el barro helado que el vehículo llevaba pegado al chasis. La lona roja que tapaba su pila de leña se vislumbraba a través de una cúpula de nieve que se iba fundiendo. Pendiente arriba, por el tejado de su casita de estilo típico de Nueva Inglaterra, el humo salía de la chimenea y ascendía hacia el azul puro.

Tenía que llamar a mi hermana. Tenía que contarle lo que había sucedido. Ya habían pasado varias horas y todavía no había hablado con nadie.

Eché a andar en dirección al pueblo. Pasé por delante de las residencias de verano que estaban cerradas durante la temporada, y también junto a las casas de parejas de ancianos jubilados, con porches acristalados y las luces encendidas todo el día tras cortinas de cretona. En aquel frío intenso, no había oído nada a lo largo del paseo; pero entonces me llegó el sonido del arroyo que atravesaba el bosque, que también discurría por debajo de la carretera y que desembocaba en la playa de piedras. Percibí el graznido de las gaviotas e incluso el goteo del agua al pie de los bancos de nieve; cada riachuelo iba arrastrando a su paso franjas de sal seca de la acera.

Quise oír la voz de Seth. Quise escuchar cómo me contaba lo que estaba

haciendo ese día, o solamente lo que había desayunado, y que me hablara de los planes que nos preparaba a los dos para el momento en que yo volviera. Así podría anunciarle que los problemas se iban a arreglar, que ya podíamos estar juntos sin interrupciones. Pero tampoco había sido capaz de obligarme a llamarlo.

En cuanto lo dijese, aquello pasaría a ser verdad.

Seguí caminando con la cremallera del abrigo bajada, sin gorro ni guantes, casi con calor bajo el sol. En ese momento, en San Francisco, mi hermana ya se habría despertado, habría salido y estaría yendo en el Mini a la oficina, o ya habría llegado. Mi madre estaría haciendo recados o habría quedado a comer con alguna amiga, o estaría paseando con aquel tiempo estupendo, mientras pensaba con preocupación en el viaje que Michael y yo habíamos hecho a Maine y se preguntaba cuánto debía esperar antes de llamarnos otra vez.

En el cruce con la carretera principal que llevaba al pueblo llegué a la vieja iglesia baptista. Las altas vidrieras rectangulares de la nave desprendían un resplandor rojo y naranja que parecía salir del interior. Casi dolía mirar el campanario de listones blancos, que se recortaba contra el brillo del cielo. Me pregunté si el langostero y su mujer acudirían a ese templo; o si únicamente había estado de pequeño con su padre, o su abuelo, o si quizá nunca había ido a la iglesia.

El sonido que había hecho el hombre al cortar leña en su camino de entrada había sacado de quicio a Michael. El ritmo lento de lo que se iba partiendo. Eso había hecho que Michael se levantara del sofá y se acercara a la ventana del comedor a observar y a musitar unos insultos.

«¿Por qué no puede ese sonido volver a provocar lo mismo?», pensé en medio del carácter onírico de aquel momento, aquel estado irreal de ser aún el único que lo sabía. ¿Por qué ese sonido ya no podía suscitar una reacción en Michael? Fastidiarlo, perforarle los oídos. ¿Por qué no? ¿Qué tipo de persona era yo si no intentaba al menos revivirlo?

Me di la vuelta y empecé a desandar lo andado a toda prisa, por el trecho de carretera que iba bajando a la costa; luego subí la pequeña cuesta que llevaba al terreno más elevado, impulsado por la posibilidad de volver a iniciar el día.

Lo primero que pensé fue que la mente me estaba engañando cuando, al recorrer la curva, vi al langostero (solo era un par de años menor que yo), que bajaba por su jardín delantero con una cazadora Carhartt y una gorra de

béisbol. Aceleré el paso para acercarme a él, pues pensé que desaparecería si no lograba alcanzarlo a tiempo. Sin embargo, se detuvo a pocos metros del camino de entrada y se puso a contemplar cómo me aproximaba a su furgoneta. Al llegar, apoyé una mano en la puerta trasera para recobrar el equilibrio.

En el mes que habíamos pasado allí, ni Michael ni yo habíamos cruzado una sola palabra con él.

Nos quedamos así unos instantes, cara a cara. Él tenía los brazos pegados a los costados. Su rostro barbudo mostraba una inmovilidad extraña.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me preguntó en un tono lento y receloso que convertía esa pregunta en una suerte de amenaza.

Señalé la cabaña con un ademán de cabeza y dije:

—He estado alojándome ahí.

—Ya —contestó—. Os he visto a los dos.

Quise pedirle que se acercara. Me hacía falta tenerlo lo bastante cerca para darle un golpe. O para echarme en sus brazos.

—Ha pasado una cosa —dije, por primera vez en voz alta—. Mi hermano...

Acércate. Por favor, acércate. Pero no lo hizo, se quedó como estaba, con los ojos entrecerrados, sin saber qué nos sucedía ni a él ni a mí.

# Michael

---

Hola. Este es el contestador del doctor Walter Benjamin. Ahora mismo no estoy en la consulta. Si es usted uno de mis pacientes, le ruego que deje su nombre, un mensaje muy breve y su número de teléfono, aunque crea que ya me lo ha dado, puesto que quizá no lo tenga a mano. Le devolveré la llamada lo antes posible. Tenga en cuenta que no estoy en la consulta ni los viernes, sábados, domingos, lunes, martes, miércoles ni los jueves, y que los mensajes que se dejen en esos días se contestarán al lunes siguiente.

Si se trata de una emergencia y se ha ido usted sin querer de vacaciones con su hermano menor, con la esperanza de poder finalmente despegar la mirada de las escenas que ha estado contemplando fijamente toda la vida, pero después resulta que una tormenta procedente del paraíso se le queda enredada en las alas, por culpa de la cual lo único que puede ver son los restos siniestrados del pasado amontonados delante de usted, una única catástrofe sin futuro, le ruego que cuelgue y se ponga en contacto con mi servicio de contestador.

Por último, si llama para solicitar una nueva receta de un medicamento que necesita para sobrevivir, y le preocupa que la petición no me llegue a tiempo, y le parece probable que lo que está a punto de decirle a este contestador sean sus últimas palabras, le ruego que sea consciente de que sin duda se ha esforzado usted muchísimo, y de que ha querido a su familia todo lo que ha podido.

I

# Margaret

---

Es inevitable que se nos olvide algo con las prisas. Ayer no me dio tiempo a hacer todo el equipaje porque tenía que llevar a Alec al médico para que le quitara los puntos, a Kelsey al veterinario y comprar provisiones para el viaje. Pero hice todo lo que pude, y al menos anoche John ayudó a Alec y Celia a escoger sus libros cuando llegó del trabajo. Pase lo que pase, vamos a salir a las ocho y media en punto. John se lo repite insistentemente a los niños. Lo convierte, como todo lo que hace con ellos, en un juego: «¡Saldremos sin vosotros si os retrasáis un minuto y no volveremos a buscaros!». Cuando recorre toda la casa mientras exclama «¡Es hora de irse!», ellos cogen lo que pillan a mano, suponen que yo tengo el resto y echan a correr hacia el coche para ver quién ocupa el asiento trasero y los asientos envolventes; Michael y Celia abren otro frente de su guerra intermitente mientras Alec corre detrás de ellos encaminándose a otra derrota que ambos le van a infligir. Si no lo incluyen, se quejará para chafarles la diversión. Las salidas aceleran todos los deseos y los miedos de los niños, sobre todo esta: las vacaciones de verano, dos semanas frente al mar en Maine, en una casa prestada.

La niñera ha accedido nuevamente a darles de comer a los conejos, a la cobaya, al pájaro e incluso a la serpiente de Michael, para lo cual tiene que dejar suspendidos ratones descongelados del extremo de un palo. De todo el zoo, solo Kelsey nos acompaña, la más revoltosa de todas, y objeto de las burlas y la devoción más intensas por parte de los niños. Esta mascota, esta chucha salvaje, se dedica a romper las puertas mosquiteras y a cagarse en las camas, aunque, al verla a través de la mirada de los niños, la sigo queriendo.

Para el largo trayecto les preparo unas cajas sorpresa, que no les doy hasta la mitad del recorrido, porque así tienen algo que les hace ilusión y yo consigo media hora de paz después de repartirlas. En las cajas de zapatos hay juegos en los que deben ir apuntando las matrículas de los coches, cacahuetes y naranjas, un Lego pequeño para Alec, un libro para Celia y una revista de música para Michael. Tengo que acabar de llenarlas ya, antes de que bajen a

la planta inferior, porque, si no, dejarán de surtir efecto, y lo consigo justo un minuto antes de que Alec se presente en la cocina y pregunte:

—¿Qué hay de desayuno?

Lo sigue Michael, que se acerca directamente a su hermano menor, le pellizca la parte superior del brazo hasta que Alec le pide a gritos que pare y dice:

—Mamá está con los preparativos, así que se va a ocupar papá y solo sabe hacer huevos a la vienesa, o sea que eso es lo que vamos a desayunar, enano.

Tanto Michael como Celia tratan a Alec como si ocupara un lugar análogo al de Kelsey en la escala evolutiva, un entretenimiento infalible cuando se le provoca adecuadamente.

—Me has hecho daño —dice Alec mientras se lleva la mano al brazo, pero Michael no lo escucha. Está delante de la radio cambiando de emisora, pasando a toda velocidad por encima de noticias, violines, anuncios gritados, Dolly Parton y baladas de *rock*, recorre todo el dial tres o cuatro veces antes de elegir una canción de música disco, su género preferido últimamente.

—Por favor —le digo—, ahora no.

—Ya está bien de música barroca. ¡Desquicia la mente! Nos hace falta algo de ritmo.

¿De dónde saca un chico de doce años lo de «desquiciar la mente»? De alguna novela que está leyendo, sin duda. Cautivado por cómo suena esta expresión, la repetirá una semana antes de que le dé por la siguiente. Las suele soltar durante la cena, normalmente, dirigidas a Alec, que, con siete años, no tiene ningún recurso que no confirme la convicción de sus hermanos de que es tonto. «Creo que ya nos has deleitado bastante», le dijo Michael la otra noche mientras él trataba de explicar cómo funcionaban los equipos en una excursión del colegio. Michael esperó un par de diplomáticos segundos antes de mirarnos de soslayo a John y a mí para ver cómo habíamos reaccionado a su agudeza. Alec siguió hablando de la carrera de sacos hasta que Michael le dio otro pellizco en el brazo.

—Ahora no —le digo, así que vuelve a sintonizar lo que Robert J. Lurtsema toca esta mañana en la WGBH; abre la puerta mosquitera para que una fastidiosa Kelsey salga al jardín y la sigue al exterior.

Ya hace más de dos horas que ha salido el sol (esta mañana a las 5:17, un minuto más tarde que ayer) y ya está muy por encima de las copas de los pinos. Los pinzones y los gorriones aletean en el cuadrado del bebedero, que se alza inclinado sobre mi macizo de caléndulas. Es un objeto muy feo hecho

de hormigón basto y presenta un aspecto triste en invierno, cuando sostiene ladeada su cúpula de nieve, pero esta mañana, con los pájaros que salpican y que hacen que el agua brille, es una parte sumamente agradable dentro del leve carácter descuidado del entorno: el cobertizo con el tejado posterior hundido, debajo del cual siempre debemos recordar a los niños que no pueden jugar, y de la terraza de ladrillos algo destartalada, en cuya tubería de desagüe tengo campanillas en flor, con pétalos arrugados como ropa de lino en torno a los centros de un amarillo apagado.

Kelsey ha salido disparada en dirección al camino que lleva al bosque (tardaremos quince minutos más), pero Michael se ha negado a seguirla y se ha detenido delante de la camioneta, a cuyo parachoques se ha subido y, agarrado a la baca, se dedica a hacer rebotar el vehículo sobre las ruedas traseras, como si este fuera una bestia a la que pudiera obligar a avanzar hacia delante.

John, dispuesto a capitanear nuestras marítimas aventuras, aparece muy acicalado con uno de sus desenfadados conjuntos veraniegos: bermudas, un cinturón de tela y un polo Izod de color azul. A los niños les da igual que la casa del continente y la casa de la isla y el barco que utilizamos para ir de una a otra nos los preste un socio de John, que nos sea imposible pagarlo nosotros solos, no durante dos semanas, y menos aún disponer de una isla de cuarenta hectáreas para nosotros, pero, sobre todo, a mí también me da igual: es un afortunado regalo que casualmente nos han dado ya durante tres años seguidos, un sitio con el que me he acabado encariñando. Lo que pasa es que no saber si nos lo van a dejar, ni cuándo van a hacerlo hasta lo que parece ser el último minuto, me recuerda lo provisionales, lo improvisadas que son nuestras vidas.

Este no es el pueblo en el que teóricamente íbamos a vivir, ni tampoco el país, ni es el sitio en el que queremos que se escolaricen nuestros hijos. Vivíamos en Londres y allí tuvimos a Michael y a Celia por una razón, porque era donde estaba el hogar de John. Y es adonde quiere volver. La verdad es que vivir aquí tanto tiempo como lo hemos hecho es una especie de accidente. A John lo destinaron a Boston por un proyecto de consultoría que pensábamos que duraría ocho meses; alquilamos una casa en Samoset, en la misma calle que mi madre, en un pueblo al que íbamos en verano, en el que ella se había instalado de forma permanente tras la muerte de mi padre, en una casa que, por lo visto, había construido un antepasado mío que era carpintero cuando toda la familia residía por esa zona.

Entonces, la empresa de John en Londres cerró sus puertas. Y aquí estábamos. Con un montón de espacio para que los niños jueguen. La abuela, a tres minutos, cosa que tiene sus ventajas. John buscó un trabajo temporal, mientras nuestros muebles seguían en un almacén de Inglaterra. Encontró uno, después otro, y a continuación otro que podía ser más permanente, en un nuevo negocio de capital riesgo, y la vida que habíamos creído que tendríamos (urbana, con los amigos de él, y con fiestas) se ha ido aplazando un año tras otro, ahora ya durante ocho años, sin que hayamos olvidado la suposición de que volveremos en algún momento del futuro. Lo que me puede acabar dando la sensación de que estoy en el limbo. Aunque con mayor frecuencia, como esta mañana, cuando los niños están contentos y hace buen tiempo, no quiero pensar mucho en el tema.

Detrás del volante, John lleva sus gafas de sol de carey, lo que completa su imagen veraniega. Es todo un espectáculo cuando está de humor, es capaz de ponerse muy estupendo. Cuando se siente alegre el carácter ganador fluye de él como el agua de un grifo. Prefiere a Ellington frente a Coltrane, a Sinatra frente a Simon y Garfunkel; le gusta bailar en el salón después de que los niños se hayan ido a la cama y encontrarme al otro lado de la cama por la mañana; sabe que nunca dejará de trabajar ni de conseguir dinero, por lo buenas que son sus ideas para montar nuevas empresas y porque se le ocurren muchísimas, llevar a cabo esa multiplicación le resulta muy fácil. Y últimamente he de decir que ha estado espléndido, no rebosante, pero más que medio lleno. Constante en el trabajo, llega a casa a tiempo para cenar y ver a los niños, y juega con ellos los sábados y domingos en el jardín, abre caminos en el campo para que los recorran en bici y también senderos en el bosque, y la verdad es que esta vida no está nada mal, por muy distinta que sea de las fiestas regadas con ginebra en la casa de Slaidburn Street, al lado de King's Road, de la mirada brillante de John y sus amigos bien vestidos, de tantas cosas de aquella época londinense, antes de nuestra boda.

En aquel momento lo conocía ingenuamente. No lo educaron para ser comprendido tal como ahora se conciben las relaciones. Creció en el viejo mundo en que el carácter lo componen los modales y las formas, en el que la emoción no desempeña el menor papel, en el que el matrimonio constituye una de esas formas. Lo cual no implica que no me quiera. Pero él lo vive a la manera británica. Creo que al conocerme se dio cuenta de que podría huir de algunos de estos aspectos, al menos en privado. John consideraba que yo tenía esa franqueza norteamericana que admira, aunque, en realidad, fui a

Londres para escapar de mi mundo, compuesto por bailes de puesta de largo y las supervisoras del Smith College. Imagino que nos encontramos en un punto intermedio.

«Por lo menos todos hablamos un inglés correcto.» Eso fue lo que dijo su madre, sin dirigirse a nadie en particular, mientras cenábamos la primera vez que fui a ver a sus padres, a las afueras de Southampton. Por lo visto, mi acento la horrorizó menos de lo que esperaba. Su padre había instalado un campo de minigolf en un lado de la casa, donde pasaba casi todas las tardes antes de entrar a cenar, cosa que prefería hacer en silencio. En el desayuno se veía una cubretetera y tostadas frías en un soporte, y, en la comida de los domingos, gelatina de menta con el cordero seco; por las noches me preguntaban si pensaba darme un baño. John era y es el preferido de su madre, el mayor, que fue a Oxford y se metió en el mundo de los negocios y lleva buenos trajes y entiende que hay formas correctas e incorrectas de abordar las cosas, todo lo cual él pone de manifiesto de modo ostensible cuando está con ella, ansioso por recibir el reflejo de la imagen que la madre tiene de él.

Yo trabajaba en una biblioteca, en los barrios residenciales. Me levantaba pronto para coger un tren a Walton-on-Thames y después el autobús que recorría la calle principal y que llegaba a la fortaleza victoriana de ladrillo rojo, en la que me pasaba el día sellando y colocando libros; luego hacía el trayecto inverso, volvía a la ciudad en trenes medio vacíos que iban en sentido contrario del de la mayoría de los trabajadores.

Hace unos meses leí *Los ejércitos de la noche*, de Mailer, que me recordó todo lo que me había perdido al no estar en Norteamérica durante gran parte de los años sesenta, en los que me enteraba de la violencia del otro lado del charco cuando leía sobre ella y cuando me lo contaban mis amigos, siempre a lo lejos. Hubo un fragmento que se me quedó grabado. Tras los rimbombantes discursos, después de los cuales se produce un tumulto en el Pentágono, cuando los han detenido a todos y los están llevando a Virginia en autobuses durante la noche, con todo el mundo en silencio, Mailer escribe que los estadounidenses recuerdan cuando están en movimiento. Quizá podría haber quitado lo de «estadounidenses» y haber puesto «las personas», sin más. En todo caso, me pareció algo cierto. Si no se considera que la memoria consiste en fijarse en el pasado sin más, sino en ser consciente del tiempo, de cómo pasa y de la sensación que transmite ese transcurso, hay algo al estar en movimiento que, efectivamente, la despierta. Mediante cierto

mecanismo mental, el movimiento físico hacia delante hace que el tiempo parezca visible. Lo que me lleva a pensar que quizá la velocidad antinatural de los coches y los aviones a reacción produzca nostalgia. Porque la manera más sencilla de eliminar lo extraño del paso del tiempo ante tus ojos consiste en fijarlo en un punto, dejarlo reducido a monumentos o macetas llenas de plantas.

Del mismo modo, supongo, que me pasa con mis trayectos en esos trenes casi vacíos para volver de Surrey a última hora de la tarde, ya de noche en invierno, mientras los pasajeros del otro lado del vagón se reflejaban en el cristal: un recuerdo fijado que ahora llevo en mi interior como sustituto de los ejemplos más concretos de la época en que me moría de ganas de ver a John, de terminar el noviazgo para poder vivir juntos y vernos todas las noches de forma habitual.

O del mismo modo que ahora todo esto me viene a la mente en el coche, después de repartir las cajas sorpresa y de haber logrado que la impaciencia de los niños se apacigüe durante un rato, con las ventanillas bajadas y el aire salado entrándonos a ráfagas. Recuerdo haber estado en una fiesta ruidosa y atestada en el apartamento de John y sus compañeros de piso, todos con corbata y vestido, una velada en que los camiones de bomberos se presentaron en el edificio y todos tuvimos que bajar a toda prisa los cuatro tramos de escaleras con nuestras copas que se derramaban; me acuerdo de que John subió corriendo a coger la chaqueta por si aparecía la prensa a cubrir el inminente incendio: una broma para impedir que el buen humor desapareciera ya en la acera, lo cual funcionó, pues seguimos riendo hasta que nos dieron el visto bueno y volvimos para continuar bebiendo.

Al principio, la forma en que me besaba era casi solemne. Se le notaban los nervios, cosa que nunca le pasaba con amigos; con ellos, las palabras eran la única divisa que contaba. El contraste me seducía tanto como todo lo demás. Los chicos estadounidenses con los que había salido en la universidad y justo después aportaban una seguridad informal al dormitorio, donde resultaba tan levemente falsa como lo era en compañía. Es posible que a John le hubiera gustado estar así de tranquilo, pero conmigo no le salía. Lo que siempre he decidido tomarme como un halago. Después, como si se hubiera traicionado en la oscuridad, aumentaba la galantería al día siguiente, se presentaba en mi puerta con una cesta para un pícnic y un coche prestado, y me llevaba al campo, donde por mucho que no hubiera nadie no trataba de tocarme, como si esto demostrase algo de su carácter. Me enamoré al

observar cómo hacía esto. Sabía que lo acentuado de la diferencia entre su *savoir-faire* y su abrazo mudo y muy jadeante en privado estaba algo relacionado con el hecho de que él nunca sabía del todo qué posición ocupaba respecto a mí, porque no podía interpretarme tan fácilmente como a una inglesa. Por el mismo motivo, yo no podía evitar preguntarme si lo que más le atraía era que yo fuera una forastera en su mundo. Lo que a veces me llevaba a mirarlo con suspicacia, a analizar sus palabras y actos en busca de señales de que había advertido o apreciado algo de mí al margen de mi carácter foráneo.

Todo esto formaba parte de lo que al principio mantuvo una sensación de misterio entre nosotros. La tensión de no saber y querer saber. Cabría pensar que después de estar juntos diecisiete años, de tener tres hijos y de habernos trasladado juntos de Londres a un pueblecito de Massachusetts, este tipo de misterio habría desaparecido del todo, que sería el recuerdo del primer amor borrado por lo tangible. Y en gran parte así ha sido. John ya no me cautiva. Veo cómo cautiva a otros, hasta qué punto consigue distraer y engatusar en este país gracias a su acento, pero este no es el tipo de efecto que dura en un matrimonio. Y, desde luego, ya no soy para él una vía de escape, no en el sentido sencillo de suponer una huida de lo familiar. Nos peleamos. Discrepamos. Mima a los niños para ponerlos de su parte, suspende mis prohibiciones de hacer esto o lo otro, con lo que acabo siendo la única responsable de su cumplimiento. Me molesta no saber cuándo decidirá que nos ha llegado el momento de volver a Gran Bretaña, si es que lo hace, y me molesta que esto dependa de su trabajo. No siempre me pasa, y tampoco es que pueda echarle la culpa del todo, pero cuando esto me empieza a afectar no me quedo callada. Por ejemplo, cuando me pongo a revisar los muebles viejos del garaje de mi madre para buscar aparadores o mesitas porque los que compramos juntos después de la boda están en un almacén a un océano de distancia, y no quiere que nos los manden todos porque a lo mejor volvemos pronto.

Pero sigue existiendo cierto misterio entre nosotros. Lo que quiero decir es que seguimos sin conocernos, que seguimos descubriéndonos, y, evidentemente, al no estar en los inicios, entre nosotros no hay siempre, ni siquiera en la mayoría de los casos, una situación romántica (ese no saber, ese querer saber), pero sí hay amor. Desde luego, hay momentos en que pienso que a lo mejor esto se da de forma unilateral, que él sabe de mí prácticamente todo lo que le interesa, y que soy yo la que aún sigue desentrañando, lo que

puede producir otra fuente de resentimiento.

Sea lo que sea, la cuestión ya no se centra en las nacionalidades, ni en su familia o la mía, sino en todo lo que lo anterior representaba al principio sin que yo me diera cuenta. Al menos hasta que le pasó aquel episodio poco antes de nuestra boda.

Ese otoño de 1963, después de nuestro compromiso, noté que algo del trabajo le estaba afectando, porque siempre que nos veíamos estaba más distraído y menos locuaz que de costumbre. Era la persona que más rápido hablaba de todas las que había conocido, antes de que Michael empezara también a hablar, me refiero, y cuando yo estaba de humor podía limitarme a estar callada y escucharle perorar sobre la complacencia de Harold Macmillan o las últimas noticias del caso Profumo, mientras él y sus amigos se interrumpían y se quitaban la palabra, apuestos, inteligentes y bien empapados de alcohol. Me acordaba de mis amigas que se habían casado, en el primer o último año de universidad, con hombres iguales que aquellos con los que habían crecido, que ahora iban a Wall Street o a la facultad de Derecho, algunas de ellas ya con niños de tres y cuatro años, y pensaba: «¡Menos mal! No soy una muñeca en la casa que imaginó mi madre. He salido. Y he llegado lejos».

Pero a lo largo de aquel mes de octubre John empezó a perder fuelle. Al principio la cosa no fue muy drástica. No hablaba mucho del trabajo, pero yo suponía que cierta presión lo estaba agotando o haciendo que tuviera menos ganas de pasar las noches con los amigos. Parecía abatido, nada más. La dimisión de Harold Macmillan del cargo de primer ministro era el tipo de cosa sobre la que normalmente habría estado leyendo y hablando de forma furibunda, pero apenas mostró el menor interés. Fue en la tarde en que mataron a Kennedy (la tarde en Gran Bretaña) cuando pensé que debía de pasarle algo, porque cuando aparecí en su piso bañada en lágrimas me abrazó, me sentó en el sofá e intentó tranquilizarme, pero me dio la impresión de que aquello no le había afectado en absoluto. No esperaba que se echase a llorar (no hablábamos de su presidente), pero aquello fue como si le hubiera contado que un tío lejano mío había fallecido y él se hubiera visto obligado a darme unas palmaditas en la espalda. Fue poco natural.

Tres semanas después cogí un barco que iba a Nueva York para pasar las Navidades. Estuve poco menos de un mes. Nos escribimos varias veces por semana. Detalles cotidianos, pero también palabras cariñosas. Por su parte hubo algunas especialmente apasionadas, más intensas respecto a lo mucho

que me quería que todo lo que me había dicho o escrito hasta el momento.

No entendí a qué se refería su compañero de piso cuando lo llamé el día que volví a Londres y este me dijo que a John lo habían ingresado en el hospital.

—¿Ha tenido un accidente? —pregunté.

—No —contestó—. Pero igual deberías llamar a sus padres.

Lo hice enseguida. La madre le pasó el auricular al padre sin apenas comentar nada.

—Sí —me confirmó él—. La verdad es que esperábamos que todo este tema se hubiese acabado. A su madre le parece de lo más desagradable.

No tuve nada que me preparase para aquello. John estaba en lo que parecía una enorme sala de espera, con grupos de sillas y mesitas, en la que todos los que esperaban eran hombres, la mayoría de los cuales leían periódicos, jugaban a las cartas o se dedicaban a mirar por las ventanas opacas. Su cara estaba tan desprovista de alma que apenas lo reconocí. Si no hubiera movido los ojos, habría creído que estaba muerto.

En la sala solo entraba luz del norte y las persianas estaban medio bajadas. No tenía sentido quedarse en esa atmósfera apagada y lóbrega, así que le dije: «¿Por qué no salimos a dar un paseo?». Yo tenía que salir de allí para volver a poner los pies en la realidad, y sacarlo a él conmigo.

Evidentemente, no fue tan sencillo. Resultó que no era la primera vez que lo hospitalizaban. En su segundo año en Oxford había tenido que ausentarse durante un trimestre. Desde entonces (casi diez años) en general había estado bien. Había sido el hombre al que yo conocía. Ahora, radicalmente distinto de esa persona, apenas hablaba. Se limitó a darme la mano mientras paseábamos por Hyde Park, el fantasma de John en el cuerpo de John.

Me dijo que tenía que descansar. Que estaba agotado. Nada más. Pero yo sabía que no podía ser eso, o que solo era verdad a medias. Al ser la típica estadounidense entrometida, concerté una cita con su médico, lo cual sorprendió muchísimo a los empleados, «Pero vale, de acuerdo», este accedió a hablar conmigo.

Recuerdo la rebeca de cuadros azules del hombre y sus gafas cuadradas, su pelo tupido y negro peinado hacia atrás con Brylcreem. No supe si la sala en la que nos vimos era su consulta o solo un espacio para reuniones celebradas fuera del pabellón. Los libros de las estanterías estaban organizados de cualquier manera y en las paredes no había diplomas. Pero él parecía cómodo y muy instalado en aquel sitio; me ofreció un pitillo antes de

llevarme al sofá. Se sentó delante y estuvo fijándose fundamentalmente en el extremo de su cigarrillo, con el que daba frecuentes golpecitos en el borde de un cenicero de color verde marino que reposaba en un soporte de latón sin brillo.

—Se encuentra razonablemente bien —me aseguró mientras levantaba la vista con un leve movimiento de cabeza, como si esperase que con eso zanjásemos la cuestión.

—Pero ¿por qué está aquí? ¿Me lo puede decir?

—¿Cuánto tiempo llevan juntos ustedes dos?

—Año y medio.

Se quedó cavilando unos instantes, como si estuviera decidiendo cómo continuar.

—Hay un desequilibrio —dijo, cruzando las piernas y apoyando en la rodilla la mano que sostenía el tabaco. Llevaba unos pantalones de lana con el dobladillo cosido y unos zapatos marrones de cuero calado. Debía de doblarme la edad. Entre la ausencia de bata blanca y el ritmo lento y reflexivo de su conversación, me pareció que tenía más aspecto de profesor universitario que de médico—. Se podría decir que su mente se apaga. Entra en una especie de hibernación. Necesita descansar y, a veces, que lo despierten un poco, cosa que quizá no sea necesaria ahora mismo, pero que podemos hacer si llega a serlo.

—Y ha pasado antes.

—Sí, lógicamente.

—¿Eso quiere decir que va a ocurrir de nuevo?

—Cuesta decirlo. Es muy posible. Pero estas cosas no son predecibles. La estabilidad, la familia..., todo eso ayuda.

Creo que fue entonces cuando más cerca estuve de echarme a llorar. No había hablado con nadie de lo que ocurría. Me había limitado a mencionarlo y a quitarle hierro al asunto inmediatamente, diciendo que no había ningún problema. Pero en esa sala, con ese hombre cuya amabilidad inglesa desmontó algo en mi interior, de pronto sentí miedo y nostalgia, y seguramente llegué a llorar unos instantes.

—En teoría nos íbamos a casar esta primavera —dije.

Dio otros golpecitos con el cigarrillo en el borde del cenicero y luego cruzó lentamente la otra pierna sin mover lo más mínimo los hombros ni la cabeza. Estuvo dándole vueltas a mi declaración tanto tiempo que me planteé si me habría escuchado. Luego alzó la vista con una mirada bondadosa y me

preguntó:

—En ese caso, supongo que lo quiere, ¿no?

Dije que sí con la cabeza.

—Pues entonces no habrá problema —afirmó.

Fui al pabellón de Lambeth todas las tardes y paseamos juntos, incluso si llovía. La luz de aquella sala constituía una especie de negligencia. No volví a ver al médico ni a hablar con él. Costaba que alguien diera información. Hacer preguntas no era correcto en las formas. Pasó lo mismo un par de años después cuando di a luz a Michael en el Hospital de Saint Thomas, todos estuvieron de lo más agradables, pero no me dijeron más que zalamerías.

John pasó otro mes en el pabellón. Su padre fue a verlo una vez, su madre nunca (John era perfecto, y ella no quería ni ver una prueba de lo contrario). No sé qué les contó a sus compañeros de piso o a sus jefes, pero no fue que había estado en un hospital psiquiátrico. Durante ese mes muchas veces no supe qué era peor, su humor sombrío o la vergüenza y la frustración que esto le causaba. Y no quería comentar los detalles conmigo.

Decidí no contárselo a mis padres. Desde luego, tampoco a mis amigos, porque eso solo habría servido para preocuparlos. Sí que se lo confié a mi hermana Penny, pero logré que me jurase que me guardaría el secreto. De un modo extraño, me sentí más unida a John. Yo era la única que lo visitaba con regularidad, y, aunque suponía un esfuerzo tomar decisiones sobre una boda cuando él apenas tenía energía para leer el periódico (y tener que preguntarme en qué estado se encontraría para entonces), había algo en esos paseos por el parque, quizá, precisamente, porque él no hablaba como un descosido, como era su costumbre, que le añadía una especie de gravedad a estar enamorada de él. Antes, siempre me había preguntado si el misterio que le daba el carácter cautivador al inicio de un romance tenía que desaparecer necesariamente, o si con la persona indicada seguía durando. No me podría haber imaginado que obtendría la respuesta de este modo, tan vinculada a la inquietud y a estar enfadada con él por haber desaparecido en cierto sentido, por dejarme con ese resto de sí mismo, pero ahí lo tenía, un misterio más profundo de lo que había previsto. Toda su animación y su brío podían esfumarse como las condiciones climatológicas y seguir perdidos, pero luego, no sé muy bien cómo, al cabo de unas seis semanas, era capaz de volver con tan poca conciencia de lo que había ocurrido que no encontró nada raro en la despreocupación con que me llevó del brazo a un concesionario de coches para ver los MG, y después me invitó a comer con una botella de vino, como

si no hubiera pasado nada.

En los quince años de nuestro matrimonio, nunca ha vuelto a un hospital ni ha estado cerca de hacerlo, la verdad. Nunca ha tenido que dejar de trabajar, ni tampoco se ha acercado a un abatimiento semejante al de aquel otoño. Le cambia el estado de ánimo; de vez en cuando pasa varias semanas en las que noto que le falla la energía, e imagino que nunca podré dejar de sentir la inquietud que me invade en esos momentos, la de que la situación empeore mucho. Lo cual forma parte de lo que permite que el misterio entre nosotros continúe. Se podría decir que esto es algo malsano. Que el miedo desempeñe ese papel. Pero no solo es miedo, y lo que cuesta explicar es que el miedo también supone una especie de ternura. Soy la única que sabe como lo sé yo que John necesita que alguien lo vigile. En los peores momentos, cuando los niños están cansados y la casa hecha un desastre, y le noto en el ritmo de los pasos por el camino de entrada, al final del día, que anda alicaído, me puede dar la impresión de que esto viene a ser como tener un cuarto hijo, y me entran ganas de salir por la puerta y no volver en un mes. Pero durante la mayor parte del tiempo la situación no es esa. Puede que no sepa lo que está pensando, pero él me busca. Y la ilusión del principio vuelve a adueñarse de mí en esos instantes. No veo cómo podría suceder esto si no lo conociera de arriba abajo.

Diecisiete años juntos. Tres hijos.

Y aquí estamos, los cinco, discurriendo por la autopista 1 en este coche que parece un barco, mientras los niños empiezan a armar jaleo otra vez en la parte de atrás: Michael está ampliando en voz alta la lista de cien nombres que le ha puesto a Kelsey y que acaban en *-adora* (Destripadora, Dispersadora, Estreñidora), a los que ella responde desde el asiento envolvente mediante aullidos, pues solo sabe distinguir el tono de las voces, lo que lleva a Celia a pasar al otro lado del asiento posterior para protegerla de las burlas de Michael, mientras Alec se pone en pie detrás del asiento de su padre y alarga el brazo para jugar con la papada de John, al tiempo que pregunta cuánto falta, todos los niños tan impacientes como su padre.

Yo soy la única que no siempre quiere respuestas. Es posible que John no llegue a expresar sus preguntas, pero están en su interior, son una forma de ser. Y los niños buscan las respuestas de todo continuamente: ¿Qué hay de desayuno, comida, cena? ¿Dónde está Kelsey? ¿Dónde está papá? ¿Por qué tenemos que entrar? ¿Por qué tenemos que irnos a la cama? Hay días en que las únicas palabras que les dirijo son respuestas, motivos de por qué no puedo

responder e instrucciones en lugar de las respuestas que buscan.

Las preguntas no van a cesar en este sitio, pero cuando estemos en la isla y los tres pasen casi todo el día jugando entre las rocas, o en el barco con su padre, o yendo una y otra vez del porche a los charcos dejados por la marea, con cangrejos en cazos de hojalata, el agua salada y el sol desgastarán los bordes de su energía nerviosa y, de vez en cuando, lograré estar conmigo misma el tiempo suficiente para que cuando vuelvan, o cuando los espíe mientras hacen sus cosas, pueda *verlos* de verdad durante un instante. Cosa que normalmente no hago. No los distingo mediante el sentido de la vista. Son tacto y sonido. Puedo verlos en imágenes de hace pocos años y apenas reconocerlos. Pero el día empieza y acaba con sus voces y sus cuerpos. John es otra cosa. Hay mundos paralelos. Por lo visto, la ciencia ahora también lo afirma. Yo no lo supe hasta que nació Michael. Ahora me resulta obvio. El otro día estaba leyendo una novela y un personaje decía «Vivimos entre los muertos hasta que nos unamos a ellos», algo en ese tono ominoso, sombrío, y pensé: «Es posible, pero ¿quién tiene tiempo para los muertos con toda esta vida, todas estas vidas, tan revueltas?».

Llegamos a la cabañita de tablones azules de madera en Port Clyde mediada la tarde, y vamos al almacén a pedir el propano para la mañana siguiente y a comprar comida. John quiere volver a levantarse pronto para ir a la isla lo más temprano posible. Si por él fuera, saldríamos esta misma tarde, pero, cuando hayamos acabado de organizar la casa y de guardar la comida, todavía estaremos haciendo las camas a la luz de la lámpara de aceite. Además, a los niños también les gusta esta cabaña del continente, juegan entre las piedras de granito que sobresalen en el jardín en cuesta, corren de un lado a otro de la pasarela de aluminio que va de la zona de la marea al embarcadero. Observo cómo lo hacen mientras preparo la cena.

Notan, sin ser conscientes de ello, el nuevo mundo que los rodea, el aire salado, la luz clara que más al sur no tenemos hasta el otoño, los botes langosteros pintados de colores fuertes y reflejados en el espejo de las olas de la bahía. Para ellos no son cosas en las que detenerse, los objetos que les quedan a mano siempre son lo que más importa: la cadena que Michael puede colgar de un lado a otro de la pasarela para tratar de impedir que los otros bajen; los arbustos tras los cuales se esconden; la hierba crecida por la que suben, por culpa de la cual Alec y Michael no tardarán en empezar a respirar con dificultad.

Después de la cena, dejo que Michael y Celia se queden otra hora

levantados y leyendo. Aunque en casa tiene un cuarto propio, a Alec no le gusta quedarse solo cuando se imagina que los otros dos siguen conspirando juntos en algún sitio de la vivienda. Pero esta noche no le importa porque su padre le va a contar un cuento. John nunca les lee libros. Se inventa las historias. Al final del día yo no tengo energía para hacer eso, ni su inventiva. Él crea un fantasma con papel de seda, un rey con un trozo de madera, y Alec se quedará callado hasta entrar prácticamente en trance gracias al cuento, pero también porque su padre le está dedicando toda su atención a él y solo a él, como si le llegara una brisa del cielo. Y, cuando John se inclina para darle un beso de buenas noches, Alec extenderá el brazo para tocarle de nuevo la papada, regordeta y cálida y un poco rasposa, y sentirá una satisfacción que yo jamás podré darle porque nunca soy la excepción.

Desaparezco durante veinte minutos para leer *El buen soldado*, de Ford Madox Ford, mientras John friega los platos; lucho contra la irritación inicial que me causan todas las bobadas relacionadas con la clase social y el hecho de que nadie le dice nada relevante a otro porque el libro no se ha escrito para ser *explícito*. Igual que en James o en Wharton. Esas novelas en que les pides a los personajes a gritos que se lancen de una vez y que lo suelten, que nos ahorren cien páginas de rodeos. Pero se me pasa la sensación de fastidio y me sumerjo en la fascinación de los Ashburnham en Nauheim, y estoy entretenida con la idea de cómo puede llegar alguien a retorcer tanto su vida en torno a un amor obsesivo cuando llega John, al que se le ha olvidado que aún lleva el paño de secar sobre un hombro, y pasea la mirada por el desorden de la habitación para buscar el periódico que está en algún sitio, en las bolsas de la compra. No sería capaz de recordar dónde lo ha guardado ni aunque de ello dependiera su vida. Meto la mano en el bolsillo lateral de su maletín y se lo alargo.

—¿Has llamado a Bill?

—Sí, está todo arreglado —dice, repasando ya los titulares y acomodándose en la butaca que tengo delante, bajo la lámpara de pie.

Siento un cansancio lo bastante agradable para fiarme de que no se haya equivocado con las fechas al hablar con Bill Mitchell. Lo que no entiendo es por qué no se ha podido dejar zanjada la cuestión un mes antes. Me veo obligada a suponer que tenemos las dos semanas (un año, los otros llegaron un día antes y tuvimos que irnos a un motel). El despiste de John es crónico y exasperante, mientras que yo me acuerdo de las fechas de todo. La verdad es que me da vergüenza reconocer la cantidad de cosas que aún almaceno en la

cabeza: nuestra primera visita a los padres de John (5 de abril de 1963), el día en que se compró su Morris Minor (10 de marzo de 1964), etcétera, etcétera. También recuerdo los aniversarios de esos acontecimientos, pero esto no se lo comento a la gente porque cuando no son cumpleaños o muertes o bodas me lanzan miradas de perplejidad, como si dijeran: «¿Por qué te has molestado en no olvidar esas banalidades, qué importancia tienen?». (En cambio, se lo cuento a los niños; no tienen ni idea de a qué me refiero y, en realidad, no escuchan, pero dicen que sí con la cabeza antes de formular la siguiente pregunta.) Por ejemplo, el mes pasado hizo dieciséis años de la vez en que John apareció por sorpresa en mi casa, con un coche lleno de comida y vino, y me llevó a las Highlands, a la casa de un amigo que le habían prestado durante el fin de semana.

Las casas de los amigos de John. Es en ellas donde pasamos todas nuestras vacaciones.

En el piso superior, Celia se ha quedado dormida con el libro apoyado en el pecho. Se da la vuelta sin abrir los ojos cuando se lo quito de las manos. Michael sigue recostado contra el cabecero leyendo su novela mientras mueve los dedos de los pies por debajo de la manta. Tarda una eternidad en relajarse. Alec y Celia tienen baterías más sencillas que se agotan y se apagan. Pero para Michael aquello es una cama nueva y una habitación nueva, por mucho que ya haya estado en ellas tres veranos seguidos, y el trayecto en coche y las carreras por el jardín aún no le han bastado. Al cabo de unos días, en la isla, se destensará un poco, su ritmo se acercará un poco al de los otros dos, pero nunca del todo. Me ha visto entrar pero sigue leyendo, mordiéndose levemente el interior de la mejilla. Le acaricio el pelo negro y espeso, que se tiene que cortar (le empieza a tapar los ojos y las orejas), y comienzo a buscar garrapatas. Él aparta la cabeza.

—Eso ya lo has hecho.

A Alec es facilísimo tocarlo. No hay ningún momento en que no quiera que lo toquen. Celia ya ha cumplido diez años y empieza a darse cuenta de que vive en un cuerpo, así que tocarla se está volviendo más complicado, ya no me agarra la pierna, ahora me empuja y se aparta y me mira de hito en hito. Pero con Michael ha sido muy complicado desde el principio. Los bebés son criaturitas que suelen estar encorvadas, pero después se extienden completamente en la cuna o sobre el suelo. Sin embargo, Michael nunca llegó a hacer esto del todo. Como si fuera un anciano diminuto, siguió casi siempre con los hombros hacia delante y doblado por la cintura. Dormía como un

bendito, aunque cuando lloraba no servía de nada cogerlo en brazos. Yo no lo entendía. Eso era lo que debía hacer una madre, coger a su hijo cuando este lloraba. Pensé que esto quizá se debía a mi inexperiencia, pero luego llegó Celia, y después Alec, y cogerlos cuando lloraban era como pulsar un interruptor: los aullidos cesaban. Entonces entendí la diferencia. Las molestias de Celia y de Alec eran animales y fluidas; pasaban por ellos y desaparecían. En cambio, tener a Michael en brazos siempre fue como tener a una persona pequeña, que sabía que su momento de comer iba a terminar, que sabía que si lo cogían lo iban a soltar, que el consuelo llegaba, pero también desaparecía. Sin saber qué era, le notaba esa tensión en sus bracitos que agarraban y en sus piernas inquietas, la incomodidad de la clarividencia. ¿Fui menos constante en mis caricias y besos porque percibía lo ineficaces que eran? No lo sé. Con los niños, todo está pasando ya y después ha terminado. Todo sucede mientras tratas de seguir el ritmo y desaparece cuando empiezas a comprender las cosas.

—Mañana madrugamos —le digo—. Deberías apagar la luz.

—Es que no estoy cansado —contesta; sigue sin levantar la vista de la página.

Estoy sentada a su lado en la cama, con el brazo por encima de su hombro. Que llegue a fijarme en la posición de mi cuerpo con respecto al suyo... Ahí está la diferencia.

—¿Qué lees?

—Thomas Mann. Es alemán. Pero esto está ambientado en Venecia. ¿Has estado?

—Antes de casarme con tu padre.

—¿Olía mal?

—No especialmente. ¿Te gusta el libro?

—Acabo de empezarlo. «El poeta de quienes luchan al borde del agotamiento.» Esto no está mal.

—¿Es lo único que has traído?

—No. Tengo el que va sobre código máquina.

Un volumen de letra minúscula que le ha pedido directamente a McGraw-Hill, sobre ordenadores o los números en los ordenadores. Para mí es como si estuviera en chino. Pero en el colegio hay otro chico al que le interesa y Michael no hace amigos como los otros dos, así que estoy completamente a favor.

—Cinco minutos más, ¿de acuerdo?

—Vale, vale —contesta mientras pasa la página, haciéndome innecesaria.

En el piso inferior, John se ha servido un vaso de whisky escocés de Bill Mitchell y ha pasado a las páginas de negocios. Pienso que tengo que prepararles a los niños la comida para el día siguiente, hasta que me acuerdo de que no hay colegio ni ninguna prisa.

De pronto, los ojos se me llenan de lágrimas. Me las seco. John no lo ha visto.

—Pasa tiempo con Michael —le digo—. Mientras estamos aquí. Llévatelo en el barco, solo vosotros dos. O prepara una comida y salid a pasear. ¿Lo harás?

—¿Qué pasa? —pregunta, sin levantar la vista del periódico.

—No pasa nada. Él nunca lo pediría. Del mismo modo que Alec jamás dejaría de pedirlo. ¿Me estás escuchando?

—Sí —contesta, mirándome ahora a los ojos—. De acuerdo.

—¿Me pones un vaso de lo mismo?

—¿De esto? —pregunta, alzando el *whisky* con soda, sorprendido.

—Sí.

Se dirige al aparador y me prepara una copa.

Me siento en el sofá, a su lado, mientras lee un poco más. Lo he mirado en el espejo cuando él no me ve, mientras se observa los mechones grises de las sienes y trata de convencerse de que le dan un aspecto distinguido, un estado al que siempre ha aspirado, en el que también está presente el miedo de no haber logrado todavía lo suficiente, de que las canas únicamente impliquen hacerse mayor.

Debería preguntarle por las reuniones que ha tenido esta semana, por los posibles nuevos inversores del fondo que lleva un año intentando crear, si todavía le preocupa durante cuánto tiempo quieren comprometerse, o, más bien, si sigue igual de preocupado. Hay que preguntárselo. Hablar del tema no va a salir de él. Se imagina que, si puede dejarlo controlado en su interior, la resolución del asunto también quedará controlada. Que todo saldrá bien: su educación depurada y convertida en superstición.

Suelta el periódico, se acerca a mí y nuestras frentes se rozan. A veces esto es el prelude de un beso, a veces nada más que un descanso que acaba ahí. Abandonar el esfuerzo, dejar que avance la somnolencia que aún no es sueño, sino el cuerpo ganándole terreno a la mente.

—Gracias —le digo mientras le paso los dedos por el pelo.

—¿Por qué?

—Por esto. Por traernos aquí.

Me da un beso en la mejilla. Por nervioso que estuviera al principio cuando hacíamos el amor, siempre ha actuado con suavidad. Supongo que a algunas mujeres esto las aburriría. A mí no. Quizá porque casi todos los encuentros entre nosotros me dan la impresión de ser la superación de una improbabilidad, como si no estuviera segura de que va a suceder de nuevo y ahí lo tengo, sucediendo. Encontrarme con él es un alivio inmenso.

# Celia

---

Ya le habíamos comprado las langostas al langostero, junto a su barco, y la isla también quedaba ya lejos cuando papá apagó el motor jadeante y la nubecilla de humo gris que siempre salía de la embarcación al detenerse se quedó suspendida a mi lado, llenándome la nariz con el olor de la gasolina. Papá inclinó la hélice para sacarla del agua, quitó la llave del motor y se la metió en el bolsillo de esos pantalones de color rosa que yo lamentaba que llevase; el barco dejó de avanzar contra las olas y empezó a mecerse entre ellas, como los troncos que a veces veíamos flotar muy por delante de nosotros, donde las olas rompían en la orilla. Mientras la barca subía por un lado de cada ola y bajaba por el otro, e iba alejándose de la isla, papá se tumbó en la cubierta y utilizó como almohada uno de los chalecos salvavidas. Cerró los ojos y nos habló como siempre hacía mientras echaba una cabezada, con semblante inexpresivo. «Muy bien —dijo—, imaginad que pasa algo, que no puedo tripular el barco y que tampoco podéis arrancar el motor. ¿Qué hacéis?» «¿Por qué no puedes arrancar el barco?», preguntó Alec. Y papá contestó: «Imaginad que no estoy, imaginad que os habéis quedado los dos solos. ¿Qué hacéis?». No había embarcaciones cerca ni mucho viento, pero el agua emitía un ruido propio y la casa estaba demasiado lejos para que nos oyeran si yo gritaba. Le pregunté si aquello era una especie de prueba. Aunque la forma en que él juega es tomándose lo todo muy en serio, como si el juego no fuera tal; así que, cuando se divierte con nosotros, la situación resulta mucho más emocionante que cualquier otra cosa, porque todo reviste una importancia absoluta y nunca sabes qué va a pasar. Nunca es aburrido. «¿Es una prueba?», le pregunté de nuevo, y él se limitó a contestar: «Imaginad que no estoy». «¿Qué pasa?», dijo Alec; la parte posterior de su chaleco salvavidas rojo le sobresalía por detrás de la cabeza, porque no había ninguno que fuera lo bastante pequeño para él. Cuando se lo puso por primera vez, Michael comentó que Alec parecía un conejo albino metido en un corsé de escayola soviético, lo que hizo que papá sonriera y que Alec se echara a llorar, porque no lo entendió. «¿Qué crees tú que pasa? —dije—.

Tenemos que decidir qué hacer si papá no está. Es como un simulacro de seguridad en el colegio.» «Yo no quiero —dijo Alec—. Papá, ¿te puedes levantar ya?» Pero él siguió con los ojos cerrados y sin decir nada. Es capaz de echar una cabezada en cualquier sitio y era incluso posible que ya se hubiera dormido de verdad. A su lado, las langostas de la bolsa de lona trataban de salir, pero solo les cabía una pinza por las asas anudadas. «Debemos remar —propuse—. Si no hay motor, tendremos que usar los remos.» Cogí el que me quedaba más cerca. Era largo (mucho más alto de lo que yo era) y pesaba. Anteriormente ya me había sentado entre las piernas de papá y había cogido los remos con sus manos sobre las mías, así que sabía cómo había que hacerlo, pero necesité las dos manos para agarrar uno de ellos, y, cuando lo saqué por el borde del barco, el agua tiró de él y estuvo a punto de arrancármelo; me vi obligada a subirlo de nuevo. Entonces recordé que había que meterlos por las pequeñas herraduras de metal que colgaban de las cadenas situadas a ambos lados del banco central. Le pedí a Alec que cogiera la herradura que estaba en su lado y que la colocase en el asidero. Por una vez, obedeció. Cuando apoyé el remo en el asidero, solo introduje una pequeña parte del instrumento en el agua para que no volviera a hundirse, y lo empujé hacia delante y hacia atrás. «Papá no lo hace así —me indicó Alec—. Lo estás haciendo como una chica.» En la dirección a la que apuntaba el barco, por delante de nosotros, yo solo veía agua y cielo, y tuve que darme la vuelta para cerciorarme de que seguía distinguiendo la isla, y así era, pero parecía estar aún más lejos que hacía un minuto. «Papá, Celia no puede —dijo Alec mientras le agitaba el tobillo—. Levántate ya, ¡por favor!» «Tenemos que hacerlo juntos, quejica —le espeté—, si no, resulta imposible.» Metí el remo y me situé en el extremo opuesto del banco para coger el otro. «Mira —añadí, enseñándole cómo se hacía—. Con las dos manos. Empieza por delante de ti y después acércalo a tu cuerpo. Debes asegurarte de que esté dentro del agua, pero no demasiado.» Él cogió el mango con sus manitas pecosas y se quedó haciendo pucheros. Me deslicé hacia mi lado (nunca hay que ponerse en pie en una embarcación pequeña, porque puedes perder el equilibrio y caerte) e introduje mi remo en el agua. «Ahora mete el tuyo —le pedí—. Lo tenemos que hacer a la vez para que la cosa funcione.» Él lo metió, pero empujó el mango hacia delante, lo que nos habría impulsado hacia atrás, y, como yo no estaba mirando el mío, la pala salpicó agua y chocó con gran estruendo contra el lateral de la barca, justo al lado de donde estaba tumbado papá, cuya expresión no cambió en absoluto,

como si estuviera dormido de verdad. No era justo que hiciese aquello con Alec y conmigo, y no con Michael, porque si este hubiera estado, por mucho que yo me hubiese visto obligada a decirle qué hacer, al menos habría tenido fuerza suficiente para remar y podríamos haber movido el bote. Pero Alec era demasiado pequeño y un llorica. «Papá, ya no quiero seguir jugando —gimió—. Celia no sabe hacerlo. Abre los ojos, papá.» «No está —le dije—. No puedes irle a llorar porque no está, ¿no te has enterado? Tenemos que lograr que la barca se mueva, así que deja de quejarte. Ya te he enseñado cómo se hace. Al principio debes sostenerlo por delante y luego tirar hacia ti. No seas tan debilucho. Mételo en el agua y tira hacia ti cuando te diga “ya”.» Metimos los remos, dije «ya» y entonces la ola que se acercaba por el lado de Alec le levantó la pala, se la sacó del asidero y la lanzó al mar. «¡Cógela!», exclamé. Lo intentó, pero tenía los brazos demasiado cortos; tuve que deslizarme de nuevo al otro extremo e inclinar la barca hasta que el lado quedó a pocos centímetros del agua, pero para entonces ya nos había pasado por debajo otra ola y se había llevado el remo. Lo vi a un metro de distancia y después más. Alec empezó a gimotear. Le volvió a sacudir la pierna a papá, pero este no se movió ni abrió los ojos. Hacía calor bajo el sol y los ojos me dolían al mirar el agua porque la luz que reflejaba era de un blanco cegador. Miré hacia atrás; nos estábamos alejando de donde nos encontrábamos cuando papá había pedido al langostero que se detuviese, y también de la isla. Aquello era muy injusto por su parte, dejarme con el llorica. Saqué el remo del asidero y me dirigí en cuclillas a la parte delantera de la barca, al estrecho banquito en el que normalmente la espuma te mojaba. Eso era lo que hacía papá cuando había niebla y nos faltaba poco para desembarcar. Apagaba el motor y remaba por delante, una palada por un lado, otra por el otro, mientras iba atravesando la neblina para encontrar el muelle. Él era capaz de hacerlo sentado, pero yo tuve que arrodillarme en el banco para estar a una altura suficiente y que el remo llegase al agua. Al menos distinguía la casa desde ese punto y sabía en qué dirección debíamos avanzar, pero eso no sirvió de nada porque prácticamente lo único que logré fue sostener el remo y conseguir que no lo arrastrara el peso de las olas que iban pasando. Al cabo de unos minutos de estar así arrodillada, meciéndome y contemplando el agua, empecé a marearme. Me di la vuelta y me senté en el banco, para tratar de que el estómago se me calmase. Alec lloraba. Estaba agachado en la cubierta, al lado de papá, y le zarandeaba el brazo exangüe. «No está aquí», le dije. Aunque ahora que yo había desistido, sabía que el juego estaba a punto

de terminar.

# Margaret

---

—Estás *contemplando* algo —dice Michael, observándome desde lo alto de las escaleras y sosteniendo en un costado un libro sobre ordenadores. Está flaco como un palo, cosa que resulta aún más visible cuando va con *shorts* y camiseta. Este es uno de los motivos por los que no le gusta ir al colegio, se burlan de él por eso.

—Ah, no me digas.

—Tienes la vista fija en el infinito con un gesto de leve perplejidad. Ese es el aspecto que tiene la gente cuando *cavila* sobre algo.

—¿Y tu padre dónde está?

—*Zascandileando* con la barca. Se ha llevado a Celia y a Alec.

—¿Y tú por qué no has ido?

Recorre con la mirada el agua centelleante y hace caso omiso de mi pregunta.

—¿Sobre qué versaban tus *cogitaciones*?

Ha pasado una semana y John aún no ha estado diez minutos a solas con él; ahora se ha marchado con los otros dos. Michael juega a veces con su hermano y su hermana, pero, fundamentalmente, se pasa el rato leyendo y redactando sus prolijas parodias, en la última de las cuales se burla del periódico local. La he encontrado esta mañana en su mesilla de noche. *El Adelantado Retrasado de Pawtucket*: una familia de la zona se va de vacaciones por accidente, vuelve. Investigación conjunta con el programa *The 700 Club*, y además el parte meteorológico.»

Cuando estoy de humor generoso, creo que John solo se olvida de lo que le he pedido que haga, y que, al ser amante de la libertad, cree que los niños tienen que obrar como les parezca, pero en otras ocasiones mi frustración intuye que lo suyo no es únicamente distracción. No sabe qué decirle a su hijo mayor; es una situación incómoda y peliaguda, y John prefiere no prestarle mucha atención, pasar como si tal cosa de tratar a Michael como a un niño a tratarlo como a un adulto que puede aprender solo la forma de enfrentarse al mundo. A John lo mandaron a un internado con ocho años. Es

lo bastante moderno para creer que esto era y es una forma de crueldad organizada, pero, al haberlo vivido, sigue sintiendo de modo visceral un vestigio del miedo a que lo asocien con la debilidad. Michael sufre el silencio y las consecuencias que se derivan de esta actitud, pero esto no afecta en absoluto ni a Celia ni a Alec.

—¿Y qué te parece la zona de Sand Dollar Beach? —le pregunto—. Por ahí todavía no hemos estado.

—¿Me estás proponiendo un *divertissement*?

—Te estoy proponiendo que vayamos a dar un paseo. En el bosque hará menos calor.

—Menos calor y mayor peligro si se desata un huracán.

—Vamos —le digo—, en marcha.

Deja el libro en el banco y, con un gesto también reflexivo, pasa por delante de mí y entra en la casa. Son educados, mis hijos. Les hemos enseñado a que lo sean. Nunca se nos pasó por la cabeza actuar de otro modo. No hemos aplicado con ellos esa británica relegación al silencio cuando hay adultos delante. Pero, gracias a los buenos modales, saben cómo se expresa la cortesía. Cómo se saluda a un desconocido y, en última instancia, cómo no montar una escena por cualquier nimio sentimiento, porque hay que pensar en otras personas. Si te excedes, los asfixias. No creo que mi madre se parara nunca a pensar en el precio que una persona paga por la cortesía, porque ese coste jamás habría sido mayor que el pagado si alguien no hubiera tenido una buena opinión de ella. Le habría sido más penoso el fracaso de no ser capaz de observar las normas del decoro. La madre de John es aún más rígida, le horroriza que no contengamos más la energía de los niños. A John le ha dicho que esto se debe a mi influencia norteamericana. Me echa la culpa de que su hijo esté en Estados Unidos, como si fuera yo quien controla dónde vivimos.

No es que hablásemos de educar a nuestros hijos de un modo distinto de como nos habían criado a nosotros, lo que se produce es una relajación natural, imagino. Tampoco es que Celia vaya a celebrar nunca su puesta de largo, aunque tuviéramos el dinero suficiente; es absurdo. Claro que quiero que los demás tengan buena opinión de mis hijos, pero ya lo hacen y no ha sido gracias a un esfuerzo excesivo por mi parte. Solo se trata de señalar lo que resulta maleducado, cuál es la mejor forma de darle las gracias a alguien y la importancia de ponerte en el lugar del otro, nada más. John les daba azotes a Michael y Celia cuando eran mucho más pequeños, y se los ha dado a Alec en un par de ocasiones, pero solo cuando mentían o se negaban

reiteradamente a obedecer. Ahora, con los dos mayores, la situación casi no se da. Han aprendido a comportarse. No somos una familia dada a las formalidades, pero ponemos la mesa para comer, y comemos juntos, y tienen que pedir permiso para levantarse cuando han terminado. Imagino que algunos considerarían que esto está pasado de moda, creerían que tengo que permitirles todos los caprichos por si son genios en potencia. Pero no creo que esto tenga el menor sentido. Hagan lo que hagan, siempre habrá otras personas cerca de ellos, tendrán que hablar con ellas y mostrarse educados. Quiero que sean felices. Esa es la cuestión.

Donde empieza el sendero, Michael me aparta las ramas de una zarzamora para que pueda pasar y me guía por el descuidado trecho de camino por el que se sube la ladera y se entra al bosque. La playa queda a veinte minutos, con lo que el trayecto de ida y vuelta quizá sea demasiado largo en un momento en que debería estar preparando la cena, pero nos viene bien estirar las piernas. Él habla del señor Carter, el hombre que le consiguió la serpiente real, pero la brisa se lleva una de cada dos frases que pronuncia y no las oigo. Me mantengo a una distancia lo bastante corta para no perder el hilo completamente.

La noche anterior llovió y han brotado setas; debería saber cómo se llaman, pero no es el caso. Están las circunferencias hinchadas y blanquísimas que parecen fragmentos sólidos de nubes flotando sobre ramas caídas; también están los grupos de color crema y las puntas de un naranja brillante que se apiñan en tocones podridos, y esos extraordinarios zigzags de medialunas marrones que van bajando por el tronco de los árboles más viejos, como si fueran escaleras para liliputienses.

Es asombrosa la cantidad de pinos y abetos jóvenes y finos que tratan por todos los medios de alcanzar la luz del sol que reciben a raudales los árboles maduros, y cuántos de ellos, los que no han sobrevivido, están desplomados como cerillas gigantescas en el suelo del bosque, huéspedes de líquenes y musgos, alimento para los bichos.

Subimos y bajamos los escalones que Bill Mitchell perforó en un enorme abeto de Douglas, que debió de caerse hace años de un lado a otro del sendero, y en cuyas vetas abiertas crecen ahora los helechos.

Lamento que Michael no disfrute más de estas maravillas, pero el asma le ha enseñado a ser cauto al aire libre, a no correr demasiado en el campo de detrás de casa e incluso a desconfiar de los resfriados porque le pueden provocar un ataque.

—... donde guarda las iguanas —está diciendo cuando lo alcanzo por detrás, ahora que el camino se ha ensanchado—, con esa pequeña corriente de agua que tiene en el piso de abajo; me ha comentado que se está planteando la posibilidad de comprar un cocodrilo pequeño si logra crear un hábitat lo bastante grande, pero no está convencido, porque le ocuparía los dos dormitorios libres.

John conoció a David Carter hace unos años, cuando este vino a un foro para empresarios de minorías sociales. Si lo recuerdo bien, quería ampliar su negocio de mascotas y John trató de convencer a sus socios para que invirtieran en él. No lo hicieron, pero John siguió en contacto con David y llevó a Michael a que viera los reptiles. Un día, sin consultármelo, trajeron una serpiente real negra, de un metro y veinte centímetros. La verdad es que no pude negarme, después de los conejos de Celia, el hámster de Alec, los pájaros y Kelsey. Michael no ha llegado a ponerle nombre, lo cual me parece acertado, no sé muy bien por qué. Por lo visto es constrictora, no de las que muerden, aunque, si esta idea debería tranquilizarme, no es lo que sucede. Michael la cuida bien, en general: limpia el terrario del cuarto de juegos y le da de comer esos espantosos ratones muertos, pero una noche dejó una pequeña abertura en la puerta corredera, el animal se escapó y acabó llegando al dormitorio de Michael, lo que creó un jaleo tremendo cuando se despertó para ir al baño y la pisó. No fue mi intención gritarle como lo hice, pero es que todo aquello fue un auténtico horror.

—Si compra el cocodrilo —prosigue—, ya tendrá la colección completa, o casi, con la boa, la pitón y el varano.

—No te deja que te acerques a esos bichos, ¿verdad?

—Eso da igual —contesta mientras da golpes a los helechos con un palo—, están domesticados.

Avanzamos en silencio durante un minuto.

—Creo que está triste —añade— y que por eso tiene tantas mascotas en su casa.

—No me parece que los reptiles sean la mejor de las compañías.

—¿Papá quiso ayudarlo porque es negro?

No sé muy bien cómo contestar a eso. Tampoco sé por qué a John le ha empezado a interesar ayudar a los empresarios procedentes de minorías sociales. Es posible que todo se haya iniciado a través del Instituto para la Pequeña Empresa, que invertir en estas cosas comporte ciertas ventajas. Si es el caso, John no se ha quedado corto: una revista de hispanos en Chicago, una

cadena de restaurantes que ha fundado un jugador negro de fútbol americano. Todo esto supone una parte muy importante de su trabajo. Si fuera estadounidense, supongo que se podría decir que está echando una mano para que llegue la siguiente etapa en derechos civiles, apoyando la posibilidad de que los negros tengan negocios, y a lo mejor es lo que está haciendo (no hablamos de ello), pero, como es inglés, no parece que esta sea la mejor manera de describir el asunto. A él no le afecta esa cuestión en concreto. No sé muy bien qué le atrae del tema, aunque estoy completamente a favor, eso desde luego.

—Imagino que a tu padre le gusta su compañía —contesto—. Yo diría que esa es la razón fundamental por la que ha querido ayudarlo.

—Yo creo que una de las razones por las que está triste es porque es negro.

—Michael, no hables así. Eso no se dice. No hay ningún motivo para que alguien esté triste por formar parte de una determinada raza. No tiene nada que ver. ¿Acaso no vive por su cuenta? Eso podría hacer que cualquiera se sintiese solo.

—No me refiero a eso. No estoy diciendo que ser negro lo ponga triste, que no quiera serlo. Es otra cosa.

—¿De qué te ha estado hablando?

—De nada. De las serpientes.

—Bueno, entonces me parece que son imaginaciones tuyas. La gente no se siente sola por el color de su piel.

Él *cavila* un rato sobre este tema cuando llegamos al prado, que la sombra cubre a medias, y es en esa sombra donde los capullos de las primulas silvestres han empezado a abrirse, con unos pétalos amarillos y en forma de corazón que van despegándose de los estambres. Las orugas se dan un banquete con las semillas de las cabezas de los algodoncillos. Las mariposas aletean en la hierba crecida. Detrás de nuestra casa de Samoset tenemos otro campo, pero no tan bonito ni tan apartado como este.

Da la impresión de que Michael no advierte en absoluto dónde se encuentra.

—Si tú fueras una esclava, estarías deprimida —añade—. Y tendrías muchísimo miedo.

—¿Qué dices? El señor Carter gestiona una empresa. Vive en una casa de lo más agradable. Espero que no le vayas soltando estas cosas, podría ofenderse mucho. Él no tiene nada que ver con la esclavitud. ¿De dónde has

sacado esa idea?

—Eso no puedes afirmarlo. Sus antepasados sí fueron esclavos.

—Michael, ¿qué te ha estado contando?

—Nada. Ya te lo he dicho.

—Entonces, ¿todo esto te lo estás inventando tú solo?

—Da igual. No lo entiendes.

Esta es una de sus nuevas frases recurrentes: «No lo entiendes». Supongo que debería haberme acostumbrado a que me la soltaran mis hijos. Y así sería si me pareciese que esas palabras implican que Michael, como ya le ha pasado a Celia, se siente vinculado a un entorno de compañeros. Sin embargo, cuando Michael me lo espeta no es porque le haya copiado las primeras manifestaciones del cinismo adolescente a un amigo que va de listo. Habla de otra cosa, de algo que solo ve él. No somos únicamente sus hermanos o yo quienes no lo entendemos.

Desde el prado el terreno va bajando, y después de avanzar durante unos minutos, algunas franjas de cielo despejado se vislumbran a través de los huecos de los árboles mientras nos vamos acercando al acantilado de detrás de la playa, que forma una cuesta muy escarpada, de diez metros o más. Para bajar hay que ir a la derecha, por la irregular placa de granito que empieza donde los árboles y acaba en el mar. Está vetada de grietas de una rectitud sorprendente, paralelas y selladas con una especie de magma negro de hace no sé cuántos miles de años. Sobre ella se asientan las rocas como si fueran ancianos que vigilan los barcos que vuelven.

La playa en sí es pequeña, apenas un claro entre las rocas, la verdad, con arena compacta; en ella, una bandada de chorlitos sobrevuela a toda velocidad el agua poco profunda de las olas que se retiran. Más hacia dentro, la arena está seca y polvorienta, y por ella se ven desperdigados trozos de madera y algas. Es aquí donde hemos encontrado los erizos de mar en los dos años anteriores; los niños los meten en las ollas y cubos con los que recogen los cangrejos, y pueblan sus pequeños acuarios con otros habitantes del mar.

Michael, con los ojos clavados en el suelo, escribe en la arena con el palo. Es pocos centímetros más bajo que yo, dentro de un año me alcanzará en altura y poco después ya me superará. No sabe qué hacer con su nuevo cuerpo, cómo estar sentado ni de pie, que es el motivo por el que nunca se queda quieto, se esconde en un movimiento continuo. O es el motivo en parte, el resto lo hace su cerebro, que nunca descansa. Sus extremidades reaccionan a dicho cerebro con espasmos, como si fuera más una molestia

que un placer, no es algo relacionado con la exaltación atlética. Una criatura completa, querida e inescrutable que muda de piel ante mis ojos. Y, si en esa consulta pequeña y rara situada junto al pabellón del hospital de Londres, el médico me hubiera dicho «No, es posible que quiera usted reconsiderar dónde se está metiendo, que le convenga anular la boda», si no me hubiera preguntado si quería a John, lo impensable sería posible: Michael no estaría aquí. Su nombre deja de tener sentido cuando me lo repito demasiadas veces, pero no cuento con ninguna otra palabra con que designar el misterio de este chico, mi primogénito. Hay algo mezquino en el modo en que los niños pequeños caen en manos de personas que no tienen la menor idea de lo que están haciendo, que únicamente pueden llevar a cabo experimentos. Es injusto, él no tuvo elección.

—¿No vas a buscar erizos de mar?

Sigue escribiendo, sin dar señal alguna de si ha oído mi pregunta o no.

—¿Qué has puesto? —le pregunto.

Me acerco por detrás para ver lo que ha trazado en mayúsculas: «HACES QUE ME SIENTA DE LO MÁS REAL».

—Es la letra de una canción, de Sylvester. ¿No conoces a Sylvester?

—¿Es música disco?

—Llamarla así es quedarse corto. Pero sí, podría decirse que lo es.

—Esas canciones te encantan. ¿Por qué nunca las bailas?

Pone los ojos en blanco y se dirige al fondo de la playa, dejando una línea curva a su paso. Se pasa horas al día delante de ese tocadiscos suyo, con los auriculares puestos, pero como mucho alguna vez meneaba la cabeza. Me parece una pena que no obtenga un placer físico como lo hacíamos nosotros, y como a veces seguimos haciéndolo, con nuestra música.

—Vamos a volver a vivir en Inglaterra —dice, todavía dándome la espalda—. Papá nos va a llevar ahí otra vez.

Algo en su voz hace que me detenga en seco. Últimamente le ha empezado a cambiar, adopta un matiz más grave en los momentos más imprevisibles y después vuelve a convertirse en su infantil tono agudo, pero todas estas palabras salen en su nuevo registro grave, un sonido del pecho, no de la garganta, y las pronuncia de forma completamente despreocupada. Lo más desconcertante de todo es que las dice con lentitud, y él nunca habla lento.

—¿Qué dices? —le pregunto—. ¿Te lo ha dicho él?

No sería imposible que John, en un momento de distracción, comentase

algo así, que pensase en voz alta con los niños delante, sin ser consciente de lo que podría llevarles a pensar. Si es cierto, lo voy a estrangular... por haberme enterado a través de Michael.

—Bueno, ¿te lo ha dicho tu padre? Contéstame.

Se da la vuelta al oír que he levantado la voz y niega con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué lo dices?

—¿Por qué te enfadas?

—No me he enfadado. Solo quiero que me cuentes por qué lo has dicho.

—Porque es verdad.

Tiene el pelo negro de John, sus ojos castaños, la misma piel pálida. Está más claro que el agua que son padre e hijo. Lo que es natural. Entonces, ¿por qué, al contemplar esta cara tan sumamente familiar, ahora inmóvil por el efecto de algo invisible, de algo nuevo pero muy antiguo... por qué siento tanto miedo?

# Celia

---

Cuando papá nos llevó otra vez a la costa, Michael nos esperaba en el embarcadero. Le dijo a papá que mamá quería verlo. Papá subió los escalones de madera que llevaban a la casa; Alec y yo seguimos a Michael en la otra dirección, hacia las rocas. Michael echó a correr, a saltar de piedra en piedra. Yo le seguí el ritmo, observando sus pies e imitando sus saltos, evitando los bordes resbaladizos. Alec nos pidió desde atrás que lo esperásemos. Michael disminuyó la velocidad, pero siguió yendo hacia el punto detrás del cual no alcanzábamos a ver desde la casa, el punto en el que la costa se convertía en mar abierto. Cuando llegó a una enorme roca plana situada justo encima de la espuma, Michael se detuvo y contempló las olas que rompían en las peñas. Alec nos alcanzó y enseguida se acercó al lugar inferior en el que la espuma ennegrecía la piedra gris, y después subió de nuevo a toda prisa justo antes de que la ola llegara, mirándonos para ver si lo estábamos observando.

«Hermano Sol, Hermana Luna», dijo Michael, y yo accedí. Alec declaró que a él no le gustaba ese juego, pero Michael y yo empezamos a buscar un pequeño recodo o una cueva entre las rocas que nos sirviese, y Alec nos siguió, diciendo que lo que teníamos que hacer era buscar cangrejos. Encontramos un buen sitio con el suelo liso y algo tapado por arriba gracias a un bloque de roca de mayor tamaño. Aquello tenía sombra, casi parecía una cueva de verdad. «Muy bien, adentro», le dijo Michael a Alec, que obedeció, se sentó con las piernas cruzadas y se puso a manosear las piedras que había cogido. «¿Quién soy?», preguntó Alec. «Eres un monje —contestó Michael—. Vives aquí.» «¿Y vosotros quiénes sois?» «Eso da igual. Todavía no nos conoces.» «¿Qué tengo que hacer?», preguntó Alec. «Vives aquí, so pesado —contestó Michael mientras le pellizcaba el brazo—. Vives aquí y piensas en el mar.» «No quiero», protestó Alec. «Mala suerte», dije yo. «¿Por qué siempre tengo que quedarme en la cueva?», preguntó Alec. «Porque eres el monje —contestó Michael—. Tenemos que encontrarte. No te muevas de aquí y no mires hacia dónde vamos, ¿eh? Cierra los ojos.» Alec los cerró; Michael y yo salimos corriendo por la roca lisa, hacia la línea de los árboles

de arriba, y seguimos un rato hasta que ya no se nos podía ver en absoluto desde donde habíamos dejado a Alec. Aquí las olas eran mayores y el agua, ruidosa: rompía con estruendo contra las rocas y después se alejaba de ellas a toda prisa, mientras el mar volvía a absorber las olas, dejando al descubierto todas las algas y los percebes de ambos lados de las peñas, que desaparecían otra vez cuando el chorro de la siguiente ola se alzaba y las tapaba. El día iba avanzando, pero el sol seguía en el firmamento.

«Mira», le dije. Por abajo, en una roca ancha situada justo por encima de donde estaba la espuma, a nuestra derecha, estaban tumbadas tres focas. «Parece que están muertas», dijo Michael. «No están muertas, duermen.» Bajamos en diagonal hacia donde se encontraban. «No te acerques demasiado —dije—, que si no se despiertan y vuelven al agua.» Tenían la piel gris y marrón y verde y también un poco azulada, todos los colores juntos y formando motas, y unos enormes bigotes sucios, y hocicos húmedos como el de Kelsey. La mayor resoplaba y roncaba. «¿Ves la grasa que tiene ese bicho? —prácticamente gritó Michael—. ¡Podríamos arponearlo y quitarle la grasa corporal para utilizarla de combustible, como sebo de ballena!» Su voz traslucía que quería pellizcar al animal como lo había hecho con el brazo de Alec, pellizcar la grasa hasta que casi le doliese.

«Creo que son protozoicos», dijo. «¿Eso qué quiere decir?» «Muy viejos. Antiguos. Ya existían antes que los humanos y se alimentaban de su propia grasa.» A Michael le gustaba esa palabra, «grasa.» No paraba de repetirla, incluso cuando no había nada grasiento cerca. Nos agachamos y las observamos. Cada pocos minutos una de ellas alzaba la cabeza, giraba el cuello hacia atrás, nos miraba y después volvía a apoyar la cabeza en la roca. Finalmente, la de en medio empezó a frotarse el hocico contra el costado.

«¿Crees que vamos a llegar tarde a la cena?», preguntó Michael. «A lo mejor», dije. «¿Cuánto llevamos aquí?» «Unos minutos», contesté. «No, en la isla.» «No sé», añadí. «¿Crees que nos queda una semana?», preguntó. «No lo sé.» «¿Crees que nos quedan diez días?» «Puede.»

Hacía muchas preguntas de este tipo, pero yo normalmente no se las contestaba porque no acababa de entenderlas. Michael se dedicaba a decir cosas, a preguntar cosas que mamá tampoco sabía, aunque a veces convencía a papá para que se las respondiese, cosa que este hacía planteándole más preguntas.

«Un arpón despertaría a esos cachorros», dijo cuando no le respondí. Al oír eso, Alec se habría puesto a soltar carcajadas y a chillar, a animar a

Michael, pero yo no lo hice. Se levantó, echó a andar describiendo un arco y se dirigió al otro lado de las focas, manteniendo la distancia. Al cabo de un minuto lo seguí y volvimos a quedarnos en cuclillas, esta vez en sombra. Una gran ola mojó la cabeza de los animales, que se apartaron de la humedad como enormes perros vagos y sin piernas.

«Papá y mamá van a pelearse esta noche», anunció. «¿Cómo lo sabes?» «Lo sé —contestó—. Mamá se va a enfadar con él.» «Siempre se enfada con él.» «Qué va, eso no es verdad», aseguró. «Sí que lo es. Se enfada con él después de que nos vayamos a la cama.» «No todas las noches —dijo—, no lo hace todas las noches. Además, todas las parejas discuten.» «Eso te lo ha dicho mamá. “Todas las parejas discuten.” Eso te lo ha dicho mamá.» «¿Y qué? —contestó—. No por eso deja de ser verdad.»

En la misma orilla de la que habíamos venido se veían unos cormoranes negros sobre una roca mojada. Algunos estaban de lo más quietos, con los cuellos replegados. Dos de ellos tenían las alas enormes abiertas de par en par y se las secaban al sol, lo que les daba un aspecto un poco terrorífico, como si fueran murciélagos gigantes. Ninguno parecía fijarse en los demás, como si cada ave fuera la única de la roca. A lo lejos, unas gaviotas describían grandes círculos por encima de un langostero que volvía a puerto. Yo todavía no entendía cómo eran capaces de estar tanto tiempo en el aire sin descansar.

Michael le lanzó una piedra a la aleta trasera de una de las focas, pero esta no lo advirtió. «No hagas eso», le dije. Él tiró otra, que aterrizó en la espalda de la de mayor tamaño, pero esta tampoco reaccionó.

«¡Que no lo hagas!»

«¡Imagina que ponen calefacción en todo Cleveland durante una semana de enero!», exclamó. Se pasaba la vida soltándole cosas así a su único amigo, Ralph, que era el hermano menor de nuestra niñera; Ralph emitía ruidos raros y añadía frases parecidas, como «¡Y que ponen calefacción en toda Nueva Escocia durante un año!», y así seguían. Alec trataba de participar, pero no entendía cómo funcionaba aquello, así que nunca resultaba gracioso. Yo sí lo entendía, pero no les gustaba jugar con una chica. «Para», le dije, y lanzó el resto de las piedras más abajo, hacia el agua.

«¿Qué habéis hecho en la barca?», me preguntó. «Papá nos ha obligado a imaginar que no estaba», contesté. Michael había empezado a sacar conchas pequeñas de un charco que la marea había formado entre las rocas; luego se las secaba en la camiseta y las colocaba delante de sus pies, formando una línea recta. Yo lo imité y añadí algunas a la línea hasta que esta también se

extendió ante mí. «¿Crees que nos quedan tres semanas o un mes para volver al colegio?» «No sé —contesté—, ¿por qué?» «Es que quiero saberlo», dijo. Cuando la línea ya se extendía a lo largo de bastantes centímetros por ambos lados, empezó a retirar conchas hasta que aquello comenzó a parecer una cadena blanca a la que le faltaban eslabones. El viento traía unas gotitas de agua que me mojaban la cara. «Tengo hambre —dije—, vamos a cenar.» Las focas habían ido retrocediendo hasta llegar de nuevo a una franja de roca completamente seca y no movían nada en absoluto, ni siquiera la cabeza.

Michael no quería volver al colegio, por eso preguntaba por este tema. Ralph era su único amigo. Normalmente, no se alteraba hasta que nos quedaban pocos días para empezar, nunca le pasaba tan pronto, cuando aún estábamos en la isla.

Se incorporó y, contemplando las focas, dijo: «Mamíferos protozoicos que están varados como si fueran unas chuletas de cerdo gigantescas y animadas». Entonces comenzó a emprender el camino de vuelta, pasando por delante de las rocas que estaban junto a los árboles de arriba, y yo lo seguí.

«Os odio», dijo Alec cuando llegamos otra vez a la cueva. «Pero si te hemos encontrado —adujo Michael—. Así es como acaba el juego. Eres san Francisco de Asís y has estado aquí rezando hasta que te han empezado a sangrar las palmas de las manos.» «No lo entiendo —protestó—. ¿Y vosotros quiénes sois?» «Yo soy san Francisco cuando era más joven —contestó Michael—, y Celia es su amiga Clara, que cuida a leprosos.» «Os odio», dijo Alec, poniéndose en pie y echando a correr por las rocas que teníamos delante.

Supe que Michael había acertado en lo de la discusión que iba a producirse después porque mamá no dijo nada de que nos hubiéramos ido y ni siquiera nos preguntó dónde habíamos estado. En la cocina, papá mostraba el exceso de alegría con que nos trataba cuando mamá se había enfadado con él; dejó que cada uno de nosotros echara una langosta al agua hirviendo. Tuvo que sostener a Alec para que estuviera a una altura suficiente desde la que no le salpicara la mano. Las antenas negras de los animales dieron varios latigazos contra las paredes de la olla antes de desaparecer.

Mamá nos pidió que quitásemos los cazos en los que estaban los cangrejos de la mesa del comedor y los dejamos en el suelo, al lado de la puerta del porche: toda una colección, quince o veinte, de tamaños y colores distintos. Todos estaban vivos y parecían de lo más felices. Kelsey los olisqueó, pero no le gustó cómo se movían.

—La supervisora tiene hambre —dijo Michael, acariciándole el costado.

Tras la cena, Alec llevó a cabo su hiperactiva secuencia de ahora juego y ahora lloro; papá se lo llevó a la cama y él dijo entre gritos que aquello era injusto. Mamá había dejado los platos para que los fregara papá y estaba leyendo un libro bajo la tenue luz amarilla de una de las lámparas de aceite. Todos teníamos una (menos Alec) e íbamos llevándola de cuarto en cuarto, y otra al lado de la cama. Prendías la mecha de tela, empapada en aceite, con una llave que había a un lado, y, cuando ya se había encendido, volvías a poner la pantalla de cristal curvado en su soporte de metal. Costaba distinguir con él los diferentes matices de color del rompecabezas de Brueghel, pero no me apetecía leer, así que me dediqué a eso hasta que jugamos al Boggle y Alec volvió a bajar quejándose; mamá dijo entonces que ya era hora de que nos fuéramos todos a dormir.

Al cabo de unos minutos oí las pisadas de los dos en las tablas del suelo. Mamá empezó con su susurro potente, muy distinto de su voz normal, más apresurado y mucho más intenso. Distinguí algunas palabras, pero no todas. Papá contestó tranquilo, como siempre, en voz mucho más baja. De sus palabras no entendí nada, solo el tono monocorde que no cambiaba, que tampoco era su forma normal de hablar. Mamá dijo algo sobre los muebles, y «por Dios santo», que es lo que soltaba para no utilizar tacos. A eso, papá no reaccionó. Y entonces la voz de mamá aumentó de volumen. «¿Te vas a quedar ahí sentado sin más? ¿No vas a decir nada?»

Yo estaba tumbada de lado; me envolví la cabeza con la almohada para que me tapase el otro oído, pero sin impedirme seguir escuchando la voz de mi madre: «¡Es Michael quien me lo ha dicho! ¡Te lo pregunto miles de veces y me tengo que enterar por los niños!». Papá contestó algo que no capté, de nuevo en tono bajo y sosegado. Fuese lo que fuese, hizo que ella se enfadara más, lo cual no parecía justo, que siempre que él hablaba ella se enfadase más. «¿Y después qué? —gritó mamá—. ¿Otro año, otros dos años, para que todas nuestras vidas, la mía y las de los niños, acaben dependiendo de si convences a esa gente para que haga lo que quieres que haga? ¡De verdad, John!», gritó. Daba la impresión de que lo odiaba a más no poder.

Se abrió mi puerta y oí que Alec gimoteaba.

—¿Por qué no paran? —me preguntó. Me notaba el latido del corazón en los oídos con la misma fuerza que cuando me acercaba a ellos caracolas grandes.

—Vuelve a la cama —le susurré. Pero él ya se había echado a llorar, no

con el llanto quejumbroso de llamar la atención, sino con miedo. Nunca entraba en el cuarto de Michael cuando se alteraba así, solo en el mío. Se puso frente al borde de mi cama.

«¡Y te quedas ahí sentado sin decir ni una condenada palabra! —gritó mi madre—. ¡Crees que la culpa es mía! ¡Que no estoy siendo razonable! La gente no vive así. ¡Esto es una fantasía!»

—¿Por qué no paran? —sollozó Alec.

—¡Calla! —musité—. No hagas ruido. —Papá dijo algo breve en la misma voz monótona y baja.

Antes de que mamá pudiera empezar a gritar de nuevo, me quité las sábanas, bajé corriendo las escaleras, entré en el salón y grité:

—¡Parad! ¡Parad! ¡Estoy intentando dormir!

Mamá estaba de pie y delante del sofá, a mayor altura que papá. Se dio la vuelta para mirarme, con los ojos muy abiertos por la rabia. Papá se limitó a mover la cabeza para echarme un vistazo; tenía la cara pálida e inexpresiva. Alec estaba en las escaleras, detrás de mí, todavía llorando.

—¡Por Dios! —le dijo mamá a papá—. ¡Mira lo que has conseguido!

—¡Déjalo ya! —grité—. ¡No ha sido él, sino tú! ¡No es justo!

—Ay, por Dios —dijo ella con un suspiro—. No te preocupes por esto, Celia, de veras. No hace falta que te preocupes. Llévalos arriba, por favor —añadió; papá se puso en pie y se acercó a mí, extendiendo los brazos para cogerme en ellos, pero yo ya era demasiado grande para eso, cosa que él ni siquiera parecía recordar, así que, cuando estuvo más cerca, sus brazos bajaron hasta mis hombros y me dio la vuelta hacia donde estaba la escalera.

—Vamos, vamos —dijo, con la misma tranquilidad que si estuviera echando una cabezada y quisiera que guardáramos silencio.

—Mamá, ¿por qué le gritas? —pregunté.

—Celia, ya basta, de verdad. Por favor. Sube con tu padre.

Me quité las manos de papá de los hombros y subí las escaleras con grandes pisotones, empujando a Alec por delante de mí. En el pasillo, Michael miraba por la puerta entreabierta, que cerró en cuanto llegamos al descansillo.

—Vuelve a la cama, Alec —dijo papá—, que yo voy enseguida.

Me siguió a mi cuarto sosteniendo una de las lámparas, y esperó a que me metiera en la cama y me tapara con las sábanas; entonces se sentó en el borde del colchón, de cara a la ventana con la persiana bajada, de modo que solo le veía un lado del rostro con la luz de la lámpara, que había dejado en la

mesilla de noche. El corazón me latía con fuerza y supe que iba a tardar mucho en dormirme. Me puso una mano enorme en un costado de la cara y me pasó los dedos por el pelo y por encima de la oreja, hasta que tuvo la parte de atrás de mi cabeza sobre la palma de su mano. Me frotó la sien con el dedo pulgar.

—¿Por qué dejas que te grite así?

—Tu madre está alterada. Ya se le pasará.

Yo no quería, pero me eché a llorar un poco mientras él me acariciaba la cabeza.

—Pero ¿por qué os estáis siempre peleando? Creéis que no os oigo, pero lo hago.

Apartó la mirada; su sombra titilaba en la pared a su espalda y por el techo. Me sostenía la cabeza, aunque no dijo nada. Su sombra daba la impresión de ser más oscura que la ausencia de luz, porque cuando no había luz no existía nada con que comparar la oscuridad. Dejé de llorar. Quise que mi padre añadiera algo. Pero se limitó a acariciarme la cabeza, contemplando las vetas blancas de la pantalla; después me dio unos golpecitos en el brazo, se levantó y se fue.

# Michael

---

27 de agosto

Querida tía Penny:

Saludos. Espero que cuando recibas esta carta estés mejor que nosotros. Nuestro viaje está resultando complicado. Todo empezó con el coche familiar que papá había alquilado para que fuéramos de casa de su amigo, en Armonk, a los muelles de West Side; se estropeó en la avenida Henry Hudson cuando hacía treinta y cinco grados. ¡Ya te puedes imaginar cómo se exasperó mamá! Iban pasando los minutos que faltaban para la salida del barco, una nube de vapor salía del motor, y nos quedamos los cinco, junto a la Desfibriladora con la correa puesta, en una estrecha franja de calzada que estaba en lo alto de un carril de salida, sudando como pollos. Tardaron cuarenta y cinco minutos en mandar otro coche, aunque llegamos al muelle a tiempo. Como ya sabes, mamá ha estado a punto de perder el juicio al esperar un año entero para trasladarnos desde que papá anunció su plan el verano pasado, pero logró obligarlo a que cumpliera su promesa de que viajaríamos por barco. Mamá quería que viviésemos la forma en que ella iba a Europa cuando era joven y, sin duda, a todos nos hace una ilusión tremenda.

No sé cuándo recibirás esta carta. Ahora vamos por el cuarto día de una travesía de ocho hasta Southampton, pero no he descubierto cómo funciona su supuesto sistema de «correo diario» (lo cual no ha sido precisamente una prioridad, por motivos que ahora entenderás). Sé que siempre te gusta tener noticias de la familia y he querido ponerte al día. Desgraciadamente, mientras íbamos a cenar la primera noche, mamá se tropezó con una de esas jambas elevadas que, imagino, están pensadas para que no entre agua procedente de cubierta (y que no resultan demasiado eficaces, como hemos podido comprobar). Si solo hubiera sido un tropiezo tonto, creo que no le habría pasado nada, pero también se le quedó trabada la otra pierna y se desplomó en el suelo de metal con mucha fuerza. El médico del barco soltó mucha jerga

(«tibia fracturada», «rodilla subluxada», «fémur contusionado»), aunque no sé qué quiere decir nada de esto. Básicamente, creo que se ha roto la pierna. Por lo menos, eso es lo que parece al verle la escayola y las poleas con que la levantan. Como es lógico, en resumidas cuentas, con mamá ya no se puede contar. Vamos a verla cuando podemos, pero es que han estado pasando muchas otras cosas.

Para empezar, ahora mismo no sabemos dónde está Alec. Lo perdimos el otro día en el bufé de la comida, el día después del accidente de mamá, y desde entonces no hemos podido encontrarlo. Curiosamente, la tripulación no ha reaccionado demasiado, ni siquiera frente a papá, a quien, como sabes, no le cuesta pedirles las cosas a los miembros del servicio. Dicen que el barco es grande, que estos episodios se dan continuamente y que Alec acabará encontrando el camino de vuelta a nuestro camarote. Es verdad que en los salones hay muchos sofás en los que puede dormir y que, con tantos comedores como hay, no le sería complicado alimentarse. Y, siempre que supongamos que no se ha caído por la borda, ¿hasta dónde podría haber llegado? Aun así, ya han pasado cuarenta y ocho horas, y noto que a papá le fastidia el tema. Evidentemente, a mamá no se lo hemos dicho. Es lo último que necesita, ahora que intenta que se le cure la pierna destrozada. Celia ha dicho que es probable que Alec solo esté intentando llamar la atención, que lo mejor es no hacerle caso y dejar que la cuestión se resuelva sola.

Yo estaba más o menos de acuerdo con ella, al menos hasta ayer por la mañana. No sé si te acordarás de que nos dejaste un mensaje largo en el contestador, en el que hablabas de las travesías transatlánticas en la temporada de huracanes, y que después, un par de días antes de que nos marcháramos, le mandaste a mamá el recorte aquel que hablaba del crucero ese del Caribe sobre el que se abatió una tremenda tormenta tropical, lo que causó varios fallecimientos; en cualquier caso, te voy a comentar una cosa: tenías razón. Se les puede llenar la boca con lo de sus radares y sus estabilizadores, pero, como seguramente ya habrás leído en el periódico, el *Esmeralda*, que es de categoría 3, se paseó por los Outer Banks y después se lanzó de lleno sobre el Atlántico Norte hace unos días... Bueno, pues nos llegó en torno a las seis de la mañana de ayer. Anularon el desayuno y nos pidieron a todos que no saliéramos de los camarotes, seguramente, porque querían evitar que la gente vomitase en la tapicería de las zonas comunes. A través del ojo de buey, Celia y yo hemos estado contemplando cómo unas montañas de agua levantadas por el temporal crean valles por debajo de

nosotros antes de golpear el barco y de cubrir todo el cristal, como si estuviéramos en un acuario, mientras las olas rompen en cubierta, muy por encima de nosotros, derribándonos sobre el suelo inclinado junto al equipaje que ha salido disparado de los armarios.

No te voy a mentir. Ha sido un día duro. Papá se lo ha tomado con mucha calma y ha estado contándonos anécdotas de cuando era pequeño e iba en barco a la isla de Wight con el mar encrespado. Nos ha dicho que es imposible que naufraguemos, que solo se romperán algunas piezas de la vajilla y muchos pasajeros se marearán. Hay que reseñar que una mujer que estaba de luna de miel se ha caído por la popa, aunque la lesión en la columna que su marido ha sufrido por culpa del mismo incidente no reviste ni de lejos la gravedad que sugerían las primeras informaciones. Lógicamente, nos hemos acordado de mamá, que, por lo que sabíamos, podía estar colgada de la pierna inmovilizada y bamboleándose, pero habían cortado la electricidad de los ascensores y no nos apetecía subir seis pisos de escaleras para ver cómo estaban, ella y la Desreguladora, que está en una perrera situada al lado de las chimeneas. La verdad es que me preocupa más Alec, ahora que sí que ha habido una persona que indudablemente se ha caído por la borda. Aun así, Celia y yo nos hemos pasado el día vomitando, y resulta que tu capacidad de preocuparte es limitada en estos casos.

Una vez dicho esto, seguramente, el día de ayer parezca más nefasto de lo que fue. Lo peor de la tormenta pasó por nuestro oeste; al anochecer el cielo se había despejado y la temperatura había bajado al menos cinco grados. Nos comimos todos los refrigerios que nos habíamos traído para la semana entera (no han servido la cena) y nos acostamos pronto.

Hasta esta mañana no he tenido tiempo al fin de sentarme a escribirte esta carta. No he visto ninguna avioneta acercarse al barco y, desde luego, tampoco ningún helicóptero, así que no sé muy bien cómo se supone que va a llegar al correo, pero quería darte noticias de una forma u otra. En todo caso, no te preocupes por nosotros. Nos quedan otros cuatro días hasta llegar a Southampton, y prometen ser mucho más tranquilos que los cuatro anteriores. Mientras tanto, aquí todo el mundo te manda recuerdos.

Con cariño,  
Michael

29 de agosto

Querida tía Penny:

Como te escribí anteayer, no estoy seguro de cuándo vas a recibir esto, pero sé que te hará ilusión conocer las novedades, así que, ahora que estoy en el casino, voy a dedicarle unos minutos a ponerte estas letras. Todavía no hay señales de Alec, aunque Celia está convencida de haberlo visto saliendo de la zona de la piscina, después del desayuno, mientras ella estaba en la cubierta de paseo. En general, en el barco las cosas están volviendo a la normalidad después de la tormenta.

¡Y esto no te lo vas a creer! ¿Sabes quién está a bordo? ¿Sabes a quién tengo ahora mismito a tres tragaperras de distancia? ¡A Donna Summer! Te lo juro. Resulta que, sin que yo lo supiera (vete tú a saber por qué papá y mamá no tuvieron la cabeza suficiente para contármelo hace meses), ¡es la estrella principal de los espectáculos que ofrecen durante la travesía! No quiero ni pensar cuánta pasta habrán tenido que soltarle (a lo mejor le dan un camarote gratis), pero, paguen lo que paguen, merece la pena.

Las funciones de noche son para mayores de veintiuno, aunque la entrada está oscura y atestada, y anoche logré colarme sin que me pillaran y quedarme de pie detrás de un carrito de comida abandonado. No hace falta que diga que he escuchado sus discos más veces de las que he cenado caliente. Seguramente, he desgastado una docena de agujas solo al poner *MacArthur Park*. Metí en el equipaje cinco casetes tuyas para el viaje (las otras doce van en las cajas). Como sin duda ya sabes, ella es el símbolo de un régimen completamente nuevo, gobernado por las máquinas pero secretamente desolado. Estoy convencido de que ella es consciente de este fenómeno y de que esto le crea angustia. «Esta fuerza monstruosa, monstruosa.» Eso le dijo a *Rolling Stone* al hablar de su carrera. «Hay toda una producción de personas y decorados de los que eres responsable, creada por el público y por todo lo que te domina hasta que asumes la carga de convertirte en *máquina*. Y, en determinado momento, las máquinas se rompen.» Está llena de las cicatrices que le han dejado oídos y ojos como los míos. Formo parte de esa fuerza monstruosa. Y no puedo evitarlo. La música es salvífica.

Pues ahí la tenía, en vivo y en directo, en la misma sala que yo, con unas deslumbrantes lentejuelas blancas, un brillo labial de color rojo sangre y una

sombra de ojos de tono azul metálico, con el labio superior y la nariz muy marcados y levemente dirigidos hacia el cielo, igual que en las portadas de los discos (¿sabías que se crio en Dorchester?), y con las largas uñas pintadas firmemente enroscadas en torno al micrófono negro y sin cables. El público, compuesto por avaros consumidores de artículos de lujo, no tenía la menor idea de la gran trascendencia de Summer. Solo estaban ahí para hacer la digestión.

No sé si has seguido muy de cerca la polémica que se produjo a raíz de su primer doce pulgadas en Estados Unidos, *Love to Love You Baby* (Oasis/Casablanca, 1975), pero es posible que recuerdes que es uno de los temas que la BBC se negó a promocionar, y que un grupo de emisoras estadounidenses no quiso ponerlo debido a los gemidos que la cantante emitía en él, que quizá simulaban (a lo mejor me consideras demasiado pequeño para decir esto) un orgasmo. Por lo visto, cuando lo grabó (en los estudios Musicland de Múnich, entre mayo y junio de 1975), pidió que atenuaran las luces y cantó la letra tumbada en un sofá, mientras imaginaba que era Marilyn Monroe. Esto no es fácil confirmarlo, lógicamente, pero cobra sentido cuando escuchas el tono entre susurrante y zalamero de las primeras estrofas (que, además, también empleó en directo), y después esos fragmentos guturales y llenos de éxtasis que suscitaron una torrencial andanada de críticas.

Mientras te escribo esto, la tengo sentada a unos dos metros de mí, metiéndole monedas a una máquina tragaperras, vestida con un conjunto de inspiración náutica compuesto por pantalones de algodón blanco, una chaqueta marinera de lino y las mayores gafas de sol que he visto en toda mi vida (una imagen que es puro Halston). Va con un italiano arregladísimo que lleva el pelo a lo afro, un bigote con las puntas hacia arriba y unas gafas de sol casi tan grandes como las de ella, y creo que este hombre es ni más ni menos que Giorgio Moroder, su productor y colaborador, a quien, a estas alturas, ya hay que presentar de veras como uno de los padres de la música disco (te prometo, tía Penny, que nunca me he metido coca, aunque estoy seguro de que él sí).

Eso sí, no siento ninguna necesidad de hablar con ellos. ¿Para qué? Desde un punto de vista social, no imagino que yo pueda interesarlos, y solo podría decirles aquello que ya saben: que están cambiando el devenir de la historia. Cuando ella cantó anoche *Love to Love You Baby* me temblaron las piernas. No obstante, eso no me preparó para el bis, *Our Love*. ¿Conoces esta canción,

que deja sobrecogida el alma? Aparece en la cara C de *Bad Girls*, pero no sonó mucho por la radio hasta hace unos meses, cuando la lanzaron como cara B del doce pulgadas de *Sunset People* (una tema que es soso, una mera glorificación sin gracia y hecha con el piloto automático de la vida nocturna de Los Ángeles; no es uno de sus mejores trabajos). Sin embargo, *Our Love* es mítico. La única forma en que podría hacerle justicia sería pegándole esta carta a un ejemplar del doce pulgadas y mandártelo después todo contra reembolso. La primera y lastimera frase bastaría para dejar inválido a un búfalo de agua. «Te escribo esta frase para darte paz / y para que descanse tu agotada mente». La gente cree que la música disco es superficial, de plástico, sin alma, pero no saben percibir la profundidad de su tristeza. ¿Qué otra cosa existe que te inste a moverte y a llorar a la vez? Cuando Moroder elimina todos los efectos en el momento en que se cumple el primer minuto y solo deja la pista de la batería, y la voz de Summer cobra mayor potencia para entonar el estribillo con gran fuerza, insistiendo en que el amor entre ambos durará para siempre, una y otra vez, doce repeticiones, es inevitable notar la mentira encerrada en esas palabras. Claro que no va a durar. No obstante, ella quiere darnos paz, que descanse nuestra agotada mente. ¿Qué persona no querría eso? ¿Y ese sintetizador efervescente y de otro planeta que aparece al final? ¿Ese par de fuerzas químico y explosivo? Este es el sonido de lo venidero. De Róterdam a Tokio, no hay una sola pista de baile en que no se esté estirando este tema hasta el máximo de sus posibilidades; son los veinte segundos más importantes del álbum. Dentro de dos años, bastará con que te pases por el mercadillo benéfico de unos bomberos para oír ese mismo ritmo sampleado en todas las canciones de éxito de las radios de pop para oyentes blancos con las que meneas las caderas.

Verla en directo ha supuesto un mazazo para el mar congelado que albergo en mi interior. Salí de allí tambaleándome y flipando en todos los colores del arcoíris. Fue entonces cuando vi a Alec al final de la cubierta de paseo. Resulta que él también ha pasado unos días complicados. Por lo visto, lo había raptado una banda dedicada a la prostitución infantil que está en la cubierta número 3. Ingleses, rusos, cree que quizá algún holandés. Estaban a punto de meterlo en una caja y de mandarlo de contrabando a un complejo turístico soviético situado en el mar Negro cuando logró esconderse en la parte inferior de un carrito del té con cortinas que lo llevó sobre ruedas a la cocina. Evidentemente, me quedé perplejo. Un transbordo a Sebastopol no habría sido la mejor de las opciones para Alec. Por lo que tengo entendido,

una vida de esclavo sexual tiende a ser de pesadilla. Lo que sí me pregunto es lo siguiente: ¿hay algo que *no* esté pasando en este barco?

Por favor, no le comentes este último episodio a papá ni a mamá. Ya andan muy agobiados en este momento y hacemos todo lo posible por no preocuparlos con otros asuntos. Alec dice que a partir de ahora no volverá a pisar esa cubierta, y que tampoco entrará en el casino por las tardes, cuando permiten que los menores jueguen a las tragaperras. A Celia se lo hemos contado, pero ella dice que Alec se lo ha inventado; ahora mismo se está leyendo una biografía en nueve volúmenes de la familia Brontë y no quiere que la interrumpen.

Supongo que la moraleja es que, vayas donde vayas, la vida te sigue, te atrapa y te rapta (era broma). Solo nos quedan dos días para tomar puerto en Inglaterra, donde se podrá trasladar a mamá a un centro de atención terciaria. ¡Y, en la última noche de la travesía, Donna Summer va a volver a cantar!

¡Ven a vernos pronto!

Con cariño,  
Michael

7 de septiembre

Querida tía Penny:

Esperaba estar escribiéndote ya desde Inglaterra, pero resulta que nuestro viaje se ha prolongado. Papá, como ya sabes, es un mago del regateo, un maestro a la hora de viajar con clase por un precio muy inferior al establecido. Aunque en esta ocasión se ha superado. Hará una semana, mientras oteaba el horizonte con los prismáticos para ver la punta de Cornualles, distinguí un grupo de islas por el lado de babor, que a su debido tiempo pude determinar que eran las Azores. ¡Esto explicaba muy claro lo de la «ola de calor»! Los pasajeros llevaban varios días quejándose de que se les quemaba la piel y quitándose las cazadoras como si fueran prostitutas. Empezó a haber mucha humedad y a nadie le apetecía moverse. En un primer momento, los miembros de la tripulación se mostraron reservados y únicamente nos dijeron que podíamos esperar una gran sorpresa. No obstante, cuando echamos el ancla en las inmediaciones del golfo de Guinea, la gente

exigió explicaciones. El capitán habló por megafonía y nos contó que de vez en cuando la compañía Cunard añade una excursión tropical como agradecimiento a sus fieles clientes. Sin aumento de precio, añadió, y con champán gratis.

Al menos para los que siguen a bordo. Resulta que el encontronazo de Alec con los malhechores de la cubierta 3 solo es la punta del iceberg. Al principio únicamente daba la impresión de que venía menos gente a cenar, e imaginamos que el calor los había dejado sin apetito. Tenía sentido que los ancianos sí siguieran viniendo, debido a su mayor apego al decoro. En lo referente a la excursión tropical, en esencia, nos quedamos sin movernos bajo el sol abrasador. Enseguida notamos que todo ese rollo promocional era un bulo. He estado bajando todas las mañanas al salón recreativo después del desayuno, a jugar a los videojuegos, y, dos días después de que echáramos el ancla, al abrir la puerta vi algo peculiar: una hilera de chicos desnudos, de entre trece y veintitantos años, alineados contra una pared y maniatados. Con mucha imaginación, supongo que podría considerarlo un evento gay de determinada índole que no se había anunciado en el programa público. Eso también habría explicado que dos miembros de la tripulación estuvieran embadurnando los cuerpos de los muchachos con aceite para bebés. Pero, si aquello era una especie de club para miembros con aficiones comunes, ¿por qué lloraban tantos de ellos? Aquello me dio demasiada vergüenza para contárselo a nadie, menos aún a papá, así que dejé de acudir a esa sala.

Pero lo que hizo que la mayoría empezara a alarmarse fue ver cómo el primer bote salvavidas se dirigía a la costa lleno de hombres desnudos y con el cuello metido en un yugo. Creo que esto fue, como suele decirse, la llamada de atención. ¡Resulta que este trasto es todo un barco de esclavos blancos! Y menudo cargamento lleva.

Llegar tarde a Southampton era una cosa, pero esto parecía inexcusable. Y la explicación del capitán (que la naviera tenía un contrato con el Gobierno estadounidense para trasladar a delincuentes extraditados a Gabón) no se nos antojó demasiado convincente a muchos de nosotros. ¿Cuántas personas suele extraditar Estados Unidos a Gabón, a ver? Y, por mucho que fueran delincuentes, ¿acaso no merecían cierta protección solar? En nuestra mesa, los Milford aseguraron que iban a pedir que les devolvieran todo el dinero (incluidos impuestos y tasas) y que se estaban planteando distribuir una queja. Sally Milford dice que la Cunard está muy de capa caída. Y mamá se ha llevado una desilusión, no solo por seguir con la tracción ortopédica, sino

también porque nuestra vivencia de una travesía atlántica no ha tenido nada que ver con sus viajes anteriores, de los que tan buenos recuerdos guarda. He visto a papá tratar con insolencia a muchos empleados de hotel, pero esta vez le ha montado una buena al sobrecargo, el oficial de mayor rango con el que ha podido hablar. Le ha dicho que conocía a un miembro de la junta directiva de la Cunard (lo cual no es cierto) y que los responsables de haber expuesto a los pasajeros a este feo asunto tendrán que dar explicaciones.

Aunque la verdad es que no sabíamos que todo podía ir de mal en peor. Todavía nos daban tres comidas y postre. Lorenzo, nuestro camarero, seguía poniéndole a Celia una flor en el plato de la tarta todas las noches, y todo el personal de servicio seguía cantándoles a quienes cumplían años o tenían algún aniversario. ¡Al menos, hasta que la mitad de los comensales contrajeron el dengue! A mamá la echaron de la enfermería, como si fuera una vulgar mentirosilla, para hacerle hueco al ejército de afectados. Aunque lo que fue nauseabundo, literalmente, es que las tuberías del barco se atascaron (no sé qué relacionado con una bomba rota), lo que implicaba que ya no podíamos tirar de la cadena. Nos dijeron que mandarían a algún miembro de la tripulación a desatascarlas al menos una vez al día, pero, como ha sucedido con muchas de sus declaraciones, ha resultado ser falsa.

Ahora, los botes salvavidas salen cada pocas horas, atestados de pasajeros en pelota picada y todo lustrosos, como levantadores de pesas profesionales, encadenados de pies a cabeza; las barcas vuelven vacías. Celia cree que a los más corpulentos los venden para sacarles la grasa, y que lo más probable es que los más esbeltos pasen a formar parte del sector agrícola, o que se comercie con ellos en zonas del interior para adquirir otros bienes; dice que lo ha leído en el *National Geographic*. Yo le he contestado que eso es imposible, que lo que ha estado pasando aquí tiene que estar relacionado con la economía sumergida. Pero ella me ha dicho que no, que está segura de haberlo leído, y que lo que la gente más temía era el canibalismo, aunque esto era un estereotipo racista. En el peor de los casos, la grasa de la gente se extrae para obtener combustible, no comida. Seguramente por eso no se han llevado todavía a ninguno de nosotros, porque estamos demasiado flacos.

La verdad es que creo que mamá está de lo más cabreada. Lo cual siempre me pone nervioso. Quiero encontrar el modo de tranquilizarla, pero a veces se pone fuera de sí y no hay forma de sacarla de ahí. Da miedo.

Claro que no es la única. Los Milford están para atarlos. Si firmo una vez más esa reclamación suya en la que exigen que el capitán dimita, me van a

detener por fraude. En la cena no hablan de otra cosa. Me dan la impresión de ser de esos progresistas alterados que agradecen tener al fin la ocasión de indignarse cuando les pasa de verdad algo a *ellos*. Supongo que hay personas que quieren contagiarte sus obsesiones para no sentir tanto que son los únicos en tenerlas. Pero ¿es esta la forma de actuar de un adulto?

Eso sí, hemos acabado conociendo a ciertas parejas de los camarotes cercanos, como a Jim y Marsha Pottes, de Harrisburg, mejor de como lo habríamos hecho en otras condiciones. Jim dice que nuestra situación le recuerda la batalla de las Ardenas, aunque Marsha añade que a él *todo* le recuerda la batalla de las Ardenas, y que qué tiene eso que ver con la esclavitud, en cualquier caso. Esta mujer me cae bien. Siempre tiene cerca un cubo de hielo lleno de té Lipton y lleva uno de esos monos de una pieza que, aunque ella ni siquiera sea consciente de ello, seguramente le darían acceso al Studio 54 si se lo pusiera montada en una gacela. Pero si les hablas de los Milford a Jim y Marsha, estos se limitan a poner los ojos en blanco. También es verdad que lo de atar ayer a Sally a un banco de la cubierta superior y darle latigazos hasta que acabó sangrando por un costado, y después dejarla ahí, expuesta al sol, fue una medida más dura de lo necesario. Aunque el argumento de Jim era que a Sally no la van a llevar a la costa para venderla, así que no le vendría mal dejar de meter las narices en los asuntos de los demás de vez en cuando. Roma no se hizo en un día (Jim también repite esto mucho).

Huelga decir que, entre una cosa y otra, el ambiente social del barco se ha visto resentido. Veo a menos personas comprando en la joyería o haciéndose un retrato, y creo que algunas de las parejas que se han casado durante la travesía lamentan no haber optado por una boda en tierra firme.

Bueno, tengo que irme corriendo. Es la hora de los nuevos ejercicios en grupo que el capitán nos obliga a hacer. Pronto habrá más, te lo prometo.

Con cariño,  
Michael

19 de septiembre

Querida tía Penny:

¡Este viaje es un desastre! Ahora mamá ha pillado el virus ese de Marburgo, *¡el mismo que te obsesionaba el año pasado!* Hace lo que puede por dejar de sangrar, pero hay que ver, menudo ROLLO. Nuestra situación empieza a ser ridícula. Da la impresión de que vamos a estar aquí sin movernos hasta que nos hayan subastado literalmente a todos. Ahora ya no solo utilizan botes salvavidas. Canoas, lanchas de la marca Boston Whaler, toda una cohorte de pequeñas embarcaciones llegan, negocian con la tripulación y se llevan a los pasajeros directamente por la entrada de servicio de babor. Hay al menos otros tres cruceros anclados cerca de nosotros haciendo lo mismo. Qué raro, ¿eh?

Hace unos días, un grupo de personas empezó a decir: «A tomar por saco», y a tirarse del barco. Jill Sinclair, compañera de mesa de los Pottes, se lanzó después de que su marido la palmara por culpa del dengue (aquí no hay depósito, así que los cadáveres siempre se echan al mar, aunque debo decir que las ceremonias se han estado volviendo cada vez más sencillas). Según su marido, la señora Sinclair sabía nadar bastante bien. Aunque, por lo visto, no lo bastante rápido para que no la alcanzase un montón de tiburones. Aquello fue un documental de naturaleza en vivo y en directo, que hizo que algunos se tranquilizaran un poco, pero no todos. Hemos llegado a tal punto que el capitán ha creído necesario mandarle a la tripulación que ponga redes en todos los bordes del barco, para evitar que la gente diga adiós, muy buenas. Supongo que esto equivale a una especie de operación de salud pública, aunque debo decir que no consuela mucho.

Para mi asombro, Celia ha dejado de leer lo de la vida de las Brontë y ahora está más disponible, pero la situación sigue siendo tremenda. Y tiene razón: el canibalismo es lo que más miedo da, por delante de lo que seguramente sean las condiciones laborales nada óptimas de las minas angoleñas. Muchos dicen que habrá sido una de esas hambrunas de África lo que ha hecho que este negocio vaya como un tiro, pero no tienen ni idea, porque el hambre suele darse en Etiopía, y no creo que los turistas blancos puedan ser más baratos que el arroz. La verdad es que no queda mucha grasa en estos cruceros. Entre la disentería y la bazofia que están comprando en la costa para alimentarnos, deberían promocionar el viaje como si esto fuera una clínica de adelgazamiento. Alec vuelve a pesar diez kilos, lo que ha vuelto a mamá loca de preocupación. Intento que no olvide que debe centrarse en sus hemorragias. Alec engordará enseguida en cuanto lleguemos a Inglaterra.

Ya te he comentado lo de los ejercicios obligatorios, ¿verdad? Me parece

que no es la cláusula contractual preferida de Donna Summer, quien les canta algunas de sus mejores canciones a los quinientos pasajeros restantes, que se apiñan en la zona de la piscina de popa, mientras la tripulación nos ordena a todos, por megafonía y a gritos, que bailemos. No obstante, Summer logra darle un no sé qué extraordinario a sus conciertos. Daría mis incisivos por tener una grabación de su versión de ayer de *On the Radio*. El piano y las cuerdas del principio siempre han oscilado entre la sensiblería que practican los músicos de sesión de Los Ángeles y el preludio de una tragedia, que solo redime la pureza de su voz en esa primera estrofa. Pero ayer alcanzó cotas aún más altas, un anhelo tan límpido como el júbilo. «Han encontrado la carta que me escribiste en la radio / y le han dicho al mundo cómo te sentías...» Cuando ha entrado la percusión, podría haber jurado que le veía lágrimas en los ojos. Se le corrió el maquillaje, como le pasó al rímel de muchas de las damas que estaban frente a ella, que siguen maquillándose todas las mañanas aunque les hayan confiscado la ropa y el equipaje. No bailan especialmente bien y pueden llegar a estar bastante amodorradas, pero ayer vi que muchas de ellas cerraban los ojos y empezaban a mover las caderas, no siguiendo el sonido la caja de ritmos, sino la cadencia de las palabras.

Cuando llegó a la estrofa central, la cubierta de la piscina podría haber sido perfectamente el Paradise Garage a las dos de la madrugada de un domingo, aunque sin gais y sin negros. Summer logró que ese público de muertos de hambre de piel quemada bailara con frenesí. Se iban tropezando con las cadenas, pero enseguida se levantaban.

Después de la sesión de esta mañana (*Dim All the Lights* y *Bad Girls*, seguidas de un *MacArthur Park* que ha llenado los ojos de lágrimas incluso a la agotada tripulación), he pasado por delante de una *suite* de la nueve, cuya puerta se habían dejado entreabierto, y ahí estaba Donna, arrodillada al pie de la cama, rezando. He sentido más vergüenza que nunca al ir solo con ropa interior. En cualquier momento, su guardaespaldas iba a volver de su pausa para ir al baño y a echarme a empujones. Aun así, había algo en esa imagen de verla rezando que me ha cautivado, y no he podido evitar observarla.

A estas alturas, supongo que ya no existe ningún motivo para no contarte que he llegado (perdón por la confesión) a «darme placer» varias veces mientras escuchaba *Love to Love You Baby*, y no solo fijándome en el sonido de la caja de ritmos, sino en ciertas visiones más centradas en la artista en sí. Por lo visto, ella siempre se ha considerado normalita y no se siente nada cómoda con su aspecto físico. Al leer esto me sentí más cercano a ella,

aunque solo sea porque a mí me pasa lo mismo. Mientras la contemplaba por el hueco de la puerta, Giorgio Moroder la ha abierto de par en par y se ha sobresaltado al verme. «Lárgate», me ha dicho con acento italiano. No he pensado, me he limitado a reaccionar. «Es usted el mejor productor de nuestro tiempo», le he dicho.

Eso lo ha dejado perplejo, y durante unos instantes ha dado la impresión de que no sabía cómo tomárselo. Él también llevaba unos grilletos de hierro. Lucía los pantalones de lino a rayas sucios y hechos jirones. Me ha preguntado cuántas de sus primeras obras en solitario conocía. «Todas», he contestado. *That's Bubblegum, That's Giorgio* (Hansa, 1969), que no es precisamente uno de los discos más importantes del género *bubblegum*, pero esa no es la cuestión. En esas canciones se nota que ya empezaba a fijarse en aquello que le llevaría al sintetizador Moog y a la revolución del sonido de la vida moderna, a una música que refleja con una precisión casi aterradora la superficie carente de fricción de la cultura comercial, pero que nos recuerda que siguen siendo los seres humanos quienes se ven condenados a vivir en ella, atrapados en la corriente de su melancolía. Por eso, su primera obra, según le dije con toda sinceridad, resulta interesante del mismo modo en que el primer realismo académico de Picasso puede serlo para un historiador del arte. Me ha dado una toalla para que me tapase y me ha invitado a que entrase en la *suite* de ambos.

Ha cerrado la puerta del dormitorio para que Donna pudiese tener intimidad y entonces me ha contado que esta serie de conciertos no se parece en nada a lo que han hecho hasta ahora. «Una chorrada», ha dicho. Ha estado sobornando a un oficial para que envíe telegramas a todas las personas de Los Ángeles que se le ocurran, para tratar de que se los lleven en avión, pero sospecha que los mensajes no llegan a mandarse. Por lo visto, Donna sufre un problema cardíaco que se le está manifestando; en teoría, la esperaban en el estudio hace cinco días, y tiene la voz al límite. Hemos hablado un rato sobre el Múnich de mediados de los setenta, del dilema de si firmar un contrato con Geffen o no, y sobre que Donna quiere aproximarse más a un sonido propio del *rock* en su siguiente disco. Me han entrado ganas de decirle que no pueden controlar lo que han desatado, que el ritmo únicamente va a hacerse cada vez más rápido y los sintetizadores, a ofrecer mayor belleza, pero me ha parecido una insolencia. Me preocupaba que se abriese la puerta, que Donna apareciese y quedarme boquiabierto y con cara de feo. Así que al final he dicho que me tenía que ir y he vuelto a toda prisa a nuestros camarotes de la

cubierta número 5.

Si soy sincero, tía Penny, no sé muy bien qué va a ser de nosotros ahora. Pensábamos que la cosa ya andaba mal cuando hace dos días dejaron a papá encadenado a Jim Pottes, haciendo que a todo el mundo le costase dormir, pero entonces papá se despertó con el cadáver de Jim encadenado a su tobillo y su muñeca, muerto por culpa del virus de Marburgo que, seguramente, le había contagiado mamá. Perdimos la mitad de la mañana limpiando toda la sangre y las mucosidades (menos el tiquismiquis de Alec, que dijo que le dolía la cabeza). Tenía la intención de leer un montón durante este viaje y casi no he podido hacerlo. En todo caso, a la velocidad con que la tripulación está exhalando el último suspiro, imagino que necesitarán a alguien que vuelva a llevar este trasto en dirección al norte, así que a lo mejor entonces tengo ocasión de ponerme al día.

Entretanto, cuídate, y que sepas que, aunque este traslado nuestro ha acabado siendo un rollo de proporciones colosales, los cinco no hacemos más que mirarnos, sin despegar la vista unos de otros. Algún día vendrás a vernos a Inglaterra, en nuestra nueva casa, y todos nos echaremos unas cuantas risas al comentar los giros delirantes que puede dar la vida.

Con cariño,  
Michael

# Alec

---

El baño del piso inferior tenía el suelo de corcho y uno de esos extraños toalleros eléctricos. Había bañera, pero no ducha. Para vaciar el retrete había que tirar de una cadena que colgaba de una cisterna situada en lo alto de la pared. El lavabo quedaba alto y era minúsculo. Pero nadie podía verte en el baño, no tenía ventana, con lo que era un lugar seguro. Y además estaba caliente, a diferencia del resto de habitaciones, y muy iluminado.

Me senté en el inodoro hasta que se me durmieron las piernas, pero aun así no salió nada. Al estar ahí tanto tiempo, con un cosquilleo en las piernas, me parecía que tenía el poder de traspasar la puerta con la mirada, de atravesar el recibidor y vislumbrar el camino de entrada y el sendero que Michael calificaba de cursi a más no poder, y, detrás, a través de las otras casas, llegar a divisar el centro del pueblo en el que ya llevábamos viviendo casi dos cursos escolares, ver también las extrañas tiendas de alimentación inglesas, la carnicería y la verdulería, y el quiosco. En aquel lugar, los domingos eran el único día en que podía ponerme pantalones largos, porque era el único en que no tenía que ir al colegio, y los largos eran para los chicos de los cursos superiores, a los que les había salido el vello púbico.

La arrugada lana gris de mis pantalones estaba hecha un gurrño en torno a mis tobillos. Cuando las piernas dormidas empezaron a dolerme, me levanté y me los quité. Ahora lo único que llevaba era la sedosa camisa blanca de Michael, que me transmitía la sensación de que alguien me estaba tocando. Me la desabotoné y también la dejé caer al suelo. Puse el taburete delante del lavabo y me subí a él para verme desnudo en el espejo, entonces me incliné y di unos golpes al cristal con el pene.

«Venga, no te cortes y mira a gusto, pedazo de gilipollas», me había dicho Linsbourne en las duchas, después del partido. Me había quedado mirándolo sin darme cuenta. Todos se fijaron en mí y yo dirigí la vista al agua con jabón que formaba charcos junto al desagüe.

Sin embargo, en este sitio, con la puerta cerrada, nadie podía ver cómo me zarandeaba el pene arriba y abajo con el mango del cepillo de dientes, ni

cómo corría desnudo describiendo círculos en torno a la alfombrilla de baño. Rocé con las piernas sin ropa las curvas del toallero, y el radiador, que quemaba, y con el vientre, el pomo del armario de la ropa blanca. Luego me aburrí y me dirigí a la puerta.

Cogí el pomo del cerrojo corredizo con los dedos pulgar e índice. El pestillo estaba duro y costaba usarlo. Mamá lo repetía mucho. Había que apretarlo hasta que te dolían los dedos. No dejaba de pedirle a papá que lo arreglase. Apreté tanto que noté un leve dolor en la parte central del pulgar. Pero no bastó para que se descorriera. Lo cual me excitó de nuevo. Con un empujón fuerte, podrían abrirlo y descubrir que estaba desnudo.

Llamé a la puerta. Después me quedé muy quieto y agucé el oído, sin respirar. No pasó nada. Llamé otra vez con más fuerza. Oí pasos. Mamá entraba por el recibidor.

—¿Quién está ahí dentro?

—Soy yo. La cerradura se ha atascado. No puedo abrirla.

—Empuja con algo más de fuerza.

Volví a apretar el tirador, lo bastante para notar la punzada de aquel dolor pequeño.

—Está muy duro —dije—. No se mueve.

—Pues encuentra algo con que empujarlo. El mango del desatascador o algo así.

Hice lo que me pedía; crucé el baño, desnudo, cogí el desatascador y froté la parte de madera contra el metal lo bastante fuerte para que ella lo oyese.

—No cede —dije.

—¿Qué pasa? —preguntó Celia, que bajaba por las escaleras.

—No puede abrir el pestillo.

—¿Por qué, es demasiado débil?

—¡No! —exclamé desde detrás de la puerta—. Porque se ha quedado atascado.

—Pues empuja más fuerte.

—Ya lo ha intentado. Sabía que esto iba a pasar. Se lo he dicho a vuestro padre.

Kelsey empezó a dar golpetazos con la cola en la parte inferior de la puerta, excitada por nuestras voces. Oí que Michael cruzaba el salón.

—Alec se ha quedado encerrado en el baño —le informó Celia.

—Siempre digo que es el que tiene más suerte —comentó Michael—, pero nadie me cree.

—Con eso no ayudas —dijo mamá—. Tengo que ir a vigilar la carne. ¿Podéis ayudar a vuestro hermano entre los dos, por favor?

—Abre ya —dijo Celia—. Necesito mi horquilla.

—No puedo —dije, mientras me ardían las mejillas y un extraño mareo me elevaba el cuerpo, hasta que estuve a punto de quedarme flotando a pocos centímetros de ellos, únicamente tapado por la puerta.

—¿Qué condiciones tienes ahí dentro? —preguntó Michael—. ¿Vas bien de provisiones?

—Le estás dando ánimos —dijo Celia, marchándose al salón—. Déjalo ahí y ya saldrá.

Pero Michael se quedó. Se sentó en la silla auxiliar de mimbre que chirriaba, junto a la mesa del recibidor. Oí que se abría un cajón y, al cabo de un instante, apareció por debajo de la puerta el extremo de un cordón negro.

—¿Esto qué es?

—Puedes atarlo al pestillo y tirar.

Apoyé la espalda desnuda contra la pared y me deslicé hasta quedarme sentado con las piernas cruzadas.

Michael odiaba su colegio tanto como yo el mío, al menos al principio. Lo había contado entre lágrimas, aunque parecía demasiado mayor para hacerlo. Yo lo escuchaba de noche desde mi cuarto, cómo mamá le decía que todo se arreglaría, que conocería a gente y que la cosa mejoraría. Esa era la época en que los dos aún jugábamos juntos con Kelsey los domingos, cuando la llevábamos a la misma habitación en que estaba la gata persa de color blanco que ya vivía en la casa para ver cómo se peleaban. Pero ahora Michael lo que solía hacer era irse a Oxford a comprar discos. Durante la semana no llegaba a casa hasta la hora de cenar, y después siempre se ponía a estudiar.

—¿Dónde está papá? —pregunté mientras intentaba apañármelas con el cordón.

—En la cama —contestó Michael—. Donde últimamente acostumbra a estar.

—¿Por qué duerme tanto?

—Estará cansado, imagino. Muy cansado. Por lo visto, te pasa eso cuando te quedas en paro.

—¿Cómo?

—Te va a recoger al colegio, ¿no? ¿Eso lo había hecho antes?

Papá había empezado a venir a buscarme al colegio en el mes anterior, en la furgoneta Skoda de color azul. En el trayecto a casa, en el tramo recto de la

carretera secundaria, pisaba el acelerador hasta llegar a los ciento veinte o ciento cuarenta kilómetros por hora, luego ponía el coche en punto muerto y apagaba el motor. Bajábamos el valle a toda velocidad, avanzando sin consumir gasolina a través de los campos abiertos, viendo hasta dónde llegábamos, si lográbamos alcanzar el *pub* del puente, hasta que ya solo íbamos a pocos kilómetros por hora y los coches de detrás nos pitaban y nos adelantaban.

—No seguirá ahí dentro, ¿no? —preguntó mamá, ahora inquieta—. Esto es ridículo. ¿Dónde está vuestro padre? Michael, ve a buscarlo.

Me acerqué de un salto al lavabo y me vestí. Luego me dirigí a la puerta y estuve a punto de descorrer el pestillo, pero no lo hice. Esperé. A notar las pisadas de mi padre en el techo, por encima de mí. A oír cómo se movía en su dormitorio. Ahora tendría que levantarse, no le quedaba más remedio. Entonces lo oí en las escaleras, y su voz justo al otro lado de la puerta.

—¡Alec!

—¿Sí?

—¿Se puede saber qué ha pasado?

—El pestillo. Está atascado.

Salió del vestíbulo sin decir nada y regresó al cabo de un momento; oí unos arañazos en la parte inferior de la puerta y vi el extremo de unos alicates. Pero no cabían por debajo. Se levantó de nuevo y volvió con unos más pequeños, que me pasó.

Agarré el tirador con ellos e hice que rozaran contra el metal.

—Tienes que apretar —añadió.

Dejé de arañar y solté un pequeño gruñido.

—No funciona —dije—. Sigue atascado.

—Por Dios —intervino mamá, volviendo a la carga—. La comida está en la mesa.

—¡Abre la puta puerta! —exclamó Celia.

—Te prohíbo que hables así —dijo mamá.

Ahora los cuatro se encontraban ahí, y también Kelsey. Papá estaba callado.

Me notaba los latidos del corazón en los oídos.

—Y ahora ¿qué? —le preguntó mamá a papá—. ¿No tienes nada más que aportar?

—Alec —dijo él—. Échate hacia atrás, aléjate de la puerta.

—John, ¿qué haces?

—La voy a tirar abajo.

—¡No! —grité—. Esperad, lo voy a intentar otra vez.

Cogí los alicates, los hundí en el acero y descorrí el pestillo de un tirón.

# John

---

Desde el claro del bosque, alcanzo a ver el río a través de los abetos, hasta el punto en el que una roca enorme divide la corriente lenta, que ahora cubre la sombra matutina. La roca está callada e inmóvil en el abrumador calor estival. Tiene la paciencia inhumana de los objetos. Un recordatorio de que al tiempo mineral le dan igual los sentimientos, la vida. Todos los seres humanos, una ruina en ciernes. En un planeta que es una ruina en ciernes. Lo cual no dice nada de la divinidad, ni en un sentido ni en otro. Lo único que sé es que este suplicio es aquello en que se ha convertido mi ínfima cantidad de tiempo.

Mi gran regreso al Reino Unido fue un gran fracaso. Había una recesión. Costaba mucho venderles un riesgo calculado a mis displicentes compatriotas. El mercado a la baja les inspiraba una cautela aún mayor. Hice lo que les decía a todos los empresarios a los que formé que jamás hicieran: instalar a mi familia antes de contar con suficientes contratos. Estas, al menos, son algunas de las excusas que Margaret me anima a darme para explicar lo que pasó. Eso sí, cuando no la consumen el miedo y la rabia que le causan que los niños y ella ya se hayan desplazado dos veces: primero para trasladarnos allá, para recuperar los muebles del almacén donde estaban, para inscribir a los niños en colegios ingleses, y, al cabo de menos de tres años, para batirnos en retirada y volver aquí, a Estados Unidos. Por mi culpa. Porque me despidieron mis propios socios, me dijeron que ya no podían sufragar mi deterioro... en la empresa que yo había creado. Para regresar a una localidad distinta y a colegios distintos, todo nuevo otra vez. Walcott, al oeste de Boston. Porque aquí, al menos, un hombre cuyo negocio yo había ayudado a iniciar se apiadó lo bastante de mí para ofrecerme un empleo. Algo que en sí no podía durar, y no lo hizo. Dieciocho meses de trabajo, después la sugerencia de que lo hiciera a tiempo parcial, y después, hace pocos meses, eso también tocó a su fin.

Frente al monstruo, siempre he buscado un significado. No como un fin en sí mismo, porque, tal como suelen suceder las cosas, ¿quién necesita tenerlo de forma consciente? Que el significado sea algo inmanente, percibido de forma fugaz, en todo caso. Pero esto no sirve de nada cuando el monstruo te ha metido su tentáculo por la nuca y te está absorbiendo la luz que te entra por los ojos, que sale entera de ti para sumirse en la boca del olvido. Así pues, como un inválido, anhelo lo que otros no saben que tienen: un significado cotidiano.

Lo que tengo son palabras. Pero el monstruo no acepta palabras. Le puede servir el habla, pero no las palabras de la cabeza, que son sus secuaces. El ejército de muertos minúsculos e invisibles que blanden sus guadañas pequeñas y rotatorias que hienden la carne de la mente. A diferencia de las cuchillas habituales, estas se afilan con el uso. Con la repetición se vuelven de lo más cortantes. La autoinculpación, de ser algo, es repetitiva. Esto no tiene nada de profundo. Se limita a ser infinito.

Enseñé a mis hijos a manejarse en el agua, cómo entrar y salir de un barco, cómo remar, cómo dirigir una lancha fueraborda y hacer nudos, y, cuando se me presentó la ocasión, les enseñé también a navegar. Les expliqué cómo se monta en bicicleta, y en el campo, en Samoset, abrí caminos en el prado para que los recorrieran en ella, y les construí una casa en un árbol. De nuevo en Gran Bretaña, durante los dos años y medio que duramos, les mostré castillos y murallas romanas, y les transmití las nociones históricas que recordaba del colegio. Se podría decir que fui para ellos el padre que nunca tuve, pero eso suena tremendamente estadounidense y psicológico. Mi padre hizo lo que su época esperaba de él, sin quejarse, y no le guardo el menor rencor. Nadie esperaba que nos conociéramos y no lo hicimos. No fue él quien introdujo el monstruo en mí; es más viejo que él, y mucho más astuto. Mi progenitor trabajaba en la empresa de transportes que su familia tenía en Belfast y, al cumplir los treinta años, se convirtió en su agente en Southampton, donde conoció a mi madre. Mantuvo a su familia a lo largo de la Gran Depresión y durante la guerra, se cercioró de que sus hijos recibieran una educación adecuada, sin dejar nunca de hablar muy poco, lo que nunca fue una privación porque yo nunca lo había visto actuar de otro modo. Es fácil atribuirles demasiada importancia a los padres, he de decir.

Hace unos meses me cegó una niebla, más densa que todas las anteriores. Dormí en brazos del monstruo. Noté su aliento en el cuello, cómo las escamas de su vientre subían y bajaban al rozarme la espalda, su cabeza y su rostro invisibles, como siempre. Con Margaret ya no podía fingir que seguía trabajando. Los niños fueron desapareciendo hasta convertirse en ruidos que me arañaban los tímpanos. Dejé de moverme. Pasaron las semanas, indistinguibles unas de otras. Olía mi propia podredumbre, mis axilas, mi aliento, mi entrepierna, como si la parte viva de la muerte ya hubiera empezado, la descomposición preliminar, a medida que la voluntad se va esfumando. En Dante y en Milton el infierno es un lugar de gran intensidad. Las luchas de los muertos se organizan en función del pecado. La oscuridad bulle de vida. Hay historias y más historias que contar. Sin embargo, en la niebla no hay nada que ver. El monstruo junto al que yaces es el tuyo. La lucha es eternamente íntima. Pensé que todo había terminado. Que una noche la bestia que tenía a mi espalda apretaría más fuerte y que yo dejaría de respirar. Lo que quedaba de mí así lo esperaba.

Pero eso no sucedió. A través de la ventana del despacho, veía las hojas del arce japonés, el tejado de la casa de los vecinos y nubes que se extendían por el cielo. Empecé a recordar detalles. Polvo bajo la luz del sol. El tejido de la moqueta. Las mismas cosas que antes habían anunciado problemas al amenazar con desviar mi atención y distraerme del argumento de una conversación ahora constituían, curiosamente, indicios de animación mental: la captación del color, la nítida delineación de los objetos delante de sus fondos. Salí de la cama. Hablar parecía casi imposible, aunque empecé a comer otra vez con la familia. Margaret estaba agotada, pero se aseguraba de preparar la cena casi todas las noches. Me fijé de nuevo en lo extrañamente bellos que eran mis hijos, incluso en medio del ambiente lúgubre que yo había impuesto en la casa. El cabello negro de Celia brillaba en la luz lechosa de la lámpara del aparador, y la rabia inflamaba sus ojos enormes por la asfixia que le suponíamos su madre y yo. Y Alec..., de forma inquietante, ya medía lo mismo que yo, siempre trataba de seguirle el ritmo a su hermana, evaluaba sus opiniones en función de la fuerza de las de Celia, inocente y a la vez teatrero (quizá sea esto último lo que le confiere inocencia). Me parece impensable que yo haya sido tan joven, al menos de forma tan poco reservada. Alec me observa por el rabillo del ojo, sin saber muy bien quién o qué soy.

Y luego está la silla vacía de Michael. Volvió con nosotros de Gran Bretaña, pero no soportaba este sitio. O a lo mejor no me soportaba a mí. Simon, un amigo de la secundaria, le dijo que podía volver y quedarse con su familia mientras acababa el último año de clases, y al final accedimos. Tenía sentido, desde luego. Si yo no hubiera creado un desastre semejante, él no habría sido tan desgraciado. La verdad es que su ausencia facilita las cosas. Me cuesta más mirarlo a él que a los otros dos. Cuando era pequeño, se tropezó en unas escaleras de Battersea y se dio un golpe en la cabeza. No se hizo una herida grave y Margaret no me llamó a la oficina. Pero más o menos a la misma hora, mediada la mañana, me entró un dolor de cabeza tremendo, lo bastante fuerte para que saliera del edificio a que me diera el aire. Mientras paseaba por el parque, intentando que se me pasara, noté que le había pasado algo. Cuando llamé a Margaret no le comenté que ya sabía lo que me iba a contar porque no quería inquietarla.

De niño, Michael era callado y muy reflexivo. Había veces en que traslucía una actitud mística, como les pasa a veces a los niños, como si estuviera contemplando con toda calma la naturaleza de las cosas y fuera lo bastante sabio para saber que no había palabras con que expresarla. Aunque era más frecuente que su clarividencia lo sumiera en la angustia. ¿Había gasolina suficiente en el coche para que llegásemos a casa de su abuela? ¿Teníamos tiempo suficiente para coger el tren o se marcharía sin nosotros? ¿Y si el agua se derramaba al hervir mientras su madre no miraba? ¿Y si la policía no sabía dónde encontrar a los delincuentes? Sus preguntas eran infinitas y ninguna respuesta bastaba para apaciguarlo. No me importaba. Luego creció lo bastante para advertir que sus preguntas eran infantiles y, en vez de plantearlas en voz alta, se las empezó a guardar para sí. Dejamos de tener conversaciones en las que le explicaba cosas sencillas. El colegio, que tanta infelicidad le causaba, pasó a un primer plano, y, siempre que trataba de protegerlo de él, por ejemplo, cuando les comentaba a los padres de un compañero que su hijo se burlaba de él, yo solo empeoraba la situación. Ahora es más alto que yo, está flaco como un palo y habla a una velocidad insuperable, no con preguntas sino con una infinita inventiva, con una imaginación que va más deprisa que él, para asegurarse de que todo sigue moviéndose, de que no se queda atascado.

Hace unas semanas, la primera noche en que volví a cenar con Margaret y los

niños, Celia no dejó de estrujar la servilleta en la mesa, a su lado, apretándola y soltándola. Cuando le dije que se la pusiera en el regazo, me contestó a gritos que haría lo que le apeteciese. Margaret soltó los cubiertos con gran estruendo y nos dijo que, si no parábamos, se levantaba de la mesa. La noche siguiente fue un poco mejor. Michael no estaba para distraer a sus hermanos haciéndolos reír, pero aun así fue mejor.

Como me he levantado de nuevo, he empezado a pasear. Me despierto temprano y saco a Kelsey, que se suelta de la correa en cuanto llegamos al bosque. El oxígeno fresco de las plantas y los árboles, antes de que el sol los haya secado, resulta balsámico para mis pulmones. Siempre he preferido los bosques de Estados Unidos a los de la parte de Hampshire en la que crecí, de los que no puedo evitar saber que son excepciones valladas en medio de ciudades, pueblos y granjas. En Nueva Inglaterra pasa al revés: hay una serie de claros dentro de un bosque. Si sigues avanzando hacia el norte, los claros van menguando hasta que ya no quedan. Aquí no me cruzo con nadie, y eso es lo que importa. Mi mente puede descansar. Es entonces cuando mi situación se vuelve evidente. No existe mejora. Existe un amor que no puedo soportar, que ha impedido que pierda el rumbo del todo. Hay medicamentos que puedo tomar y que inundan mi cabeza de forma indiscriminada, que ralentizan al monstruo, que trasladan la lucha debajo del agua, y entonces me toca vivir en la oscuridad. Pero es imposible matar a la bestia. Me ha estado persiguiendo desde que era joven. Y seguirá haciéndolo hasta que muera. Cuantos más años cumplo, más se acerca.

Ya está mediada la mañana cuando cruzo de nuevo el río y sigo el sendero que lleva al prado del final de nuestra calle, en el que ahora ya arrecia el calor de julio. La hierba es de un verde intenso, los manzanos enanos del camino ya florecieron hace tiempo y se preparan para lucir su puro verdor estival, al lado de los rododendros y los lilos, cuyas flores han desaparecido, cuyas hojas se hallan henchidas de sol. El aire huele a la tierra fecunda: la carne que cubre la calavera del planeta, el fango del que surgen las plantas, atareada con la vida inconsciente del calor. Cuando he salido de casa, el sueño embriagaba a Celia y Alec, como les pasa siempre, y no he querido despertarlos. En verano nunca sé muy bien por dónde andan, pero anoche, en la cena, presté atención y me hice cierta idea de dónde iban a estar hoy.

Doblo la esquina antes de llegar a casa y sigo hasta el centro del pueblo. Reina el silencio. Los niños se han ido a un campamento o de vacaciones. En las tiendas hay mesas llenas de artículos y contenedores dispuestos en la acera, y carteles que anuncian rebajas. Algunos patinadores ocupan con gesto taciturno el banco de debajo del toldo de la heladería y observan el lento avance de los coches. Al otro lado de la calle, una mujer me sonríe y me saluda con entusiasmo; yo le dirijo un ademán de cabeza y le devuelvo el saludo, aunque no tengo ni idea de quién es. La madre de uno de los amigos de mis hijos, muy probablemente, alguien a quien he conocido en el colegio o en la entrada de casa, cuando ha venido a recoger a Alec o Celia. Aparto la vista y sigo caminando por si acaso le da por cruzar y ponerse a hablar conmigo. En otra época, habría reaccionado frente al ataque de su buen humor y habría recogido el guante, hasta que toparme con ella se convirtiera en un acontecimiento con un ímpetu propio. En ciertas ocasiones, he participado indirectamente de esa característica innata de la clase media alta de Estados Unidos: su optimismo competitivo. Es lo que me encantaba de trabajar en este país. «¿Qué planes tienes? ¿Cómo va el proyecto? ¿Qué tal el negocio?» En Gran Bretaña, cuando acabé la universidad no teníamos emprendedores, sino gerentes y relaciones industriales. Conocer a alguien en una fiesta daba pie a los circunloquios pensados para sacarle al otro a qué colegio había ido, después de que tu acento ya hubiera hecho que tu compañía resultase aceptable. En Estados Unidos, viajaba en avión por todo el país y hablaba con gente de sus ambiciones más desmesuradas, y siempre estaban contentísimos de verme, aunque no pudiera prometerles nada. Volverlos a llamar al cabo de un par de años, después de que mis socios y yo hubiésemos creado un fondo de inversión, y decirles que quería ayudarlos a hacer realidad lo que habían estado soñando era una sensación estimulante. Pero hace una eternidad de eso.

En esa época, en Samoset, alquilamos una casa por trescientos dólares al mes. Teníamos una furgoneta de segunda mano, un huerto, dinero suficiente para que Margaret se quedara en casa. Alec salía trotando por la calle para recibirme mientras yo volvía del autobús. Me cogía el maletín y lo llevaba por el jardín delantero, por toda la casa, donde Michael y Celia jugaban en la casa del árbol o en el cobertizo, y acudían a toda prisa para entrar por la puerta de atrás antes que yo, a decirle a gritos a su madre que ya había llegado. En verano, comíamos al aire libre en una mesa de pícnic que habían

dejado los anteriores inquilinos, y que yo había llevado a la linde del bosque, a un cuadrado de hormigón cubierto de musgo, desde el que se veía nuestra casa octogonal al otro lado del camino de entrada, circular y de tierra, tablonés blancos con un tejado negro y una chimenea de ladrillo. El tatarabuelo de Margaret había sido carpintero en el pueblo, y resultó ser quien había construido la vivienda para un sacerdote metodista. Entre los miembros del movimiento espiritista había cundido el entusiasmo por el diseño. Al no tener ángulos rectos, se decía que un octógono no formaba esquinas en que los malos espíritus pudieran quedarse atrapados. Por las noches, con las ventanas iluminadas, aquello parecía un faro plano que enviaba su aviso en todas las direcciones. Cuando los niños ya estaban llenos, con sueño, y habían dejado de jugar, a veces simulaba con ellos que la casa estaba encantada, les contaba cuentos sobre personas que se habían reunido en ella cien años antes para hablar con los muertos a la luz de las velas. Michael no quería prestar atención, fingía ser demasiado mayor para historias de fantasmas. Margaret me decía: «Los vas a asustar antes de ir a la cama», pero Alec y Celia me gritaban «¡No, no, sigue!». Les contaba que los vecinos acudían, que se daban la mano en la oscuridad mientras trataban de escuchar las voces de sus familiares fallecidos, que aparecían en nuestro mismo salón y hablaban de la vida de los muertos. Alec me abrazaba por el costado, Celia se quedaba muy concentrada y quieta, contemplando los árboles de detrás de nosotros, mucho después de que Margaret hubiera retirado los platos y de que Michael se hubiera ido a su cuarto; los tres nos quedábamos juntos bajo las ramas cargadas del roble, rodeados por el murmullo de los grillos. Notaba cuantísimo me necesitaban en esos momentos, que mi voz continuase, que se prolongase y los protegiese de todo cuanto nos circundaba. Y es cierto que los protegía. Les aseguraba que estaban a salvo porque el antepasado de su madre había erigido la casa de tal modo que los fantasmas no pudieran quedarse en ella, que todos los episodios aterradores que podían haber sucedido formaban parte del pasado desde hacía mucho, que era imposible que ahora los afectasen. Entonces me subía a Alec a hombros, le daba la mano a Celia, los llevaba a casa y los acostaba.

Tras pasar por delante del cementerio de la iglesia congregacionista, cruzo la calle para dirigirme al aparcamiento del supermercado. Apenas está medio lleno y en él hace un calor abrasador. A través de la puerta de cristal de la parte posterior del edificio, distingo la hilera de tres cajas registradoras. Y

está Alec, apoyado en el borde de acero de una de las cintas transportadoras estrechas y negras, hablando con Doreen, una fumadora empedernida de sesenta y muchos años con un cardado teñido de rojo y unas mejillas voluminosas. Siempre que voy a la tienda me cuenta lo mucho que todo el mundo quiere a Alec, y resulta evidente que ella está encantada con él, con lo educado que es y lo bien que escucha. Tiene unos modales algo rígidos para un chico de catorce años, casi propios de una corte. El año pasado me preguntó si debía elegir clases de artesanía en metal o de teatro, y le dije que conocería a más gente interesante en la de teatro. Lo cual puede ser parte del motivo por el cual se comporta ahora como lo hace, supongo: por las interpretaciones que ha estado llevando a cabo. Pero su formalidad la saca de la idea que se ha forjado de mí. Es el único nacido en Estados Unidos, el único de los tres a quien le hizo ilusión que les dijéramos que nos marchábamos a Inglaterra.

Es la primera vez que veo que un hijo mío se esfuerza por ser adulto. Michael y Celia lo han hecho en privado, donde yo no los veía, aunque su madre asegura que soy yo quien no se abre a ellos, e imagino que no puedo negarlo. Pero ahí está Alec con el mentón muy levemente elevado, asintiendo con juiciosa solemnidad mientras escucha la cháchara de Doreen, da rápidos golpecitos con un pie en el suelo de linóleo y mantiene las manos a la altura de la cintura, arrancándose cutículas con discreción, muy pendiente de ella. Algo de lo que dice Doreen hace que Alec abra los ojos como platos, sorprendido, y mueva la cabeza simulando indignación. Entonces despega las manos de los costados, se inclina hacia delante y gesticula con gran vigor; Doreen echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Alec sonrío, muy contento de lo que acaba de decir y de la reacción que ha suscitado. El joven actor con un público de una persona. Lo encuentro casi repulsivo. Lo petulante que resulta. ¿Es esto lo que le he transmitido? Doreen se vuelve hacia la caja y empieza a pasar los artículos de una mujer por la cinta para que Alec los meta en bolsas.

Mis tres hijos trabajan y más o menos se pagan sus cosas. Pero no sé hasta qué punto entienden nuestra situación: que solo tenemos deudas. Su madre jamás se lo diría, sin embargo a mí me lo grita por las noches. Y, aunque Celia ha desistido, Alec a veces llama a la puerta del salón y nos ruega que dejemos de pelearnos, y entonces el líquido del cráneo me empieza a pesar tanto que me cuesta mucho no cerrar los ojos, por las enormes ganas que tengo de que todo desaparezca: el aire denso, las palabras que se contraen

como el músculo sobre el hueso. Alec empuja el carrito de la mujer hasta su Volvo, pero hasta que no lo está arrastrando por el aparcamiento, ya de vuelta, no me ve a un lado y se detiene en seco.

Como hay pocos clientes, no les importa que Alec salga antes a comer. Caminamos en dirección al ayuntamiento. No tengo previsto ningún destino y él no me pregunta por él. En nuestro caso es normal que no hablemos cuando estamos juntos y a solas, lo cual no sucede mucho. Se ha convertido en un ser prensil que se extiende sobre unas piernas larguiruchas. Seguramente podría lavarse con mayor frecuencia de lo que lo hace. Está en ese estado larvario, el del húmedo y doloroso abandono del cuerpo infantil. Para eso sirven los internados. Para tenerlos alejados en años como estos, para que puedan sufrir sin la vergüenza de que sus padres los estén observando. «Pues a ti sí que te sirvió de mucho», diría Margaret. Alec está manoseando su gruesa navaja suiza, sacando todas las hojas y las herramientas, plegándolas de nuevo, después, distribuyéndolas en abanico en diversos ángulos.

—Tengo hambre —dice.

No nos detenemos al pasar por delante de la iglesia católica, la comisaría y las blancas casas semiadosadas que están apartadas de la calle. Hay mesas vacías visibles través del escaparate de la cafetería; al menos en el interior no hará calor. Pasé mucho tiempo en este local el otoño anterior, con un cuaderno de papel pautado, redactando bocetos de cartas a inversores de lo que pensaba que podría ser un nuevo fondo de inversión. Los tenderos y los jubilados son las personas que frecuentan este sitio. No las madres jóvenes ni los hombres en reuniones de negocios. La comida es demasiado grasienta y el interior, no lo bastante limpio. El dueño, un tipo letón que se sentó a mi lado una tarde y se tiró dos horas hablando de su vida en la Marina soviética, saluda desde la cocina. Los olores de las freidoras son excepcionalmente fuertes; me invaden la cabeza y los pulmones, me causan una leve náusea. Me fijo en la caspa de los hombros de Alec cuando se encorva sobre el menú laminado. Quiere saber si he oído su pregunta. El camarero está al lado de nuestra mesa.

—No —le digo—, ¿cuál era tu pregunta?

—Que si puedo pedir el chile con carne y un sándwich Monte Cristo.

Después querrá tarta de chocolate. En los restaurantes, su madre trata de ahorrar pequeñas cantidades de dinero pidiendo lo más barato del menú. Cosa que siempre me ha parecido derrotista.

—Papá, ¿tú qué vas a pedir?

—Nada —contesto—, no tengo hambre.

La bestia no está en Alec. No dispongo de ningún medio para saberlo con certeza. Es demasiado joven. A lo mejor solo es que no lo veo y no quiero hacerlo. Pero en sus ganas de complacer hay una tremenda energía agitada y una especie de literalidad. Alec sube a la superficie de sí mismo y se abre al exterior, incluso cuando siente vergüenza, quizá especialmente en esos momentos, porque la vergüenza le resulta tan dolorosa que es capaz de cualquier cosa con tal de salir de ella. También es un poco exhibicionista. Cuando era muy pequeño, entraba desnudo en nuestro cuarto y se quedaba ahí, mordiéndose el labio inferior y sonriendo. Hay una fotografía de él en casa de mi cuñado, en Navidades, en la que tiene cuatro o cinco años y está en lo alto de las escaleras traseras, con los pantalones bajados, pidiendo ayuda en el baño. Se me ha olvidado quién fue el borracho que sacó la foto antes de ayudarlo. Esas cosas no pasaban con Celia, y desde luego jamás con Michael. Ser el menor lo explica en parte. Entendió las reglas desde el punto de vista de quien podía romperlas. Eran provisionales y, con artimañas, podían olvidarse. Al final yo tenía que darle unos azotes y se echaba a llorar. Pero su mal humor nunca duraba. Era demasiado impaciente. Y lo sigue siendo. Siente impaciencia por crecer. Come el sándwich con la boca abierta.

—¿Alguna vez vamos a volver a Maine? —pregunta—. Por ejemplo, ¿este verano?

—No sé —contesto, y noto, por la forma en que deja de masticar unos instantes para mirarme, que sospecha que me vuelve a pasar algo malo, aunque no tengo la menor idea de qué significa eso para él. Al fin y al cabo, me he levantado de la cama y ahora estoy con él. Y soy lo único que ha conocido en su vida. Una vez, a través de la puerta de su cuarto, oí cómo se jactaba ante un amigo del colegio de que su padre tenía su propia empresa, que tomaba él todas las decisiones y que viajaba por todo el mundo. Mi extraño hijo estadounidense, que no cierra la boca al comer pero que, por lo demás, tiene tan buenos modales.

—Celia gana más que yo —dice—. Y solo hace ensaladas en un restaurante. Pero le dan propinas mejores. Así que creo que igual debería pedir un aumento. He visto el cheque del ayudante del responsable de la sección de lácteos y gana 8,45 la hora; yo, 6,25, pero aun así me toca ocuparme de su sección cuando él no está. ¿No crees que debería pedir un

aumento?

—Deberías ir a ver a tu abuela en Inglaterra —le digo—. Te lo ha comentado, ¿no? Lo de que vayas a su casa en algún momento.

—Ahí no hay nada que hacer.

Algún día irá. Ella no le contará la historia de su padre, ni le hablará de la ocasión en que yo lo conocí (por accidente, en una tienda de Southampton), porque para ella sería poco decoroso mencionar detalles tan desafortunados. Lo cual me lleva a pensar que debería contárselo yo.

Mi madre nunca hablaba de mi abuelo porque este se había divorciado de mi abuela, algo insólito en la época, y se había llevado a sus hijos varones. Se había hecho rico varias veces y siempre acababa arruinado, aunque no sé muy bien cómo. El día en que lo conocí debió de ser en algún momento de 1946 o 1947. Mi madre y yo estábamos en la cola de la panadería, esperando las raciones. Ella me agarró del brazo; levanté la mirada y la vi contemplando con terror precavido a un hombre de bigote entre canoso y castaño, ataviado con un caro traje a medida y un bombín, que se había detenido a su lado.

—Hola, Bridget —le dijo—. Tienes buen aspecto. ¿Y este quién es?

Durante unos instantes, ella no dijo nada. Creí que el hombre la había ofendido al tomarse tantas confianzas. Pero entonces, con voz extrañamente baja, muy distinta de la habitual, contestó:

—Es John. John, dale la mano a tu abuelo.

Era la primera vez que lo había visto en veinte años. Él hizo la cola con nosotros y después vino a casa a tomar el té. Nos contó que vivía en Londres, que había ido a pasar el día a Southampton por asuntos de negocios. Recuerdo que se sentó con las piernas cruzadas en la butaca de orejas de al lado de la chimenea, con los gemelos de oro y los lustrosos zapatos de cuero calado, el cuerpo muy relajado, como si se hubiera topado con un viejo amigo y estuviera de visita en una casa que conocía bien. Cada vez que cogía una galleta del plato me dirigía un ademán de cabeza y una sonrisa. Tras media hora de cumplidos y de un silencio intermitente, miró el reloj y dijo que tenía que coger el tren. En la puerta, le dio a mi madre un beso en la mejilla y a mí me saludó levantándose el sombrero. «Encantadísimo de conocerte, John», dijo, y se marchó.

Teniendo en cuenta que era un desconocido, su aparición breve y repentina no revistió gran importancia para mí. Pero ver a mi madre sentada al borde del sofá mientras ambos hablaban (con la mandíbula apretada, los ojos muy abiertos y sin pestañear, el cuerpo rígido como un palo), destruyó

rápida y silenciosamente la ilusión de una monotonía perpetua, de que ella siempre había sido mi madre y nada más. Sufría por motivos ajenos, sumida en una época a la que yo no podía llegar. Entendí que las personas adoptan diversos personajes: el perpetuo talante bromista del soldado; el celo punitivo de mis profesores; incluso la brusquedad de mi padre, que indicaba que todo era una interrupción, podía parecer una interpretación. Pero mi madre siempre había sido la vida de verdad, no un prejuicio ni una adaptación. Para empezar, era la forma de saberlo todo. Hasta aquella tarde. Los ataques aéreos no la habían asustado. Nos mandaba a mi hermano y a mí que nos metiéramos en la habitación reforzada, cogía la bolsita de comida del armario y nos pedía que nos sentásemos debajo de la mesa del comedor, mientras mi padre y ella ocupaban unas sillas cercanas y solo comentaban algo entre susurros de vez en cuando. Su voz no cambiaba entonces, solo cobraba mayor eficiencia. Pero ahí estaba ese caballero anciano, tomando el té en una mañana de domingo, en nuestro salón, que era capaz de lograr que las palabras y el cuerpo de mi madre me resultasen desconocidos.

No comentamos su visita después de que se marchara. Imagino que a mi padre le habló de ella, pero no delante de mí. Habría acabado sucediendo, la revelación de su parcialidad, que ella también podía necesitar algo, que su necesidad podía suponer una carga, sin embargo, aquello pasó de forma muy repentina y abrupta. Le perdoné todo aquello por lo que la había culpado e intenté quererla más sin decir nada. Ahora vive sola en un agradable pueblo que tiene un mercado y que está a las afueras de Southampton, en una cómoda urbanización de casitas de ladrillo que le encontró mi hermano. Para los niños, es la abuela del chocolate negro bueno y de los estrictos modales en la mesa. Le echaré la culpa a Margaret.

—No me has dicho si me conviene pedir un aumento —insiste Alec.

Y, para mis hijos, ¿cuánto tiempo llevo siendo parcial? ¿Cuánto tiempo llevo siendo una carga?

—¿Por qué no? —digo, pero mis palabras no tienen vida, y lo sabe.

Ha llegado su tarta y ya ha desaparecido. Rebaña las últimas migas del glaseado.

—Mamá ha dicho que estabas mejor.

El pelo lacio y castaño le cae torcido sobre la frente. Ahora podría extender el brazo al otro lado de la mesa y tocarle la parte superior de la cabeza gacha. La bestia también proyecta, todos los días me presenta imágenes de aquello de lo que soy incapaz.

La pequeña agonía del silencio acaba cuando aparece en la cafetería un chico cuyo nombre debería saber; es uno de los amigos de Alec: Scott, Greg o Peter. Estoy mirando la puerta, así que lo veo antes. Saluda y se acerca a nuestro reservado. Al igual que la mayoría de los amigos de Alec, viste de negro, con ropa de segunda mano: una chaqueta negra y unos pantalones con estampado de cachemira; las dos prendas son varias tallas más grandes que la suya. Cuando están juntos, parecen un grupo de jóvenes vagabundos. Si lo hacen para poner en práctica una suerte de travestismo de clase, no funciona mucho; el aspecto de disfraz crea más bien el efecto contrario, el de unos niños actores que adoptan una pose. Alec y él se saludan con una prolija despreocupación. Sin embargo, noto que Alec se sonroja. Hay algo en el momento que lo pone nervioso. Se traba con una pregunta sobre si Scott, Greg o Peter va a quedar después con otros, y el chico, que me ha saludado levantando la barbilla, como si él y yo fuéramos dos presos que se cruzan en el patio, contesta a Alec con un comentario que creo que pretende ser sardónico, pero que le sale entre bobo y cruel. En él hay una referencia que no entiendo, sobre alguien que es un palurdo.

Se sienta en el banco al lado de Alec, que ahora parece de lo más incómodo. Ambos son como arlequines: jóvenes, de semblante alicaído, raros. De pequeño, Alec me despertaba de la siesta subiéndose a la cama y meciéndose hasta que lo agarraba y me lo colocaba encima; después cogía una moneda, me la guardaba en el puño y él intentaba abrirme el pulgar con las dos manos para conseguirla, y todo entre nosotros, en esos momentos, se parecía a lo que yo pensaba que supondría tener hijos, cosa que nunca ha acabado de suceder con Michael. Quiero dejar a Alec reducido a eso, eliminar todas esas tonterías tentativas, solo por hoy. ¿Y decirle qué? ¿Hacer qué? Si en algún momento me ha dedicado todo su cariño, ya no es el caso. Renuncié a él una y mil veces al no levantarme de la cama, al quedarme en el sótano y dejar que me descubriera en él, mirando fijamente la pared. Es posible que yo fuera todo lo que él conocía durante cierto tiempo, pero desde hace un par de años tiene la edad suficiente para compararme con los otros. Los pantalones se me caen. Tengo que abrocharme los cinturones por el último agujero. Al enjabonarme en el baño, me noto lo blando de la carne donde antes tenía músculo.

—Voy a comprar discos con Brad —dice Scott, Greg o Peter; ha pedido un batido sin preguntar si nos íbamos ya, y lo sorbe ruidosamente. Las ganas que tiene Alec de acompañarlo en esa expedición se hacen aún más evidentes

por la forma en que trata de ocultarlas, al decir que seguramente Michael ya tiene los discos que buscan. Pero, si no tuviera que volver al trabajo en breve, habría salido por la puerta con él. A su edad, yo llevaba un uniforme azul y me pasaba los ratos libres evitando la crueldad de los monitores. Lo emocionante era comprar caramelos en el quiosco. Tienen más artículos de consumo en sus cuartos que los que guardábamos nosotros en casa. Aun así, me alegra que no conozca nada de ese mundo. Pago en caja, me despido del dueño y, finalmente, Alec y su amigo me siguen a la acera abrasadora.

Mi familia nunca sabrá hasta qué punto me ha salvado. Margaret a lo mejor, pero mis hijos no. Cuando me doy la vuelta, Alec está mirando casi implorante a su amigo, que no parece darse cuenta de la atención que recibe y que va dándole patadas a una piedra por la acera, caminando con zancadas de una despreocupación ostentosa, la caricatura de una estrella de *rock*, todo contoneos y oscilaciones. Siento la fugaz e imperiosa necesidad de infligirle algún tipo de privación, para ver qué haría con su sofisticada actitud en circunstancias menos propicias, pero, más que estar enfadado con este tipejo, me doy cuenta de que lo que realmente quiero es que Alec deje de estar tan pendiente de él. Después de que pasemos por delante del ayuntamiento, finalmente se despide de nosotros y Alec vuelve a caminar a mi lado, disgustado y claramente chafado mientras vamos subiendo la colina que lleva al supermercado.

—Recuérdame quién era.

—Sam —dice, ahora en tono casi desconsolado.

Todo esto está mal. Nuestro momento no puede acabar así.

—Vamos a dar un paseo —le digo.

—Se me ha acabado la pausa. Se cabrearán conmigo.

—Hablo yo con ellos; yo se lo explico.

Ya lo estoy guiando al otro lado de la calle; los coches se detienen para dejarnos pasar. El sol arde justo por encima, los edificios no ofrecen cobijo. No sé adónde vamos. Unos fragmentos de luz reflejada en el cristal y el acero de los coches aparcados me queman los ojos. Un poco más adelante alcanzamos el sendero que va siguiendo el arroyo: una franja verde que serpentea en medio del pueblo, detrás de los jardines traseros y de los campos de deportes. Me dirijo a él, buscando la sombra. No me he llegado a adaptar al clima de esta zona. El verano es una opresión.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta Alec.

Ahora va muchos pasos por detrás de mí. Creo que, de todos ellos, es a él

a quien mejor le irá. Su egoísmo innato. Su impaciencia. Cómo lo hemos mimado. Me detengo y espero a que me alcance.

—Ya se me ha acabado la pausa —repite, parándose a un par de metros de distancia, dándole leves patadas a la hierba—. Me tengo que ir. De todas formas, ¿qué hacemos aquí? ¿Por qué has venido al supermercado?

—Quería verte.

—¿Por qué estás tan raro? —pregunta—. ¿No puedes dejarlo ya?

Ahora mismo no hay nada que pueda decirle que no sea un asesinato. Pero debo intentarlo. «Sam... parece un chico muy majo», declaro, aunque no lo creo. Pero es que Alec tendrá amigos, y quiero que lo sepa. Gente en la que podrá apoyarse. Gente con la que pasar el rato.

—¿De qué hablas? Ni siquiera sabes quién es. Déjalo, por favor, ¿eh?

Parece igual de mortificado que si los dos estuviéramos juntos y desnudos en un escenario.

Ahora le veo en la mirada cuánto se está esforzando por no compadecerme. Este es el efecto que tengo en ellos. Una y otra vez. Entonces, como le pasa ahora a la cara de Alec, sus rostros se convierten en la máscara de la bestia, que esta usa para atormentarme. Antes mi voz protegía a Alec, cuando inventaba historias para él. Lo protegía de los fantasmas. Ahora soy yo el espíritu atrapado en su casa.

Se está dando la vuelta para marcharse, molesto y harto. Me acerco a él para ponerle una mano en el hombro, pero él rehúye mi contacto y avanza a toda prisa calle arriba.

La sombra más densa se encuentra bajo un arce un poco más adelante en el camino. Me apoyo en el árbol mientras estoy sentado en la hierba. El agua del arroyo es tan clara que se ve el lecho arenoso. «Estas bellas formas / tras una larga ausencia, para mí no han sido / igual que un paisaje para el ojo de un ciego, / sino con frecuencia, en estancias solitarias y en medio del estruendo / de pueblos y ciudades, me han brindado, / en horas de cansancio, dulces sensaciones...» La primera vez que ingresé en la clínica, en la época universitaria, recuerdo que me alegró que el señor Gillies nos hubiera obligado a memorizar poemas en el colegio. «... ese talante dichoso / en el que el peso del misterio, / en el que la carga pesada y agotadora / de todo este mundo ininteligible / se va aliviada: ese talante sereno y dichoso / en el que los afectos nos guían con cariño, / hasta que el aliento de esta constitución corpórea / e incluso el movimiento de nuestra humana sangre / casi quedan

suspendidos, dormimos / dentro del cuerpo, y nos convertimos en un alma viva.» Estas palabras no me decían nada de pequeño. Solo eran una cadencia. Mezclada con Gilbert y Sullivan, y con *Onward Christian Soldiers*. Sin embargo, después de los tratamientos, volvía a mi habitación con cardenales por todo el pecho, causados por mis convulsiones para quitarme las correas, y durante varios días no recordaba gran cosa al margen de ciertos fragmentos musicales y de estas estrofas, que pasaron a ser la forma en que medía el tiempo. Rememoraba ese mundo anterior, me aseguraba de que había existido, y, así, también sabía que cuando transcurriese más tiempo las cosas podían seguir cambiando. Y empecé a hilvanar el sentido de estas frases. Que la circulación de nuestra sangre casi podía detenerse, que nuestros cuerpos podían quedar dormidos, pero que, de un modo u otro, el alma podía seguir con vida. Únicamente gracias a aquello que hemos visto y oído, en cualquier momento determinado. Aquello era una crónica procedente del interior de la cabeza de otra persona, de alguien que había estado en estancias solitarias, que había vivido horas de cansancio, pero que conocía un camino para volver a la vida. Que es lo que yo encontré entonces. Al volver a la universidad, al estar con amigos, al experimentar la felicidad. Había visto al monstruo, aunque no lo reconocí porque era joven y jamás me había topado con él. ¿Por qué iba a pensar que volvería a hacerlo?

En el Royal Signal Corps conocí a Peter Lorian, y cuando acabamos el servicio obligatorio nos instalamos en un piso de Chelsea, junto a otros dos amigos, y empezamos a celebrar nuestras fiestas. En las que, al cabo de unos años, apareció Margaret. Con su vestido de satén verde y melena negra, alta y esbelta. Ninguna mujer me había mirado de forma tan directa como lo hacía ella. Me era imposible no tratar de cautivarla continuamente, porque quería que siguiera mirándome. Y ella no dejaba de frenar mis intentos al sonrojarse, pero tampoco dejaba de reírse, lo cual marcaba la diferencia, porque entonces podía seguir mirando y podíamos reconocer el juego tal como era, y perdonarnos por jugar. Es lo que nos permitió enamorarnos. Que pudiéramos reírnos juntos.

Esos fragmentos de poesía vuelven a aparecer ante mí y siguen midiendo el tiempo, con crueldad.

Es inútil resistir este calor. Tengo la camisa empapada, el sudor se me ha filtrado a los zapatos. Pero me importa menos. Ya no hay nada de mi persona que proteger. La sencillez de este detalle supone un gran alivio. Un estómago vacío y unas sienes palpitantes no son algo más personal que una orilla de

frondosas malas hierbas. Estas distinciones surgen de la tensión, y la tensión se está deshaciendo. ¿Para qué pelear? El mundo inanimado goza de una sabiduría intachable: la ausencia de pensamiento.

—¿Se puede saber dónde estabas? Son las tres. —La voz angustiada de Margaret me llega desde el otro lado del camino de entrada antes incluso de que llegue hasta él—. Acabo de acercarme en coche al restaurante a recoger a Celia y el encargado me ha dicho que hoy no se ha presentado. Ni rastro de ella. Cero. ¿Me estás escuchando? Ya me he hartado. ¿Entiendes? Tienes que coger el coche e ir a casa de los Schefer. Ahí es donde estará, con ese Jason.

Le digo que quizá esté en la pista de atletismo. Margaret explota, grita a «¡Hace tres semanas que han acabado las clases! ¡Ya no hay entrenamiento!» Discutir no sirve de nada. Su rabia se extiende en demasiadas direcciones y yo soy el origen de todo. Ya me ha perdido. Pero se niega a reconocerlo, y esta negación la enfurece. Le irrita que yo haya entregado tantos años y tanta vida en común sin que hubiera amenazas, y que después ya no pudiera hacerlo, así, sin más. Antes, ella tenía elección. Romper o seguir. Ahora no le queda ninguna, igual que les pasa a los niños. Ni siquiera apporto dinero suficiente para la comida y la ropa. Las compramos con tarjetas de crédito.

—Voy —digo—. Dame las llaves y voy.

La señora Schefer vive en Raymond Street, justo detrás de la oficina de correos. Su casa es uno de esos dúplex de estilo colonial con revestimiento marrón y un garaje excavado en la cuesta. Un círculo de grandes pinos blancos tapa casi toda la luz. Una chica de diez o doce años abre la puerta y anuncia que su madre no está. Le digo que estoy buscando a Celia y me asegura que no la ha visto, y que su hermano también ha salido. Hay un televisor al fondo. La niña tiene manchurrónes de mantequilla de cacahuete en las comisuras de los labios. «Celia es guapa —añade—. ¿Es usted su papá?» Le contesto que sí, y le pregunto si sabe dónde podría estar su hermano. No tiene ni idea, pero me cuenta que a veces se queda en casa del padre de ambos, al otro lado del pueblo. Me parece una negligencia dejar sola a una niña de esta edad, aunque ¿quién soy yo para juzgar?

Margaret no quiere que busque a Celia porque a esta se le haya olvidado ir al trabajo o se lo haya saltado. Es por Chris Weller. Hace unos meses, cuando yo estaba sumido en lo profundo de la niebla, nos despertaron una noche, a

altas horas de la madrugada, unos gritos en el jardín delantero. Un chico, claramente borracho, gritaba a la ventana de Celia, en el piso superior: «¡Devuélveme el puto anillo, devuélveme el puto collar!». Entonces empezó a dar unos fuertes golpes en la puerta de entrada. Estaba despertando a todo el vecindario. Celia entró corriendo en nuestro dormitorio. «¡Levántate! —me chilló Margaret—. Por Dios, ¡levántate!» Bajé las piernas de piedra al suelo e hice fuerza con los brazos para ponerme en pie. «¿Se puede saber qué pasa?», le preguntó Margaret a Celia. «No sé, no sé», contestó ella sin poder contener las lágrimas. Nunca la había visto tan aterrorizada. «Tienes que bajar —me dijo Margaret—. Tienes que salir y pedirle a ese idiota que se calle y que se marche ya.»

Me quedé en silencio delante de las dos, mientras aguardaban mi reacción. El chico seguía aporreando la puerta. No pude hacerlo. No pude bajar las escaleras y manejar la situación. Me daba la sensación de que el puño del joven me estaba golpeando el pecho y de que todo mi esfuerzo iba dirigido a no desplomarme. Mi mujer y mi hija me miraron pasmadas, consternadas. «La policía —propuso Celia, desesperada—, podemos llamar a la policía.» Margaret le dijo que no viniera con ideas absurdas, que aquello sería montar una escena; no nos convenía tener las luces intermitentes de la policía delante de casa en mitad de la noche.

—¿Dónde están las joyas? —preguntó—. ¿Las tienes?

Celia dejó de llorar y torció el gesto. Vi cómo se producía el cambio; solo tardó un instante. Se dio la vuelta y salió de la habitación. Margaret y yo la seguimos, nos quedamos en el rellano del piso superior mientras ella entraba en su cuarto, se ponía unos pantalones y después bajaba sola las escaleras para abrir la puerta y enfrentarse al chico rabioso. Como si nosotros ni siquiera estuviéramos en casa.

Ahí terminó todo con Chris Weller, pero no se acabaron los novios de Celia. Ahora está Jason, con quien Margaret cree que nuestra hija consume algún tipo de droga. Por lo visto, cuando llega tarde a casa trae los ojos inyectados en sangre y no quiere hablar con su madre.

La niña me ha dicho el nombre de la calle en que vive su padre, donde Jason podría estar, y ha añadido que la casa es blanca, pero eso no ayuda a identificarla. En los jardines no hay gente a quien preguntar. Detenido en un cruce, veo a alguien que me parece que podría ser Jason y que pasa por delante de mí en un viejo Audi gris; lo sigo, doblando la esquina, a otro dúplex de estilo colonial que tiene un mástil sin bandera colocado encima de

la puerta principal. Advierte que detengo el vehículo detrás de él. Me esperaba a un bruto como Weller, a uno de esos alumnos de instituto norteamericanos de tamaño gigante. Pero la cara de este chico resulta más desdibujada que agresiva, le cubre las mejillas un intento adolescente de lograr una barba y los rizos castaños le caen sobre la frente. «Ah, hola», me dice, para mi sorpresa, pues no recuerdo haberlo visto antes. Cuando le cuento que estoy buscando a Celia, añade que la ha dejado en la pista de atletismo, y su mirada abatida me revela que se ha quedado desorientado, con miedo de que lo hayan pillado haciendo algo aunque sin poder concentrarse lo suficiente para defenderse. No está al nivel de Celia, no tiene su fuerza de voluntad. Está haciendo lo que está haciendo mi hija, no ha sido a instancias de él. Me pregunta si pasa algo, si ha sucedido algo grave, y me entran ganas de contestarle: «¿Tú qué tienes que ver en esto?». Pero le noto la preocupación en la voz y me doy cuenta de que pasa más tiempo con Celia que yo. Margaret quiere que lo interrogue, que descubra qué se traen entre manos. Pero ya es tarde para eso. Todas esas cuestiones quedan muy lejos. A quien me hace falta ver es a Celia.

La encuentro en la pista de atletismo, haciendo *sprints* por las calles delante de las gradas vacías. Ahora hace más calor incluso que a mediodía, la neblina de la tarde se cierne sobre las instalaciones. Abro la puerta y entro en el óvalo. Lleva *shorts*, una camiseta sin mangas y un pañuelo en la frente. Corre dándome la espalda, así que al principio no me ve. Cuando llega al final del *sprint*, se detiene, apoya las manos en la cadera, echa la cabeza hacia atrás y jadea. Yo ya he pasado el poste y me he internado mucho en el campo cuando advierte mi presencia a una distancia de unos cincuenta metros. Se inclina hacia delante, con las manos en las rodillas, aún resoplando.

Ninguno de sus hermanos es mínimamente atlético, pero Celia lleva metida en equipos desde la primaria: *softball*, *hockey* sobre hierba en Gran Bretaña, voleibol, atletismo. Ha seguido haciéndolo después de nuestras dos mudanzas. Durante años, siempre ha habido un entrenamiento al que llevarla o del que recogerla.

Viene trotando a la línea de salida mientras yo me acerco; no se desconcentra. Observo cómo se agacha y se coloca, levanta la rodilla y se lanza de nuevo a la pista, meciendo los brazos, con el pecho hacia delante y la cabeza hacia atrás, cómo pasa a toda velocidad por delante de mí y cruza la línea de meta, cómo corre a paso suave desde ahí para doblar la curva antes

de dar otra vuelta y volver andando al inicio. Sigue con la respiración acelerada cuando llega a los escalones de las gradas en las que estoy. Cada centímetro de su piel está cubierto de sudor y la sangre le inflama la cara.

—Le he dicho a mamá que no hacía falta que me viniera a buscar al trabajo. Me está vigilando.

Coge una toalla de la mochila y se enjuga la frente. No es de extrañar que atraiga a los chicos. Hay una precisión en su belleza, algo indómito incluso. Eso, y la actitud que trasluce, una seguridad rayana en el distanciamiento. Cosa que supongo que ha sacado de mí. De un yo anterior. Y ahora ¿qué hago? Le voy hurtando esa confianza para quedármela yo, día tras día, al despojarla de estabilidad y cariño. De los tres, ella es quien me ve con mayor claridad, lo que le complica las cosas porque no la protege la distracción. Michael nunca ha podido aguantar la tensión, así que desaparece en otros mundos. Y Alec es demasiado joven para plantearse la situación al margen de sí mismo. Pero las formas en que Celia sobrelleva el tema ya son las de un adulto: disciplina, alcohol, la búsqueda de otra persona que la quiera.

Me está explicando por qué no ha ido al trabajo y lo molesto que resulta que su madre la esté controlando, pero nada de eso importa y la verdad es que no atiendo. Cosa que ella evidentemente advierte, y se ofende aún más. Cuando ya ha recogido sus cosas, cruzamos juntos el campo.

Al estar a su lado, lo bastante cerca para percibir el calor que emana su cuerpo, la existencia de esta hija mía me causa una perplejidad momentánea. Por qué poco evitamos todos no haber existido nunca. No obstante, por mucho que el filo de lo azaroso sí terminase creando la vida de Celia a cuchilladas, me invade el pavor fugaz de que la cosa no sea tan sencilla, de que en estos asuntos definitivos el tiempo se derrumbe y quede reducido a un único instante en el que siempre corres el peligro de que el filo se incline en la otra dirección, como si yo, de no tener cuidado en el trayecto entre este punto y el aparcamiento, pudiera desviarme de tal modo que ella quedase anulada, devuelta al no ser, como si un ladrón se la llevara por una ventana abierta. Pero llegamos al coche, ella se descuelga la mochila, la lanza al asiento de atrás y pone los pies en el salpicadero.

Conduzco por Green Street, detrás del denso follaje de la reserva natural. Cuando no cojo la curva que lleva a casa, me pregunta adónde vamos; le digo de forma imprecisa algo sobre el otro camino y sigo por debajo del oxidado puente ferroviario. Avanzamos en silencio durante un rato; el movimiento del

aire por las ventanas abiertas brinda cierto alivio frente al calor.

—¿Cómo es que no tienes que estar en ningún sitio? —me pregunta Celia—. ¿Ya no trabajas en esa empresa?

Ahora solo nos flanquean bosques. Los árboles perennes son densos, y la sombra entre ellos, oscura. Forman una franja larga, recta, y hay algo cautivador en la forma en que las líneas de los árboles se aproximan unas a otras a media distancia. Se refiere a la empresa de Roger Taylor. Fue a él a quien tuve que pedir trabajo cuando volvimos. Yo lo había ayudado a fundar su consultoría una década antes. Me dio un despacho y un sueldo. Aquello duró dieciocho meses, hasta que me propuso educadamente que quizá tendría más sentido que trabajase a tiempo parcial, lo que acabó implicando proyectos ocasionales y, finalmente, ninguno. Margaret dice que es un desagradecido. Que la cosa haya terminado representa para mí algo tan pequeño al lado de la derrota de abandonar Gran Bretaña tal como lo hice que me cuesta pensar mucho en ello.

—¿Has oído mi pregunta?

—Ya no trabajo en ese sitio. La verdad es que os he fallado. A todos.

—Acabas de pasarte el otro giro —me avisa.

Le digo que voy a dar la vuelta, pero añade que no pasa nada, que no le importa. Supongo que no tiene ninguna prisa por volver a casa. La carretera serpentea en dirección a la parte menos habitada del lago. Pasamos por delante de las entradas de dos o tres mansiones, las únicas casas de esta zona, ocultas en las laderas. A veces llego hasta aquí en mis largos paseos con Kelsey. Es el primer sitio tranquilo de veras que descubrí cuando nos instalamos, en su mayor parte, un hayedo. Me dirijo a un desvío, en el que la calzada se acerca al agua, y apago el motor. Una abertura en el muro de piedra conduce al sendero que rodea el lago, desde el que se distinguen la costa boscosa del campus universitario del otro lado y las dos torres de ladrillo que se alzan sobre los árboles, las nubes de tormenta que se forman por detrás de ellas.

—No nos has fallado —dice en tono inexpresivo, dirigiendo la vista al bosque.

Está siendo amable. La hemos educado para que sea así. Con los desconocidos, los parientes y aquellos con quienes es bueno mostrar implicación. A eso ha quedado reducida la cuestión. Ya no cree que yo tenga la fuerza suficiente para aguantar sus quejas o su frustración. Y no puedo culparla por ello. Si se permitiera quererme, se pondría furiosa, así que en

cambio me muestra amabilidad.

—¿Quieres dar un paseo? —pregunta—. ¿Por eso has aparcado?

Es imposible, lo que estoy tratando de hacer. Despedirme sin decirles que me voy.

La sigo hasta el borde de un riachuelo, por una franja de terreno pantanoso; después, volvemos a estar bajo los árboles, al mismo tiempo que llegamos a la primera punta de la orilla. La forma de Celia es maravillosa, los músculos flexibles de las piernas, la curva suave de la espalda, los hombros fuertes echados hacia atrás, la cabeza equilibrada. La abracé cientos de veces de niña, la lancé por encima de su cama mientras ella chillaba, la rodeé con mis brazos. He notado el peso de su cabeza en mi pecho y el calor de su cuerpo bajo el cobijo de mi brazo. Pero nunca tuve la impresión de que su cuerpo fuese el milagro que es ahora. Casi parece constituir un motivo suficiente para vivir, que ella proceda de mí y sea parte de mí, y, no obstante, en cuanto concibo esta idea sé de nuevo lo egoísta que resulta, y propio de un trastornado, que un padre necesite de forma tan desesperada a un vástago aún tan joven.

—Lo he dejado con Jason —me anuncia, volviendo la cabeza, solo lo suficiente para que la oiga—. Si es quien os preocupa a mamá y a ti. Y por eso no he ido al trabajo. Tenía que hablar con él. —Este detalle de que los adolescentes tengan vida personal... me resulta raro. Nunca he sabido qué decir—. Pero no tenéis que preocuparos por mí —añade—. No me van a despedir. Sigo con trabajo.

Se interna en un desvío del sendero y nos lleva a un tronco que sirve de banco, situado frente al agua, y se sienta en un extremo, apoyando los antebrazos en las rodillas. El aire se ha quedado inmóvil entre el pico de calor y la llegada de la lluvia por venir.

—Siento que tengas que trabajar —le digo—, que no tengamos más dinero. Sé que tu madre y yo no te hablamos mucho de mis complicaciones. Es una especie de enfermedad. Cuando ese otro chico vino a casa en primavera, cuando te gritó, yo quise ayudar. Pero no pude. Y eso para ti no es justo.

Hasta que no se incorpora y se enjuga los ojos no me doy cuenta de que está llorando. Mis palabras son como puñales; se clavan en las personas a las que quiero. «Será peor si la tocas —pienso—, una mentira peor.» Pero hago caso omiso de esta idea, me deslizo en el banco para pasarle el brazo por los hombros a esta chica, a mi hija, y, cuando lo hago, llora abiertamente,

apretándome el rostro contra la camisa mojada.

Soy un asesino. Eso es lo que soy. Un ladrón de vida.

Una franja de agua del extremo del lago ondea bajo una brisa nueva, descompone el espejo negro formando un gris escamoso que lanza brillos tenues bajo el cielo gris. Peter Lorian tiene una casa en las Highlands de Argyll, y desde las ventanas de la fachada se puede ver cómo se van desplazando los fenómenos meteorológicos desde el mar de Irlanda y sobre las montañas, las franjas de lluvia que llenan el valle, después el lago y, a continuación, los campos de delante de la casa, todo antes de que lleguen las primeras gotas. No se tienen vistas semejantes sin elevación, pero aquí, a la orilla del agua, el cielo y la amplitud ante nosotros son lo bastante extensos para distinguir claramente los primeros movimientos de la tormenta: las ramas de los árboles del lado más alejado oscilan como congregantes que siguen un himno, las escamas grises ahora centellean por todo el lago. El viento nos alcanza y me refresca la viscosidad húmeda de rostro y cuello. Celia se incorpora y se limpia la nariz. Me da la sensación de que la bajada de presión atmosférica me amortigua la presión de la cabeza. Todo el aire estático cobra vida. El fragor del trueno resuena a lo lejos. Si continúa desplazándose hacia el sur, es posible que esto sea todo lo que consigamos, una agitación de los elementos. Nos quedamos sentados unos minutos en medio del arremolinamiento, contemplando el agua. Las nubes se oscurecen y adquieren un matiz azulado. Y ahora llega el viento de verdad, arrastrando hojas y agujas de pino por los aires, creando bullicio en los árboles. Volvemos por el camino, ahora yo por delante. Al cruzar el arroyo, este lanza destellos ante nosotros en el resplandor del relámpago, mientras el trueno restalla en el cielo. Unas gotas ruidosas y gruesas nos golpean los hombros cuando llegamos al coche. Subimos las ventanillas, que se empañan casi enseguida. Parece que está cayendo una lluvia de piedras en el techo. Cortinas de agua caen a raudales por el parabrisas cubierto de vaho. La peor tormenta que he vivido sucedió en un velero, en medio del canal de la Mancha, atrapado en una borrasca que casi volcó el barco, y, aunque Celia y yo no corremos ningún peligro y estamos prácticamente secos, la fuerza del aguacero dispara una cantidad ínfima de la adrenalina que surge ante el miedo a la muerte, y logro soltar un suspiro, hasta tal punto me alegra la sensación temporal de equilibrio entre el mundo y yo, la violencia ahora presente en todas partes, desatada. Celia me pregunta qué pasa. Le digo que nada.

Cuando la lluvia pierde intensidad, enciendo el motor y llevo el coche a la carretera. Al llegar a casa, el cielo ya está casi despejado. El sol de última hora de la tarde baña el lado de la casa cuyas piedras ha empapado la tormenta.

Margaret nos ha preparado a todos una cena fría. Nos sentamos ante la mesa del comedor con todas las ventanas del piso inferior abiertas. Hay un motivo por el que intento estar fuera todo lo posible. Es probable que lo peor de la niebla se haya disipado, dejándome ver de nuevo, pero es en los objetos más familiares donde la bestia aún se aloja, rezumando su presencia en la mecedora de mimbre de la esquina, la que Margaret y yo compramos juntos en Southampton, y en las lámparas de cristal acanalado que están en el aparador y que sus padres nos regalaron por nuestra boda. También late la bestia en la acuarela de la vieja casa octogonal que cuelga sobre el aparador, por encima del hombro de Margaret, cuando esta le pasa a Celia la ensalada de bulgur y a Alec el plato del pan, y se cuela en la mesa, entre nosotros, con la cabeza invisible como siempre pero el cuerpo respirando, mientras todos se esfuerzan por comportarse como si solo estuviéramos los cuatro, cenando juntos en una noche de verano.

—¿No te vas a servir nada? —me pregunta Margaret sin poder ocultar la impaciencia, apoyando rígidamente el cuchillo y el tenedor sobre la mesa, con ganas de empezar, que es cuando me doy cuenta de que todas las fuentes están en mi extremo y mi plato, vacío. Hace unos meses, oí casualmente cómo le describía a una amiga, por teléfono, el agotamiento de intentar sacarme de la cama por las mañanas, que la energía que tenía para todo el día ya se le había gastado antes del desayuno.

—He pedido el aumento —dice Alec, interponiéndose para protegerme de la ira de su madre—. La encargada me ha dicho que se lo va a pensar.

Me sirvo ensalada y cojo pan para que puedan empezar a comer. Al cabo de un instante, suena el teléfono. Celia se levanta de un respingo antes de que se haya apagado el primer timbrado y se dirige a grandes zancadas al recibidor para cogerlo.

—¡Es Michael! —exclama—. Quiere que le devolváis la llamada al número de su casa.

—Para él ya es bastante tarde —comenta Margaret, levantándose también.

Lleva el teléfono al salón y, tras entrar, cierra la puerta mientras Celia vuelve a sentarse. Los dos echan de menos a su hermano mayor (se ríen

menos sin él), pero jamás lo dirían porque saben que aquí no era feliz y que se moría de ganas de volver.

Comen deprisa, después piden permiso para irse y llevan sus platos al fregadero. Margaret sigue al teléfono. Yo me quedo un rato en la mesa, notando el aire más fresco que se filtra por las persianas. Por encima de la boca de incendios situada al final del camino de entrada, la farola titila y proyecta un pálido óvalo de luz en la acera. Los grillos cantan entre los arbustos. A través de la pared a mi espalda, oigo cómo Alec sube las escaleras dando saltos, después, a Celia seguirlo más lentamente, pidiéndole en voz baja no sé qué de que no entre en su dormitorio. Estos sonidos ya no chirrían. Me llegan con fluidez, otra vez cotidianos.

Se escucha el chasquido del pestillo de la puerta del salón, y Margaret me llama.

—Toma —me dice, pasándome el teléfono—. Mañana tiene el examen de literatura de final de bachillerato y no puede dormir. A saber lo que estará costando esta llamada. —Se aleja para volver a la cena y yo cierro la puerta que nos separa.

—¿Papá? —me dice, y le noto por la tensión en la voz que las palabras ya le han estado saliendo torrencialmente al charlar con su madre. Ha sido un alivio que se haya ido. Margaret nunca dejaba de comentar lo que yo no estaba haciendo, que no pasaba tiempo con él ni le hablaba como debía hacerlo con un primogénito. Pero esto nunca fue por lo que ella creía, porque su llegada a la pubertad y la adolescencia me hiciera titubear o me intimidase. No habría comentado con él ese tema en cualquier caso porque él no lo habría querido, igual que yo no lo quise por parte de mi padre. Nuestro silencio no era por eso.

—Dime.

—Puedo colgar ya si lo prefieres, sé que esto es caro.

—Le has hablado a tu madre del examen.

—Sí.

—No sirve de nada que te angusties por él.

Quiero decir algo más, añadir: «Todo te irá bien a la larga, no tendrás problema», pero no me lo creo, no como sí lo hago en el caso de los otros dos.

—Lo sé, lo sé, tienes razón, lo que pasa es que no he podido leérmelo todo a tiempo con la atención suficiente.

La cuestión es la siguiente: no llama por el examen. No quiero saberlo,

aunque lo sé. Llama para que se le confirme algo que aún no puede expresar con palabras. Lo atisbé en él cuando era pequeño, pero me dije: «No, no te imagines eso». Los niños tienen etapas; cambiará. Entonces las palabras empezaron a salir de él de forma incontenible, y supe que las perseguía una fuerza que él no alcanzaba a ver. ¿Qué se suponía que debía contarle a Margaret? ¿Que veo a la bestia en él?

—Estoy seguro de que has estudiado más de lo que lo hice yo —le digo.

En el exterior ya ha oscurecido. La luz de la cocina forma un cuadrado en el césped sin cortar.

A él lo voy a dejar más solo que a nadie.

—Si no entramos en la universidad —añade, precipitándose a llenar el silencio y prolongar la conversación—, Simon y yo hemos decidido que nos vamos a instalar juntos en Londres. Conoce a unos amigos que ya tienen un piso, y cree que no nos costaría encontrar trabajo.

Mi hijo en Londres siendo un hombre joven. Me resulta difícil imaginármelo.

—Eso deberías comentarlo con tu madre.

—¿A ti no te importaría... que no entrase en ningún sitio?

Le aseguro que lo conseguirá.

—Ya es tarde —digo—. Deberías descansar.

Accede a regañadientes, no quiere colgar.

—¿Cómo están Celia y Alec? —pregunta—. ¿Se encuentran bien?

Solo cobro conciencia de que no he contestado cuando añade:

—Papá, ¿sigues ahí?

—Sí.

Percibe el problema. Sabe que está. Si pudiera llevarme conmigo esa parte de él, ahorrársela. Pero no puedo. Por eso, a diferencia de lo que pasa con los demás, parece que Michael me sigue, que no va a soltarme.

—Ahí es ya tardísimo —digo—. Te irá bien... lo del examen. Escribes bien.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Ah, vale. Bueno, cuelgo.

—Adiós, Michael. Buena suerte.

—Vale, papá. Adiós.

Después, tumbado al lado de Margaret mientras ella duerme, noto un

cosquilleo en los pies y los tobillos que me sube por las pantorrillas. Es lo contrario de tener un miembro dormido. Mis músculos están despiertos, la sangre circula sin trabas. Este halo de calidez sigue subiendo por las rodillas, abre espacios entre las articulaciones, permite que los huesos de los muslos se asienten sobre el colchón. Se me queda en el vientre y las entrañas se me relajan, se destensan los músculos de la base de la columna. Las costillas inferiores se elevan por la respiración, desde el estómago, extendiendo la piel del ombligo al esternón, arqueándome la espalda. Me da la sensación de que el tamaño de los pulmones se me ha multiplicado por dos, permitiéndome así tragar aire a enormes bocanadas. Los hombros se me bajan, se me abre la garganta, el cosquilleo me calienta la mandíbula, el cuero cabelludo, y después me entra en los pliegues del cerebro, soltándomelo de la frente, dejando que se apoye en la parte posterior del cráneo. Así es como la bestia me atraviesa y sale de mí para quedarse suspendida sobre la oscuridad de arriba, aún sin rostro, pero ya hecha presa, con las horas contadas.

Me levanto antes del alba sin despertar a nadie más que a Kelsey, que levanta la cabeza de la manta con impaciencia por salir de paseo, y después sale a toda pastilla hacia donde está colgada la correa, al lado de la puerta de atrás. Le acaricio la cabeza y la dejo en casa; cojo lo que necesito del cajón de las herramientas; salgo por el otro lado, por la puerta principal, y la cierro sin hacer ruido. En el exterior, bajo la luz de color carbón, hay un frescor bendito, como si la fiebre del verano hubiera tocado a su fin. Todavía está demasiado oscuro para distinguir el extremo del prado en cuesta situado al final de la calle. El césped cubierto de rocío se funde con los árboles que se recortan contra el cielo apenas iluminado.

Es el campo en barbecho que estaba al lado de casa de mis padres, donde jugué entre la hierba crecida; y el campo de detrás de la casa octogonal, en el que abrí senderos para que los niños los recorrieran en bicicleta; y la ladera de Escocia por la que paseé con Margaret; y el prado boscoso de la isla de Maine. Todos ellos me son devueltos ahora, los paisajes de mi felicidad, regresan en este húmedo sosiego, límpido y rebosante de vida.

Cruzo la calle y me interno en estos campos. Apenas se observa un matiz azul que surge entre las ramas. Las sombras de la linde del bosque se baten en retirada. Al fin, tengo la bestia delante de mí, a la luz del día. Noto que trata

de correr, de huir de mí y meterse en el bosque. Pero la larga noche toca a su fin, y no le queda donde esconderse. No en los rostros de mis hijos. No en el amor terco de Margaret. No en todos mis fracasos. En este terreno ya no tiene donde cobijarse. Conozco los caminos demasiado bien. Por los pinos altos y hacia la orilla del río. El de la pasarela, y los que suben entre las piceas hasta donde el terreno se aplana. He venido muchísimas veces tratando de escapar de este monstruo. Pero ahora es él quien está exhausto, renqueando. Y el cazador soy yo. En el claro desde el que se divisa la curva del río, nos detenemos. Los primeros rayos del alba atraviesan la luz gris del bosque. Me siento sobre las agujas de pino, me apoyo en un tronco caído.

Invisibilidad. Esta es su última defensa. Que me falte valor para mirarla a los ojos. «¡Desgraciado! —me grita, desesperada por salvar la vida—. ¡Egoísta y desgraciado! ¡Dejarlos sin nada!» Pero es inútil. Se ha convertido en mi presa.

La cuchilla me abre la piel de la muñeca casi sin dolor. La sangre me corre por la palma de la mano y por toda la extensión de los dedos. Mi cabeza se echa hacia atrás y dirijo la vista hacia arriba.

Y ahí está: el rostro de la bestia, mi rostro, humano al fin y al cabo.

**II**

# Michael

---

**DR. HAROLD J. BUTTERWORTHY (psiquiatra),  
doctor en Neurociencia, máster en Geología y en Metalurgia,  
licenciado en Danza y Algebra\***

---

## *Entrada del paciente*

**Nombre:** Michael

**Fecha de nacimiento:** Enero

**Médico de atención primaria:** Hospital General de Massachusetts

**Terapeuta actual:** Walter Benjamin

**Teléfono del terapeuta:** Desconectado

**¿Para qué problema(s) requiere usted ayuda?**

1. Miedo
2. Temblores
3. Individualismo
4. Supremacismo blanco

**¿Qué aspira a lograr con el tratamiento?**

1. Infelicidad ordinaria
2. Justicia racial

**Síntomas actuales:**

Sí

**Antecedentes médicos personales:**

Sí

**Antecedentes médicos familiares:**

No finjamos que ninguno de los dos tiene tiempo para una respuesta completa en este apartado. En resumidas cuentas: mi padre no superó lo suyo; mi madre no ha tomado una pastilla en su vida; a Alec le salió una úlcera muy pronto, cuando todavía estaban de moda, pero posteriormente se ha pasado al sector de los dolores de espalda; y más o menos diría que la fatiga crónica de Celia alcanzó su punto culminante en torno a 1994, en algún punto del Área de la Bahía de San Francisco, aunque todavía padece la persistente amenaza anual del lupus (PAAL) y el síndrome del sarpullido abdominal criptogénico (SSAC). En lo referente a mis abuelos, los cuatro sufrieron el síndrome de la muerte inevitable (SMI).

**¿Alguna vez lo han ingresado en un hospital por una operación o para recibir atención no psiquiátrica?**

En la Nochebuena de 1992 me sobrevino un autodiagnóstico de cáncer de esófago por el que finalmente me vi obligado a pasar una noche en el pasillo de los descongestionantes de un supermercado CVS abierto las veinticuatro horas y situado en Medford.

**Por favor, explique brevemente su experiencia académica:**

La infelicidad habitual de la escuela primaria. Aunque un chico que se llamaba Ralph se acabó haciendo amigo mío gracias a *Star Trek* y a la música que yo le ponía. *America Eats Its Young* de Funkadelic, por ejemplo. Cuando escuché cómo George Clinton preguntaba: «¿Quién sacrificaría a los bisnietos e hijas de su madre celosa absorbiéndoles el cerebro hasta que su capacidad de pensar quedase amputada al prostituir sus instintos, hasta que se convirtiesen en personas gordas, cachondas y flipadas debido al neurótico intento de la madre de ser la reina del universo? ¿Quién es esta zorra?», (es decir, Estados Unidos), me vino a la mente la idea de que a nuestro plan de estudios del quinto curso le faltaba algo. Por tanto, me gasté hasta el último centavo de la paga en música *funk*. Como estábamos en 1978, había muchas cosas de las que ponerse al día: Curtis Mayfield, Gil Scott-Heron, todo lo de James Brown. Escuchaba discos en todas mis horas libres, también mientras hacía los deberes, y con auriculares después de haberme «ido a la cama». No estaba muy seguro de qué quería decir *Give Up the Funk* o *Tear the Roof Off the Sucker*, o por qué Parliament puso *Mothership Connection* como título de un álbum. Pero conocí mi primer gozo secreto al ser consciente de que, detrás del velo de lo aparente, había un significado doliente en la estructura de la

música. Un gozo que vino acompañado por la primera vez que intuí que quizá los negros sabían un par de cosas sobre esa necesidad de significado, algo de lo que la historia es culpable. El único correlato afectivo de esta historia que yo había vivido hasta el momento era la sensación de náusea que notaba en el estómago cuando observaba cómo mi abuela mostraba una mayor cortesía con los negros en las escasas ocasiones en que se cruzaba con ellos, para dejar muy claro que no estaba vinculada a esos otros blancos horribles que los odiaban y los maltrataban, ocasiones que se saldaban con éxito si la persona negra le devolvía la sonrisa, reconocía su cortesía y su bondad, completando así el círculo intachable del liberalismo.

En cuanto a la educación secundaria, trasladarme al otro lado del Atlántico y volver al cabo de menos de tres años no me ayudó mucho. Ni tampoco la premonición que tuve en el segundo otoño de la época en que habíamos regresado a Massachusetts, en el bosque en el que, posteriormente, mi padre se quitó de en medio. Mi familia tiene la desafortunada costumbre de pasear: mi padre por educación, mi madre por la fe que le inspira la cualidad medicinal del aire fresco, Celia por una vena atlética de causa desconocida, y Alec, como siempre, por petulancia, emperifollado como si fuera un conde infantil, todo él *tweed* y botas de goma. Fue mi madre la que me incordió para que yo también accediese a hacerlo, la que me dio la lata para que abandonase mi puesto frente al tocadiscos y acompañase, en ese día concreto, a Celia y a mi padre a dar un paseo con la Desarraigadora, que salió corriendo al soltarse de la correa como una enorme rata de los pantanos toda apurada. Era una tarde de domingo en noviembre (no me pida usted una descripción de la naturaleza; había árboles, un camino, etcétera). Llegamos a una especie de claro. Yo me aburría y esperaba que diéramos la vuelta pronto. La fornicadora había desaparecido al internarse en una bella estampa del paisaje. Celia la había seguido. Mi padre se sentó en un árbol caído. Una quietud general se apoderó de todo.

El horror fue breve, pocos segundos. Un sinfín de cuerpos despellejados apareció delante de mí, formando una masa sangrienta y retorcida. Alcé la vista y la aparté para tratar de huir de la amenaza, pero esta bajaba con gran fuerza desde arriba, llenaba el círculo, se fortalecía gracias a su propio carácter sangriento. Años después, cuando conocí los cuadros de Francis Bacon y vi esas entrañas sacadas al exterior pero aún vivas, me pareció que el

tipo lo había comprendido. Como sucede en su *Tres estudios para figuras en la base de una crucifixión*, con esas bocas abiertas al final de unas extremidades casi humanas, que manifiestan no un sufrimiento físico, sino el sangrado de la mente. En aquel momento, no obstante, me quedé helado, con la boca seca como el papel de lija. Y supe que el mal anidaba en ese lugar, donde esperaba para desarrollarse.

No creo especialmente en un mundo espiritual, al margen de la música. Soy materialista hasta la médula. Sin embargo, me invadió la abrumadora necesidad de tener que escapar de lo que residía en aquel lugar, fuese lo que fuese. Me lo llevé a casa como un fantasma que huye de su hechicero. No pude dormir ni esa noche ni la siguiente. Observé a mi padre y a Celia para ver si ellos también lo habían notado, pero actuaban como si nada hubiera pasado.

Durante meses estuve rogando que me dejaran volver a Inglaterra, a acabar los estudios con mis amigos. Ahora ya no tenía elección. Debía marcharme. Dejé de pedirlo y llamé directamente a mi amigo Simon, que me dijo que podía vivir en su casa; luego les anuncié a mis padres que me iría después de Navidad. Para mi sorpresa, ya no protestaron. De hecho, parecieron aliviados. Me di cuenta de que su resistencia anterior no había tenido nada que ver conmigo, es que carecían de los recursos organizativos para gestionar mi petición. En cuanto los libré de ese peso, se plegaron como un paraguas barato. Y ahí los dejé, a mi familia, sin llegar a avisarlos, sin decirles jamás lo que había visto. Los dejé para que se enfrentaran solos a ello. Un acto que nunca me he podido perdonar.

Fui a vivir con Simon y su familia en una húmeda casa de piedra en Oxfordshire, en la misma calle que la base aérea de Fairford. Me asignaron un cuarto libre que daba a un patio empedrado. Por culpa del regreso a Estados Unidos, llevaba retrasados los exámenes de final de bachillerato. Los sábados, Simon y yo íbamos a comprar discos en Oxford, pero, aparte de eso, fundamentalmente, dormíamos, íbamos a clase y estudiábamos. Leer a Thackeray a toda prisa no me procuró ningún placer, qué se le va a hacer. Tuve que atravesar en motos de agua esas escenas ambientadas en salones de baile.

Hasta la primavera no fui a cortarme el pelo en el pueblo y conocí a Angie, que trabajaba en la pequeña peluquería de al lado de la verdulería, en la que solo había dos sillas, una pared de espejos y un banco para esperar, con un lavabo al fondo y, en el escaparate, fotos de modelos de cabello de aspecto levemente punk, como retratos de los Human League. El día que fui, ella era la única peluquera. Estábamos solos en el local. En cuanto puso *I Will Survive* de Gloria Gaynor, y empezó a cantarla, supe que teníamos de qué hablar. Puede que este tema empezara siendo un megaéxito en discotecas gays, pero Angie lo cantaba como si fuera un himno personal, sin ningún histrionismo. Enseguida me pareció muy guapa. Una menuda mujer afroamericana entre las sofisticadísimas edades de veinticinco y yo qué sé, con pecas debajo de los ojos y por el puente de la nariz. Tenía tres pendientes en cada oreja y un pañuelo de color azul metálico envuelto en torno a una cascada de rizos Jheri. Le hice una pregunta tras otra, y las contestó abiertamente mientras me cogía la cabeza y me la inclinaba de un lado a otro al tiempo que cortaba. Se había criado y había ido al colegio en Cleveland. Ahí había conocido a su marido, que era mecánico de aviones en la base aérea. Los habían destinado a Turquía, después a Alemania y ahora a Fairford. Este era el primer sitio en el que ella había podido trabajar, lo cual estaba bien, porque su marido tenía la costumbre de ponerle los cuernos con las que Angie denominaba «mujeres nativas», y ella le había pedido el divorcio.

¿Fue gracias a la cinta que le grabé con Sister Sledge y New Order y que le di en mi segunda visita por lo que dejé de ser para ella un cliente y me convertí en una subjetividad viva? Puede. Solo sé que no se quejaba de que yo volviera cada tres o cuatro días para recortarme el flequillo, llevándole compilaciones más densas y complicadas. No conocía a Kraftwerk, ni nada de la música industrial alemana, de hecho. Cuando le sugerí que escuchara un disco de Einstürzende Neubaten, me dijo: «Qué mono eres». Esa noche, Simon insistió en que seguramente lo decía en plan tierno, como se le habla a un niño, no a un posible amante. Pero él no había estado. No le había visto la sonrisa.

Cuando le dejé otra casete al día siguiente, le metí una nota en la que le pedía que saliera conmigo un día. Le sugería que fuéramos a Oxford, pues imaginaba que igual le daba corte que los habitantes del pueblo nos vieran

juntos. Nos veía dándonos la mano en el autobús nocturno mientras volvíamos a Carterton, quizá con su cabeza apoyada en mi hombro. Yo absorbería todo su sufrimiento, le quitaría todo peso, y ella sería libre para amarme. Nunca nos habíamos tocado, pero ella ya me había despojado de todas mis preocupaciones menos una: cuándo la volvería a ver.

Al cabo de cuarenta y ocho horas, todavía no me había llamado. Desesperado, intenté pedir hora otra vez, pero su colega me dijo que tenía la agenda llena y que no me podía ver. Esa noche, después de que la peluquería hubiese cerrado, metí otra casete por el buzón, una que empezaba con *Love Will Tear Us Apart*, de Joy Division, junto con una nota en que me disculpaba por ser demasiado directo y en que le decía que entendía que necesitase tiempo, teniendo en cuenta que aún no había terminado los trámites de divorcio. Fue tres días después, en una noche de sábado, cuando Simon y yo la vimos en el *pub*. Noté que trataba de ignorarme. Pero después de que se tomara unas copas cedió y me saludó con la cabeza desde su mesa de la esquina. Simon me dijo que estaba loco, que era una mujer mayor y todavía casada. Él tenía novia y parecía que se gustaban, sin embargo cuando yo estaba con ellos me daba cuenta de que no sentía por ella lo que yo sí sentía por Angie. Disfrutaban de la compañía del otro, pero seguían siendo individuos. Su amor no había borrado lo cotidiano; no los había librado de sus yoes del día a día. Angie y yo éramos capaces de eso. Ni su amiga ni ella protestaron cuando arrastré a Simon a su mesa para que nos sentáramos con ellas. Nos obligaron a invitarlas a unas copas. Angie estaba achispada pero no borracha, y no apartó la pierna cuando se la rocé con la mía (de milagros semejantes, unidos en una cadena infinita, se compone la verdadera felicidad). Hablamos del aburrimiento mortal de los Cotswolds y les contamos que Simon y yo nos íbamos a mudar a Londres. Cuando el dueño anunció entre ladridos que iban a cerrar, su amiga dijo que no se había dado cuenta de lo tarde que era y que tenía que irse pitando. Sabiamente, Simon hizo lo mismo. Y nos quedamos los dos. Angie me dijo que iba a coger el autobús de vuelta a la base. Le pregunté si me dejaba que la acompañase a la parada. El fino tubo fluorescente cuya luz se filtraba por el rayado revestimiento de plástico de la parada no daba claridad suficiente para que se le viera el gesto mientras estábamos ahí, contemplando cómo la llovizna mojaba la acera. Por eso, fue con una gran inquietud, preparado para el rechazo, como le puse una mano en el hombro y me incliné para darle un

beso suave en los labios. Pero ella cerró los ojos y no puso trabas. Al cabo de unos instantes incluso me apoyó la mano en el brazo, brindándome la sensación pasajera de que yo tenía un cuerpo físico.

El ancho de banda psíquico que hubiera podido tener para los exámenes se esfumó. Solo podía pensar en nuestro futuro. Antes había creado mis cintas grabadas con gran esmero, y ahora me ocupaban tardes enteras. Tenía que seguir impresionándola con mi gusto pero demostrar a la vez cuánta experiencia emocional ya compartíamos. Esas cintas fueron la trayectoria de vuelo con la que salir de la trampa del lenguaje. Mediante lo incisivo de la música podíamos conocernos y querernos mucho mucho más deprisa.

Cada vez que me pasaba por la peluquería para darle mi última cinta, me daba las gracias, me la cogía enseguida, decía que tenía un cliente y que no podía hablar. Iba al *pub* todas las noches, arriesgándome a que se enfadaran los padres de Simon, y me quedaba hasta que cerraban, leyendo a todo trapo *El molino del Floss* a la luz de unas velas falsas, esperando a que apareciese. Y en las noches en que lo hacía, su amiga y ella se sentaban conmigo de nuevo, se burlaban de mis exámenes, bebían más de lo que yo nunca he sido capaz, y Angie me dejaba que la acompañara a la parada de autobús; si no había nadie, lograba besarla, a veces también abrazarla.

Sin embargo, para mi consternación, se negaba a que tuviéramos una cita de las de toda la vida. Seguía presentando a su marido como excusa. No obstante, contenido en cada rechazo, en las implicaciones de su tono de voz, estaba el único reconocimiento que contaba: antes o después nos volveríamos a ver.

No sé a qué se refiere la mayoría de las personas cuando emplea la palabra «amor». Si nunca han deformado sus vidas en torno a una esperanza lo bastante afilada para dejarlas sin una gota de sangre en el cuerpo, creo que no se la toman en serio. Una esperanza que destruye el poco orgullo que tengas y que te lleva a agradecer esa destrucción, siempre que te prometa otra hora con la persona que ahora es el mundo. A lo mejor la gente se refiere al atractivo, al cariño, a lo agradable, a la seguridad. Como los no creyentes que en la iglesia se deleitan con los himnos o que acuden por la sensación de pertenencia, pero que apartan la mirada de la cruz. Me dan pena. Están

muertos en vida.

Resultó que los exámenes no me fueron precisamente bien. El marido de Angie intentó reconciliarse con ella en la semana en que empezaban. Le rogué que cogiera conmigo el autobús a Oxford, para pasar solo una tarde, y al final cedió. El día antes de mi examen de Historia Moderna la llevé a los grandes almacenes Debenhams de Magdalen Street. Había visto una entallada camisa de seda en un catálogo que la hermana de Simon recibía por correo y quería comprársela, pero ella iba llorando de forma intermitente y no quería regalos. «Si vuelves con tu marido, nada va a cambiar —le aseguré—. Te tendrá pendiente de él una temporada y después te volverá a engañar. Quiere retenerte por tu belleza física, pero eso es algo que cualquiera puede apreciar. Nosotros estamos a las puertas de algo mucho más grande.» Es posible que la confundiera al asegurarle que nuestros mundos podían terminarse en cuanto estuviéramos juntos, pero solo hablaba de nuestros mundos vitales en tanto que subjetividades separadas, no de un fin material. Me dijo que yo leía demasiadas novelas, nos sacó de la sección de blusas de mujer y salimos a la calle.

Aunque era caro, había hecho una reserva para que tomásemos el té en el restaurante Browns. Pero ahora me di cuenta de que ese sitio no nos convenía en absoluto y resultaba sofocante, y de que lo que necesitábamos era alcohol. El *pub* en el que acabamos resultó estar lleno de universitarios, que se gritaban mientras sonaba a toda pastilla *Shake the Disease*, de Depeche Mode. Pedí las bebidas. Tras media pinta pareció tranquilizarse. Fue entonces cuando me dijo que había llegado el momento de que me aclarase algo. Me agradeció que hubiera sido cariñoso con ella a lo largo de las semanas anteriores, pero añadió que me había hecho la idea que no era. Que no tendría que haberme besado. Que había sido un error. También dijo que no era culpa mía, que ella lo había permitido. En ese momento metió la mano en el bolso y me devolvió todas las casetes.

Viéndolo desde el presente, supongo que la crueldad del gesto pudo haber sido un intento por su parte de cauterizar la herida mientras la causaba. Solo supe que me estaba llevando al purgatorio, entre la esperanza irrevocable de estar con ella y la muerte de una vida sin ella.

Fue a la mañana siguiente cuando la madre de Simon me despertó temprano para decirme que tenía una llamada. Bajé a la cocina en pijama y estiré el cable del teléfono hasta la estufa Aga para calentarme. Era Peter Lorian, el amigo más antiguo de mi padre, que llamaba para decirme que había muerto. Le pregunté dónde lo habían encontrado. Me dijo que en el bosque. Tenía que reunirme con él en Heathrow a la mañana siguiente. Nos había reservado dos plazas en un vuelo a Boston. Añadió que lo sentía muchísimo, y que ahora tendría que cuidar a mi madre. Colgamos y subí al piso superior a dormir otros cuarenta y cinco minutos hasta que fuera la hora de bajar a desayunar. Cuando les conté la noticia a Simon y su familia, parecieron espantarse.

Me presenté en la puerta de la peluquería no más tarde de las nueve y media. Pasó una hora antes de que apareciese al fin una de las colegas de Angie para abrir el local, y me dijo que mejor me largase.

### **¿Alguna vez le han hecho un electrocardiograma?**

Desgraciadamente, no.

### **¿Cuántas bebidas con cafeína toma al día?**

Lo que siempre me ha resultado más reconfortante de estos formularios es el atisbo de esperanza que me inspiran mientras los relleno. La forma en que dividen tu vida en ámbitos de lo más ordenados, lo que les confiere a todos un aspecto manejable por su carácter separado, de un modo en que nunca lo son fuera del ruido blanco de la sala de espera. Te acomete esa sensación fugaz de que estás a punto de ser comprendido, verdadera y plenamente, por primera vez, solo con que seas capaz de ponerlo todo negro sobre blanco antes de que la recepcionista diga tu nombre.

### **Por favor, explique brevemente su historia laboral:**

Mi primer empleo serio lo tuve en 1985, después de lo de papá, cuando me instalé en Londres con Simon, tal como habíamos planeado. En esa época había mucha demanda del código de programación para el Z80, y casualmente yo lo había aprendido de joven. Conseguí un empleo de programador en una pequeña empresa atestada de tempranos fanáticos de los videojuegos que dedicaban las horas libres a desmontar Ataris. Después, durante mis diversos períodos de paro o en que he estado subempleado, mi madre me decía: «¿Por qué no vuelves a la informática? Se te daba muy

bien». Pero ella no había vivido las condiciones en las que trabajaba, condiciones que yo sabía que serían las mismas fuese donde fuese: la asombrosa falta de sentido del humor, el espantoso gusto musical y toda esa imperdonable forma de vestir.

Sobre este último punto, debo decir que la cosa no se reducía únicamente a que mis colegas no supieran lo que eran los vaqueros de tobillo ceñido ni cómo aplicar la sombra de ojos al salir de marcha. Las modas van y vienen. Estos mostrencos desconocían el canon entero de la ropa masculina del siglo xx, los preceptos instaurados por maestros como Montgomery Clift y el emperador de Japón. Reglas tan precisas como las leyes de la prosa británica. Se podían violar para lograr un efecto, pero solo si las entendías. Lo que implicaba advertir el modo en que el modernismo arquitectónico se había reformulado en lana y lino, únicamente mitigado por el color heráldico y las pautas de los accesorios. Es probable que los miembros de Joy Division no estuvieran reflexionando sobre Frank Lloyd Wright al subirse a los escenarios de Manchester, pero esos lisos pantalones de algodón negro y camisas ajustadas no salían de la nada. Peter Saville, que diseñaba los discos de Factory, lo entendía perfectamente: el peso icónico del blanco y negro equilibrado para evitar el desarrollo de su esplendor, en este caso con la magnificencia oscura de la música en sí. Lo cual también serviría para describir más en general la tensión del sentimiento protestante: todo contención y cautela hasta que la erupción de una belleza sin extirpar nos despierta durante un instante del sueño de la eficiencia.

La cuestión es que mis compañeros de cubículo en NextFile no habrían logrado que los dejaran pasar a una discoteca de Londres ni aunque su vida dependiera de ello. Yo sí tenía que lograr entrar, debido a lo que estaba sonando al otro lado: el primer *house* de Chicago, o algunas de las más sublimes manifestaciones de la música disco jamás grabadas. Frankie Knuckles, Marshall Jefferson, Jesse Saunders: la realeza de la caja de ritmos Roland. Puede que la homofobia del *rock* blanco matase a la música disco en las emisoras norteamericanas, pero el arco de la historia tiende a la justicia. Podían quemar discos de Diana Ross en un partido de los White Sox, pero en el South Side de Chicago los patrones rítmicos de *four to the floor* renacieron de las cenizas y se extendieron hasta convertirse en bucles de diez minutos creados por los DJ que le quitaron con sus *samples* el carácter celestial a la

música disco clásica. Es posible que la ubicuidad de sus huellas no permita que en la actualidad se aprecie, pero el primer *house* tenía el poder de todo arte original, revelar la estructura del presente: el cuerpo en el soporte de lo electrónico, la mente en el soporte de lo virtual. Y no solo sacaba a la luz esta estructura, sino que le daba al cuerpo un medio de metabolizarla, convirtiendo la nueva implacabilidad en algo tan humano como el baile.

Replantear fuerzas históricas de este calibre requería potencia de volumen, esto es, un equipo de sonido que te moviera la caja torácica, con unos *subwoofers* que hicieran que el aire te estallase contra la frente a cada golpe de la caja de ritmos. Música densa como un huracán. Cuando el mundo quiere matarte, a veces la inoculación hace necesario que mates pequeñas partes de ti mismo. En este caso, los tímpanos.

Pero, en el Londres de esa época, si no llevabas al menos un par de trapitos de Vivienne Westwood, no te dejaban cruzar el cordón de terciopelo. Tal como recordaríamos después Boy George, un dandi que trabajaba en la puerta del Taboo, junto a Leicester Square, en cierta ocasión le sostuvo un espejo a un patán borracho y le preguntó: «¿Acaso usted se dejaría entrar?». Así que hice lo que se pedía. Dejé NextFile y conseguí empleo de dependiente en Browns (la tienda de ropa de Londres, no el restaurante de Oxford), en el que me dedicaba a aconsejar de todo, de Katharine Hamnett a Yohji Yamamoto. Unas camisas de cambray de morirse. Unos pantalones de lino de un corte que te podía partir el corazón. Es posible que mis estándares en cuestiones del vestir alcanzaran su punto álgido cuando tenía diecinueve años, pero es que fue muy álgido. Gracias al descuento en la tienda y a una dieta a base de kebabs, podía permitirme vestir lo bastante bien para pasar a través de esas muchedumbres anhelantes, igual que Marcel cuando entra en el salón de la duquesa de Guermantes. Los porteros me elegían cuando estaba al fondo de la gente solo por las camisas que llevaba. Dentro de Taboo, o en la Pyramid Night de Heaven, o en el menos exclusivo Delirium, pedía una cerveza para tener algo entre las manos mientras me situaba al borde de la pista de baile. No conocía a nadie que ocupase un lugar importante en aquella movida, en la que circulaban las drogas y los escandalosos posaban, y tampoco tenía especiales ganas. Solo necesitaba estar en el huracán, en esa tormenta que llegaba del paraíso, que impulsaba al cielo los restos del naufragio de James Brown, George Clinton, los maestros jamaicanos del *dub* y, sí, Giorgio Moroder y los músicos industriales de Alemania, y todos los productores y

DJ olvidados que no dejaban de producir ideas y vinilos, eliminando a los mediadores de una cultura considerada demasiado de consumo para ser narrada. O quizá lo más sencillo sea decir, por utilizar las palabras de Mr. Fingers, entonándolas con las cadencias de King:

*En el principio estaba Jack, y Jack tenía un ritmo.  
Y de su ritmo surgió el ritmo entre los ritmos.  
Y un día, mientras lo daba todo a lo bestia con la caja,  
Jack declaró con osadía:*

*«¡Hágase el house!»,  
y nació la música house...*

*Y resulta que todas las casas tienen un guardián.  
Y, en esta casa, el guardián es Jack.  
Quizá algunos os preguntéis:  
¿quién es Jack, y a qué se dedica?*

*Jack es quien te da el poder de menear el cuerpo.  
Jack es quien te da el poder de contonearte.  
Jack es quien te da la llave del mundo del meneo.*

Vendría a ser más o menos esto. Lo que podría dar la impresión de que yo bailaba. La verdad es que nunca lo hice. Tras la aniquilación del amor, aún considero que la pista de baile es el mejor remedio para el individualismo. Sin embargo, si soy sincero, solo puedo decirlo desde cierta distancia, porque nunca fui capaz de coger la llave del mundo del meneo. La música me agitaba el pecho y me golpeaba la cara, pero solo podía mecer la cabeza, situado al borde de la piscina mientras veía cómo palpitaba el fondo. A mi madre, a quien muchas cosas le parecen una pena, esto se lo parecía. «Pero ¿no te lo pasarías bien?», preguntaba lastimera, esperando, como siempre, la absolución de una cura. También me podría haber preguntado que por qué no atravesaba a nado el canal de la Mancha. Allá donde va mi mente, mi cuerpo nunca ha acudido después.

No quería irme de Gran Bretaña. Allí las cosas tuvieron sentido durante un par de años, mientras vivía por encima de la verdulería con Simon, en Manor Park, sin calefacción central y con esa cocina fétida. No me molestaba el

trayecto en autobús a la estación, en el que pasaba por delante de todas aquellas deprimentes casitas adosadas con sus cortinas de cretona y setos asquerosos, ni el tren elevado a Liverpool Street a través de almacenes ennegrecidos, ni los largos recorridos en autobús nocturno para volver a casa cuando cerraban las discotecas, ni los hilillos de vómito de ciertos vándalos debajo de los asientos. Iba invenciblemente vestido, al fin y al cabo. Además, nadie hacía preguntas personales. Ni siquiera Simon. Mamá podía mandar postales en las que comentaba el inminente aniversario de mi matriculación en una guardería de Battersea, en las que preguntaba si había pasado por el viejo edificio, pero sus nostálgicas efemérides quedaban a un océano de distancia. Si no hubiera sido por la mierda de notas que saqué en los exámenes, podría haber ido a Goldsmiths o a Bristol al principio de mi estancia y haberme quedado. Pero la educación superior era una necesidad de clase, y casualmente había cosas que sí quería estudiar. Por eso, tras demorarlo para pasar otro año en Londres, solicité el ingreso en varias universidades norteamericanas. Desgraciadamente, lo de inflar las notas aún no se daba en el Reino Unido, y los encargados de admisiones estadounidenses no se mostraron especialmente entusiasmados con mis notables de la secundaria. Acabé con seis rechazos y un empleo en una panadería de Walcott. Después de estar viviendo en casa con mi madre y Alec durante diez meses, una época de la que afortunadamente no guardo ningún recuerdo, salí de la lista de espera y entré en el Boston College.

En Londres, puede que aquellos que no lograban franquear las puertas de las discotecas no llevaran prendas de Vivienne Westwood, pero la mayoría habían al menos oído hablar de ella. Leían el *NME*. Leían la *i-D*. En general, se entendía que la música y el rigor guardaban cierta relación. Aunque no tanto en el Boston College. Las prendas de lino bien cortadas no se correspondían con el mismo perfil. Ahí se llevaba más Led Zeppelin. Más la Michelob. El empleo que me asignó la universidad en la sala de juegos me dejaba sin serotonina con mayor velocidad que con la que un productor esnifa cocaína. Por no hablar de mi compañero de habitación de Westborough, un lerdo que casi todos los días lucía unos vaqueros lavados a la piedra y una camiseta sin mangas de los Guns N' Roses, con el que me alojaba a la fuerza en una torre infrabrutalista rodeada de gravilla. No había leído a Celan ni a Hardy. Ni *Muerte en Venecia* ni *Middlemarch*. Observar su vida interior era como quedarte mirando el acabado de terciopelo de un cuadro de Agnes

Martin. Al cabo de poco tiempo necesitabas ortodoncia.

Lo que aquel sitio sí resultó tener, no obstante, era una emisora de radio chachi, fundamentalmente dirigida por aficionados adultos que no tenían nada que ver con la chusma que formaban los alumnos. Logré convencerlos para que me dejaran un hueco entre semana, de dos a cuatro de la madrugada. Estábamos en los albores de la música *techno* (al menos en Detroit). Los oyentes, esto es, la docena aproximada de personas que sintonizaban mi programa, necesitaron aclimatarse para escuchar algo semejante al profético *Strings of Life*, de Derrick May, un sincopado *riff* de piano de siete minutos que se repetía en bucle por encima de un aluvión de sintetizadores pop y de *charles* que daban caña a 128 pulsaciones por minuto. Para darle contexto a esta revolución, había que poner canciones que casi todos los grandes conocedores de música heterosexuales (que por aquella época se deleitaban con los Beastie Boys) consideraban rarísimas hasta el paroxismo, como, por ejemplo, *Vienna*, de Ultravox. La música electrónica ha padecido desde hace mucho este prejuicio en favor del grupo de cuatro instrumentos y solista. Como si romper esa familia nuclear del *rock* equivaliese a quemar la bandera. Pero, si a estas alturas no podemos extraerle cierto espíritu a lo técnico, también podríamos donar nuestros cuerpos a la ciencia y dejarnos ya de tonterías. Las máquinas hay que crearlas para que importen. No en sus términos. En los nuestros. Y hay que incluirlas de nuevo en el anhelo humano. Eso era lo que Atkins, May, Saunderson y los otros estaban haciendo. Su ámbito no era el Distrito de los Lagos ni Woodstock, sino los sótanos en penumbra del extrarradio de Michigan.

Al cabo de un par de semanas, la gente empezó a llamar a la emisora y a preguntar: «¿Qué es esta movida?». El futuro, les contestaba yo, es el futuro. Escuchad y sentid gratitud. No hacia mí, ni hacia ningún heroico y genial artista, sino al movimiento que ha producido este sonido, el testigo colectivo de la vida en la sombra de la deteriorada base industrial. Fundamentalmente, querían saber dónde podían pillar el vinilo para empezar a ponérselo.

Cuesta decir exactamente por qué dejé las clases en el otoño de mi segundo año. Como es lógico, la arquitectura no ayudaba. Ni tampoco lo hacía mi tercer compañero de cuarto, un sionista y fanático de los Patriots que no había conseguido entrar en Brandeis. El agresivo tedio de las clases con los alumnos atléticos. Un bajón de tensión generalizado. Cemento en las

extremidades. Después he leído sobre los renos noruegos que dejan de moverse en invierno; esto lo denominan «resignación ártica». Para aumentar mi desgracia, el único sitio al que podía ir a resignarme era la casa de la que había huido en el Reino Unido en primer lugar, la casa a la que ya me había visto obligado a retirarme en una ocasión. Mi madre también se parecía un poco a un reno noruego en esta época, seguía acudiendo cansada al trabajo en la biblioteca de Walcott que había cogido en el invierno después de que muriera mi padre. Imperaba por doquier una tasa metabólica baja. Al menos en la panadería me volvieron a aceptar. Casi todas las mañanas me dirigía a ella a las cinco para meter el pan y la bollería en los hornos. En lo que respecta a mi historia laboral, esto acabó desembocando en una especie de momento culminante. Como era el primero en llegar, podía manejar el radiocasete de la cocina, y al cabo de poco tiempo ya había salvado a varios fans de los Grateful Dead procedentes del instituto de la zona. Uno llegó al punto de tirar sus camisetas *tie-dye* y sus sudaderas para ponerse pantalones sin pinzas y camisas de segunda mano. Por lo menos me apreciaban.

Como no le llegué a decir al director de la radio que había dejado las clases, pude seguir con el programa de radio, y en enero vi que un cambio de horarios anunciaba que en la franja después de la mía iban a poner ahora *ska* y *dub* de la primera época. Naturalmente, me picó la curiosidad. ¿Qué DJ había aparecido para llenar el único hueco más muerto que el mío con ritmos que demostraban una percepción tan avanzada de adónde se dirigía la música *dance* de ambos lados del Atlántico?

Vi a Caleigh por primera vez a través del cristal de la cabina. Llevaba a pulso una caja de vinilos de doce pulgadas de un lado a otro de la sala, vestida con un jersey de cuello alto que le venía demasiado grande, unos anchos pantalones de pana morada y botas negras, un atuendo que, con otras tallas, no habría estado fuera de lugar en el Londres de 1965, ni en Oakland una década después, pero que en ella quedaba como un intento de tienda de segunda mano de ocultar lo flaca que estaba. Además, era alta, de casi un metro ochenta, aunque parecía tener muchas ganas de ocultar este hecho, pues caminaba con los hombros encorvados y la cabeza gacha, como si quisiera ser lo más invisible que pudiera al moverse por la estancia. No llevaba maquillaje ni joyas, y tenía el pelo recogido por encima de su frente ancha. Nada de aquello bastaba para ocultar su belleza. Que intentase

disculparse por ella la elevaba por encima del ámbito del mero azar físico para convertirla en una especie de elegancia moral.

Puse una pista especialmente larga y salí de la cabina a preguntarle si necesitaba ayuda para traer los discos. No contestó, como si ella no fuera la persona a la que había que preguntárselo. Hice un gesto en dirección a una de las cajas que tenía a los pies; no protestó. Las asas de plástico seguían calientes por el roce de sus dedos. «Me encanta el *dub* de la primera época — le dije—. Te puedes perder en él.» Ella asintió con la cabeza, mirándome directamente por primera vez, solo durante una fracción de segundo, mientras sus enormes ojos de gata me clavaban estacas en los pies hasta llegar a la alfombra, como un soldado romano que estuviera clavando a un ladrón en una cruz. Cuando una media sonrisa le iluminó el rostro, y añadió: «Sí, supongo que sí», me dio la impresión de que solo quedaba preguntarle dónde pasaríamos el resto de nuestra vida juntos.

Me quedé y escuché todos los discos que puso. Igual que hice la semana siguiente. Ella casi no hablaba entre una pista y otra, casi susurraba los nombres de las canciones frente al micrófono y solo ponía los anuncios ya grabados de entidades públicas; su actitud estaba radicalmente divorciada de la frenética energía de los temas que pinchaba. Evidentemente, yo tenía que saber más. Tras el segundo programa, me arriesgué a invitarla a desayunar conmigo temprano. Por algún milagro, aceptó. Fuimos a un Dunkin' Donuts de Cleveland Circle. Pidió un té y un donut normal, y contestó a mis preguntas con las más breves de las respuestas. Aunque sí logré sacarle que había ido al instituto en Houston, que su padre era nigeriano y su madre de Sri Lanka, y que (como yo) no tenía amigos en el BC. Además, estudiaba poesía negra de la anglofonía. Es posible que, cuando me contó esto, yo no tendría que haber metido la mano tan deprisa en mi bolsa de mensajero para leerle la cita de Audre Lorde que había subrayado el día anterior: «El horror fundamental de cualquier sistema que define lo bueno en función del beneficio y no en función de las necesidades humanas, o que define las necesidades humanas mediante la exclusión de los componentes psíquicos y emocionales de estas..., el horror fundamental de un sistema semejante es que le quita a nuestro trabajo el valor erótico, su poder erótico, su atractivo vital y su capacidad de realizar a una persona», pero la verdad es que no lo pude evitar. Estábamos hechos el uno para el otro de una forma aún más profunda de lo que yo había creído al principio. Cuando dejé el libro, me

miró con escepticismo, como si fuera un canalla que solo fingía interés por el mero placer de la seducción. «¿Por qué lees a Audre Lorde?», me preguntó, poco convencida. Pero cuando contesté «¿Y quién no lee a Audre Lorde?», soltó su primera carcajada, y yo pude respirar de nuevo al saber que aquella no sería nuestra última comida.

El hecho de que conectáramos esa primera mañana en el Dunkin' Donuts gracias a la obra de una feminista lesbiana y radical ¿tendría que haberme avisado de que en un futuro Caleigh acabaría saliendo con mujeres? Se podría decir que sí. Pero aunque lo hubiera sabido, no habría hecho nada de otro modo. La necesitaba con demasiada ferocidad.

Uno de los problemas de leer a Proust mientras vives en casa de tu madre porque estás demasiado deprimido para ir a la universidad es que la experiencia a la vez aumenta y vacía tus mayores esperanzas respecto al amor, lo que te deja más expectante y también más derrotado de lo que suele estar la mayoría de las personas. «Puede ocurrir que se sienta atracción por una persona y nada más —reconoce M. P., cosa que yo desde luego sentía por Caleigh—, pero para desatar esa tristeza, ese sentido de lo irreparable, esas angustias que sirven de preparación para el amor, debe existir (y es posible que, más que una persona, sea este el verdadero objeto que la pasión desea poseer) el riesgo de una imposibilidad.» Una dulce imposibilidad que inste al corazón a llegar más alto. Puede que el lesbianismo de Albertine sea un invento de la imaginación de Marcel, urdido para conjurar el aburrimiento y la sospecha de que, en realidad, la muchacha no le gusta, pero Caleigh resultó ser lo real, lo imposible.

Todo eso no sucedió hasta más tarde. Al principio, me limité a organizar mi vida en torno a ella como la había organizado en torno a Angie, aunque teníamos tantísimo más de que hablar que ni se dudaba que nos veríamos todos los días. Yo llegaba a su habitación de la residencia mediada la tarde, después de haber terminado mi turno en la panadería y de hacer el trayecto a Chestnut Hill. Si no estaba, le dejaba una nota en la puerta y la esperaba fuera. Ella me llevaba al piso de arriba sin decir gran cosa, empezábamos a poner discos y yo leía en voz alta fragmentos de Gide, Baldwin o Angela Davis mientras ella estaba tumbada en la cama con la capucha puesta y con los ojos en blanco ante mi tono de profeta, censurándome con mayor cariño

por aquello que me importaba de lo que nadie lo había hecho hasta entonces. Su estado básico era de melancolía. Leía poesía, pero hacía caso omiso de sus otras tareas, y dormía entre diez y doce horas diarias. Yo insistía continuamente para que me contase todos los detalles de su pasado, pero de esas cuestiones me contó muy poco. Tuve que deducir lo del exilio interno de sus años de instituto, una época en la que estuvo tan marginada de los chicos negros que la consideraban una inmigrante extraña, como de los blancos, que solo la consideraban negra. En lo referente a las atribuladas relaciones con sus padres, tampoco se explayaba mucho más. Lo único que pude distinguir, a partir de comentarios sueltos y de alguna llamada de teléfono oída a medias, fue a un empresario nigeriano de talante serio que quería que su hija estudiara una asignatura más práctica que la literatura, y a una mujer de Sri Lanka algo taciturna que jamás había aspirado a vivir en Texas. Los dos únicos temas en los que se mostraba mínimamente locuaz eran la música y su sensación de ser una inadaptada. La parte de la tarde y de la noche que yo no monopolizaba al decirle lo guapa que era o al leerle en voz alta, la llenaba ella asegurándome que yo solo estaba encaprichado y que ella era torpe.

No obstante, aunque se empeñaba en no mostrarse de acuerdo en cómo la valoraba, mis sentimientos no le inspiraban ningún miedo, como sí le había pasado a Angie. Daba la impresión de que los aceptaba como se puede aceptar una discapacidad física. Me dejaba decirle todo el rato cuánto la quería, y quejarme si las visitas se retrasaban o no se producían. Escuchaba con paciencia mis descripciones de todo lo que me cautivaba de ella, y, tras afirmar entre protestas que no poseía ninguna de las cualidades que le atribuía, me explicaba racionalmente cómo podía sobrellevar yo una necesidad tan potente, como si le estuviera dando un consejo a una amiga con problemas de pareja. Si yo hubiera sido el típico macho, imagino que esto me habría parecido paternalista, pero lo que me pareció fue de lo más bondadoso: que aguantase la debilitación de mi amor, y que incluso me cuidara durante los estertores de este sentimiento. Yo podría haber hablado solo de esto, pero de vez en cuando ella lo frenaba cambiando el disco, y los dos nos tumbábamos y viajábamos juntos por las cumbres y los valles de esos eternos temas de *dub* grabados en vinilo por King Tubby y sus descendientes, mientras que algunos fragmentos de las letras resonaban tan profundamente en las trincheras del bajo que no distinguías las palabras, solo el anhelo que las sustentaba.

A medida que fue transcurriendo el tiempo, su generosidad hacia mí se extendió a los abrazos. Me sentaba a su lado en la cama, ella me rodeaba el cuerpo con un brazo y dejaba que le apoyara la mejilla en el hombro. No hace falta que se me recuerde lo ridículo que parece todo esto, que te compadezca así por lo que quieres y no puedes tener precisamente la persona de la que lo quieres. Si hubiera logrado desarrollar la ordenada carrera de maduración del protagonista de una novela de formación, habría aguantado todo esto una temporada y, después, descartado la pasión para obtener una reciprocidad funcional. Pero ni Angie ni mi primera época con Caleigh fueron errores obligatorios de juventud: fueron la plantilla. Me puede diagnosticar usted lo que quiera, como sin duda hará, como Celia y Alec tampoco dejan de hacer nunca, señalando el aspecto nefasto de toda obsesión, la angustia que alimenta, la intimidad supuestamente auténtica que impide. Y, dados mis muchos años de experiencia en este campo, puedo añadir gratis la patología en que le apetezca convertir la atracción romántica y sexual hacia las mujeres negras por parte de un hombre blanco que estudia la esclavitud y sus consecuencias en Estados Unidos. Pero no se le ocurrirá nada en lo que yo no haya pensado ya o por lo que no me haya preocupado ya hasta la extenuación. Que es uno de los motivos por los cuales relleno estos formularios con tanto detalle. El único alivio se produce al describirlo.

Ese primer contacto físico con Caleigh, ese primer abrazo, borró todo vestigio de dignidad o de contención que yo hubiera logrado mantener. Lloré. Y no unas pocas y risueñas lágrimas de alivio, sino un sollozo no disimulado. Ella siguió abrazándome. Después me dijo que en ese momento no me besó por pena, sino porque mis sollozos le habían dado ganas de besarme. Si no hubiera sido ya mi mejor y quizás única amiga, no la habría creído, pero ella nunca ha fingido. Carece de la energía necesaria para ello, y no trata de alcanzar ningún objetivo, de modo que no tiene ningún motivo para mentir ni para manipular a la gente. Es una de las ventajas de evitar la ambición.

Así pues, la respuesta a la pregunta de una «cita real», que me había torturado con Angie, surgió ante la desaparición de esa pregunta. Con el primer beso de Caleigh, toda la fuente del dolor se abrió: mi infelicidad nunca había conocido un alivio tan pleno, por mucho que volviera con renovados bríos en cuanto acabaron nuestros besos. Me perdonó incluso mi torpeza trémula en la cama. Estar desnudo con ella resultaba aterrador. Me parecía imposible que

todo lo que estaba haciendo no fuera el preludio de una violación. Mis pensamientos eran inaceptables; mi cuerpo sufría convulsiones como un perro espástico; hice todo lo posible por cerciorarme de que no le estaba haciendo daño y seguía convencido de que le estaba haciendo daño. Lo mejor era cuando ella cerraba los ojos y yo percibía que podía existir un placer para ella que yo no podía ni tocar ni ver, alguna cosa o lugar muy ocultos en su interior a los que podía acceder en mi presencia, aunque sola. Entonces, al menos, no me sentía del todo egoísta. Es muy fácil burlarse de la sinceridad de los hombres que creen de verdad en el feminismo en vez de fingirlo para sacar tajada, como si tratar de superar una historia de violencia sea el enfermizo argumento de un palurdo que no liga lo suficiente. Yo quería amarla, ser tan bueno con ella como ella ya lo era conmigo. Dice que nunca ha lamentado que viviéramos este período juntos, y la creo.

Esos primeros meses no tuvieron nada de suntuoso, no hubo ningún plano panorámico que va recorriendo un suelo con ropa desperdigada y que acaba con la pareja desnuda sobre las sábanas. Incluso con un amante tan deplorable como yo, ella evitaba mostrarse y se metía enseguida en la ducha cuando ya habíamos terminado, donde se quedaba largo rato y de la que salía completamente vestida. El detalle más íntimo y reconfortante por su parte fue dejar de utilizar mi nombre y pasar a llamarme Aleta. Era la primera vez que me dedicaban un apelativo cariñoso y, aunque su etimología era un misterio para mí, me sentía elegido cada vez que lo empleaba.

Cuando al final del curso académico le hizo falta un sitio en el que pasar el verano, lógicamente, vino a vivir con mi madre y conmigo. Había huido con una de las aspiradoras de la universidad y le procuraba un extraño consuelo pasarla por la alfombra del salón varias veces por semana. A mi madre esa aspiradora le gustó (a diferencia de la nuestra, funcionaba), pero también le inspiró recelo después de que Alec, que ya estaba en el primer curso de universidad y que pasaba el verano con la tía Penny en Nueva York, asegurara que era robada en una infrecuente visita al hogar. Fue el primer electrodoméstico en llegar a casa en años; su cubierta amarilla y brillante le daba el aspecto de ser una sonda enviada por una sociedad avanzada para recoger datos sobre seres primitivos. Caleigh quiso que a mi madre le contáramos que éramos amigos, lo que, seguramente, también tendría que haber sido un aviso, pero esto nos ahorra molestias, así que a mí me

pareció muy bien. «A tu amiga le gusta pasar la aspiradora —me decía mi madre al volver del trabajo—. Ha estado dándole al tema otra vez.» Es posible que el hecho de que una invitada le limpiase la casa hubiese ofendido en otro momento su sentido del decoro, pero ya no tenía lo que hay que tener para formular algo más que una protesta simbólica.

Con Caleigh instalada, cuando ya no tenía que preocuparme por verla o no todos los días, empecé a percatarme de que no solo estaba melancólica, sino que estaba más o menos tan deprimida como yo, si no más. Pero, de nuevo, no quería hablar del tema. No dejaba de decir que aquello daba igual, lo cual era una buena representación de su forma general de enfrentarse al mundo: todas las obligaciones eran una lata, lo romántico era un engaño, casi todos los días dolían, y el único alivio de veras lo brindaba la música. Sí que leíamos juntos cruciales artículos de teoría racial y lamentábamos la amnesia en estas cuestiones que ocultaba el declive de los entornos vitales negros detrás de un sinfín de hagiografías centradas en los derechos civiles. Algo era algo. Si soy sincero, su depresión me aliviaba, me llevaba a albergar esperanzas de que podríamos estar juntos un tiempo porque resultó que había un montón de cosas por las que yo tenía que consolarla.

En agosto, mi madre se marchó a ver a unos amigos, y Caleigh y yo nos quedamos con la condenada casa para nosotros. Todo el mes fue una larga ola de calor. Mi madre no creía en el aire acondicionado, ni para ella ni para los demás, así que por las noches, en mi dormitorio, poníamos un ventilador a pocos centímetros del colchón y lo dejábamos al máximo. En la panadería, varios empleados se desmayaron en silencio junto a los hornos. Cuando volvía del trabajo, Caleigh y yo nos repantigábamos en el salón, sudando como siluros, distraídos incluso de nuestra propia infelicidad, sin escuchar nada más exigente que *house* ambiental. Celia o Alec llamaban de vez en cuando para ver cómo estábamos, y me hablaban del verano de ella en Berkeley o de los amigos de él en Nueva York. Habían ido a universidades con mejor ayuda financiera, en las que la gente bebía menos Michelob y escuchaba menos a Led Zeppelin, y en las que los profesores organizaban seminarios en sus salones. No creo que en ese momento me inspirasen ya resentimiento, porque me preocupaba sobre todo que estuviesen sufriendo mucho sin que yo supiera cómo ayudarlos. Sin embargo, cuando llamaban, eso sí que me recordaba, si es que me hacía falta, que vivía en la casa en la

que los había abandonado en determinado momento, a mis hermanos menores, para que se las apañaran solos, aunque ellos de un modo u otro habían logrado llevar a cabo huidas más permanentes.

Hubiera sido adecuado, natural incluso, supongo, que mientras estaba allí me acordara mi padre, pero tenía muy pocos recuerdos suyos y, prácticamente, no pensaba en él. A pesar del hecho de que ya llevaba una temporada yendo a ver a su antiguo psiquiatra, el doctor Gregory. Evidentemente, no me podía permitir pagarlo, pero era la primera vez que perdía a un paciente por culpa de un suicidio y, por lo visto, se sentía lo bastante culpable para ignorar mi falta de pago de sus facturas. Él las mandaba, yo las tiraba, y seguíamos. Celia, reivindicando su reciente sabiduría en tanto que estudiante de Psicología, afirmó que esto no era sano desde un punto de vista clínico, pero en esa época ella tenía más recursos que yo y tendía a la confianza en sí misma. La consulta del psiquiatra estaba en el segundo piso de una pequeña mansión situada en Marlborough Street, en el barrio de Back Bay. Yo ocupaba una butaca tapizada de cuero en medio de lo que en otra época debía de haber sido un salón; el escritorio de madera de cerezo del doctor Gregory estaba colocado entre dos ventanales que iban del suelo al techo, que tenían grandes aperturas verticales y diminutos balcones directamente sacados de una novela de Edith Wharton, aunque él no se vestía ni la mitad de bien que, por ejemplo, Lawrence Selden en *La casa de la alegría*. Ni llevaba trajes cortados al bies. Ni prendas de lino desestructurado. Es curioso lo que la gente hace y no hace con el dinero. Yo jamás me habría enterado de que procedía del Medio Oeste ni de que era metodista, pero mi madre acompañaba a mi padre a sus citas y se había enterado de estos datos muy pronto (para ella, una visita a un profesional de la medicina es, ante todo, un compromiso social). Yo hablaba con él sobre todo de crítica cultural psicoanalítica, sobre las teorías del trauma masivo y, de vez en cuando, de mis tremendos accesos de miedo de que Caleigh me dejara de forma inminente para irse con una mujer. Escuchaba bien, el doctor Gregory, y apenas me interrumpía.

Quizá también debido a la sensación de culpa que le inspiraba mi padre, tenía la manga muy ancha con el talonario de recetas. Esto ha resultado ser funesto. En determinado momento introdujo la expresión «trastorno de ansiedad» en nuestras conversaciones y me propuso que tomara una dosis pequeña de

Librium, en dosis variables. Cuando le dije que no me hacía mucho más efecto que un Benadryl, me hizo otra receta de algo que, según me contó, era «levemente más fuerte».

Recuerdo mi primera dosis de Klonopin tal como imagino que los elegidos rememoran sus romances estivales de la secundaria, bañados en la luz dorada de la perfecta despreocupación, sin tocar y sin poder ser tocados por la depredación del tiempo ni por la infamia de cualquier dolor del presente. Tal como escribió Cat Stevens, «el primer corte es el más profundo», aunque yo siempre he preferido la versión de Norma Fraser al original (el legendario Studio One, Kingston, Jamaica, 1967). Stevens canta el tema como una canción pop, pero Fraser sabe que las palabras son ciertas, que nunca volverá a amar del mismo modo. Su voz se alza sobre la reverberación como un pájaro en el vuelo postrero. Efectivamente, el primer corte es el más profundo. Después lo he aprendido todo de los receptores GABA y de la unión molecular, de los ácidos benzoicos y de los peligros de la tolerancia, pero en esa época solo sabía que había recibido algo que suponía una intervención invisible y sumamente efectiva en la mente, administrada mediante una pastilla de un amarillo claro, con una raya en medio y no mayor que una aspirina. Se dicen tantas tonterías sobre los medicamentos psicoactivos, hay tantos casos de corrupción, mala fe, exceso y falta de uso, vaguedades, especulación, ignorancia y esperanza, que es fácil olvidar que a veces funcionan, que mitigan el sufrimiento real, al menos durante una época. Esta fue una de esas épocas.

Tomé mi primera pastilla en cuanto rellené la receta en el CVS de Copley, a pocas manzanas de la consulta del doctor Gregory. Cuando llegué a Newton Centre con la línea verde, ya no podía dejar de sonreír. Con una de esas sonrisas enormes y solares que te inundan todo el pecho, como si tus órganos también estuvieran sonriendo. No tardé en empezar a reír, por nada en concreto, carcajadas puras, que me llenaron los ojos de lágrimas, lo que sin duda me dio un aspecto completamente demencial para los otros pasajeros. Pero casi nunca he sido tan feliz. Durante esa hora y las tres o cuatro que siguieron, me descolgué de un gancho de la parte de atrás de la cabeza del que ni siquiera sabía que estaba colgado. Me encontraba en un mundo libre de pavor. Las ideas venían, se prolongaban durante momentos enteros e ininterrumpidos, después desaparecían y dejaban hueco a otras. De un modo

u otro, el presente había dejado de constituir una emergencia. De hecho, casi parecía sosegado. Al otro lado del vagón, un grupo de alumnos de instituto se burló de mi actitud de chalado y ni siquiera me dio vergüenza. Parecía que su desdén se desplazaba con demasiada lentitud por aquella atmósfera nueva para llegarme con fuerza. Ni los envidiaba ni los despreciaba. ¿Quién era yo? ¿Steve McQueen? Cuando vi que mi Cutlass de segunda mano entraba en el aparcamiento de Woodlawn (Caleigh venía a buscarme), la saludé con la mano mientras ella iba detrás del volante; también me miró como si fuera un psicópata. «¿Desde cuándo saludas con la mano?», me preguntó. Desde que he descubierto que se puede derribar el muro de Berlín con un bastoncillo para los oídos.

El doctor Gregory me había dicho que tomara una pastilla por la mañana y otra antes de irme a la cama. Esa noche dormí como un corderito sedado, y me desperté sin miedo. Mañana tras mañana, este milagro se repitió. Empecé a hacer experimentos. Me concentraba en mis mayores miedos (no retomar nunca los estudios, haber desaprovechado ya la oportunidad de hacer algo grande, ser una carga para Caleigh, que ella no me quisiera ni siquiera como amigo, pero que me soportase solo porque estaba deprimida y necesitaba compañía), y los iba examinando uno por uno, concentrándome también en las imágenes que acompañaban esos miedos: no salir nunca de esa casa, que Caleigh viviera a miles de kilómetros de distancia y enamorada de otra persona. Y, de forma asombrosa, me resultaba imposible preocuparme. Me imaginaba un futuro terrible, ensayaba los argumentos, pero no me ponía a jadear, y las ideas me atravesaban con tan poca fricción como un parte meteorológico.

Le dije a Caleigh que las tenía que probar, pero una mañana, cuando le di una dosis después del desayuno, entró en un coma de seis horas y se despertó con resaca, despotricando contra mí. Resultó que ella no tenía ningún trastorno de ansiedad. Eso era lo que tenía el Klonopin: no solo me quitaba la ansiedad, también diagnosticaba mi estado como la radiografía de un hueso fracturado. Los músculos de la cara se me relajaron tanto que, al mirarme al espejo, esperaba ver un basset hound. No tenía ni idea de que un cuerpo podía estar tan desprovisto de tensión y aun así seguir erguido.

Ese otoño retomé los estudios. Leí continuamente, redacté trabajos, hice exámenes e inicié a mis oyentes en el *acid house*. Caleigh y yo pasábamos

todo el rato juntos, en nuestras habitaciones, en la emisora, en la biblioteca, yo implorándole que empezara a hacer terapia, ella resistiéndose y rebajando mi entusiasmo, aunque todavía me permitía hacerle el amor. Si yo había esperado que la culpa que sentía al acostarme con ella disminuyera con el tiempo, me equivocaba. Únicamente aumentó. El problema no solo radicaba en ser un hombre que podía darle asco, o causarle dolor, sino en ser blanco y poder tocarla, besarle los labios y los pechos, meter el dedo en su interior cuando, veinte minutos antes, le había estado leyendo en voz alta un pasaje de Andrea Dworkin o de Sojourner Truth. Esto no dejó de parecerme mal. Hice todo lo posible por centrarme solo en su placer, no hacerme ningún caso por deferencia a ella. Pero lo político no se elimina tan fácilmente. Sí, quería abdicar de mí mismo, renunciar a mi persona, porque ¿para qué vas a enamorarte si no puedes dejarte tirado en el suelo? Aunque la cosa era más particular. Al cabo de poco tiempo, mi deferencia se había transformado en algo más peligroso: el deseo de revertir físicamente el privilegio racial convirtiéndome en su esclavo. ¿Dónde podía darse esta transposición con cualquier atisbo de fuerza al margen de en el trauma del sexo?

Esa primavera, mientras estábamos en la cama una noche, demasiado consumido por el impulso de no confesarlo, le susurré unas palabras en que le venía a decir lo anterior en la entrada del oído. «Ay, Aleta —contestó—. ¿De qué hablas? ¿De una plantación, o algo así?» Mi horrible silencio posibilitaba la siguiente implicación: «A lo mejor sí, pero al revés». Me puso los largos dedos en la mejilla y me apartó el pelo con la otra mano, como a un niño al que se le acaricia un mechón de pelo. A esas alturas ya me quería lo bastante, aunque solo fuera como amigo, para no sentir vergüenza delante de mí. Eso siempre se lo agradeceré: que me mostrara quién era. «Lo entiendo —dijo—. De verdad. Pero no en nuestro caso, Aleta. No en nuestro caso. ¿Vale?» Frenó el torrente de disculpas que prorrumpieron de mi boca por habérselo pedido; me apoyó un dedo en los labios y entonces, para mi sorpresa, levantó la cabeza de la almohada y me besó.

Así pues, mantuve controlada esa anhelada derrota porque no quería importunarla, la mantuve a raya, como he hecho desde entonces. Habría sido mucho más bonito que la mella insignificante que he causado en el edificio de la supremacía blanca hubiera surgido únicamente de una inquietud social. Pero la verdad es que durante toda mi vida me he relacionado con mujeres de

color (en el tema romántico, me habría ido muchísimo mejor si hubiera sido una lesbiana de color, de eso no cabe duda), así que no tiene ningún sentido fingir unos principios inventados. Jamás habría seguido haciendo lo que hago si no hubiera visto de cerca la depresión y el odio por sí mismas que las mujeres con las que he intentado estar han sufrido, pero no han querido comentar. Pensar que los estados de ánimo no guardan la menor relación con la política ni la historia sería de una ignorancia tan lamentable como imaginar que el deseo que me inspiran (sus cuerpos y sus cuidados maternales) no presenta un cariz igualmente atormentado.

Soy consciente de que me estoy enrollando un poco al contestar lo de la historia laboral, pero es que presentar una lista de fechas de empleo no refleja en absoluto lo que me he traído entre manos. Mi trabajo de verdad empezó durante la primera mejora temporal del Klonopin. Caleigh había conocido a una mujer llamada Myra, una estudiante de doctorado en el BC que le había corregido, como profesora asistente, la introducción de uno de sus trabajos. Un día empezaron a charlar después de clase y habían tomado café varias veces. Myra se había criado en Atlanta, se había licenciado por la Universidad de Chicago, había trabajado de camarera varios años en Boston y ahora hacía de DJ en una sesión solo para mujeres que se celebraba una vez al mes en Central Square. Por la forma en que Caleigh me miraba con el rabillo del ojo siempre que decía su nombre, noté que me estaba poniendo a prueba a ver cómo reaccionaba. Es una muestra del poder de los ácidos benzoicos en la mente virgen que yo pudiera escuchar cómo Caleigh, que lo era todo para mí, me contaba que había tomado café con esta mujer, y que no acabase hospitalizado por culpa de los celos. Estaba claro que quería permiso. Me había perdonado mi tremenda necesidad de ella. Había permitido que mi devoción la llevara a cambiar de opinión, y al final la había convencido. Me había perdonado incluso la culpa que me inspiraba desearla. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Impedirle que alcanzase lo que trataba de decirme que quería? Unos meses antes, mi pavor ambiental y mi obsesión por ella estaban tan entremezclados que me habría visto impelido a rogar y amenazar. Pero ahora me dejó perplejo la ecuanimidad de mi respuesta. Entonces me llamó la atención, por primera vez, lo poco ética que es la ansiedad, cómo anula la realidad de otras personas al reclutarlas como paliativos de tu propio miedo. Durante un breve período pude salir de eso, escuchar qué quería ser ella.

Cuando Caleigh propuso que los tres formásemos un grupo de lectura para paliar la escasa oferta de estudios de la diáspora africana, me pareció una solución perfecta, una forma de que Caleigh no tuviera que decidir entre nosotros. Al principio Myra me trató con recelo, pues sabía que Caleigh y yo seguíamos acostándonos, y le costaba creer que un hombre blanco tuviera algo que aportar a las discusiones sobre la experiencia negra. No la culpo por ello. No obstante, como Caleigh respondía por mí, acabó cediendo, y los tres pasamos nuestro primer mes leyendo a Frantz Fanon, ese coloso de la psiquiatría poscolonial. No es que sea el mayor feminista del mundo, pero cabría en una postal todo aquello que no clavó sobre la semivida psíquica del colonialismo. Siguiendo sus consejos, por así decirlo, buscamos en la literatura más reciente sobre psicología clínica ideas sobre el tratamiento de pacientes negros (de forma asombrosa, no había mucho). Pero sí me topé con el estudio que me ayudó a iniciar mi andadura.

Un psicólogo británico que trabajaba en una clínica de Mánchester había escrito un artículo sobre la forma en que había tratado a ciertos adolescentes negros que tenían pesadillas recurrentes relacionadas con la esclavitud. Algunos soñaban que los encerraban en la bodega de un barco, entre los maltrechos y los agonizantes, otros que los desnudaban y azotaban en público. Un chico, que no manifestaba un conocimiento especial de la historia negra, tenía una pesadilla recurrente en la que lo colgaban de una farola y lo descuartizaban. Fueron las transcripciones lo que me impresionó. El autor las había incluido en un apéndice. Uno de los sujetos, en un lenguaje repleto de jerga mancomunada, contaba que veía sangre que le corría por el pecho y que se daba cuenta de que le goteaba de los cortes que le había causado el grillete que llevaba al cuello. Al no saber cómo interpretar este fenómeno (los chicos no se conocían entre ellos e iban a colegios distintos), el psicólogo había entrevistado a algunos miembros de las familias para ver si había casos de esclavitud entre los antepasados, y que estos se hubieran transmitido oralmente dentro de la familia, creando así las fantasías nocturnas de los chavales. Pero no encontró ninguna pauta semejante. Lo que sí compartían los chicos eran síntomas de depresión, que, como comentaba el autor, no eran infrecuentes entre los adolescentes negros, aunque pocos acudían a tratarse. Era el agobio de esas pesadillas concretas lo que los había impulsado a superar la barrera del orgullo y del estigma para buscar su ayuda.

Lo extraño de todo aquello (que fueran unos chavales de los Midlands, no de la antigua confederación, la inquietante exactitud de sus descripciones) ya habría sido lo bastante memorable. Pero lo que se me quedó grabado fue una observación a la que el propio autor no concedía demasiada importancia. Más o menos al principio del texto, al describir el entorno social de clase trabajadora de los chicos, comentaba de pasada que todos ellos frecuentaban las discotecas y que eran grandes aficionados a la música. Desgraciadamente, no incluía la lista de los temas que les gustaban. No obstante, teniendo en cuenta cuándo y dónde habían crecido, no costaba suponer qué habían estado escuchando en la pista de baile, y no era punk blanco, sino *house* y *techno* de la primera época, a lo que se le añadía algo de Kraftwerk y de New Order. Desde luego, había miles de jóvenes que escuchaban lo mismo al mismo tiempo cuyo sueño no se veía afectado por el tráfico de esclavos. Pero resultó que lo que tenían en común no eran bisabuelas de las plantaciones de las Indias Occidentales, sino temas de música disco negra y estadounidense. Nadie dudaba de que la tortura de la esclavitud constituía una presencia atormentada en varias generaciones de espirituales y de góspel. ¿Por qué no los últimos vinilos de doce pulgadas? Estos chicos no estaban escuchando a Mahalia Jackson cantar sobre su travesía, pero en algún punto del proceso estaban soltando y agitando los mismos fantasmas. No había ninguna conclusión empírica que extraer de todo esto, como si se pudiera medir el dolor en la música. Sin embargo, al pasar los días leyendo sobre la historia de los linchamientos y los disturbios raciales, y al poner después mis discos en la emisora, no dejaba de venirme a la cabeza la imagen de estos chicos bailando y soñando en medio de una oscura repetición mayor que cualquiera de nosotros.

Imagino, entonces, que se podría decir que nuestro grupito de lectura fue un éxito para todos los implicados. Caleigh y Myra pudieron pasar mucho tiempo juntas, y empezaron a enrollarse esa primavera. Y yo acabé con la tarea que aún me sigue pesando, mi trabajo de verdad: expresar con palabras lo que no vive en las palabras. Encontrar fantasmas de oído.

**¿Ha tomado usted alguno de los siguientes medicamentos? En caso afirmativo, ¿cuándo, durante cuánto tiempo, y cuál fue su reacción?**

**Luvox**

El problema fue que, al cabo de un año maravilloso, el Klonopin dejó de funcionar. No de un día para otro, sino poco a poco. No me desperté convencido de que me estaba muriendo, solo empecé a tener un poco más de miedo que en los días dorados. Mañana a mañana. Hasta que ya no esperaba hasta después del desayuno para tomarme la pastilla, sino que me la tragaba nada más despertarme, con la esperanza de que el estómago vacío me metiera en el cuerpo una dosis mayor del medicamento. Que Caleigh hubiera dejado de acostarse conmigo y hubiera empezado a mantener relaciones sexuales con Myra es lo que podría denominarse un factor ambiental coadyuvante en el aumento de mi ansiedad. Pero el doctor Gregory no vio ningún problema (ni yo, qué coño) en aumentarme la dosis y ya está. Ya me había sentado bien en una ocasión, ¿por qué no en dos? Efectivamente, funcionó. El segundo corte no fue el más profundo, pero aun así me procuró alivio. Podía ver a Caleigh casi todos los días sin echarme a llorar. Y podía dejar que ella me explicase qué suponía perderla, del mismo modo que me había explicado cómo la quería yo al principio de todo. Con una paciencia tremenda, escuchaba cómo yo le describía todas las facetas del dolor que me causaba. Cuánto estuve tumbado en la cama imaginándomela con Myra, corroído por la envidia y la soledad; o pensando en las horas que habíamos pasado escuchando discos juntos, sabiendo que la vería esa misma tarde pero que no me dejaría besarla. Me abrazaba, como había hecho antes, me decía que todo iba a salir bien, que la desafortunada era ella por dejarme, aunque tuviera que hacerlo. Y me garantizaba una y otra vez que yo no era tan ridículo como me sentía al comportarme como lo hacía, al necesitar que fuese ella quien me ayudase a superarlo, incluso a ayudarme a aceptar su ayuda, en contra de la voz burlona que me pedía que demostrara cierto «respeto por mí mismo» y amor propio masculino, cuando lo único que quería era estar en la misma habitación que ella, fueran cuales fueran las condiciones.

Durante todo ese período ella no dejó de llamarme Aleta; yo la llamaba Cal, e incluso añadimos nuevas variantes: Aletón, Aletargado, Aleteo, Calita, Caleta, Calucha. Fue sobre todo esto último lo que me hizo percatarme de que tenía tan pocas ganas como yo de abandonar nuestro nido de afecto y conmiseración, con independencia de con quién se acostase cada cual. Parecía que nos estábamos convirtiendo en mejores amigos de la infancia, hermanos y un viejo matrimonio, todo a la vez. Si ella hacía un viaje a su casa o se iba con Myra, hablábamos todos los días por teléfono. Charlábamos, como lo habíamos hecho desde el principio, de lo que

estábamos leyendo y escuchando. Al cabo de unos meses, incluso empecé a tolerar que me hablase de Myra; de vez en cuando le daba algún consejo sobre la forma en que podía superar la inquietud que le producía estar con otra mujer. Supe entonces que nunca nos perderíamos el uno al otro, con independencia de con quién acabásemos manteniendo una relación, ella o yo. Nuestro mundo privado era demasiado necesario para ambos para sustituirlo del todo por otro. Yo quería vivir con ella. No me importaba que Myra viniese también. Podía compartir piso con ambas. Caleigh tardó un poco en convencerme de que no era buena idea. Que todavía podíamos hablar todos los días, y que sería más fácil para mí encontrar pareja sentimental si no estaba siempre con ellas. Así que buscaron juntas un apartamento en Allston y yo me fui a vivir con Ben, el viejo amigo del instituto de Alec.

Fue entonces cuando la segunda mejoría producida por el Klonopin tocó a su fin, aunque en esta ocasión más deprisa. Desde entonces, Celia y Alec se han forjado una opinión desfavorable del doctor Gregory, pues prácticamente lo ven como un aficionado a recetar pastillas, preso de la culpa, que me sedó para ahuyentar su miedo de perder otro paciente en vez de abordar los temas pertinentes. Aunque, sinceramente, yo lo sigo considerando una persona humanitaria. El incremento de las dosis fue lo que yo le pedí, y lo que necesitaba. Cuando un médico le aumenta la insulina a un diabético, no es una cuestión de indulgencia o rectitud, hablamos solo de una enfermedad y un medicamento que sería una negligencia no prescribir. Lo cual no equivale a decir, ni mucho menos, que yo no lamente nada. Lamento que los períodos de mejora fueran cada vez más cortos.

### **Paxil**

Y tampoco es que, en los años posteriores al primer aluvión de benzodiacepinas, el doctor Gregory no probase nada nuevo. Se sentaba en su butaca Eames, con sus suaves modales y su calva, con sus pantalones de algodón con pinzas y un jersey de cuello de pico, me preguntaba qué tal me había ido, moviendo seriamente la cabeza mientras yo contestaba, y, cada pocos meses, junto con el aumento del Klonopin, me proponía un nuevo medicamento que podíamos añadir a la mezcla para ayudar a mitigar el miedo creciente y generalizado.

### **Serzone**

Yo había comenzado a redactar críticas musicales, no por los míseros honorarios, sino para dar a conocer las ignoradas maravillas que sacaban sellos gestionados desde dormitorios situados de Oakland a Eindhoven, lo que creaban chicos que sampleaban los discos de Run-D.M.C. de sus tíos, provocando así un resurgimiento del *hip-hop* de la vieja escuela, o lo que hacían aquellos belgas gamberros y en paro que lanzaban temas lo bastante duros para tener a toda una nave industrial llena de adolescentes bailando hasta el mediodía del domingo. Yo no llegué a participar en la cultura de las *raves*. Normalmente ya estaba en la cama a las diez. Sin embargo, antes de quedar destruida por el peso de sus trucos promocionales, cuando se convirtió en un parque temático del éxtasis para consumidores de fin de semana, dicho movimiento propició una serie de obras maestras del *house* ambiental que sigo escuchando hoy en día.

Al margen de eso, trabajaba en tiendas de discos. No de las grandes cadenas, que no soportaba, sino en varios establecimientos independientes. Duré en torno a un año en un sitio que estaba en Newbury, antes de que venderles discos de Nirvana a estudiantes extranjeros vestidos de Armani me condujese a un establecimiento del barrio de East Boston que frecuentaban sobre todo los DJ locales. Me pagaban todavía menos, pero en este caso la compañía era tolerable. Hacía mucho tiempo que debía devolver los préstamos de estudios universitarios, aunque no tenía dinero para pagarlos, así que metía los sobres en un cajón para abrirlos en algún momento del futuro, cuando solucionara las cosas.

Mientras estaba en la tienda, hablando con otras personas sobre música en la que creía, pidiéndosela a distribuidores o escuchándola con auriculares, mi inestabilidad seguía, fundamentalmente, bajo control. Mi energía dispersa se veía absorbida por el ritmo de los temas o se enfocaba en la necesidad de convertir a otros a su poder. En Walter Benjamin aparece el concepto del «mediador evanescente», la persona o la idea que viaja entre culturas, que poliniza una con la otra antes de desaparecer del mapa, como los músicos negros que llevaron el *blues* y el *rock* a los estudios de grabación y que después se esfumaron sin dejar rastro para escuchar cómo su invento era interpretado por bandas blancas. Si yo era capaz de venderle a un DJ de *hip-hop* un disco de Dolly Parton reeditado, o poner en manos de un chaval de la Rhode Island School of Design, adepto a la música industrial europea, un aria

de los Pet Shop Boys, y lograba que advirtiera la relación entre ambas, entonces ese día ya había cumplido con mi cometido. Jamás he creado una pieza musical, que es otra cosa que mi madre considera una pena, pero, mientras yo me encontrase dentro de la música, acercándola a los oídos de otras personas, no estaba completamente solo.

Aun así, después, mientras volvía en metro al apartamento de Ben, en los márgenes del South End, preguntándome si Caleigh estaría en casa cuando la llamase, y, cuando no estaba, mientras me sentaba en el sofá con Ben y nos pimplábamos la primera de las cervezas de la noche mientras nos colocábamos, notaba cómo el miedo con el que me había despertado regresaba sigilosamente y me acusaba de no haberle hecho suficiente caso, se burlaba del respiro que había supuesto ese día y lo presentaba como una ilusión.

Ben, tejedor semiprofesional, me había acogido por la bondad de su corazón y porque necesitaba el dinero del alquiler (y puede que también para hacerle un favor a Alec). Era de lo más disciplinado y exigía un orden extremo para que le cupiesen toda la lana y los materiales pedidos por correo. Actualizaba con regularidad la tabla de reparto de tareas puesta en la nevera, lo que me creaba un estado de suspense en lo relativo a qué me tocaría barrer o limpiar en una semana cualquiera. No obstante, cuando dejaba las agujas al acabar el día y se fumaba un porro, alcanzaba un sosiego envidiable mientras nos cocinaba verduras y veía reposiciones de *Los Simpson*. Nos hicimos amigos del modo en que muchas veces suelen serlo los hombres, en el sentido de que todos los días confirmábamos la existencia del otro, pero tampoco llegábamos mucho más lejos.

Después de una *ratatouille* y de una hora de dibujos animados, yo llamaba a Caleigh de nuevo, y, si no lo cogía, a Celia o Alec, no para confesarles del todo cuál era la forma de la trampa, porque ellos ya tenían una propia que evitar, sino para hablar con alguien a quien no tuviera que ocultarle mi estado básico. Sabía que querían ayudar. Siempre me preguntaban, en tono esperanzado, qué tal me iban los medicamentos. Nunca he dejado de querer darles al menos un motivo para pensar que estoy mejorando.

## **Anafranil**

Hay años que es complicado explicar cuando ya ha pasado un tiempo. Casi

toda mi década de los veinte años, por ejemplo. No puedo decir exactamente cuándo cerró la tienda de vinilos de East Boston. ¿A finales del primer Gobierno de Clinton, quizá? Ni cuánto tardé en encontrar el empleo en el *call center* de tendencias izquierdistas. Recaudábamos dinero para cualquier ONG que contratase nuestro turno; entonces nos dedicábamos a revisar listas antiguas de suscriptores de *Mother Jones* y de miembros de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles, a quienes se les podría convencer de que donasen diez o veinte dólares para los peces en peligro de extinción o los homosexuales. He de decir que cobrar a comisión no molaba nada. Le pedías a un remoto habitante de Arkansas dinero para un fondo destinado a la educación superior de los nativos americanos mientras observabas cómo desaparecían los segundos en el enorme reloj digital de encima de la mesa del supervisor, al tiempo que la persona a la que ya habías dado por perdida empezaba a explicarte que las facturas de su tratamiento para la fibromialgia le habían dejado sin ahorros y que se estaba planteando tener que renunciar al perro, un animal de tres patas, rescatado de la perrera, con hipertensión y anquilostomas, y te entraban ganas de decir: «Mire, señora, para usted ya ha acabado todo, lo que tiene es terminal, la mierda esa no mejora. Pero ¿sabe una cosa? Si aporta cincuenta pavos para el fondo universitario, es posible que alguien que no esté a punto de palmarla pueda recibir una educación, así que deje de soltar el rollo y afloje la pasta. Me gustaría poder comprarme un burrito dentro de cuatro horas y usted no me está ayudando». Y ¿por qué el dueño del *call center* tenía un BMW? Porque un grupo de personas básicamente desempleadas lograban sacarle suficiente calderilla a unos *hippies* exasperados para financiar al menos una vida de clase media alta. En lo referente al Anafranil, soporté la taquicardia una temporada, pero no poder cagar en más de diez días resultó ser algo insostenible. Lo cual es una pena, porque la forma en que me eliminó la libido hizo que echara de menos a Caleigh de forma mucho menos punzante de como todavía la añoraba.

## **Celexa**

Ir a ver al antiguo psiquiatra de mi padre sin pagar jamás las facturas tenía una desventaja, y es que, cuando al fin dejó de devolverme las llamadas, ya no me quedaba mucho a lo que agarrarme. Su imprevista renuncia a ocuparse de mí después de tanto tiempo me pareció escasamente profesional, teniendo en cuenta lo esencial que su talonario de recetas se había vuelto para mi funcionamiento cotidiano, e imaginé que había hablado con colegas que le

habían sugerido que ya era hora de zafarse de una relación tan desastrosa. No me habría venido mal que me hubiera derivado a otro médico, pero qué se le va a hacer. No quería pedirle a mi madre el dinero para pagar un psiquiatra, aunque ¿qué otra opción me quedaba? Estaba tomando cosas que en teoría no podías dejar de consumir sin supervisión.

El tío al que encontré en el Boston City Hospital apenas tenía unos años más que yo y llevaba anillo de casado. Yo estoy en contra del matrimonio por una cuestión de principios (no me opongo al amor y a la confianza, que anhelo, sino a la entidad legal, teniendo en cuenta su historia), así que no era el estado civil en sí del doctor Bennet lo que envidiaba, sino la forma en que este indicaba que él también era uno de los elegidos, que disfrutaba de toda la paz que le brindaba la intimidad con una mujer que lo había elegido por delante de todos los demás. Y, evidentemente, tenía ingresos regulares, y todo el pelo, y ese físico del tío levemente atlético que antes ha formado parte de algún equipo de deporte, lo que le confería un aire de despreocupación física, esa impunidad que acompaña incluso a la más discreta de las aposturas, algo que las mujeres valoran por el capital social que ofrece, y también por el placer que les da, supongo. Lo cual nos lleva otra vez, por la lógica de los opuestos, así sin querer, a la categoría del «perdedor» o del «tío raro», esa constante presente en todo instituto de enseñanza secundaria que se resiste a morir en una cultura obsesionada con la juventud, una idea que persigue a la gente hasta la madurez: la del hombre fracasado de quien la gente imagina que su deseo se va haciendo cada vez más lascivo por culpa del rencor, hasta que la soledad lo vuelve tan feo que se convierte en un perverso y empieza a sumirse en la oscuridad que representa un pederasta monstruoso, objeto de la ira más indignada y violenta de todas, de la rabia de los padres en nombre de sus hijos menores de edad. Lo cual no equivale a decir que conocer al doctor Bennet «despertara» nada en mí; yo solo quería cerciorarme de que no se pusiera chulo ni acabase adoptando una descabellada actitud de vamos a ponernos duros, de que no empezase a bajarme las dosis de Klonopin. Afortunadamente, acabó siendo más compasivo. Al igual que el doctor Gregory, no quería restar medicamentos, solo sumarlos.

## **Effexor**

Cuando el médico me preguntó a qué me dedicaba, le hablé de la música

como medio para expresar el fantasma transgeneracional del trauma de la esclavitud y le conté que lo que más necesitaba era una biblioteca científica, una cuenta en la colección JSTOR y tres años de fondos para cursar un doctorado. Para ser sincero, lo del título me daba igual. No me interesa hacer carrera en el ámbito académico. Me habría conformado únicamente con tener tiempo para escribir. Pero era complicado explicar lo que te hacía falta tras pasar ocho horas hablándoles a progresistas blancos en tono suplicante sobre el hábitat de una rana. Así que me contenté con una nueva receta. El Effexor, sumado al Klonopin, combinados con el litio que Bennet empezó a administrarme cuando se enteró de lo de papá, tuvo como resultado otra leve mejoría, suficiente en mi caso para que pudiera centrarme en la solicitud de admisión en la facultad de doctorado y empezar a llevar a cabo las reparaciones de las que Caleigh y yo ya llevábamos varios años hablando.

Si alguna persona llega a pensar en algún momento sobre el movimiento de las reparaciones, cosa que casi nadie hace, le viene a la cabeza el general Sherman y la Orden de Campo Número 15, que concedieron a los esclavos liberados las zonas de la costa que iban de las dos Carolinas al norte de Florida, con esa promesa tristemente célebre de cuarenta acres y una mula, y esta persona suele creer que la reivindicación actual consiste en reclamar dinero para todos los descendientes de los esclavos de antes de la Guerra de Secesión. Sin embargo, la primera petición del movimiento consiste en exigir una disculpa oficial por parte del Gobierno estadounidense y el reconocimiento de la injusticia de la esclavitud, junto a demandas contra bancos y aseguradoras cuyas entidades empresariales previas se hayan beneficiado directamente de la labor no remunerada de los seres humanos que poseían. Y, solo entonces, que el Congreso asigne miles de millones de dólares para crear instituciones que mejoren la educación, la salud y el bienestar de los afroamericanos en general. Al fin y al cabo, Estados Unidos indemnizó a los japoneses americanos por haberlos internado en campos durante la Segunda Guerra Mundial, y Alemania también pagó compensaciones a las víctimas supervivientes del Holocausto. Que los Gobiernos deban pagar por los pecados del pasado, por mucho que los cometieran regímenes denostados, no es algo en absoluto novedoso. El rechazo mordaz y virulento que suscita la idea de la indemnización por la esclavitud no es sino una señal de por qué es necesaria. Lo que ignoramos se limita a pervivir.

Así pues, Caleigh y yo, con la ayuda de Myra, nos pusimos manos a la obra y redactamos un breve folleto explicativo, nuestra modesta contribución al esfuerzo por remover conciencias. Yo quería de portada un dibujo esquemático del siglo XVIII en el que aparece la bodega de un barco de esclavos, para mostrar cómo habían llegado los antepasados de nuestros conciudadanos, pero Caleigh prefirió una fotografía de principios del siglo xx en que se veía a un pequeño granjero negro enganchado a su arado. Hicimos quinientas copias en Kinko's y, a partir de entonces, siempre me aseguré de llevar varios folletos en la mochila, para que, al ir en el autobús o en el metro, pudiera pasar varios minutos metiéndoselos con calzador a los otros pasajeros.

### **Lexapro**

Cuando al fin comencé a presentar mi solicitud de admisión en las facultades de doctorado el año en que cumplí los treinta, me sorprendió, dados el tiempo y el estudio que había dedicado a la cuestión, que me rechazasen en todas y cada una de ellas. Seguramente, ser blanco no suponía ninguna ventaja en mi campo elegido de los Estudios Afroamericanos (aunque, naturalmente, se trata de una preferencia de ingreso que apoyo plenamente, sea cual sea su efecto sobre mí). A estas alturas Ben, mi compañero de piso, había logrado llevar a cabo el triplete de conocer a una inteligentísima y atractiva mujer ajena a sus círculos de labores de punto, conservar la autoestima el tiempo suficiente para que ambos completaran un período de noviazgo y, finalmente, convencer a esta mujer, a Christine, de que se viniera a vivir con nosotros. A medida que las cartas de rechazo fueron llegando semanalmente a lo largo de marzo y abril, los dos se quedaban sin saber qué decir tras preguntarme cómo me había ido el día y tras recibir otra noticia de mis posibilidades anuladas. Igual que les pasaba a Celia o Alec. Nunca había competido en nada con ninguno de los dos (aunque la facilidad con que Celia encontraba novio nuevo tras romper con el anterior a veces me irritaba), y decidí no pensar en el hecho de que mi hermana ya había hecho un máster en Trabajo Social, y de que Alec había acabado la licenciatura de Periodismo, pese a tener cinco años menos.

### **Wellbutrin**

En la primavera siguiente siguió sin existir una base racional para que Celia o Alec me inspirasen resentimiento cuando me rechazaron en todos los sitios en

los que intenté entrar por segunda vez. El centro de llamadas izquierdista había reducido el número de empleados para entonces y no tenía trabajo, cosa que el doctor Bennet tuvo la amabilidad de recordarme que constituía una de las mayores fuentes de estrés en la vida. Es decir, que esto justificaba aumentar las dosis de todo. Ansiedad generalizada, así describió mi afección. Me propuso que acudiera a un grupo de apoyo, que, muy cómodamente, se reunía en el mismo pasillo en que estaba su consulta. Dónde se reunía el grupo de apoyo que me iba a ayudar a superar las sesiones del primer grupo de apoyo no me quedó claro. Una pena.

Yo pensaba que lo de la fibromialgia en Arkansas ya era malo, pero no existía distancia telefónica con el veterano de la Guerra del Golfo que dormía hecho un ovillo junto a su rifle y que nos miraba como si fuéramos restos ensangrentados, ni con la mujer acusada de negligencia infantil porque nunca podía limpiar lo suficiente para quedar convencida de que no corría ningún riesgo si daba de comer a sus malnutridos vástagos. Nuestro colega más joven aún mojaba la cama con veintidós años. Cuando no nos estaban hablando de los cuerpos calcinados de la autopista de la muerte en Irak, podíamos relajarnos con la historia de la odisea de dieciséis horas de un abogado arruinado para encontrar una bombilla que viniese en una caja lo bastante poco abollada. Alguien dijo en cierta ocasión que lo que cuenta son las fiestas a las que vas. Qué razón tenían. A la Facilitadora le gustaba lo que ella llamaba «tratamiento por aversión». Al abogado le mandó que se dirigiera directamente a la ferretería más próxima, que entrase en la zona de artículos para el hogar y que cogiera la primera bombilla de cien vatios en la que se posaran sus ojos. No creo que fuese muy conveniente que el veterano lanzase bombas de racimo en el centro de Attleboro para llevar a cabo una reconstrucción de andar por casa, pero la mujer a la que le daba miedo su comida sí podía obligarse a cortar el brécol directamente en la encimera y después comérselo junto a sus pequeñuelos. Antes de que el terror causado por la realidad de la vida de estas personas me llevara a huir despavorido, la Facilitadora también me puso a mí dos tareas: salir de casa justo cuando esperaba una llamada de Caleigh, y vaciar el cajón en el que guardaba todas las facturas sin pagar para después ordenarlas por orden de importancia, imagino que para decidir sobre cuál debía hablarle antes a mi madre. No hice ninguna de las dos cosas.

## **Remeron**

Perplejo al ver lo incombustible de mis síntomas, el doctor Bennet me sometió a una reevaluación completa, me dijo que tenía que dejar de hablar de teoría psicoanalítica en nuestras sesiones y me recetó suficientes estimulantes para animar a un prisionero de guerra. Recuerdo un período de dos o tres meses en que noté la cabeza comprimida hasta alcanzar la densidad de un yunque sujeto a una rueda de alfarero puesta a máxima velocidad en un prado inundado de sol. Aquello era como ir a que te hicieran una endodoncia mientras estabas de vacaciones en los trópicos. Efectivamente, el experimento acabó cuando, por culpa de mi aumentado rechinar de dientes, se me partió un molar. Aunque entonces sí que llegó una fase en que salí un poco más de mi cuarto en casa de Ben. Los sábados por la mañana, cuando llegaban los nuevos envíos, recorría las tiendas de discos independientes que quedaban. Fue en una de estas excursiones, tras muchos años sin citas, cuando conocí a Bethany. Llevaba un pequeño y refulgente pendiente en la nariz, la cabeza casi rapada y revisaba un cajón de discos de Aphex Twin. ¿Añado algo más?

---

\* Miembro colegiado.

# Celia

---

Jasper era un anglófilo procedente de la localidad de Coeur d'Alene. Hacía todo lo posible por ponerle un monograma a todo lo que tenía. Hoy era un jersey de cuello alto de color azul marino con las iniciales que había elegido (JHP, es decir, Jasper Henry Philips), hecho con letras de brocado de siete centímetros perfiladas con lentejuelas y sujetas al pecho, como si aquello fuera un disfraz de Michael Jackson aún sin terminar. Hasta el momento había evitado los albergues haciendo *couch-surfing* y estando de okupa. Cuando Michael me llamó al trabajo, casi habíamos terminado la sesión, en la que Jasper había estado fantaseando tontamente otra vez, en esta ocasión sobre hacerse amigo de la princesa Diana, su celebridad favorita de todos los tiempos. Me quedaban cinco minutos de mi esfuerzo semanal por encontrarle un trabajo.

Le dije a Michael que no podía hablar.

—¿Y después? —preguntó—. ¿Podemos más tarde?

Una chica que no se había presentado en tres semanas esperaba delante de la puerta. Tenía citas durante toda la tarde. Después del trabajo necesitaba salir a correr.

—Ya te llamo yo —contesté—. Aunque para ti será de noche.

—Ah —dijo, como si se le hubiera olvidado que vivíamos en costas distintas—. Vale.

Hablábamos al menos dos veces por semana, pero por la tarde o por la noche. Me sorprendió que supiera el nombre de mi agencia para buscar el número. Algo lo había agitado; llamaba para que lo tranquilizaran.

—Te llamo yo —repetí—. Seguro.

—Anda, mira —dijo Jasper en cuanto colgué—, tu novio está de viaje, y no es tu marido porque no llevas anillo. ¿Dónde está? ¿París, Londres?

Para ayudar a que estableciésemos un vínculo en nuestro primer encuentro, había cometido el error de comentarle que había vivido en Inglaterra. Ahora él solo quería hablar de eso.

Le propuse que mirásemos las listas juntos. Había empleos para meter la

compra en bolsas para los clientes en el Safeway de Marina, trabajos de chófer a tiempo parcial para los que Jasper no servía porque no tenía carné, un puesto de ayudante en una copistería de Oakland, y lo del voluntariado de siempre, repartiendo condones o colaborando en la cocina de Meals on Wheels, lo que la agencia llamaba «oportunidades de establecer una red de contactos dentro de la comunidad».

Yo necesitaba que Jasper se concentrara y se comprometiera a cursar tres solicitudes antes de nuestra siguiente sesión. Si hubiera tenido una hora con él, le habría preguntado con quién pasaba el rato, si alguien lo presionaba para mantener relaciones sexuales, qué tal le iba física y emocionalmente. Pero ese no era mi trabajo. En teoría debía evitar que se quedara sin techo (cosa que en la práctica ya le había sucedido), ayudarlo a encontrar un empleo serio y enseñarlo a conservar la estructura de apoyo con que ya contara, que en este caso, fundamentalmente, consistía en preguntarle todas las semanas si había estado en contacto con su madre. Mis colegas de más edad normalmente no prestaban atención a los padres cuando un cliente ya no era menor, pero, según Jasper, su madre había dejado a su padrastro (la persona de la que él había huido inicialmente), así que daba la impresión de que al menos merecía la pena que tratase de hablar con ella, teniendo en cuenta cuáles eran sus opciones.

Ahora estaba junto a la ventana, contemplando el callejón como si divisara un mar embravecido y romántico.

—¿Tu novio qué hace en Londres? ¿Es un empresario internacional? ¿Lleva esos maravillosos trajes con chaleco hechos de *tweed*? ¿O corbatas, lleva corbatas?

No me quedaba muy claro con cuál de mis hermanos se llevaría mejor, si con Michael o con Alec.

—No era mi novio —le dije.

—Pues tu amante.

—Jasper, si no presentas ninguna solicitud, tengo que explicarlo en tu ficha, y dentro de pocas semanas me pedirán que dejemos de prestarte servicio.

—Si has vivido en Inglaterra, ¿cómo es que no tienes acento?

—Oye...

—Vale, las presento. Pero dímelo.

—He vivido más tiempo aquí.

—¿Creciste en una casa con criados?

—¿De dónde has sacado eso?

Cogió y examinó el portarrollos de celo que tenía en la mesa como si estuviera admirando las caras de un jarrón de cristal. Habría dicho que iba colocado, pero sus palabras y sus movimientos eran demasiado precisos, su actitud demasiado coherente. Estaba ensayando, eso hacía, ensayaba para una vida futura.

—Mi abuela decía que era el sitio más elegante en el que había estado en toda su vida, y que a mí me encantaría. Tenía la cinta de vídeo de la boda de Diana. La veíamos todo el rato. Como le gustaba todo eso la gente la consideraba pretenciosa, así que yo sabía que algo de razón debía tener, si cabreaba tanto a esos paletos. Me dejó todas esas cosas, los libros, la música y las tazas con los escudos de armas, todo lo que había comprado allí y lo que había coleccionado. Casi todo está en casa de mi madre. Pero me he traído unos cuantos objetos.

Me lo imaginé junto a su abuela, en su islita de buenos modales. Quise que desarrollara el tema, que me contase qué significaba para él. Y, a partir de ahí, quizá lograr que hablara de su infancia y adolescencia, y finalmente de qué le había hecho exactamente su padrastro para que él se marchase. Jasper era uno de los clientes que contaba cosas personales, aunque solo fuera porque quería tener un público. Casi todos los chavales a los que veía se mostraban taciturnos y a la defensiva, y me trataban como a otra gruñona del mundo adulto a quien no le importaba lo que sentían. No quería interrumpirlo en ese momento, pero nuestra media hora había terminado. Le dije que tenía que llamarme con los tres empleos de la lista que le interesaban, para que yo pudiera concertar las entrevistas, y que necesitaba copias de las solicitudes en nuestra próxima cita.

—Es verdad, ¿no? Que la gente ahí vive en castillos.

—Unas diez personas, Jasper. La mayoría de ellos son normales. No tan distintos de las personas de aquí. De verdad.

—¿Normales como tú? ¿Que han ido a la universidad y a Europa y que trabajan aquí porque se sienten bien al ayudar a ignorantes como yo? ¿Así de normales?

—Se nos ha acabado el tiempo. Me están esperando.

—La gente siempre se enfada cuando digo la verdad. Nunca falla.

Esa noche, en la línea de tranvía N-Judah en dirección al norte, me fijé en un hombre que llevaba un traje con chaleco. En vez de leer el periódico que

llevaba doblado entre las manos, sus ojos se deslizaban por los cuerpos de varias jóvenes, sobre todo de las que llevaban falda y lápiz de labios; su mirada también se posaba en mí de vez en cuando, curiosa pero insegura, un poco agresiva, un poco cabreada, como si yo le estuviera negando algo que era suyo.

La imagen de Jasper se me había quedado grabada. De mi novio vestido de *tweed*, como los trajes que llevaba papá. Paul sentado en una enorme mesa de reuniones junto a otros hombres trajeados y llamándome después de su reunión, como imagino que hacía papá con mamá. Yo nunca había querido una pareja así, ni siquiera había podido imaginar por qué alguien la querría. De todas formas, al volver a nuestro apartamento y encontrarme a Paul tumbado en el sofá, leyendo bajo una manta, con un vaso de *bourbon* a su lado, en el suelo, empecé a plantearme sin darme cuenta qué pasaría si en la fantasía de Jasper hubiese algo de verdad, aunque solo fuese un poco.

Lo de la copa me molestó. Le fastidiaba el nivel de azúcar, lo cual hacía más probable que le diera un bajón por la noche y nos despertase así a los dos. Pero si solo era una, o quizá dos, y se las tomaba lo bastante lento y espaciaba bien los tragos, cabía la posibilidad de que no pasara nada.

—¿Qué hay? —me preguntó—. ¿Cómo ha ido el día?

Que él estuviera tirado en el sofá indicaba que el suyo no había sido especialmente provechoso. Pero a través de las puertas cristaleras que daban a la cocina vi que en el fregadero no había platos, y que los cereales que nos hacían falta estaban en la encimera. Así que había hecho la compra. Lo que implicaba que iba a preparar la cena, a cumplir con su parte del trato al que habíamos llegado: si solo iba a trabajar a tiempo parcial mientras escribía su guion, tenía que hacer algo más que su cuarta parte habitual de las tareas domésticas.

—Lo de siempre —contesté—. He estado dándoles la lata a varios chicos sin hogar para que se presenten de modo profesional.

Él soltó una risita y le dio otro sorbo a la copa.

—Bueno, pues yo he terminado el segundo acto —anunció.

Me estaba yendo al dormitorio para cambiarme, pero me detuve en la puerta. «¿De verdad?» Sonrió con una amplitud y una satisfacción que llevaba muchísimo tiempo sin verle.

—Qué bien —dije—. Felicidades.

—Solo es un borrador. Pero gracias.

Me siguió al dormitorio y observó cómo empezaba a quitarme la ropa de

trabajo. Paul también había hecho la cama y había guardado la ropa limpia. Por una vez, no había nada de lo que decepcionarse. Lo cual me dejó únicamente con la sensación de decepción en sí. Intenté desembarazarme de ella mientras buscaba los *shorts* y las zapatillas, zafarme de su peso, de la sospecha medio continua y de baja intensidad de que Paul era un incompetente. De que no tenía energía suficiente. De que yo tenía que mantenernos a los dos. De que esto me iba a crear resentimiento hiciera lo que hiciera él, o por bien que se gestionara la insulina.

Él se quedó al lado de la puerta, sonriendo, como si su buen humor no fuera algo infrecuente. Llevaba tiempo sin cortarse el pelo y le tapaba la frente; sus rizos oscuros contrastaban con su piel pálida y casi sin imperfecciones. Su aire infantil siempre había constituido parte de su atractivo. Tenía treinta y un años, dos más que yo, pero podía aparentar veinticinco. El hombre más guapo con el que había estado. Y el más ardiente. Al principio. Lo cual había supuesto una diferencia, esa confianza suya. «Te deseo.» Él lo había podido decir, alto y claro, antes de saber cuál sería mi respuesta. En el porche posterior de una casa de tres pisos en Somerville, en un aire gélido, mientras la fiesta continuaba en el interior tras las ventanas empañadas. Había dejado el vaso de plástico rojo antes de pronunciar esas palabras, con los brazos en los costados, espontáneo, mirándome a los ojos. No tuve tiempo para pensar. Cuando se inclinó, acepté el beso y se lo devolví. No me interesaba que me sedujeran. Me mostraba demasiado cauta para ser tan crédula. Pero Paul me había seducido.

Eso había sido tres años antes, en la costa este, mientras yo aún estudiaba el máster, él trabajaba en Brattle y le dedicaba las mañanas a su corto. Entre otras muchas cosas, habíamos venido a San Francisco para abandonar el sitio en el que ambos habíamos crecido. Encontramos un apartamento asequible lejos del centro, y trabajos con los que pagar el alquiler, la comida y los préstamos de estudios. En los primeros dos años esto pareció un logro en sí, lo cual no requería nada más. Laura y Kyle, los amigos de Paul de la universidad, venían de Boulder a pasar fines de semana largos; nosotros íbamos a verlos en verano y explorábamos partes del país que nunca habíamos visto. En nuestro segundo Día de Acción de Gracias, convencí a mi madre, Michael y Alec para que cruzaran el país en avión, y preparé toda la comida en nuestra pequeña cocina, después de lo cual el piso empezó a parecerse más a un hogar.

Cuando Paul bebía más de lo que le convenía hacerlo a un diabético, o

cuando nos peleábamos por minucias domésticas, yo recurría a una especie de nostalgia preventiva y guardaba estos episodios bajo el título de *Los primeros años de una pareja*. Esta generosa retrospectiva del presente aparecía de forma repentina para perdonar nuestros momentos de enfado y duda, y el día esporádico en que la frustración y las recriminaciones mutuas se volvían agotadoras. Me ayudaba a mitigar la sensación de haber sido engañada para creer que Paul iba a ser la persona que me liberaría de mi familia, en vez de imitarla. Y la verdad es que estaba bien, y muchas veces más que eso, ser el objeto de su deseo, notar que nunca me dejaría. Que estábamos a salvo.

En verano, cuando había más luz, yo utilizaba la pista de atletismo del parque, en el viejo campo de polo con las gradas destartaladas y la pista llena de maleza. Ahí, al menos, contaba con una calle separada y un trecho despejado. Pero en invierno me conformaba con una calle sin salida de las inmediaciones, en la que casi no había tráfico. Habría sido más fácil dedicarme a las carreras de fondo, pero nunca me había acostumbrado a ellas ni me daban ninguna satisfacción. Corría para moverme con toda la rapidez posible, hasta el punto de que ya no podía acelerar más; no solo al final de una carrera larga, sino una y otra vez, siguiendo una pauta: *sprint*, reducción de velocidad, volver trotando a la línea de salida; *sprint*, reducción, trotar, hasta que las piernas ya no me sostenían y me dolía el pecho. Me llevaba cronometrando demasiado tiempo para renunciar a hacerlo, pero ya no corría para alcanzar ningún número, esto solo me servía para saber hasta dónde podía apretar. No había público. No quedaba con otros. Ni siquiera corría para superar mi mejor marca, aunque podría haberlo hecho.

No me demoraba mucho, pues sabía que Paul estaba cocinando; enseguida hacía carreras de cien metros dándole todo y volvía a la línea más rápido que mi velocidad de recuperación habitual. Apretaba el paso cuanto más me cansaba y solo bajaba el ritmo cuando pasaba algún coche esporádico, o cuando ciertas personas cruzaban la calle al volver a casa, algunas de las cuales ya me conocían y me saludaban con la cabeza o con la mano. Las farolas, en lo alto de los postes eléctricos, iluminaban la calle con una claridad amarilla, sin árboles que tapasen su resplandor, solo daban luz a las dos filas de coches aparcados, las anchas aceras, los trechos de acera apenas mellados delante de las puertas de los garajes en las que había carteles de «No aparcar», y a las ventanas de arriba, con las persianas echadas: un par de

manzanas de la zona de Outer Sunset, siempre sumidas en un silencio dominical.

Mis músculos llegaban al límite y yo alcanzaba esa profunda fatiga de todo el cuerpo gracias a la cual el dolor merecía la pena.

Estos eran los momentos de la semana en que notaba la mayor claridad mental. Cuando la inquietud interior desaparecía, me fijaba en el aire y el sonido de la ciudad, y las cosas volvían a ser sencillas.

No era feliz. Esto no me supuso una gran revelación. Pero mi infelicidad se había empantanado en una rutina que ocultaba la decisión evidente, que yo trataba de evitar todo el rato. Tenía que dejar el trabajo. Los chicos como Jasper no conseguían empleo porque ya cubríamos la proporción existente, como la llamaba mi jefe, entre clientes y solicitudes, como si hubiéramos logrado una cifra de ventas mensuales, para asegurarnos de que el Estado nos renovarían el contrato. Si lograban encontrar trabajo, casi siempre sin nuestra ayuda, era porque conseguían dejar de sentirse como una mierda durante el tiempo suficiente para desear tener una vida. Era eso de lo que yo quería formar parte. Lograr que se sintieran mejor.

San Francisco estaba atestado de terapeutas y trabajadores sociales, pero si me inscribía en Medi-Cal y lograba que la agencia me pasara parte del exceso de pacientes de terapia que ellos derivaban, tendría a tantas personas como quisiera aceptar, aunque por una miseria. Podría montármelo por mi cuenta si aceptaba un número de clientes lo bastante alto. Y si Paul volvía a trabajar a jornada completa.

La niebla que salía del mar velaba las farolas a pocas manzanas de distancia cuando eché a andar a casa, y no tardó en envolverse con una llovizna fría. Al llegar al piso de arriba me metí directamente en la ducha y me quedé un rato bajo el agua caliente.

Paul había preparado un revuelto de verduras con salsa de cacahuete y, añadiéndole una infrecuente pincelada, había puesto pollo asado. Le pregunté por su buen día, quise saber cuánta revisión creía que el nuevo acto iba a requerir y qué quería hacer a partir de entonces, lo escuché pensar en voz alta, cosa que sabía que le resultaría útil, y que esta noche pareció incluso disfrutar. Lamenté que no compartiera más estas cosas con los amigos, pero siempre había titubeado al respecto, y, más que cualquier otra cosa, me consideraba una persona que sabía escuchar y contaba con ello. Lo hice durante un buen rato, contenta de notar que le mejoraba el humor.

En cierto momento, después de un silencio, le comenté lo que había estado

pensando mientras corría.

Lo primero que dijo fue:

—¿Cuándo?

Antes de que pudiera contestar, sonó el teléfono del salón. Nuestras miradas se cruzaron, pero ninguno de los dos se movió. Estuvimos así unos instantes, mientras el aparato sonaba una segunda y una tercera vez, paralizados en otro pequeño episodio de nuestra persistente lucha por controlar las posiciones del cuerpo del otro. El tira y afloja diario de dos personas en un espacio pequeño, donde abren y cierran puertas, utilizan una cocina y un baño, donde dan codazos y extienden el brazo y empujan con suavidad, muchas veces con cariño, pero otras muchas con esta mezquina resistencia.

Tras el tercer timbrado fue Paul quien se puso en pie y se dirigió a la otra sala. Le dijo a quienquiera que fuese que esperara. Luego volvió a la cocina, se sentó delante de mí y, mientras cogía cuchillo y tenedor con gran parsimonia, dijo:

—Michael.

—Ya te he hablado de ella, Bethany, la de la tienda de discos, la fan de Aphex Twin, la semana pasada tomamos una copa en el Middle East, y al día siguiente la llamé y esa noche cenamos una *pizza* en Kenmore, esa. Te lo dije, que estuvimos juntos cinco horas y me lo contó todo, que acababa de salir del hospital, que sus padres no querían hablar con ella, pero que su madre estaba enferma y tenía que volver a Cleveland a verla, ¿te acuerdas?

»Desde el principio fue como si tuviéramos una relación, hasta ese punto confiaba en mí, y me dijo que creía que a lo mejor me quería, y yo le conté todo lo de papá y Caleigh, y ella me dijo que qué pena que no pudiera ir a Cleveland con ella, pero que sus padres creen que todas las personas a las que ha conocido en Boston forman parte del problema, y que tiene que volver y ponerse a estudiar ahí. Luego, después de eso, después de haber hablado contigo, la he estado viendo todos los días menos el martes, que me salió un curro temporal. Y me dijo que no se iba a marchar enseguida, lo cual me alivió un montón, lógicamente, ya que antes tenía que conseguir el dinero del alquiler, así que me quedé aliviado, porque ya no íbamos corriendo con una especie de fecha límite.

»En ese momento, en realidad, todavía no nos habíamos dicho nada oficial, y no nos habíamos acostado, porque yo no quería meterle presión,

está claro que ahora se encuentra en un período de transición. Y tampoco quería llevármela a casa de Ben, porque entonces él me preguntaría por ella, y yo no quería lidiar con todo eso. Aunque al final sí la acompañé a Alston en metro, no anoche sino anteanoche. Porque sí. Pero todavía estábamos hablando al llegar, y me propuso que subiera a su casa, y al final acabé durmiendo ahí, no en su cama, en el suelo, en el colchón de aire de su compañera de piso, y evidentemente no dormí, pero más o menos cuando amanecía alargó el brazo y me cogió la mano, y al final sí que acabamos juntos esa noche. O esa mañana. Una cosa que yo ni sabía si iba a pasar o no, porque fundamentalmente solo ha estado con mujeres, pero me dijo que yo era distinto, y que estaba supercontenta de que nos hubiésemos conocido, que nadie la había escuchado como yo, y después fuimos a comprar *bagels*, y pasamos el resto de la mañana juntos hasta que fui a casa a coger medicinas. Eso fue ayer.

»Y luego, en teoría, íbamos a vernos esta tarde en Central Square a las siete y la llamé para confirmarlo, pero nadie lo cogió. Durante horas. Y cuando por fin localicé a su compañera de piso, su compañera de piso me dijo que había salido y que no sabía dónde estaba. Fue entonces cuando te llamé al trabajo. Pero bueno, en cualquier caso fui, evidentemente, donde habíamos quedado, y esperé dos horas y media pensando que se retrasaba y nada más, aunque no llegó a aparecer, no apareció y punto. Y ahora cuando llamo a su compañera de piso me salta el contestador, ya he dejado tres mensajes, pero no tengo ningún otro número suyo, así que me estoy planteando ir ahora, pero es casi medianoche, y entre que voy al metro, llego y descubro qué pasa, perderé el último tren de vuelta, pero no sé qué otra cosa hacer. ¿Qué hago?

Al otro lado de la calle, una pareja joven con un carrito de bebé muy elegante pasó por debajo de la farola mientras volvía a casa después de cenar en uno de los locales de Irving, y me vino a la cabeza la idea de que mi madre nunca habría estado fuera tan tarde con un bebé.

—Tienes que dejarle espacio —contesté—. No deberías ir ahora. Seguramente necesita un día de descanso. Te convendría acostarte.

—No puedo irme a la cama, ha pasado algo. No es la primera vez que se retrasa, pero siempre ha aparecido, y ahora nada, lo que quiere decir que corre algún peligro o, ni siquiera quiero pensar esto, que ha decidido que todo acabe entre nosotros, a lo mejor porque sin darme cuenta he dicho algo que la ha ofendido, o me estaba mintiendo y lo nuestro le da igual, cosa que no puedo soportar, sería una pesadilla, así que tampoco es que pueda dormir,

pero no sé si debería ir ahora, o si eso empeoraría las cosas y sería mejor esperar hecho un manojo de nervios hasta la mañana. Eso es lo que estoy tratando de decidir.

—Te acabo de decir que no te conviene ir.

—Pero no puedo decidir si debería ir o no.

Oí que Paul enjuagaba el plato en el fregadero. No me había esperado, y yo no lo culpaba por ello.

—Michael...

—¿Qué?

—Esto no tiene que ver con ella.

—¿Cómo dices?

—Ya lo hemos hablado. Este pánico, que no tiene que ver con ella.

—Es posible, no me opongo a esta teoría, pero ella es la única que puede solucionarlo, es la única solución.

—La has conocido hace una semana.

—Sí. ¿Y eso qué más da? Estoy tan enamorado de ella como lo he estado otras veces.

—Eso es ridículo, y lo sabes.

—Pues vale. Muy bien. Pensaba que al menos me mostrarías cierta empatía, después de que me hayan abandonado así.

—Nadie te ha abandonado. Te ha dejado plantado en una cita. Acaba de salir de un hospital psiquiátrico, os acostasteis por primera vez ayer, y ¿cuántos años tiene? ¿Diecinueve? Y tú, treinta y uno...

—Veinte, el mes pasado cumplió veinte.

Cerré los ojos y lo vi ahí, en su cuarto en casa de Ben, con el corazón desbocado como el de un pájaro. Seguro que ya había estado al menos un par de horas hablando con Caleigh de esto, pero eso no le había bastado y, nada más colgar con ella, había marcado mi número.

Nada de lo que yo dijera podía ayudarlo. No me había llamado para que lo aconsejara, con independencia de lo que se dijera a sí mismo. Al día siguiente mi madre cogería el teléfono y me preguntaría si había hablado con él, me diría que estaba preocupada por él, por lo de esa tal Bethany, y que él parecía muy alterado, como si esto fuera un problema nuevo y completamente distinto. Después, Alec y yo intercambiaríamos opiniones, evaluaríamos juntos hasta qué punto el episodio era serio, con el único fin de compararlo con nuestra tolerancia hacia más de lo mismo.

—De todas formas, lo de mi edad le da igual, me lo ha dicho, dice que la

entiendo mejor que cualquier otra persona que haya conocido, y que la escucho más que nadie. Y a mí no me plantea ningún problema que tenga veinte años. Si nos entendemos de verdad, todo eso da igual. Podríamos irnos a vivir juntos mientras ella acaba los estudios, y yo la puedo ayudar con los trabajos y a enfrentarse a sus padres. Creo que ese es el plan, no lo hemos hablado del todo, pero creo que está abierta a la idea, y a estas alturas necesito que suceda, ya no puedo esperar más, que a lo mejor por eso te cuesta más entenderlo, al estar con Paul, pero Bethany es perfecta, sé que eso te parece imposible, y no quiero decir que sea un ser humano perfecto, pero ¿cuándo voy a conocer a una persona de una edad tan inferior a la mía que esté dispuesta a compartir su vida conmigo y que lea a James Baldwin? Que no sea Caleigh. Me ha dicho que quiere que la ayude con la tesis, y después a entrar en la facultad de doctorado. Pero si ahora ha pasado algo, o su compañera u otra persona, a lo mejor incluso sus padres, han empezado a hablarle de mí, quizá a ponerla en mi contra, tengo que hablar con ella, no hay otro remedio. Supongo que perderé el último metro, podría coger un taxi para volver, sí, claro que podría coger un taxi. Pero tú crees que no debería. ¿Que tendría que esperar y punto?

Seguro que mi comida ya estaba fría, aunque se me había pasado el hambre. La verdad es que ya no sentía gran cosa al margen del dolor de los muslos por los *sprints*. La tensión de estar a su lado, todo lo cerca que podía mientras me sentaba en el borde de su cama, enganchándome a todas las frases y giros de sus preocupaciones... Todo aquello desembocaba, como siempre, en el vacío.

Casi siempre me limitaba a decir «ajá», a darle la razón por peleón que se pusiera, y al cabo de un rato podía terminar la conversación, tras haberle mostrado mi comprensión, aunque solo fuera dejando de discutir. Pero esa noche él amenazaba con salir de su cuarto a medianoche, presa del pánico, un estado que solo empeoraría cuando llegase al apartamento vacío de la chica o su compañera le pidiera que se marchase. Él no podía protegerse de ese impulso, por mucho que atisbara su carácter desesperado. Por eso, lo único que yo podía hacer era esperar a que se le pasara, seguir al teléfono hablando de Bethany, preguntarle más cosas de la semana que habían pasado juntos, oyendo aunque no escuchando una vez más sus agoreras fantasías de por qué no se había presentado. Que fue lo que hice.

Mucho después de que me cansara, le pasó lo mismo a Michael. No lo bastante para que se le quitaran las ganas de hablar de ella, pero sí un poco.

Lo suficiente para quitarle la energía que le habría hecho falta para salir de casa.

—Supongo que también puedo esperar e intentar llamarla otra vez por la mañana —dijo al fin.

Le aseguré que parecía una buena idea y que esperaba que durmiese un poco.

—¿Problemas en el paraíso?

Paul estaba delante del fregadero dándome la espalda, lavando los platos. Era posible que la próxima vez que discutiéramos lo sacara, lo de haber cocinado y fregado. Su saldo a favor en cuestiones domésticas.

La pregunta era sarcástica, aunque no tan malintencionada como parecía. Michael le caía bien. Le gustaba estar con él. Pero pensaba que yo lo consentía demasiado. Con su hermana, él hablaba una vez cada tres o cuatro meses. Ella tenía problemas, pero, por el motivo que fuese, no eran de Paul. Lo mismo les pasaba a sus padres, divorciados y solteros. Más que cualquier otra cosa, daba la impresión de que los miembros de su familia no sentían el menor interés mutuo. Como si se hubieran conocido bien en el pasado, pero ahora hubieran evolucionado y les molestase, sin llegar a decirlo, la necesidad de estar al día. Lo cual no era tan infrecuente. Ni, ya que estamos, patológico. Lo que pasa es que yo era incapaz de concebir lo de tener la posibilidad de dejar de ayudarle.

—Estaba bastante alterado —le dije. Del armario cogí un recipiente reciclado de comida para llevar y metí en él lo que me quedaba de cena, para la comida del día siguiente—. Siento la interrupción.

—No te preocupes.

—Lo que te decía antes...

—Quieres que vuelva a trabajar a jornada completa.

Lo dijo en tono inexpresivo, sin rabia ni aparente consentimiento. Sabía tan bien como yo que la única forma en que yo podía permitirme abrir una consulta propia era que él trabajase más. Al menos en una primera fase. Lo sabía desde el principio. Lo habíamos hablado.

—No me refiero a la semana que viene —aclaré.

Él había empezado a barrer el suelo de la cocina. Lamenté que no se enfrentara a mí abiertamente en vez de quedarse callado, mientras el resentimiento se le agazapaba en la garganta, esperando pero sin saltar. Y yo hice lo mismo. Siempre con cautela, para evitar que estallara una discusión

que no pudiéramos controlar.

Después se llevó un libro al dormitorio, se tumbó y se puso a leer. No levantó la vista cuando entré y me desvestí. Sin embargo, cuando me senté en el borde de la cama y le puse la mano abierta sobre el pecho, como gesto de paz, él dejó el libro y puso la suya encima de la mía.

—Podemos hablar de ello, ¿verdad? No tiene que ser ahora mismo.

Él asintió con la cabeza mientras me pasaba distraídamente una mano por el pelo. En resumidas cuentas, aquello era lo que yo tenía, y Michael y Alec no. Una persona.

Le pasé la mano por el vientre hasta dejar los dedos justo por debajo del botón de sus vaqueros.

—Creía que ya habías hecho ejercicio suficiente por hoy —me dijo, entrecerrando los ojos.

Antes no nos metíamos de este modo el uno con el otro justo antes del sexo, no nos burlábamos del deseo del otro. Pero ahora yo también había empezado a hacerlo cuando él se acercaba a mí. Ponía a prueba su motivación. Era el método que habíamos inventado para discutir sobre nuestras dudas sin mencionarlas. Obligábamos continuamente al otro a demostrar que nos deseaba. Justo en el momento de la apertura, cuando no querías tener que demostrar nada.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —pregunté, retirando la mano.

La reacción más efectiva ante la ruindad de esa prueba consistía en avergonzar al otro por haberla llevado a cabo. Si Paul se sentía culpable unos instantes, perdería esa dureza, al menos lo suficiente para que empezásemos. Y, una vez que nos hubiéramos puesto a ello, su distanciamiento desaparecería y yo podría olvidar durante un rato, bajo el manto de su anhelo.

—Nada —contestó, cogiéndome por los hombros y acercándose a él.

En su lengua noté el sabor de la cena que yo no había terminado, y de pronto me entró un hambre tremenda.

# Alec

---

Bajé del tren en la calle 34, antes incluso de que las puertas estuvieran abiertas del todo, me dirigí corriendo a las escaleras, llegué al torniquete antes que el gentío y pasé la maleta por encima de la barra. Entonces salí, sorteando en zigzag el agobio de turistas atontados y de los que daban vueltas mientras esperaban el transbordo a Jersey al otro lado del vestíbulo de mierda, de techo bajo y flanqueado por quioscos y tiendas de zumos, encantado de mi capacidad de evitar choques por menos de un centímetro mientras me desplazaba de derecha a izquierda entre los que venían en dirección contraria; luego subí las escaleras de dos en dos para llegar a las puertas de Amtrak. Allí, un gigantesco rebaño deambulaba debajo del enorme cartel, borregos que iban a la matanza de las vacaciones, que esperaban a que les dijeran en qué escalera arremolinarse. Mi vía todavía no la habían anunciado. Me abrí paso a empujones y bajé por la escalera del fondo, por la cual, utilizando las entradas a las vías por el nivel inferior, podía zafarme del gentío. Lo había logrado. No me iba a quedar sin asiento. La combinación del subidón y del alivio casi me produjeron un colocón.

Treinta segundos después de que el número hubiese aparecido en el tablón, ya estaba subiendo al tren, mientras los pasajeros de Washington aún estaban bajando. Cogí una ventana de la derecha para ver el agua y puse la bolsa del ordenador en el asiento del pasillo para que nadie se sentase a mi lado. Ahora el rebaño entraba con paso tambaleante y llenaba las butacas dobles que quedaban vacías.

Varios minutos después, cuando el tren al fin se puso en movimiento bruscamente, sentí el júbilo secreto de haber logrado no tener compañero de asiento. Entonces se abrió la puerta del vagón y un rezagado, un tío blanco de treinta y tantos que llevaba pantalones caqui y un plumas, vio el sitio vacío y me preguntó si estaba libre. Si mentía, la mujer del otro lado del pasillo pillaría el engaño antes de que llegáramos a la calle 125. Me puse la bolsa del ordenador en el regazo, me volví hacia la ventana y miré las paredes negras del túnel, al otro lado de mi reflejo.

Mientras avanzábamos lentamente por la oscuridad, la energía de la premura por llegar al tren empezó a disiparse, por lo que me volvieron a la mente los acontecimientos del día. El final de la búsqueda de un apartamento. En las dos semanas anteriores había visto diecinueve sitios (los que todavía quedaban en diciembre), cada uno más pequeño y estrecho que el anterior. Desesperado, había buscado a otra agente dos días antes de tener que salir de la ciudad. Esta me había enseñado otra ronda de pisos de alquiler míseros y anónimos, y después, sin previo aviso ni fanfarria, me llevó a un ascensor cromado y luego a un apartamento con todo un dormitorio para un adulto, lavavajillas y ventanas que iban del techo al suelo y que daban al sur, a la calle 19. Aquello fue como despertar de una pesadilla para descubrir que en realidad no me habían condenado a cadena perpetua en una mazmorra. Era un sitio al que podía invitar a gente, amigos, colegas, incluso ligues. Verían suelos limpios y lustrosos, los electrodomésticos tirando a nuevos, una porción generosa de cielo, y les relajaría la seguridad que todo esto implicaba. Los apartamentos de Nueva York te recordaban que vivías en uno de los sitios más atestados del planeta o te permitían olvidarlo.

Pero me había tendido una trampa, esta nueva agente. El sitio no solo estaba un poco por encima de mi límite, sino quinientos dólares por encima, sin contar la mayor comisión de la inmobiliaria. Yo estaba en el baño, milagrosamente limpio (blanco hasta en la lechada), mientras trataba de ganar tiempo fingiendo que estudiaba los muebles empotrados, cuando oí que se abría la puerta de la calle. Era otro agente; venía con dos hombres, y estaba contestando a sus preguntas sobre la gerencia del edificio. No me hizo falta verlos. Sus voces me bastaron. Enseguida adiviné qué iba a pasar. Que se instalarían aquí con sus muebles bien elegidos, su perro salchicha, sus dos ingresos, sus planes de tener hijos y una casa más grande al cabo de unos años, eliminándome con su asentamiento doméstico como una limusina que arrolla a un peatón en un paso de cebra y no se detiene en el semáforo. Los elegidos, como los llamaba Michael. Los cómodamente emparejados.

Pero esto no tenía por qué suceder. Yo podía contraatacar. Encontraría más trabajo de autónomo, me llevaría bocadillos a la oficina, prolongaría los pagos de mis créditos de estudios, pediría una cuota mensual inferior para la tarjeta de crédito, compraría comida más barata, iría de tiendas con muy buen ojo en Banana Republic. Es verdad que yo ya hacía casi todo eso. Pero podía llevarlo a cabo con mayor disciplina.

Al cabo de cuatro horas me iba fuera por Navidades. Al volver, hasta los

peores alquileres del 1 de enero ya habrían desaparecido. Acabaría llevando mis cosas a un guardamuebles y durmiendo en sofás de amigos.

Salí del baño y, sin dirigir siquiera la mirada a mis rivales, llevé a mi agente al recibidor y le dije que me lo quedaba. Ella esbozó una sonrisa cómplice y me llevó a toda prisa a su oficina. Cuando rellené el formulario e hice la reserva con un depósito, estaba seguro de que iba a perder el tren.

Ahora, al pasar por encima del río Bronx en medio del ocaso, solo podía pensar en lo sumamente impulsiva y ruinosa que había sido mi reserva. En que me había dejado llevar por el pánico, me había gastado todo el dinero que había ahorrado para el alquiler del primer y el último mes en un sitio que no me podía permitir. Media hora después de Stamford y de la mitad de uno de los Klonopin que Michael me había dado, ya pude ponerme con todo lo que había previsto leer. Eso sí, después de empezar no paré. Revisé un archivo de financiación electoral tras otro, subrayando, trazando círculos, tecleando un torrente de notas, dedicándome a ello como si la investigación tuviera que entregarse al cabo de horas, no de días.

Cuando llegamos a New London ya había acabado de trazar garabatos sobre todo el montón y no tenía otra cosa que hacer que quedarme mirando de nuevo por la ventana. Las colas que iban al transbordador de Orient Point llenaban el aparcamiento y llegaban al otro lado de las vías; los viajeros, con los coches parados, leían periódicos, fumaban por los huecos de las ventanillas bajadas, algunos dormitaban, otros calmaban a sus hijos. Por encima de sus cabezas, al otro lado del estuario, la base naval estaba iluminada desde la línea del agua hasta la chimenea, con un brillante submarino gris amarrado a su gigantesco muelle. Detrás de la costa, se alzaba una luna casi llena. Mi madre le estaría diciendo a quien ya hubiera llegado que fuese a verla.

Mientras salíamos de la estación, advertí que la mujer del otro lado del pasillo se había ido, junto a otras personas de la misma zona, y que habían dejado varios asientos vacíos. Miré de refilón al hombre que tenía al lado, pensando que quizá ahora se cambiaría. Pero estaba leyendo un libro y no parecía darse cuenta. No se distinguía gran cosa en la oscuridad. Solo luces esporádicas de casitas junto al agua y algún que otro grupo de tiendas bajas en los cruces ferroviarios del este de Connecticut y el inicio de Rhode Island.

Cuando eché el asiento hacia atrás pude ver el perfil de mi compañero reflejado en el cristal. Tenía el típico aspecto de quien vuelve por vacaciones a los confines del noroeste, y no era feo del todo, aunque le sobraba un pelín

de grasa en la cara, cosa que la ligera barba quizás tapaba; llevaba unas gafas de montura de alambre algo anticuadas (el armazón era demasiado grueso), pero era, sin duda, hombre y tenía menos de cuarenta.

Ahora que lo recordaba, antes de sentarse, antes de preguntar si el asiento estaba libre, me había estudiado unos instantes. Cualquiera lo habría hecho, para buscar síntomas de locura antes de comprometerte a hacer todo un viaje al lado de un desconocido. Pero se le había iluminado la cara y me había dirigido un pequeño ademán de cabeza, que podía haberse debido únicamente al alivio que le producía que yo no estuviera visiblemente loco, aunque ahora se me ocurrió que quizá se debía a algo más afortunado.

¿Dónde estaba su mujer? ¿Dónde estaba su novia? No tenía hijos. De pronto, se me puso dura. Absurdo, pero involuntario.

Había intentado ligar conmigo, eso era lo que había hecho, había intentado ligar conmigo, aunque yo no le había dado ocasión de seguir por lo alterado que estaba, y luego por estar trabajando como un loco. Empezar a hablar ahora, de la nada, quedaría raro. Nos llevaría a los datos, que únicamente podían interponerse entre nosotros.

Entrelacé las manos detrás de la cabeza y estiré las piernas. No era mi intención que la camisa y el jersey se me salieran de los pantalones y dejaran al descubierto un par de centímetros de abdomen, el leve descaro de este gesto me aceleró el pulso (no podía presumir de tableta de chocolate, pero en esta postura parecía razonablemente delgado y era, al fin y al cabo, más joven). Si miraba a la ventana, podía observarlo sin correr el riesgo de que me pillara metiendo la pata.

Y eso fue lo que hice durante los minutos siguientes, notando de vez en cuando el chorro caliente de aire del tren en mi franja de carne desnuda. Él cambió de postura varias veces, cruzó y descruzó las piernas, se cambió el libro de una mano a otra, pero en su reflejo, al menos, no noté que mirara subrepticamente en mi dirección, pues su novela de ciencia ficción lo tenía absorbido. Todavía protegido por la inmunidad de no estar mirándolo, me recosté aún más y, notando cómo la sangre me corría más deprisa por el pecho, me metí la mano en los pantalones para recolocarme la entrepierna. Brevemente, desde luego, con toda la vulgar despreocupación del integrante de una fraternidad universitaria, cosa que yo no era, pero aun así durante un par de segundos más de lo que era necesario.

Y ahí estaba: la mirada veloz y ávida, que contradecía al instante cualquier ilusión de indiferencia. Rápidamente seguida por un giro de cuarenta y cinco

grados de su cabeza para discernir las coordenadas de mi cabeza y mis ojos. Y, entonces, lo más revelador de todo: al imaginar que yo no era consciente de su inspección mientras seguía mirando por la ventana, me dio un repaso visual con todo descaro, de pies a cabeza, y detuvo la mirada en la cintura de mis vaqueros. Se me empezó a entrecortar la respiración; la droga del peligro corría por mis venas. Él tenía que ver mis jadeos, la forma en que el vientre y el pecho me subían y bajaban. Había gente en el asiento de delante y de detrás, lo que le daba a nuestra intimidad un matiz deliciosamente frágil. Sin dirigirle ninguna señal de reconocimiento, me metí la mano de nuevo en los pantalones y me sostuve la erección entre los dedos unos segundos, para después levantar la mano de nuevo y colocarla detrás de la cabeza. Fue entonces cuando al fin alzó la vista hacia la ventana y vio mi reflejo.

Enseguida cerré los ojos mientras la sangre se me agolpaba en la cabeza, tratando de notar si era demasiado tarde, si mi ardid de indolencia y falta de atención podía resultar todavía viable. Tampoco era tan guapo, después de todo. Yo había acertado, pero había elegido un blanco fácil. Lo que me volvía más patético frente a los chicos más guapos, los que al final importaban. Sabía que esta era una lógica mezquina y fallida, sin embargo, llevaba ya tanto tiempo cumpliéndola que siempre acababa volviendo a ella de tapadillo, no porque me perdonase a mí mismo, sino por convicción. Podía obviar mi propio juicio desdeñoso y seguir adelante (de un modo u otro, siempre lo hacía), pero ese juicio nunca devolvía la parte de vértigo y placer que hurtaba. En ese sentido, el odio por uno mismo se comportaba con tacañería. Se quedaba lo que se llevaba. Pero ahora no importaba. El peligro era mi dueño. El viaje había comenzado.

Metí la mano en los pantalones por tercera vez y la dejé ahí. Nuestras miradas se cruzaron un instante en el cristal, aunque costaba descifrarle la expresión en esa imagen desdibujada y cambiante. Si ahora me daba la vuelta y lo miraba, todo rastro de intriga desaparecería. No tenía la menor intención de dirigirme a un cuarto de baño de Amtrak. Teníamos que alargar un poco aquello. Así que seguí con la cabeza vuelta y observé como se quedaba boquiabierto cuando yo me agarraba y apretaba la cintura de los vaqueros con la muñeca, dejando al descubierto justo la punta de la polla, manteniendo la fantasía de que me estaba estirando medio dormido. La ventanilla era alta y estrecha, el reflejo del hombre se interrumpía en el pecho, pero el movimiento hacia abajo y circular de su hombro me revelaba que él también se estaba tocando. Empezaba la partida. Apreté aún más los vaqueros con la

muñeca y otro subidón de adrenalina me ardió en la cara. Los pasajeros de delante y de detrás estaban demasiado cerca para que ninguno de los dos pudiera susurrar algo.

Cuando al fin me di la vuelta hacia él, evité su mirada y me fijé en cambio en la mano que él había posado en los pantalones. Era como si fuese otra vez un niño en Inglaterra, en las duchas de Finton Hall, mirando a hurtadillas a los jugadores de *rugby* del curso superior, con muchísimo miedo de que me pillaran, así era de líquido el tiempo en la urgencia del momento. Hasta que reconociéramos la presencia del otro, para mí él podía ser cualquiera.

Se inclinó en dirección al pasillo para ver si había pasajeros que volvieran bamboleándose a sus asientos del vagón cafetería. Al no ver ninguno, me puso la mano en el muslo. Cerré los ojos de nuevo un instante y me hundí más en el asiento.

Me encantaban los hombres. Evidentemente. Pero aquello no solo era un tema de sexo. Saber a ciencia cierta, como pasaba ahora, que un hombre me prestaba atención, a mí y a nadie más..., ¿acaso se podía querer algo más? Importar, y saber que importabas.

—¡Providence, damas y caballeros! ¡Providence!

Apartamos las manos bruscamente de los pantalones, nos alejamos el uno del otro y el revisor pasó tambaleándose entre nosotros. Ni siquiera me había fijado en las luces de la ciudad. Ya nos estábamos acercando a la estación. La mujer madura de delante de nosotros se levantó y empezó a forcejear con la bolsa que había dejado en el estante.

—Ya la ayudo yo —dijo el tipo cuya cara en realidad yo todavía no había observado bien, levantándose con un respingo para ayudarla.

—Ay, ¡gracias! —exclamó ella—. ¡Los nietos! ¡Tantísimos regalos!

La velocidad del tren se redujo al lado del andén y el vagón despertó de su sopor. Algunos recogieron el equipaje, otros se levantaron para estirarse. Alguien empezó a escuchar música con unos auriculares. Cogí un fajo de papeles de la bolsa y fingí que leía.

Seguí fingiendo hasta que salimos de Providence y entramos en el monte bajo en penumbra del sureste de Massachusetts, como si hubiera estado alucinando durante los veinte minutos anteriores, y fui consciente de que el tío aquel hacía lo mismo, que cogía su novela abierta, pero que no pasaba la página. Habíamos cruzado la raya pero no podíamos volver a ella sin que uno de los dos se manifestase.

Al fin, el revisor habló por megafonía y anunció la parada de Route 128.

—Me bajo aquí —dijo el hombre, en voz baja y controlada—. ¿Tú?

—También —contesté.

Así, sin más, ya habíamos vuelto al hechizo de la caza; de nuevo, el desdén que me inspiraba su discreto atractivo era muy inferior a la intensa emoción.

En la estación, lo seguí tras bajar del tren, a unos tres metros de distancia. Subimos los escalones del puente cubierto. Cruzamos al otro lado de las vías, bajamos al aparcamiento. Luego salimos entre los coches hasta llegar a una de las filas de detrás, donde él abrió las puertas de una berlina Mazda y metió el maletín en la parte de atrás antes de sentarse tras el volante. Dejé mi bolsa en el asiento posterior. Obligando a mi mano a no temblar, abrí la puerta del copiloto y entré. Había encendido el motor y puesto la calefacción.

—Me llamo Gary —dijo.

—Yo, Alec.

Tras esas palabras se quitó las gafas, se agachó por encima del freno de mano y, después de bajarme la cremallera de los vaqueros, se metió mi polla en la boca. Tenía mechones de canas en las sienes y una calva incipiente. Dirigí la vista a la izquierda. Al otro lado del aparcamiento, las familias pululaban por el andén, los viajeros que habían bajado encontraban a quienes habían ido a recogerlos entre las luces cruzadas de los faros. Cerré los ojos y solo aguanté un minuto más. Se lo tragó. Me subí la cremallera, abrí la puerta y, tras coger mi bolsa de la parte posterior, me dirigí a grandes zancadas a la estación para buscar un teléfono. Cuando contestó mi madre, la anestesia fue casi total.

# Margaret

---

Al verme en el banco, al lado de la entrada de la biblioteca, mi colega Suzanne se acerca tranquilamente con su minifalda, mientras rebusca en el bolso para encontrar tabaco. Lleva lápiz de labios rojo y va muy poco tapada para el tiempo que hace. Una mujer fatal de mediana edad.

«Qué sucia soy», declara mientras enciende un Winston y agita la mano para dispersar el humo, y su serie de pulseras de plata tintinea. Enrosca una pierna desnuda en torno a la otra, apoya con fuerza un pie en la pantorrilla y después, arqueando la espalda, echa el humo hacia arriba y lejos, en dirección al ocaso creciente. «Y así termina todo», añade con una ronca languidez, como si acabáramos de llegar al decorado de un musical de Broadway, en vez de haber llegado al final de una semana laboral.

Es una bibliotecaria insólita, cuya elegancia desaprovechan, por no decir que detestan, todos menos los chicos del instituto y sus padres. Muy al principio, decidió que yo iba a ser su aliada frente a las fuerzas del aburrimiento y la estrechez de miras. Estaba demasiado cansada para resistirme. Fue una de las primeras amigas que hice tras la muerte de John, ella y mi vecina Dorothy, y aún agradezco tenerlas a las dos. Suzanne y yo somos a estas alturas las dos mujeres incombustibles de la biblioteca municipal de Walcott, la soltera entrada en años y la viuda.

Ella nunca deja de señalar el desproporcionado entusiasmo que los miembros de sexo masculino del consejo de administración sienten por nuestras colegas más jóvenes, y en este tema no deja de tener razón. No se trata de lo que los hombres te dicen o te hacen. Es lo que les dicen y les hacen a otras mujeres, y no a ti. Las preguntitas y los halagos, los reconocimientos diarios. Tardé un poco en captar la sutileza del asunto, cómo opera la invisibilidad a mi edad. Supongo que no tendría que haberme sorprendido que las parejas que nos habían conocido a John y a mí juntos llamasen con menor frecuencia tras su muerte, pero así fue. Al principio pensé que aquello se debía a cómo había muerto, a lo incómodo de la cuestión, aunque la verdad es que se sentían más a gusto con otras parejas casadas, nada más.

En ese sentido, el trabajo me ha sentado bien, conocer a personas nuevas para las que únicamente soy una colega, nada más complicado que eso.

—Ven a Kanty's conmigo —me dice—. Nunca vienes.

Habla del restaurante en el que se dedica a entretener al camarero las noches de los viernes, y donde bebe más vino del que debería antes de coger el coche para volver a casa. Afortunadamente, nunca me ha gustado el alcohol en ninguna cantidad, porque de lo contrario aquello me habría tentado.

Le digo que estoy esperando a que me recojan.

—Celia y Alec vienen pronto este año, por mi cumpleaños.

Ella se da la vuelta, da un pisotón con el tacón fingiendo que está indignada y arremete contra mí por no haberla avisado.

—¡Te habría traído una tarta y una tarjeta! Pero ¿qué te pasa? El lunes tendrás tarta, que no te quepa duda.

—No digas tonterías —le pido, mientras reconozco mi coche, que está entrando en el aparcamiento.

—No, protestar no sirve de nada. Tendrás una celebración, te guste o no.

Es Celia quien ha venido. Yo esperaba a uno de los chicos; el avión de mi hija no ha llegado hasta esta tarde. En cuanto cierro la puerta y me despido de Suzanne, Celia vuelve a poner el coche en marcha y nos vamos, sin que podamos darnos un apresurado abrazo a medias, por encima del freno de mano, porque ahora ella ya dirige la vista a la carretera.

—Si me he retrasado, lo siento —dice—. Michael no se acordaba de a qué hora tenía que buscarte.

—Oh, no te preocupes. ¿Cómo ha ido el vuelo? ¿Está Paul con Michael en casa?

—No, vendrá dentro de unos días.

—Creía que los dos ibais a coger el avión juntos.

—Pues resulta que no.

No debo preguntar por estas cosas. Esto siempre ha sido así.

Parece mayor que hace un año, aún más seria. Se ha cortado el pelo y, como siempre, no lleva joyas ni maquillaje. Tampoco es que yo me arregle mucho, ni que la haya animado a hacerlo, pero, de un modo u otro, la ausencia de adornos queda aún más adusta en ella. A veces pienso que quizá trata de evitar la atención que recibe por parte de los hombres. Pero si le dijera algo por el estilo pondría los ojos en blanco y soltaría un suspiro. Todos mis hijos suspiran. Es su reacción más frecuente cuando están

conmigo.

Me pregunta cómo ha ido el trabajo. Le contesto que me alegra haber terminado hasta el final de las vacaciones.

—Ojalá te pudieras quedar más —añado.

—Ya te he dicho que me ha costado encontrar a alguien para que me sustituya incluso estos días.

Las personas a las que ve tienen tantos problemas que me preocupo por ella, me inquieta que acabe cargando con sus desdichas. Pero se impacienta conmigo si se lo comento por teléfono. Podría haberse dedicado a muchas cosas, aunque nunca he querido darle consejos profesionales. A diferencia de lo que habría hecho su padre. Y nunca me los ha pedido.

En primavera y en verano estas carreteras comarcales que llevan a casa están llenas de color y luz, pero en esta época del año el terreno está embarrado o cubierto de nieve, y ahora envuelto en la primera oscuridad. En enero hará doce años que recorro este trayecto. Aquí fue donde lloré al principio, en el coche. Imagino que porque sabía que el llanto solo podía tener una duración limitada, que iba a llegar a casa al poco rato y que tendría que estar presentable para Alec y Celia. Esa fue también la época en que se me olvidaba todo: las llaves, las facturas, qué comprar en el supermercado. Y gran parte de lo que pasó, por lo visto, porque esos años los sigo teniendo desdibujados.

Todos me dijeron que no tomara decisiones importantes de inmediato. Continuidad, eso era lo que los niños necesitaban. Podrías lamentar una resolución precipitada. Cosa que entendía. Pero estaban la hipoteca, y los impuestos municipales, y las facturas de las tarjetas de crédito que habíamos utilizado durante su enfermedad. Que en Walcott me contrataran tras veinte años de no haber trabajado de bibliotecaria fue un milagro. Aun así, la casa la habíamos comprado con el sueldo de John, no con el mío. Mi madre nos había dejado a mi hermana y a mí una pequeña herencia, y Penny echaba una mano de vez en cuando. Pero muchas veces yo estaba con el agua al cuello, sin saber si tenía dinero suficiente en el banco para extender otro cheque. Y a Celia se le daba bien organizar, siempre había sido así. Ella revisaba las facturas, llamaba a los de las tarjetas de crédito si me había retrasado y acordaba cuotas más bajas. Daba la impresión de que aquello le salía de forma natural, sin que yo se lo pidiese. Pero era horrible por mi parte, qué duda cabe, apoyarme en ella de este modo. Ahora sé que le molestaba, lo de tener que cuidarme cuando todos seguíamos tocados. Sé que ese no es el

motivo por el que se fue a California, pero es la única de ellos que se ha marchado tan lejos.

—Entonces has visto a Michael —digo—. ¿Cómo lo has encontrado?

—No sabía que llevaba barba.

—Sí. No sé si le queda bien.

—Parecía estar bien. Peor no.

—Todavía no sabe nada de Bethany.

—Sí, de eso soy consciente.

—Qué pena lo de Caleigh.

—Mamá, es lesbiana. Y eso pasó hace años.

—Ya, pero bueno. Todavía se gustan mucho.

Yo creo que todo el mundo es un poco bisexual y que es una pena ponerse estricto con el tema si la gente se lleva bien. Pero estoy segura de que esto es una ingenuidad. Todos mis hijos son de lo más sofisticados, y enseguida me lo hacen ver cuando yo no lo soy.

—¿Anoche viste Mercurio? —le pregunto—. Aquí había un cielo despejadísimo, y brillaba mucho. Está más cerca de la Tierra de lo que lo ha estado en treinta años, y deberíamos ir a echarle un vistazo después, seguramente no se ve tan bien desde la ciudad. En teoría esta tarde iba a nevar, pero han dicho que no cuajará. Esperaba que pudiéramos ir a casa de los Allen el día 27, nos han invitado a todos, y sé que les gustaría verte. Drew ha vuelto, ya te he contado que se ha comprometido, ¿no? La conoció en Perú en un viaje de senderismo, o algo así. Se llama Samantha. Ha sido todo muy repentino, me parece a mí, pero, en cualquier caso, ella también va a estar. Te haría ilusión venir, ¿no?

—¿Adónde?

—A casa de los Allen.

—A lo mejor. Ya veremos.

Siempre que Alec y ella vienen a casa, nada más llegar se ponen a hablar por teléfono y hacen planes para estar en otro sitio, con amigos. Lo han hecho durante años. No sirve de nada quejarse, pero la verdad es que vienen poquísimo.

—Bueno, es que sé que les gustaría verte.

—¿Qué día es? Tenemos la cita el martes.

—No me lo habías dicho.

—Te había dicho que iba a concertar una cita, y ese era el día en que él podía.

—Ya, pues me gustaría haberlo sabido.

Acelera al doblar la esquina de Garnet, inclinándome hacia la puerta.

—No pensaba que tuviéramos un montón de obligaciones —añade.

Ha sido idea de Celia (una evaluación profesional, imagino) que los cuatro vayamos juntos a hablar con alguien. Yo no tengo gran cosa que decir, pero, si esto ayuda a los tres, no me opongo. Los acompañaré y recibiré mis críticas. Aunque es una pena que tenga que ser justo después de Navidades.

Han elegido el nuevo restaurante que está detrás de la taberna, y, cómo no, es demasiado caro. Una ensalada, ocho dólares. Un plato de pasta, dieciséis. Yo podría haber preparado una comida estupenda en casa. No hacía falta que nos pusiéramos espléndidos. Michael no tiene dinero para estas cosas, lo que implica que lo pagarán todo los otros dos, y no puedo permitir que lo hagan. Un «nuevo asador tradicional», se autodenomina, con bancos de roble que brillan bajo luces de latón, la cocina a la vista detrás de una barrera de cristal, ni una fibra de tela que absorba las voces de los comensales que suenen más fuerte que la música y el estruendo de las ollas.

Intentando que se me oiga a pesar del estrépito, le digo a la camarera que voy a tomar la sopa, lo que da pie a un coro de suspiros.

—¡Es tu cumpleaños! —prácticamente grita Alec.

—He comido mucho. Probaré un poco de lo vuestro.

La camarera y yo nos sonreímos. Parece una joven simpática.

—Elige un segundo plato —me ordena Alec—, y pedimos una botella de vino. ¿De qué tipo lo quieres?

—¿Una botella?

Michael echa la cabeza hacia atrás, sobre los hombros, como si le rezara a los cielos, algo que desde luego no está haciendo.

—Un minuto más, por favor —dice Celia.

Me alegro muchísimo de que estén todos y no quiero discutir, pero no tiene ningún sentido que pida comida que no quiero.

—El pescado te gusta —insiste Alec—. Elige el mero.

Dieciocho dólares. Es igual que su padre: gasta como si tuviera el derecho natural de vivir ahora tal como piensa hacerlo después.

—No hace falta. A lo mejor me pido un postre.

—No puedes obligarla a comer —dice Celia con fría vehemencia.

—Lo suyo es un martirio dietético —interviene Michael—. Desde hace mucho, practicarlo tiene prestigio.

—No digas tonterías. No traigo mucha hambre, nada más. No lo

estropeemos y vamos a cenar, ¿vale?

Volvemos a concentrarnos en los menús, el momento pasa y Michael le pregunta a Alec si cree que se está empezando a identificar con la estructura de poder del hombre blanco ahora que trabaja en una revista de actualidad de tirada nacional.

—Meramente en el nivel de lo psíquico —añade Michael, como si así lo estuviera aclarando—. No estoy diciendo que seas un reaccionario. Tal como suele entenderse esto.

—Investigo y edito resúmenes de noticias —dice Alec—. Y mi superior es una mujer.

—Ah, qué bien —dice Michael—. Pero ¿es feminista radical?

—Es redactora jefe. No es radical en nada.

Cuando la camarera vuelve a nuestra mesa, me dejan pedir la sopa.

—Pero ¿tu dirías, también en el nivel de lo psíquico, que las actitudes vitales de las personas con las que trabajas se constituyen en parte a través de la identificación con las estructuras de riqueza y poder sobre las que informan?

—Yo diría que están mal pagados y poco centrados, y que la mayoría de ellos son yonquis de la política.

—No estoy hablando de la política electoral.

—¿Por qué? ¿Porque la consideras irrelevante?

—Yo no la llamaría irrelevante. Evidentemente, ocupa un lugar central en la fantasía del nacionalismo...

—Yo voy a pedir el pollo relleno —dice Alec.

—Ya te había contado que Alice Jolly fue a Vassar con tu abuela, ¿verdad? —le pregunto a Alec, sin saber si me había acordado de hacerlo o no. Los tres me miran, como preparándose para el numerito de un pariente loco en Acción de Gracias—. Alice Jolly está casada con Arthur Jolly, el director de tu revista. Fue a Vassar con Ursula. ¿No te lo había contado?

—¿Qué tiene eso que ver con todo lo demás? —pregunta Michael.

—Pues que me parece toda una coincidencia.

—Que es precisamente lo que no es —replica.

En ese momento, desisto.

Como suele pasar en este tipo de sitios, las raciones son obscenas. Con la chuleta de cerdo de Michael se podría dar de comer a un pueblo entero. Mi sopa viene en un cuenco de treinta centímetros, con otra cesta de pan que ni quiero ni necesito.

Alec devora la comida con algo semejante a la lujuria, la engulle en pocos minutos. Sus costumbres animales no han cambiado desde que era niño, aunque ahora se ven sometidas a la presión de su personaje más elaborado, lo que crea cierta tensión. Es como si la fiebre de la adolescencia no se le hubiera pasado, pero él hiciera todo lo posible por que no se le note. Lamenta no estar más relajado e intenta estarlo por todos los medios. Lo cual puede llegar a crisparlo. Es difícil no pensar que esto tiene algo que ver con el hecho de que sea gay. El esfuerzo por controlar la impresión que la gente se lleva de él.

Solo tenía diecisiete años, aún era un niño, cuando me lo anunció, y a pesar de ello lo hizo con gran seriedad y vehemencia. Al decirle que quizá le convenía no llegar todavía a ninguna conclusión, que muchas veces la gente atravesaba distintas etapas, me preguntó si les había dicho lo mismo a Michael y Celia cuando se hizo evidente que eran heterosexuales. Cosa que, evidentemente, yo no podía afirmar que hubiese dicho. Dio la impresión de que su victoria retórica lo complacía enormemente. Ahora ya sé que es mejor no decirle que me preocupa el sida.

—Bueno —dice Celia—, para que todo el mundo lo sepa, tenemos nuestra cita para el martes.

—¿Es con un lacaniano? —pregunta Michael.

—Se dedica a la terapia de familia —responde Celia—. No vamos a tumbarnos en un diván ni nos van a pedir que nos marchemos al cabo de cinco minutos. Lo nuestro no va a ser teórico.

—¿No es eso lo que has estudiado tú? —le pregunto.

—Mamá, yo me he licenciado en Trabajo Social. Michael habla de crítica literaria.

—Literaria no —replica él—. De hecho, creo que debemos separarnos del texto y entrar en el ámbito de la emoción pura.

—Vamos a ver a un psicoterapeuta, ¿vale? Nos va a hablar de las dinámicas que hemos ido creando a lo largo de los años.

—Las dinámicas —repito.

—Las pautas —dice Celia.

—¿Las pautas son algo malo?

—Si no quieres ir —me dice—, no tienes por qué hacerlo.

—No, no —contesto, pues no quiero enfadarla—. Estoy segura de que las hay. Y de que seguro que son culpa mía.

—Ahí tenemos un ejemplo —interviene Alec.

—¿Se puede saber a qué te refieres? —pregunto, lo que provoca más ojos en blanco, como si fuese algo demasiado evidente para explicarlo.

—No cabe duda de que he sido una madre horrible. Y de que he puesto sobre vuestros hombros un montón de cosas que no os correspondían.

—Ay, mamá, por favor —dice Michael—, venga ya.

—¿Qué? —replico—. Es lo que pensáis, ¿no?

Adoptan un inexpresivo gesto de paciencia.

—Tendría que haber vendido la casa y que habernos instalado en un sitio que no os recuerde todo el pasado. Un sitio al que queráis volver más de dos veces al año.

—No, no deberías —protesta Alec—. La casa te gusta.

Él siempre ha sido el que más me ha protegido, a su manera. Esto ha sucedido desde que era pequeño. Recuerdo una ocasión en que estaba paseando con él, cuando solo tenía cinco o seis años, dándole la mano, y él alzó la vista, me miró y dijo muy serio: «Daría mi vida para que tu pudieras vivir». Fue una de esas declaraciones absolutamente insólitas que hacen a veces los niños cuando advierten por primera vez que las cosas no duran para siempre. A mí nunca se me ha olvidado. Es posible que fuera un niño hiperactivo, y que aún sea terco y demasiado nervioso, pero su amor es el más sencillo.

En lo de la casa tiene razón. Tardé en hacerlo, pero ahora estoy cómoda en ella. Mi primera reacción fue la de querer marcharme. Todas las mañanas, la alarma me despertaba en nuestra cama y yo, sobresaltada, pensaba: «Va a llegar tarde al trabajo, tienes que levantarlo». Luego veía que las sábanas no estaban revueltas a mi lado y me sentía enferma otra vez, como en aquel primer momento: *John. Nunca más*. Pero no puedes quedarte en algo así. Te agota. Celia y Alec tenían que acabar el instituto. A Michael le hacía falta una casa a la que volver. Cuando Alec se fue a la universidad (Celia le había recomendado que hiciese como ella y que solo presentase la solicitud en centros en los que aceptasen a los alumnos con independencia de su situación económica), y antes de que Michael dejara los estudios, me planteé otra vez la idea de mudarme, me pregunté si quedarme allí sola sería demasiado. Pero estaban las cosas que me gustaban. La calle tranquila, sin otra casa delante, solo césped y árboles que se extienden a lo largo del camino del arroyo, y la chimenea, que utilizo casi todas las noches en otoño y en invierno, y las viejas ventanas de guillotina como las de mi infancia, y dos robustos perales en el jardín de entrada.

Durante muchísimo tiempo no tuve la energía necesaria para hacer nada en el jardín. Pero al final quité los viejos arriates que se habían echado a perder y, en la parte posterior, creé una franja mayor para poner un jardín. Podé las ramas inferiores de los árboles que tapaban el sol y únicamente dejé los tocones de los arbustos de hoja perenne que habían ido trepando hasta un punto por encima de los alféizares. El jardín tampoco es nada del otro mundo: narcisos, tulipanes, algunos rosales, tomateras y hierbas aromáticas. Pero me procura satisfacción.

Alec, cuyo pollo la verdad es que está muy bueno, le explica a Michael cómo funciona una hipoteca a treinta años, le habla como si fuera un tutor a quien enfurecen las pocas luces de su pupilo. Intenta que su hermano entienda que sigo pagando la casa, y que lo estaré haciendo muchos años, que es el motivo, añade, por el que Michael no puede continuar esperando que yo le pague los préstamos para los estudios.

—Pero ¿a ti qué más te da? —replica Celia, protegiendo de forma instintiva a Michael, que sigue con la vista clavada en la mesa—. Mamá puede hacer lo que le apetezca. El dinero te obsesiona.

Más bien estoy de acuerdo con ella, pero ahora no lo digo, porque me parece que sería injusta con Alec.

—Esta semana he tenido una entrevista —interviene Michael.

Esto me sorprende. No sabía nada al respecto. Normalmente me lo cuenta todo, con gran lujo de detalles.

—Para una distribuidora de discos —añade—. Todavía no saben si tienen el dinero. La mujer me dijo que me darían pronto una respuesta.

—Qué bien —dice Alec, ahora más calmado; la noticia lo ha aplacado.

Michael le genera mucha frustración. Creen que no veo estas cosas, que estoy distraída o agotada. Pero las percibo con la misma claridad que cuando eran pequeños, mientras se perseguían por la casa octogonal, chillaban en el jardín, cuando Alec siempre reclamaba la atención de su hermano. Casi todo lo que son hoy ya estaba entonces. Ellos no se reconocen en un período anterior a la adolescencia porque fue entonces cuando empezaron a tener ideas propias. Pero muchísimas cosas de ellos no tienen nada que ver con eso. Son sus naturalezas. Algo que me rebatirían a gritos si se lo dijera.

De postre, Michael tiene la bondad de compartir una tarta de frutos del bosque conmigo; me deja casi todo el relleno, y yo a él, la corteza.

Cuando traen la cuenta, soy la primera en cogerla, y lo que veo me deja anonadada. Michael y Alec se han tomado una cerveza cada uno; luego,

hemos pedido tres segundos, una sopa y dos postres. Pero cualquiera diría que hemos arrasado con todo lo que había en la bodega y la cocina. Cuando oso expresar mi incredulidad, suspiran al unísono.

El problema es que la nómina no me llega hasta dentro de dos días, y en mi banco ahora no aceptan cheques porque estamos en Navidad. Tendrían que haber dejado que cocinara. Michael ni siquiera se ha terminado la chuleta de cerdo. Meto la mano en el bolso y saco la tarjeta de crédito, pero Alec dice:

—No vas a pagar tú.

—No seas tonto, no hace ninguna falta que os ocupéis vosotros. Es demasiado. De verdad.

Está contando los billetes que Celia ha sacado de la cartera y le ha dado. De su bolsa de mensajero, Michael extrae uno de diez, que le entrega azorado a su hermano. Alec lo coge sin levantar la vista y lo añade a la cuenta, que Celia va siguiendo desde el otro lado de la mesa. Se mete el efectivo en la cartera y deja una Visa encima de la cuenta, cierra la carpeta de plástico en la que viene y la empuja al borde de la mesa. Yo sigo sosteniendo mi tarjeta, pero la ignora. No puedo evitar lamentar que no hayamos ido a un sitio menos suntuoso. Valoro la intención de invitarme a algo, aunque la verdad es que habría estado más relajada en casa.

Esperamos en nuestra pequeña zona de silencio mientras la camarera joven y simpática lleva la cuenta a la caja. Al cabo de un momento está otra vez detrás de nosotros.

—La han rechazado —anuncia—. ¿Quieren probar con otra? El efectivo también lo aceptamos.

—Sí, otra tarjeta —digo yo, alargándole la mía, pero Alec ya le ha arrancado la cuenta y le pide que nos dé otro minuto.

—Vamos, no seas bobo —le digo.

Pero él ya se ha levantado de la mesa, con la cuenta en la mano, está saliendo del restaurante e internándose en la nieve que empieza a caer.

—Claro que también hay sitios estupendos —les digo a los otros dos— que no son tan caros como este.

Celia me lanza una mirada penetrante con un claro aviso de que no la enfade. Es la única que me mira así, la que me puede fulminar tan fácilmente por mis fallos. Todo aquello de lo que no la protegí sigue ahí en la superficie, en sus brillantes ojos negros.

—La idea no ha sido mía —protesta—, ha sido de Alec.

—¿Ha ido a sacar efectivo? —pregunta Michael, como si hubiera aparecido en la mesa segundos antes y no tuviera la menor idea de lo que ocurría.

—Sí —contesta Celia.

Una mujer que está en la puerta, esperando a sentarse con su familia, nos lanza una mirada asesina, como si nuestro retraso al pagar fuera una provocación consciente dirigida a ella. Miro en la otra dirección, a una pareja de cincuenta y muchos años que comen a dos mesas de distancia, con un joven que lleva un *blazer* azul y una joven embarazada, que es su hija o su nuera. Por los rasgos caballunos que comparte con la mujer mayor, deduzco que es la hija. Ya me había fijado antes en el marido, cuando llegamos; estaba haciéndole unas preguntas a la camarera sobre la carta de vinos. John no era un experto, pero el vino siempre lo elegía él, y ponía mucha atención al hacerlo, cosa que yo apreciaba, lo que me convierte en una anticuada, seguro.

Alec lleva la cuenta directamente al mostrador de la caja y lo deja ahí. Cogemos los abrigos y lo seguimos al aparcamiento.

Los copos de nieve son pequeños y están secos, flotan como semillas de diente de león por encima de los techos de los coches. No han empezado a cuajar y apenas se ven en el trayecto a casa, incluso si se buscan como lo hago yo desde el asiento de atrás, mientras contemplo los oscuros campos de deportes del colegio público, en los que solo Celia jugó muchos partidos, y los jardines de las casas, y el césped de delante del ayuntamiento, al otro lado de la calle, unas imágenes en las que ahora me fijo como nunca lo hago cuando conduzco sola.

Es inevitable, imagino, que cuando están aquí me sienta culpable por haberlos traído a rastras, pues sé que preferirían estar viviendo sus vidas lejos de mí y de este sitio, y, sin embargo, su presencia me brinda un enorme alivio, la posibilidad de al menos poder cobijarlos y alimentarlos, por impotente que me vea para ayudarles en el mundo. Hasta su tamaño es reconfortante, la forma en que ocupan mucho más espacio que antes, sus cuerpos cálidos y rotundos, algo bueno en sí mismo, ni de lejos tan fugaz como todas sus preocupaciones.

He pasado la aspiradora por la casa, he ordenado y quitado el polvo con la esperanza de que a Michael y Alec no los afecte tanto lo que hay en el aire que les molesta. Ninguno de los dos parece darse cuenta, pero acaban de llegar, así que supongo que no hay ningún motivo para pensar que tuvieran

que hacerlo.

Es Michael quien más se resiste a este sitio, aunque es quien más cerca vive y quien más veces viene. Esto ha pasado desde que nos instalamos.

Desde la cocina, oigo que Alec estornuda y después me llega el golpecito y el chasquido de Michael al abrir una botella de cerveza. La bolsa de Celia choca contra los barrotes mientras sube la escalera.

Solo cuando vuelven y veo estas habitaciones con sus ojos advierto qué pocas cosas del interior he cambiado. Sí que quité el papel pintado de plantas secas que había en el despacho y tapé el verde soso de las paredes del comedor con varias capas de blanco intenso, pero casi todo lo demás lo dejé como estaba: la acuarela de un paisaje que nos regalaron por nuestra boda sigue colgada encima del sofá; las mesitas que encontré hace décadas en un puesto de Chelsea se alzan a ambos lados, donde reposan las lámparas de cristal acanalado que mis padres nos regalaron al casarnos y que teníamos en el cuarto de estar de Samoset. Cuando no están ni me fijo en estos objetos, procedentes de la época en que los cinco estábamos juntos.

Ya se ha hecho tarde, pero, si subo directamente a darme un baño, no tendré la oportunidad de estar con ellos un rato más, así que doblo el periódico por la página del crucigrama y me siento al lado de la chimenea vacía, esperando a que se instalen.

# Celia

---

Mamá se dio la vuelta para mirarnos mientras exclamaba:

—¡No! ¡No!

Estábamos tomando cereales. El pavo atado se encontraba, pálido y bulboso, en la encimera de detrás de ella.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Una cebolla! ¡Se me ha olvidado comprar una cebolla!

El pecho y los hombros de Michael se encorvaron de alivio por la insignificancia del motivo que había originado el pánico de la mañana de Navidad de aquel año.

—Nosotros compramos una.

—¿Dónde, si puede saberse?

—En el minisúper —contesté—. Voy después de desayunar.

—Pero ¡el relleno! ¡El relleno!

—Solo es una cebolla —intervino Michael en tono suplicante—, no importa.

—¡Claro que importa! —gritó ella, dándose una palmada en el muslo.

—Yo creía que teníamos —dijo Alec a través de la blanca mascarilla quirúrgica con que se tapaba nariz y boca para protegerse del ambiente de la casa. Señaló debajo de la mesa, donde había una malla roja de cebolla dulce, en el fondo de la maceta de terracota y al lado del alpiste.

—¡Ah! —exclamó mamá—. ¡Gracias a Dios! ¿Cuándo las habré comprado? Qué tonta.

Se agachó, agarró la bolsa y cogió las tijeras para abrirla.

—Hay que ver —dijo Michael—, esto me ha quitado una semana de vida.

—Por favor, Michael, deja de exagerar —dijo mamá.

Llevé mi cuenco de cereales al comedor. Alec, todavía en albornoz, se me había adelantado y ya tenía las páginas principales del periódico desplegadas en la mesa, ante él. Se había levantado el cono biselado que formaba su mascarilla para comer y se la había apoyado en la frente como si fuera un cuerno atrofiado. Las pisadas de Paul se oían amortiguadas en el techo; había

llegado la noche anterior y estaba en mi dormitorio, vistiéndose. El *jet lag* y las comidas a deshoras le iban a desequilibrar el azúcar en sangre. Tenía que tomar algo pronto.

—¿Pasa algo? —preguntó la tía Penny, que apareció en la puerta. Llevaba unos pantalones de lana negra, un jersey de cuello alto del mismo color, una rebeca también negra y un chal gris.

—No —contestó Alec sin levantar la vista del periódico—. Todo va bien.

La tía se puso las gafas de ver de cerca y se inclinó para escudriñar el termostato.

—Aquí hace un frío polar —declaró—. No sé cómo sobrevive vuestra madre; tengo que subirlo.

Estaba acostumbrada a su apartamento de Nueva York, en el que ponían la calefacción tan fuerte que tenía que dejar las ventanas abiertas en enero. Cada año llegaba con una maleta llena de prendas de lana, preparada para pelearse por la temperatura.

—¿Vosotros dos no tenéis frío? —preguntó.

—La verdad es que no —contesté.

—¡Yo lo flipo! —exclamó Michael mientras entraba en el comedor con una taza de café y la mano llena de pastillas—. ¿De dónde ha salido eso?

Un gato atigrado frotaba un costado contra el radiador principal.

—Mamá —dijo Alec, bajándose la mascarilla para taparse la nariz y la boca—, que hay un gato aquí dentro.

—¡Es Nelly! —explicó mamá desde la cocina—. La he dejado entrar esta mañana. Es de Dorothy, la vecina, y es simpatiquísima.

La tía Penny se agachó y empezó a acariciar al animal.

—Ella solo quiere entrar en calor como todos los demás, ¿eh, gatita?

—¿Estáis comiendo? —preguntó mamá, mirándonos angustiada—. ¿Y vuestros calcetines navideños?

—Mamá —dijo Michael—, estoy tratando de vivir como un adulto.

—Ay, venga —dijo mamá, ahora con voz cariñosa—. Estuve levantada hasta medianoche para prepararlos.

Nunca habíamos abandonado la costumbre navideña de abrir los calcetines. Lo habíamos hecho todos los años de nuestra vida. Cuando el fieltro viejo se soltaba, mamá lo volvía a coser.

—Sí, deberíamos abrir los calcetines —convino la tía Penny.

Así que los tres nos sentamos en fila, en el sofá del salón, y se repartieron los calcetines rojos y llenos de objetos. En cada uno había lápices, diminutas

pastillas de jabón, chocolatinas Kit Kat, protector labial, caramelos de menta, etcétera. Desodorante para Michael, unos pendientes para mí, chocolate negro para Alec, y siempre una clementina en la parte del dedo gordo. Mamá abrió el armario de la otra habitación y nos trajo cajas de zapatos para que metiéramos los regalitos en ellas. Le dimos las gracias por cada regalo mientras los íbamos abriendo. Ella se quedó mirándonos, sonriendo y diciendo que solo eran unas cuantas chucherías, cosas que podíamos utilizar o que sabía que nos gustaban.

—Ah, aquí estás —dijo la tía Penny cuando entró Paul en el salón, con ojos de sueño, el jersey de botones de cuello abierto y pantalones de pana; Paul sonrió al vernos a los tres formando una fila, como si fuéramos niños pequeños.

Nuestra intención había sido la de coger juntos el avión. Pero la noche anterior él había cambiado de idea; dijo que quería esos dos días para escribir. Una excusa intachable, teniendo en cuenta que le estaba pidiendo que sacrificase mucho más tiempo para que yo pudiera dejar el trabajo. Algo a lo que era imposible oponerse. Pero también suponía un desafío. Porque ¿de verdad esperaba que me creyese que su retraso repentino antes de venir a estar con mi familia no guardaba la menor relación con el hecho de que le hubiera dicho diez días antes que estaba embarazada? ¿Nada que ver con el hecho de que prácticamente no había dicho ni una palabra al respecto desde entonces? Pero era tarde, yo estaba haciendo la maleta, y no quería reaccionar a ese desafío y sacarlo todo a la luz horas antes de marcharme.

Al menos ahora estaba aquí de forma más voluntaria, cosa que le notaba en el gesto relajado, el que se le ponía después de un día productivo ante el escritorio, cuando su tensión de fondo se veía mitigada durante una noche. Había tenido esos dos días para él. Había dejado claro su punto de vista, si se trataba de eso. Ahora ya no le importaba participar en las celebraciones, aceptar que mi tía tuviera buena opinión de él, que lo considerase un hombre guapo y un buen partido; reírse con Michael y Alec, reírse de ellos, situarse a una distancia levemente irónica de toda la situación. A mí me habría gustado que hubiese pasado entre los otros para darme un beso de buenos días, pero se sentó junto a la ventana y se dedicó a observarnos desde ahí.

—Ah, eso es *El Mesías* —dijo mamá, y se levantó de un salto para subir la radio—. En King's College —añadió—, lo están retransmitiendo en directo.

Nos lo decía todos los años, con el mismo tono ilusionado. Detrás de ella, en la ventana, estaba colgado el calendario de Adviento de motivos

venecianos que había sido de alguno de nosotros cuando éramos pequeños y del que seguía abriendo una ventana todas las mañanas hasta que llegábamos, momento en que decía que eso debía hacerlo uno de nosotros, para divertirnos.

Después de lo de los calcetines, nos tomamos el tradicional bizcocho de café y el beicon. A continuación, regresamos al salón para abrir los regalos que estaban debajo del árbol. Mamá iba de un lado a otro mientras lo hacíamos, le iba echando al pavo su propia salsa, sacaba los platos buenos, sacaba la cubertería de plata del armario. La tía Penny nos dio el suministro anual de jerséis, gorros, guantes y bufandas. Alec se quejó de que le costaba respirar pese a la mascarilla. Dijo que no era por el gato, que era el moho del sótano, que sus esporas llegaban a todas partes.

Lo que Michael nos regaló a todos fueron CD de compilaciones musicales que había grabado; Mahler para la tía Penny, Ella Fitzgerald para mi madre, para Alec y para mí lo que deberíamos estar escuchando, y una deferente recopilación de *rock* alternativo para Paul. Hizo todo lo posible por prestar atención mientras los abríamos, pero no dejó de volver al recibidor, al teléfono, muerto de ganas de que sonase, muerto de ganas de que Bethany llamase. La chica había acabado dándole una excusa por haber desaparecido después de la noche en que él había estado a punto de salir de su piso para ir a buscarla, y se habían estado viendo desde entonces, aunque con la suficiente ambigüedad por parte de ella para que la naturaleza de la relación entre ambos tuviera a Michael siempre crispado. Ahora ella había vuelto a Cleveland y no se había puesto en contacto con él desde hacía cuatro días, y le había prohibido que la llamase por el tremendo enfado que esto les podía causar a sus padres. De nuevo, el silencio de Bethany lo torturaba.

Poco después, todos menos Paul y Michael se habían sumado a la batalla que se había declarado en la cocina. Cada vez que mi madre abría el horno, la tía Penny se colocaba a su lado y preguntaba si la salsa había quedado clara, porque, si no, podía ser muy peligrosa. Cuando llegó el momento, Alec preparó el puré de patatas, yo rehugué las judías con almendras y preparé mi bizcocho anual de nueces pacanas. En la última fase, mamá se quejó entre juramentos de que la casa se había convertido en un horno y abrió de par en par la puerta trasera mientras la tía Penny la observaba, consternada.

Al anochecer ya habíamos acabado y Michael se había puesto a fregar los platos. Le dije a Paul que quería salir a dar un paseo y accedió. El aire frío me

sacó casi inmediatamente del sopor de la casa. Noté que el entumecimiento desaparecía. Quería que Paul me rodeara con el brazo, pero caminaba a bastantes centímetros de distancia. El hielo de la calle y la nieve de los jardines se veían azules bajo la luz tenue. No había coches circulando. Ningún sonido que la nieve no absorbiese. Alargué el brazo y le cogí la mano enguantada con la mía.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunté—. ¿No crees que igual deberíamos hablar?

—¿Ahora?

Como si mi embarazo hubiera quedado suspendido durante las vacaciones.

—¿Tan desagradable resulta solo hablar de ello?

—No —contestó, como rechazando la insinuación de que se estaba escaqueando.

Ninguno de los dos nos esperábamos aquello y, desde luego, no lo habíamos buscado. El diafragma siempre me había funcionado hasta entonces. Yo misma estaba aún asimilándolo. Aunque ya me imaginaba que la situación no le iba a hacer una ilusión tremenda, creía que al menos la idea podía suscitar ciertas reflexiones. Al menos ciertas conjeturas. Pero lo que parecía era que había decidido ganar tiempo hasta que yo anunciase que iba a abortar. Lo cual tenía su lógica. Yo no quería quedarme en casa con un bebé. Aunque fuera el caso, él no podía mantenernos. En ese momento no había sitio para el niño, no teniendo en cuenta aquello a lo que cada uno aspiraba.

—No sé —dijo, soltándose la mano—, es que..., bueno, no has comentado mucho al respecto. Ni siquiera sé qué piensas. A lo mejor lo que pasa es que no quiero influirte.

—Bueno, si no dices nada queda muy claro lo que quieres, ¿no?

Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta marinera, los hombros encorvados. En estos momentos suyos de pasividad, me parecía más un tercer hermano que un novio. Alguien a quien cuidar. Incluso ahora, frente a aquello que me afectaba a mí muchísimo más que a él, de un modo u otro Paul se había convertido en el centro de todo el asunto.

Seguimos avanzando a través de lo que ya casi era la oscuridad, por delante de casas de estilo colonial en blanco y negro, de otras de estilo Cabo Cod agazapadas entre la nieve, la casa medio señorial con las persianas bajadas. En ella casi nunca veía luces, ni a personas en los caminos de entrada. El barrio parecía un sitio abandonado incluso cuando había gente. Yo nunca podría vivir ahí de nuevo, ni en ningún lugar semejante.

Me eché a llorar. Me pasaba desde hacía un par de semanas. Sin previo aviso, los ojos se me llenaban de lágrimas, que me corrían por las mejillas, como si fueran un vaso lleno a rebosar que se derramaba con el menor movimiento. Me molestaba mi estado: el dolor en los pechos, el hedor de la comida, el dolor en la espalda y los calambres. A Paul le inquietaba la libertad perdida de un futuro imaginado, mientras que a mí el cuerpo me estaba robando la mente.

Los lagrimones lo acercaron de nuevo a mí. Me pasó el brazo por los hombros y me apoyé en su pecho, furiosa por necesitarlo.

—Lo siento —me dijo—, tendría que haber sacado el tema. Pero daba la impresión de que tú también lo evitabas.

—No puedo evitarlo.

—Ya, pero lo que digo es que no puedo considerar en serio que la elección sea mía, aunque quisiera tener un hijo, cosa que a lo mejor quiero, no lo sé. Pero ¿qué cambiaría eso? Yo no soy el que lo controla.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunté, enderezándome de nuevo y apartándome de él.

—¿Qué elección tengo yo? ¿En este tema, o en lo de volver a trabajar más, o en cualquier cosa que afecta a toda nuestra vida? Si te quiero, tengo que estar de acuerdo contigo. Siempre ha sido así. Lo veo en Alec; él es igual. Él cree que no controla las cosas, aunque lo controla todo.

—No te escaquees. Eso es una gilipollez. ¿Crees que te estoy pidiendo que tengas un hijo? Siento haberme quedado embarazada, pero no lo he hecho sola.

—La verdad es que no quiero discutir.

—Después de decirme que controlo toda tu vida. —Nos habíamos detenido en medio de una calle vacía, cara a cara—. ¿Estabas controlado cuando tenías todas las mañanas para ti mientras yo iba a trabajar? ¿En serio?

—No, estoy agradecido. Ya te lo he dicho.

Tenía ese gesto inamovible, como si estuviera atándose los machos para una andanada de irracionalidad. En los tres años anteriores, estar con Paul me había permitido empezar a empatizar con mi madre. Siempre había defendido a mi padre delante de ella, a mi padre que nunca quería pelear. Lo había defendido porque parecía débil. Pero ¿debía hacer eso de nuevo? ¿Defender a Paul de mí? «Todas las parejas discuten.» Así era como mamá explicaba sus gritos. La diferencia estaba en que en este caso no había un hijo mío que los estuviera escuchando. Y quizá nunca lo habría.

—Yo tampoco quiero que nos peleemos —dije—. Pero esta mañana he vuelto a tener náuseas. No eres el único que no está durmiendo mucho. Esto no se lo he contado a nadie aparte de a ti. Así que tenemos que hablar. No la semana que viene, ni el mes que viene.

—Lo entiendo —afirmó, más que dispuesto, ahora que lo había acorralado, a acceder y proseguir.

Detrás de él se alzaba la casa de falso estilo Tudor en la que vivía mi vieja amiga Jill Brantley con su madre divorciada; en ella, las dos nos drogábamos en el desván, como si formáramos parte de un documental de los que ponen después de clase sobre chicas rebeldes y los signos reveladores de la delincuencia. Esta calle, todo este pueblo, me resultaban tan familiares que los miraba sin verlos, como si ya no fueran un sitio en sí, sino una mera puerta al pasado. Y para resistir el empuje de la marea de esa época previa, impedir que me arrastrara otra vez a la casa de la que acabábamos de salir, a la familia y a todas sus repeticiones, estaba Paul: una persona ajena que nunca había existido en este lugar. No implicado. Viviendo en el presente. Muy pesado y desobediente, pero atento y cariñoso también. Que daba la impresión de querer estar conmigo.

—Mañana lo hablamos. Te lo prometo. ¿Podemos dejarlo ahora? —me preguntó, con un leve ruego en la mirada.

Se acercó y me abrazó sin que se lo pidiera.

¿Me quedaba otro remedio que creerle?

Mientras nos quitábamos las botas y las cazadoras en el vestíbulo, Alec pasó abriendo mucho los ojos por encima de la mascarilla para indicar sin palabras que había ocurrido algo dramático. Resultó que Michael, cuando no estábamos, se había venido abajo y había llamado a casa de los padres de Bethany. Lo había cogido el padre. Michael le había pedido hablar con ella. Ella se había puesto al teléfono y le había dicho que lo estaba empeorando todo. Y, luego, que lo suyo había terminado. Que no podían volver a hablar nunca más.

—A lo mejor podías subir —me propuso mamá—. Está en su cuarto.

—¿No habéis podido impedirselo?

—No hace falta gritar —contestó ella—. Estábamos aquí leyendo. Ha llamado por el otro teléfono.

Llevábamos juntos en la casa, todos nosotros, casi tres días. Yo había salido veinte minutos. Apartándose rápidamente de la situación, Paul cogió

su novela de la mesita y se retiró a una butaca de orejas del fondo del salón.

—La verdad es que nunca pareció que la chica fuera muy buen partido — comentó la tía Penny, situada delante de la chimenea con el atizador.

Me encontré a Alec en la cocina, zampándose una caja de galletas con trocitos de chocolate, como si no hubiéramos tomado ya dos postres.

—¿Qué pasa? —me preguntó—. Tengo hambre.

—¿Qué ha hecho, ¿subir sin decírselo a nadie y llamarla?

—Pues sí. Después casi se ha echado a llorar; a mamá se le ha ido la pinza y ha empezado a chillarle, le ha dicho que se estaba poniendo melodramático. No sabe manejarlo cuando está en ese estado. Igual te has ido percatando de ello —añadió— con el paso de los años.

En el piso superior, escuché unos instantes antes de llamar a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Michael con voz trémula, como si llevara tres meses ahí encerrado y yo fuera el carcelero que iba a liberarlo.

Estaba sentado en la cama con la espalda recta, bajo la tenue luz de la lámpara. Varias cajas de discos que no le cabían en su cuarto en casa de Ben ocupaban las esquinas en penumbra. Cuantos más apuros económicos pasaba, más le insistía Alec para que vendiera algunos de sus vinilos. Sin embargo, con independencia de cuántas facturas tuviera que pagar, se mostraba incapaz de hacerlo. Los discos eran demasiado importantes para él. Los más valiosos eran los *white labels* y los *test presses* de artistas que después se habían hecho famosos, algunos gracias a la ayuda de las primeras críticas de Michael. Pero se aferraba especialmente a estos, sobre todo si le parecía que los artistas habían acabado perdiendo la integridad. Se negaba a sacar beneficio de lo que consideraba tácticas de promoción empresariales, como si al quedarse con las mejores obras pudiera preservar dicha integridad. Yo no lo culpaba por ello, como sí hacía Alec. Me identificaba con ese impulso por resistirse, por pequeño que fuera el gesto, a sacarle tajada económica a todo. Tal como Michael lo consideraba, el capitalismo había sido cruel con nuestro padre, no le había dado tregua cuando no se encontraba bien, el peso de no tener dinero y demasiadas responsabilidades lo había hundido. Lo cual no quiere decir que no estuviera enfermo, pero que no le quedaba margen para estarlo. Yo no estaba en desacuerdo. Aunque lamentaba que Michael no atisbara lo furioso que esto le ponía. Parecía estar ciego a su propia rabia, de forma voluntaria. En las pocas ocasiones en que le había sugerido esta idea, había inclinado la cabeza y me había mirado con gesto de perplejidad, como si le estuviera hablando de algo que le resultaba completamente ajeno.

—Tengo que ir —declaró—. Tengo que verla. Podría coger mañana un avión a Cleveland. Solo dice que no podemos hablar porque sus padres se lo han pedido. Si la veo, todo se arreglará.

En el regazo tenía media hoja de un papel de cuaderno arrugado.

—¿Eso qué es? —le pregunté.

—El último mensaje que me dejó en el contestador antes de irse. Lo he transcrito. ¿Quieres oírlo?

—No.

—¿Por qué no?

Debajo de su inocencia, conscientemente o no, latía la acusación de que, si no lo escuchaba, yo también lo estaba abandonando. En eso consistía la negación: podía mantener esa inocencia respecto a su rabia siempre que encontrase una forma, por indirecta que fuese, de canalizarla a través de nosotros.

—Porque estás obsesionado —contesté—. No hablas de otra cosa. Es inmadura. Te manipula. Entiendo que la cosa te afecte. Pero no puedes entregarle toda tu vida.

—No lo puedo evitar, no tengo elección.

Podría haber defendido la imposibilidad de esta fantasía, pero entonces me habría venido con las citas de Proust y las diatribas contra la cotidianeidad desapasionada. El amor era sufrimiento o no era. En este caso, Paul y yo no éramos nada. Hacía años que había renunciado a poder compartir con Michael lo que yo sobrellevaba todos los días al tratar de estar con otra persona, cómo tenía que dejar de resistirme a las expresiones de amor de Paul, convencida de que lo que prometían no iba a durar, de que desaparecería sin previo aviso y me devolvería a la verdad de la soledad. ¿Decirle a Michael que estaba embarazada y sin saber qué hacer? Ni pensarlo. Su reacción angustiada y torpe habría sido peor que su continuada ignorancia, y solo conllevaría tener que tranquilizarlo diciéndole que me encontraba bien.

Siguió hablando sobre Cleveland, no tanto como si yo no hubiera dicho nada, sino más bien como si esto no cambiase las cosas, dirigiéndose tanto a mí como a sí mismo, diciendo que en el aeropuerto podía coger un taxi que lo llevara a un motel, y de ahí un autobús al sitio en el que Bethany acabase por acceder a verlo, desarrollando la sucesión de razonamientos que utilizaría para convencerla de que tenían que estar juntos, de que no importaba nada más. Parecía un niño empeñado en la existencia de un mundo imaginario.

En esta ocasión, cuando terminó, o al menos se calló unos instantes, fui incapaz de añadir nada.

—Todos están en el salón —le dije—. Deberías bajar. Podríamos ver una peli.

—¿Y si me paso solo el resto de mi vida? —preguntó.

Aparté la vista y la dirigí a sus pies, a sus zapatillas Converse de color azul sobre la vieja moqueta de color verde pino. A veces yo entraba en su cuarto, después de que Michael hubiera vuelto a Inglaterra, cuando estaba sola en casa e intentaba cuidar a Alec y a mi madre. Era lo más lejos que podía llegar sin salir de casa. Michael no me habló hasta años después de su premonición del bosque, la que lo había llevado a marcharse. En esa época solo dio la impresión de que había elegido el momento perfecto para irse.

Sabía gracias a mi formación que mi valoración de cómo le iría a una persona en la vida no era algo pertinente. Además, no sabía cómo iba a acabar Michael. No podía predecir el futuro. Como terapeuta, mi trabajo consistía en crear un espacio para que los miedos se expresasen y así pudieran desaparecer. Esa era una actitud profesional. Y también bondadosa. Ahora estaba más cerca que nunca de tratar a Michael de esa forma, como a un paciente, eliminando lo que quedaba de la relación entre hermano y hermana. Pero no podía. No podía matarlo en ese sentido. Ni por él ni por mí.

—No te vas a quedar solo —aseguré—. Les has gustado a muchas mujeres. Encontrarás a alguien.

Repasó con la mirada otra vez la nota de la mano, luego la dobló y se la metió en el bolsillo.

—Podemos hablar del tema... en nuestra cita —añadí—. Podría ser bueno para todos.

Pareció que la idea lo animaba algo.

—¿Lo puedo hacer?

—Cada uno de nosotros hará lo que quiera hacer.

—Ah —dijo—. Vale. —Cogió la cerveza de la mesilla de noche—. Gracias por subir.

En el salón, Alec estaba viendo una reposición de *Retorno a Brideshead*. Un joven Jeremy Irons comía fresas bajo un árbol con una aristócrata rubia. Mamá levantaba la vista de vez en cuando del crucigrama para ver cómo había evolucionado la historia. Ese año le había regalado a su hermana un libro con la correspondencia de las hermanas Mitford, que ahora la tía Penny

hojeaba junto al fuego, con las piernas tapadas con una manta. Paul, repantigado en el sofá, seguía tratando de avanzar con su Dostoyevski, con el libro en una mano y un vaso de *whisky* escocés en la otra.

La familia relajada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó mamá, añadiendo sin esperar la respuesta—: Me alegra mucho que hayas hablado con él. Es todo de lo más desagradable.

—Muy bien no está.

—¿Hablamos de la chica india? —preguntó la tía Penny.

—No —contestó Alec, más fuerte de lo necesario, y sin dejar de mirar la pantalla—. Es afroamericana y tiene trastorno límite de la personalidad.

—Ah, venga ya, ¿eso quién lo ha dicho? —preguntó mamá.

—Creo que ella —contestó Alec.

—¿No conoce a mujeres de su edad? —preguntó la tía Penny—. Con las que fuera a la universidad.

—La época de socializar ya se ha acabado —añadió Alec.

—No hace falta ponerse sarcástico —protestó mi madre.

—No lo he hecho. Se ha acabado para todos nosotros. Créeme.

Paul soltó una carcajada, pero se calló al darse cuenta de que nadie lo imitaba.

—Bueno —dijo mi madre, poniéndose en pie para coger las cosas antes de subir a darse un baño—, con suerte dormiré bien esta noche y mañana estará mejor.

Mientras salía, miró de refilón a su hermana y, segura de que no la veía, bajó muy levemente el termostato. Yo me senté en la butaca que había dejado libre y mi cuerpo se hundió en los muelles.

Al cabo de unos minutos de silencio, la tía Penny se levantó también, diciendo que tenía que empezar a prepararse para «las condiciones del piso de arriba». Ella también se detuvo al lado del termostato mientras salía, y lo subió un poco.

—Estáis locos —dijo Paul.

—Gracias —repuse, contenta por la ayuda.

Tras la promesa de antes, Paul había retomado tan contento su papel de observador pasivo. Al notar mi disgusto, decidió retirarse; dijo que iba a leer en la cama y que enseguida nos veíamos.

Eso nos dejó a Alec y a mí sentados junto al fuego menguante. Él había apagado el televisor y había vuelto a poner la butaca en dirección a la sala.

—¿Qué tal lo estás llevando? —me preguntó.

—No puedo hablar contigo si llevas esa mascarilla. Es ridícula.

—Tú no eres alérgica a la casa.

—Ni tú tampoco. Quítatela, anda.

Se la puso en la frente y olisqueó el aire como si fuera un tejón. Por lo menos ya no llevaba las corbatas de papá, como hacía en el instituto, con los pantalones de lana y las rebecas, esa imagen vetusta que cultivaba para parecer más maduro de lo que era. Yo nunca había sido capaz de decirle que solo le hacía parecer gay. En esa época habría sido una crueldad, cuando la ropa le brindaba una forma de sentirse superior. Ahora llevaba jerséis ajustados y vaqueros desgastados, que también le hacían parecer gay, aunque con un estilo más competitivo.

—Mamá no va a tener una jubilación segura.

—Pero ¿qué coño dices? Si no se ha jubilado.

—Tener una jubilación segura no es eso. Lo que estoy diciendo es que va a dejar de trabajar en los próximos cinco años y, cuando lo haga, sus ingresos regulares bastarán justo para pagar las facturas, pero sin contar con un colchón. Y todavía estará pagando la hipoteca. Es una jubilación poco segura.

—No puedo hablar con ella de esto. No puedo.

—En eso eres igual que ella, porque es justo lo que me dice cuando le saco el tema. Parece que nadie quiere siquiera reconocer la existencia del futuro. Y solo quedo yo para preocuparme por él.

—Tendríamos que haber ido al cine. ¿Por qué no hemos ido al cine?

Alec se metió el dedo en la nariz mientras la etiqueta del jersey nuevo le colgaba de la muñeca como un adorno barato. Yo le había enseñado desde finales de la adolescencia las nociones básicas en psicología, así que podía hablar con él más o menos de todo, incluidos, con el paso de los años, los altos y los bajos de mis relaciones. En términos generales, éramos todo lo íntimos que pueden serlo los hermanos. Lo que implicaba que vigilábamos la responsabilidad del otro respecto a la familia, que nos fijábamos en cualquier señal de deserción, como si estuviéramos juntos en una isla desierta y cada uno se estuviera fabricando en secreto una balsa de huida a la que el otro de tanto en tanto prendía fuego. Mi pecado cardinal era, en primer lugar, tener novios, porque Dios no quisiera que surgiera otro núcleo familiar que amenazase la hegemonía de la colonia agonizante. El suyo consistía en ser menor que yo y, por tanto, en que le hubiera hecho falta que yo lo cuidase cuando no había nadie más para hacerlo, con lo que tenía contraída una deuda

inmensa en lo referente al tiempo dedicado. Ahora, con retraso, había asumido el papel de actuario de la familia; era su intento de implicarse con el menor coste emocional.

Al darse cuenta de que no iba a obtener respuesta por mi parte en el tema de la jubilación de mamá, volvió a centrarse en Michael y me contó que Ben le había informado de que nuestro hermano no había pagado el alquiler ese mes. Michael ya llevaba varios años viviendo con Ben, y después con Ben y Christine, en un apaño que había dejado de ser una medida provisional tomada tras su ruptura con Caleigh para convertirse en el elemento más constante de su vida de adulto, todo ello, evidentemente, sin planificación ni discusiones. Los trabajos, los médicos y las crisis de pareja habían llegado y se habían ido, pero a lo largo de todo aquello él había seguido en ese pequeño dormitorio que daba a Shawmut Avenue, en el límite de South End. Hacía mucho tiempo que esta situación me alegraba porque, aunque es posible que les diera muchos motivos para decir que Michael era su carabina, Ben y Christine seguían contando con él como miembro de su establecimiento doméstico, dándole contacto diario con otras personas y, de vez en cuando, una comida casera que de otro modo no tomaría. Que Alec siguiese manteniendo una relación estrecha con ambos creaba una especie de grupo colectivo de inteligencia y vigilancia, para bien o para mal.

—Pero, sorpresa, sorpresa... —continuó Alec—, Ben recibe por correo un cheque de... mamá. Así que ahora no solo son los créditos de estudios, también es el alquiler. Es imposible que mamá pueda permitirse seguir haciéndolo. Pero ¡qué más da! Imagino que todo el mundo está feliz dejándose llevar.

Desconecté un rato mientras miraba las ascuas de los troncos y él dejó de parlotear. Pero solo un rato.

—¿Te he hablado de mi viaje al venir, del tío que ligó conmigo?

Negué con la cabeza.

—El tío al que tenía al lado quería ligar conmigo a saco. En serio. Me hizo una mamada en el aparcamiento de la 128. Nos dijimos, no sé, tres palabras.

—Qué asco.

—Madre mía —dijo—. Pero qué homófoba eres.

—Venga ya. Te podía haber asesinado.

—¿Y por eso es asqueroso?

—Solo es un poco extremo. A lo mejor lo haces porque tienes algún trauma.

—Creía que trabajabas con chicos sin hogar de la Zona de la Bahía. ¿En qué sentido es extremo lo mío?

—Tú no te prostituyes para pagar el alquiler.

—A lo mejor eso cambia —replicó.

—Lo que tú digas. La cuestión es: ¿de verdad te interesan esas actividades? ¿No preferirías tener novio?

Me mira boquiabierto, sin poderse creer. Con el agotamiento, se lo había servido en bandeja: la despreocupada demostración de mi privilegio heterosexual al insinuar que algo así se podía conseguir por las buenas, cuando sabía perfectamente que no era el caso. Pero ahí lo tenía, atractivo, elocuente y con trabajo, y no entendía por qué no podía encontrar a alguien parecido en Nueva York. Era el motivo a medias por el que se había instalado allí. Entonces ¿por qué se exponía a esos encuentros azarosos?

—Lo siento —dije—. Entonces, ¿entiendo que ahora no estás saliendo con nadie?

—No —contestó, toqueteándose las cutículas.

—¿Puedes dejar de arrancártelas?

—Vale, está claro que te pasa algo. ¿El qué? ¿Tiene que ver con Paul?

—No. Estoy embarazada.

Levantó la vista de las manos y me miró directamente a los ojos, poniendo a prueba mi sinceridad. Al darse cuenta de que era verdad, se quedó con la boca abierta.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Qué vas a hacer?

—No sé.

—¿Que no lo sabes? ¿Estás diciendo que igual tienes un niño?

—Bueno, un ciervo no voy a tener. Dices «niño» como si fuera una enfermedad. Pareces Michael.

—Vale, pero esto sí que sería algo nuevo. ¿Vas a procrear?

Al ver su reacción estuve a punto de marearme, como si de repente mi nave de huida estuviera terminada y yo hubiera llegado a mar abierto, libre al fin. ¿Qué mejor veto del deber filial que un hijo?

Oficialmente, Alec y yo ya no éramos rivales. Convertir esta cuestión en algo explícito habría parecido algo mezquino, pero aquello volvía a asomar la cabeza en momentos como este, cuando la batalla se convertía de nuevo en algo primario, y luchábamos, tirábamos el uno del otro porque eso era lo que siempre habíamos hecho para sobrevivir, y también nos apartábamos a empujones para convencernos una y otra vez de que éramos algo más que

funciones de una pérdida.

—No lo he decidido —dije con generosidad, pues no quería asustarlo más—. Pero ¿quién sabe? A lo mejor sería bueno para todos nosotros. Eres tú quien dice que no pensamos lo bastante en el futuro.

Tardó unos instantes en digerir esto.

En la mesa, a su lado, junto a la lámpara acanalada que tenía una pantalla hexagonal con aves acuáticas, la fotografía de papá cuando era joven nos contemplaba desde detrás del cristal de un retrato de estudio. Se la debió de sacar para algún proyecto empresarial. Mamá la había encontrado entre sus papeles y la había enmarcado. Nosotros no éramos de poner fotografías familiares en la repisa de la chimenea ni en las paredes. Esta era la única. Se me ocurrió, como nunca me había pasado antes, que a mi padre le habría caído bien Paul. Se habrían llevado bien. Paul habría podido convencerlo de que era una persona de fiar, sólida, cumplidor del contrato social. No habría surgido nada incómodo. Si papá hubiera estado lo bastante bien para centrarse en este dato el tiempo suficiente, se habría mostrado educadamente feliz ante la noticia de un nieto.

—Bueno, pues me he quedado de piedra —dijo Alec.

Había dejado de tocarse las manos y se le había olvidado que el cuerno romo que formaba su mascarilla seguía sobresaliéndole en la frente. A nuestro alrededor, el silencio se había adueñado de la casa.

—Te quiero —dijo—. Por si te sirve de algo.

# Michael

---

## INFORME POSTERIOR A LA ACCIÓN

### **Operación Terapia Familiar**

**Misión:** Mejora en las comunicaciones / bienestar familiar

**Resultado:** Pendiente

1. Tras recibir varios cañonazos de un acorazado (de adscripción y origen desconocidos) varado y situado en Massachusetts Avenue, a dos mil metros de distancia de Central Square, mamá siguió conduciendo nuestro Honda todo blindado a una velocidad inferior a la permitida, y ordenó que se iniciase una rutinaria misión de aparcamiento y destrucción. Toda la unidad se puso en alerta. Numerosos avistamientos de sitios donde aparcar resultaron ser falsos. Pusimos rumbo al sur, a Cambridgeport, sin salir de las calles secundarias. El clima era propio de la hibernación. Los pájaros, infrecuentes. Cuando quedaban dieciocho minutos para la cita, un sitio viable fue identificado delante de una tienda de comida preparada. Mamá se mostró escéptica, pero llevó a cabo las maniobras necesarias para meter el vehículo. Mientras daba marcha atrás, una berlina Volkswagen conducida por un soldado irregular se introdujo en el espacio designado detrás de nosotros. Mamá lanzó enseguida una andanada verbal de nivel DEFCON 1, que rebotó contra las ventanas cerradas, causando múltiples bajas. Celia fue trasladada enseguida a la base aérea de Ramstein para someterse a un trasplante laparoscópico del lóbulo frontal y volvió al servicio activo al cabo de cuatro minutos. Otros corrieron a buscar cobijo psíquico, aunque descubrieron que el terreno ardía. El fragor de la batalla. Tras la escaramuza, la tensión en el pequeño pelotón aumentó. Para tratar de reagruparnos, Alec inició una operación psicológica pensada para convencer a mamá de que una expedita franja de acera desde la que llegaban las corrientes de aire de una lavandería terminaba a más de tres metros de la adyacente boca de riego. La operación fracasó. Mamá pidió un estado de alerta más desarrollado. Celia comentó que

llevábamos una década sumidos en él. Cuando quedaban once minutos, Alec propuso que nos planteásemos PAGAR por una plaza en un garaje. En este momento, los cuadros de mando empezaron a venirse abajo. Mamá dijo en tono furibundo: «¿Por qué hay tanta gente por aquí?». Yo insinué que podían ser personas que vivían en el barrio. Cuando quedaban siete minutos para la cita, después de que mamá amenazara con dejarnos y continuar sola, un vehículo todoterreno del enemigo que lucía una pegatina de Dole/Kemp dejó vacío un parquímetro delante de un establecimiento de Crate and Barrel. Alec bajó de un salto para ocupar el perímetro y mamá metió nuestro vehículo en ese espacio dando marcha atrás.

2. La unidad llegó a tiempo a las instalaciones donde se recibe la instrucción. La decoración recordaba mucho el festival South by Southwest (sofá de piel sintética Naugahyde, cubierto con una tela de motivos indios). Iconografía vaginal detectada en diversos tapices colgados en las paredes. Sala de espera saqueada para obtener un botín de guerra, que nadie encuentra. Propongo a mamá que lea la revista *Field and Stream* para pasar el minuto y treinta segundos que aún quedan. Mamá no reacciona. Desde el río Charles llega el ruido de fuego de mortero, se supone que amigo.

Cinco minutos después de la hora prevista para la cita, una mujer que lleva un uniforme compuesto por una chaqueta de la marca Geiger y unas perlas, una persona considerada hostil, sale de la oficina de entrenamiento sin que se le aprecien heridas. En una acción unilateral, Alec le lanza a la rodilla una escultura navaja de bronce. Cuerpo guardado en un armario. Un oficial de instrucción con bigote y calva incipiente, considerado neutral, conduce entonces a la unidad a un semicírculo de sillas modernistas. En la mesita baja, considerada original, hay una caja de piel sintética, considerada de la marca Naugahyde, con pañuelos de papel. La unidad se identifica en función del rango y el número de serie. Los diplomas del oficial de instrucción quedan demasiado lejos para distinguirlos; considerados válidos. El oficial de instrucción, con una sonrisa, se presenta y nos pide que lo llamemos Gus. Silencio. Gus pide a cada miembro de la unidad que le presente un informe en lo referente a cuál consideramos que es nuestra misión. La contralmirante Celia muestra un aspecto deprimido y exhausto durante estos primeros minutos de combate. No debe descartarse el síndrome de estrés postraumático debido a la misión de aparcamiento y destrucción.

3. A pesar de ello, Celia explica cómo ve ella la situación: (1) la cohesión de la unidad y el estado emocional de ciertos soldados individuales (yo) siguen siendo cuestionables tras la dimisión del cocomandante. La cuestión sigue sin poder nombrarse. El fantasma sigue estando en el sótano; (2) se requiere una segunda instrucción para mejorar el rendimiento general. Alec coincidió, en líneas generales. Mamá añadió no sé qué de que ella no tenía nada en contra de que hablásemos. En un intento por lograr que desarrollara esta idea, Gus denominó a papá el «compañero de vida» de mamá. Tío, menudo fallo. Esta expresión causó un fuerte chirrido en la mente de los miembros de la unidad, que al instante sospecharon que el oficial de instrucción podría estar infectado por el lenguaje *new age*, siendo así incapaz de sobrevivir al juicio de mamá y mostrándose impotente para ayudarnos. Gus preguntó que dónde estaba la gracia. «Nada —contestó mamá—, es solo que yo nunca habría hablado así de John.»

4. Gus ha ordenado a mamá que se presente en el Campo de Reeducción de Worcester para someterse a las pautas disciplinarias relativas a la autodescripción terapéutica. Los miembros júnior de la unidad no presentaron ninguna objeción. No obstante, mamá revocó la orden al ordenar un ataque con misiles de crucero desde el *USS Desprecio Pasivo*, un destructor que ella dirige y que en la actualidad opera en las aguas de la costa de Cabo Cod. Llegaron noticias de que el Campo Worcester había quedado arrasado.

5. Se observó una generalización del acné adulto. Casos aislados de giardia, fracturas por estrés y pérdida de cabello.

6. Durante el interrogatorio inicial, Alec informó a Gus de que era gay. Celia respondió comentando que no habíamos acudido a hablar de cosas que ya sabíamos. El fuego amigo resultante causó daños menores en la decoración y el ventanaje. Se observó que mamá torció el gesto ante la pérdida de la intimidad familiar. Gus le preguntó a Alec si había algo que le quisiera contar a la familia en su conjunto sobre este tema. El soldado raso contestó que la verdad era que sí, que no había compartido con nadie gran parte de su lucha, por tácita deferencia a la jerarquía en la cual la dimisión de papá aún ocupaba en el escalafón un lugar superior a todas las otras heridas de guerra.

7. Las crónicas indicaron que el pequeño mocosito salió por primera vez del

armario al contárselo a la subcomandante Celia, en algún momento de la Guerra del Opio de los años centrales de su adolescencia. Según informaciones posteriores, el chico también le dio a entender que seguiría toda la vida dentro del armario debido a sus ambiciones de formar parte del Senado (habrá que perdonárselo). La segunda revelación se la hizo a mamá (una conversación de la que es mejor imaginar lo menos posible). A mí solo me sacó el tema después de marcharse a la universidad. Íbamos a los multicines una noche de verano en el Cutlass, y conducía yo. Me preguntó si había conocido a alguien en el BC, y si Caleigh era mi novia. Esto me sorprendió, teniendo en cuenta que él y yo nunca hablábamos de estos temas, él por ser una persona joven y en estado larvario (pretendiente infantil al trono vacío), y yo por mi timidez general. Él estaba soltero, según declaró, derribando valientemente el azoramiento que le causaba hablar conmigo del tema. Y resultaba, añadió, apartando la vista de mí y dirigiéndola a la ventana, que le atraían los hombres. Acabábamos de pasar por delante de la casa de uno de sus amigos de instituto, un fan precoz de la ropa de Stüssy, guapo al estilo de Duran Duran, a quien recuerdo que Alec le tenía un cariño especial, y me dio pena la idea de que este pequeño torbellino se sintiera solo. Le dije que aprobaba la homosexualidad en tanto que posición subjetiva contrahegemónica. Que constituía uno de los puntos esenciales de resistencia al patriarcado y que debía ser entendida como una postura revolucionaria. Viéndolo desde el presente, podría haber recurrido a un tono más personal. Es posible que él quisiera algo más de mí, dada la ausencia de la función paterna en la ecuación.

8. Gus siguió avanzando y comentó que yo aún no había descrito cuál era mi opinión de la misión de la unidad. Busqué cobijo y no encontré ninguno. La noche anterior, después de que la comodoro Celia me hubiera dado permiso para hablar de Bethany durante nuestra sesión, me había quedado en mi viejo cuarto escuchando sus temas preferidos de Aphex Twin y tratando de leer un poco a Althusser. Tras repetidos intentos, Caleigh cogió al fin el teléfono en casa de sus padres, donde había ido a pasar las Navidades. Para mi decepción, sus instrucciones fueron que siguiera el consejo de Celia: que reconociera ya vacuidad de la fantasía salvífica de lo romántico, su carácter infantil. Y que me tomara en serio lo que Celia no dejaba de insinuar: que mis lamentos estaban mal dirigidos, que la pérdida de Bethany era el sustituto de una pena más antigua, de una pena que estaba destinado a repetir hasta que

dejase que su verdadero objeto emergiese. Esto, lógicamente, es una idea freudiana sacada directamente de la instrucción básica, y un principio que yo acepté enseguida. El problema consistía en que la instrucción básica tenía muy poco que ver con la lucha de verdad. Daba la impresión de que mi comprensión intelectual de mi situación no tenía mucha fuerza. La vida se zafaba de mi comprensión. Y, en la vida, yo necesitaba a Bethany. Porque ella podía dejar que la quisiese ahora, en el presente. E incluso si la doctrina sostenía que este amor jamás me devolvería todo lo que yo había perdido, ¿y si lo hacía? Después de que Caleigh se cansara de mi resistencia y de que nos diéramos las buenas noches, me tomé los medicamentos y me entró un sopor empapado de sueños. Me vi en una subasta. Habían erigido una tarima, o un cubo, en la parte posterior de una *boutique* de Christian Dior ubicada en la parte vieja de Charleston. Ahí, sobre el estrado, desnuda y refulgente bajo el foco, estaba Bethany. Algunos postores sacaban fotos. Otros se aproximaban para calibrar su tono muscular. Mujeres blancas con vestidos de un corte bellísimo hacían comentarios desdeñosos sobre el estado de su cabello. Entretanto, en la pared de detrás de ella, entre dos vitrinas de cristal que exhibían trajes de alta costura, la sangre manaba de las palmas de las manos de un Jesucristo de estilo gótico clásico, esqueléticas y pálidas. Nadie parecía fijarse en él. Traté de coger unos trajes de una percha para tapar a Bethany, para protegerla de las miradas de la muchedumbre, pero la dependienta me dijo que tenía que comprar el artículo antes de usarlo. En ese momento se me abrió un agujero en el pecho y vomité en él; el líquido caliente volvió a circular por mi corazón y me subió a la cabeza a través del cuello. Bethany cayó de rodillas frente a las candilejas, encorvada y callada. Yo lo único que podía hacer era quedarme donde estaba, no lograr salvarla.

9. Tras decidir que sería mejor saltarme mi onírica secuencia, le dije a Gus que coincidía con Celia. Hacía mucho tiempo que era necesario que aireásemos los efectos del pasado. Tal como nos dice Marx, la tradición de todas las generaciones muertas ejerce el peso de un mal sueño sobre las mentes de los vivos. Yo estaba muy a favor de la discusión de los fantasmas transgeneracionales. Lo que pasa es que me costaba concentrarme en ese momento por culpa de una mujer de Ohio a la que tenía que ir a ver.

10. El oficial de instrucción ejecutó una maniobra pensada para caer simpático, realizada con ágil jocosidad, y soltó la expresión «problemas con

las mujeres». Torre de Babel. Ni un solo intérprete a la vista. Habría preferido hacer una liebre de origami con una oblea de oro obtenida derritiendo su anillo de casado que explicarle hasta qué punto me había entendido mal. *¿Problemas con las mujeres?* ¿Eso es lo que te pasa cuando tienes al lado a una pesada que te está dando la lata todo el día? El feminismo del oficial de instrucción ha desaparecido y se le da por muerto.

11. Tras darnos las gracias por expresarnos, Gus nos resumió cuáles eran los puntos del reglamento: no estábamos en una zona militar sin restricciones, debíamos limitar los daños colaterales y no dejar abandonado a nadie. Una vez entendido esto, ¿cuáles, quiso saber, eran las condiciones actuales? Mamá le informó de que ella se alegraba de que todos estuviéramos en casa. Y que lamentaba que yo tuviera que tomar tantas pastillas. Menuda contribución. También dijo que se había fijado en que Gus se había licenciado en Bowdoin, y se preguntaba si había estudiado con la arqueóloga Maureen Durant-Draper, que había sido compañera suya de clase en Smith. Mamá añadió que Maureen había trabajado mucho en Constantinopla, que si Gus se había cruzado alguna vez con ella. Los miembros júnior de la unidad se hundieron, derrotados, en sus butacas. «Como ve usted —le dijo mamá a Gus—, a mis hijos les gusta exasperarse.» Gus se fijó en los gruñidos y preguntó qué nos molestaba de la pregunta de la nave nodriza. «Crean que debería ser más seria —dijo mamá, respondiendo por nosotros—. Pero no hemos venido a hablar de mí —añadió—, lo importante es lo que tengan que decir ellos.»

12. Al ver que la operación se desviaba, Celia nos volvió a orientar a la misión principal. A continuación, se produjo una conversación centrada en la larga vida a medias de papá. A mí esto no me parecía mal, lo único que mis recuerdos de él como persona son prácticamente inexistentes. Que mamá recordase a su marido tenía sentido. Pero no acierto a explicarme por qué Celia, e incluso Alec el Joven, guardan recuerdos tan nítidos de él mientras que yo, que lo conocí más tiempo, tengo dificultades incluso para visualizar su rostro. A continuación, los recuerdos dolorosos los conmovieron a los tres. Escucharlos fue fascinante. Lloraban como lo hicieron aquella tarde en que volví a Walcott, procedente de Inglaterra, con Peter Lorian, después de que papá hubiera muerto, ocasión en que los vi abrazados en el sofá del salón, con una pena que por lo visto aumentó cuando llegué yo. Al oír de nuevo sus

sollozos colectivos en la oficina de Gus, pensé que quizá en la fuerza de sus sentimientos había una forma de que yo pudiera regresar. De volver a la época anterior a mi huida de casa, antes de que los dejara en ella, ciegos al mal en ciernes que solo yo había visto. Una oportunidad de arrepentirme de algún modo de mi cobardía, si me unía a ellos ahora. Sin embargo, por fascinante que fuera su emoción, a mí me llegaba como el sonido de un tocadiscos puesto a un volumen bajo en otra habitación, un mundo de significado invitándome a acercarme a una puerta cerrada.

13. «Si esa mañana me hubiera despertado antes —le decía Alec a Gus—, podría haber hablado con papá, y a lo mejor él no habría salido.» «Cariño —le dijo mamá—, no puedes pensar eso.» Entonces, sin previo aviso, Alec empezó a hablar de mí, a decir lo mucho que le preocupaba mi vida, que lamentaba que las cosas no fueran más fáciles para mí, y Celia coincidía con él en silencio, meciendo todo el cuerpo, mordiéndose el labio inferior, intentando no echarse a llorar de nuevo. Mamá me puso la mano en la rodilla. «A Michael le cuestan la cosas —le explicó a Gus—. Y a nosotros nos cuesta saber qué hacer.» Gus me miró desde el otro lado de la mesita. «Parecen muy preocupados por ti —dijo—. ¿Qué te hace sentir eso?»

14. Llega un momento en todas las guerras de desgaste en que los combatientes empiezan a sospechar que su objetivo no tiene nada que ver con el que pensaban que era, que, de hecho, la guerra constituye un organismo propio del que ellos son meras células, cuya única meta es durar eternamente. En función de la hora, esta certeza enloquece o aclara, te hunde en la desesperación o te despeja la visión al liberarte de los vínculos de la esperanza.

15. El tiempo pasó volando. Nuestra sesión tocaba a su fin. En sus comentarios finales, Gus pareció ilusionarse de verdad con la complejidad de los traumas que presentaba la unidad. Dijo que había mucho con que trabajar, y que su oficina estaba lista para completar la nueva instrucción si nos mostrábamos dispuestos y capaces. Mamá nos preguntó qué era el *sashimi*. Me tomé unas cervezas rubias. No se nos llegó a dar la orden de salir del estado de alerta. Después, bajo el manto de la oscuridad, iniciamos la retirada.

**III**

# Alec

---

No tenía persianas en las ventanas. Tumbado en su cama, yo distinguía los tejados de los edificios del otro lado de la calle, alcanzaba a ver las torres de agua y los conductos de calefacción que se recortaban contra unas nubes que la luna iluminaba por detrás, una imagen sacada de un Nueva York antiguo, una imagen de un decorado de película, como si nos hubiéramos conocido a la manera tradicional, en un bar, y fuéramos una pareja de chavales que habíamos acabado allí después de una borrachera.

Tenía la cama pegada a una esquina, contra el alféizar, lo que dejaba el espacio justo para que se abriera la puerta del armario. Por encima del aparador de Ikea, unas postales de cuadros minimalistas y de azulejos geométricos estaban pegadas con chinchetas a la pared. Él había entrado en la otra habitación del apartamento, la única al margen de esta, para coger el ordenador. Ya eran las dos de la madrugada. Una hora antes podría haber salvado el día siguiente, pero ahora ya no había nada que hacer. Se llamaba Seth.

—¿Qué haces? —pregunté cuando volvió a meterse en la cama con el portátil.

—Te quiero poner una canción.

¿Una canción? «Menudo iluso —pensé—, si nos acabamos de conocer.» Nos habíamos besado y nos habíamos ayudado mutuamente a corrernos mediante la habitual imitación del porno: una especie de ejercicio de calentamiento, mientras tratábamos de despejar lo incómodo del anonimato para ver si podía haber conversación. Ya llevábamos un rato tumbados en la cama, charlando, cosa que me sorprendió: que ninguno de los dos se hubiera retirado todavía.

Sus imágenes engañaban menos que las de la mayoría. Afirmaba tener veintiocho años y presentaba más o menos ese aspecto. En la foto de cara había adoptado la habitual mirada intensa y tirando a borde, pensada para denotar una lánguida indiferencia; una mezcla de intento de intimidación y de confirmación de que enrollarse con él no desembocaría en ningún vínculo

porque no necesitaba nada más, al ser, por lo demás, independiente y quizá incluso tener ya novio. Era la forma más segura de abordar todo aquello, no reconocer nada de tu deseo al margen del momento en cuestión. El estado frenético vivido al mirar fotos y perfiles, y el frenesí del orgasmo final (con otra persona, o tú solo si te rajabas y te acababas corriendo con un vídeo) eran lo bastante narcóticos para que olvidases los agobiantes momentos de engaño puro y duro, los encuentros interrumpidos en la puerta de entrada.

—Es un tema de Vanessa Smythe —dijo mientras iba bajando por una lista de canciones.

De perfil, en la luz de la pantalla, su cara era más suave que la imagen por la cual yo había pulsado su foto. Sus ojos y su boca presentaban una cualidad indefinida, una flexibilidad, que me había distraído mientras nos lo estábamos montando. De hecho, Seth no intimidaba. Durante unos instantes lo odié por eso, por ser menos duro que su anuncio. Aunque al mismo tiempo eso me suscitaba curiosidad. Le hacía falta cortarse el pelo fino y negro. Iba sin afeitar, pero no, según parecía, por ir a la moda. Había algo peculiar en él, una ausencia del recelo habitual. Ya me había quedado más tiempo del que pensaba, y aún no notaba el impulso de irme.

—¿Has oído algo suyo? —me preguntó.

—No —contesté.

Yo siempre había conocido la música a través de Michael. No había llegado a desarrollar la costumbre de descubrir cosas nuevas que escuchar. Si él no compartía o comentaba algo, yo ni me enteraba. Durante mucho tiempo eso implicó estar por delante de los demás sin el menor esfuerzo, cuando Michael me mandaba casetes, luego CD, luego archivos de audio de lo que estaba escuchando, pero lo hacía menos desde que había ocurrido todo el episodio con Bethany, del que ya habían pasado cinco años, y mi colección se había quedado anticuada.

—Escucha —dijo Seth.

Las primeras notas de un estándar de *jazz* llenaron el cuartito. Una grabación en directo de un piano que sonaba tranquilamente en un tono menor, acompañado por una trompeta, evocando la comodidad de un sillón de terciopelo en un club nocturno de la década de 1940. Luego apareció la voz grave y dubitativa de una mujer, que cantaba alguna que otra frase metida entre los movimientos de los músicos, como si le costara interrumpir. Yo no era muy fan del *jazz*, pero la melodía traslucía una melancolía agradable. Intentaba no pensar en lo tarde que era, renunciar al día siguiente, y la música

ayudaba. Una percusión lenta entró en el conjunto, un tambor, luego un bajo y finalmente unas cuerdas, que crearon el sonido de un remolino. Era una versión nueva de un estándar, no la habitual. Cuando el registro del piano se amplió, la cantante pareció interpretarlo como un permiso para denotar más sentimiento, en las últimas palabras de una frase, haciendo que vibrase una nota, sosteniéndola un instante más que en la frase anterior.

Seth había dejado el ordenador a un lado y estaba otra vez tumbado a mi lado. La canción siguió igual un rato, oscilando entre la contención y la liberación. Yo esperaba un éxito pop hortera compartido con ironía, o un grupo serio de un aficionado, pero esto no era ni una cosa ni la otra. Cuanto más duraba, más me parecía que a Michael le gustaría. No le importaba quién hacía algo si se notaba que tenía ese dolor particular. Y esto lo tenía. La referencia segura y tradicional con que el tema había empezado ya se estaba esfumando. La timidez inicial de la cantante había sido una treta. Su voz tenía potencia, y ella lo sabía.

Parecía decir: «No estás en ningún otro sitio. Ahora estás aquí, conmigo, en este cuarto».

Mientras estábamos escuchando, tendidos uno al lado del otro, Seth, como un chico nervioso en una primera cita, extendió el brazo y me dio la mano. Aquello fue tan inesperado, y tan tierno, que me produjo un escalofrío. Pocos minutos antes, teníamos la polla en la boca del otro. Nos habíamos besado y nos habíamos chupado. Pero todo eso había sido lo rutinario. Esto era distinto, y más arriesgado. Sugería intimidad. Me estaba tocando de veras. Y yo, dejándole que lo hiciera.

Se me relajaron los músculos del cuello y la cabeza se me hundió más en la almohada.

¿Dándonos la mano mientras escuchábamos una canción preferida? ¿Como si no nos hubiéramos conocido dos horas antes? ¿Como si ambos no nos hubiéramos corrido ya del mismo modo con desconocidos quién sabe cuántas veces? ¿Se consideraba un mago, creía que podía borrar lo anónimo con solo quererlo?

Lo que la cantante hacía ahora ya no molaba. Su voz se había desparramado y se acercaba al punto del fracaso, dejando claro que no fingía, que el problema de la canción también era el suyo, que corría un peligro real, algo de lo que no podían salvarla las correcciones ni el embellecimiento de ningún productor. No es que estuviera loca. No iba a ponérselo tan fácil al público al ofrecerle la seguridad de la distancia que se crearía si se limitaba a

quedar en ridículo. Seguía cerca, continuaba cargando con el peso de sí misma.

Sin pensar, entrelacé los dedos más fuertemente con los de Seth. Como si hubiera retrocedido a un yo más joven y más confiado. Cuando me apretó la mano, me sumí en una nostalgia pura. El recuerdo nítido de algo que nunca había tenido. La nostalgia de un momento como este. Como si, cuando era adolescente y había deseado esto con unas ganas tan tremendas, hubiera conocido a un chico y nos hubiéramos enamorado, y hubiéramos estado juntos en un éxtasis íntimo. Y como si, al fin, pudiera llorar la pérdida de esta felicidad imaginada.

Ahora la voz había emprendido el vuelo, elevándose y abandonando cualquier mundo que tuviera posibilidades de durar, internándose en la dicha absoluta, dándome la ridícula esperanza de que Seth y yo podíamos estar juntos. De que él podía devolverme lo que había perdido. Tumbado a su lado, recé por que eso sucediera.

A la mañana siguiente, cuando me marché, me dio su número y su correo electrónico, y yo los míos. Salí a la calle que solo había visto en la oscuridad la noche anterior. Los cubos de basura formaban una fila en la acera, los coches estaban aparcados en doble fila y la calzada, mojada por la nieve de principios de invierno. Hombres trajeados con plumíferos y bolsas para el portátil al hombro, y mujeres con trajes a medida y abrigos que les llegaban a la rodilla avanzaban en silencio hacia el tren. Como un universitario del primer curso que había mantenido relaciones sexuales por primera vez, escudriñé sus rostros para ver si distinguía cuáles acababan de echar un somnoliento polvo mañanero, quiénes de entre ellos eran los elegidos, como los llamaba Michael, y quiénes habían dormido y desayunado solos, quiénes pasaban las mañanas en las pequeñas disciplinas de la soledad. Era absurdo que yo asumiese esa elevada posición a partir de una noche, como si ahora fuera un elegido, una gigantesca osadía, pero, mientras me unía al tránsito de la acera y lo seguía en dirección al metro, esa era la diferencia: el hechizo de la noche anterior parecía por una vez lo bastante fuerte para contrarrestar las pruebas del mundo inmutable.

Esto ya lo había vivido antes, pero solo mientras aún estaba borracho. Si, por cualquier motivo, el subidón se me pasaba con la suavidad suficiente, a veces podía volver a mi ducha y a mi cama antes de que me invadiera la sensación de incomodidad. Sin embargo, la mayoría de las veces, ligar

implicaba deshacer una contractura de esperanza a la mañana siguiente. Una rescisión de los placeres de unas horas antes. Aquello desgastaba mi armadura cotidiana (la creencia en el valor de las cosas del día a día), y ese desgaste me dejaba con la carne desollada y tensa. Pero no esta mañana. Me daba la impresión de que mis sentidos se habían desprendido de un velo, algo que intensificaba el ruido del tráfico formado avenida arriba, separaba los frenos neumáticos del autobús del resoplido grave de los camiones de reparto, hacía que se distinguiesen los zumbidos y las sacudidas de los taxis que pasaban deslizándose.

No tenía nada que leer en el metro y no quería escuchar música que desplazase el eco de la canción que Seth me había puesto. Me dediqué a observar a los otros pasajeros, a percibir su talante receloso y contenido, la aspiración a una tranquila no presencia protegida por periódicos, aparatos de juego, libros y auriculares. Evitaban mi mirada directa como lo habrían hecho con un mendigo o un loco. Normalmente habría sentido un sinfín de pequeñas repugnancias o envidia por la vida de los demás. La ausencia de todo esto me desorientó. Que pudiera estar ahí, meciéndome con el movimiento del tren, llegando tardísimo al trabajo, en tal estado de calma democrática, casi sintiendo cariño por los otros pasajeros... ¡Menuda cursilada! Pero mi cinismo no duró más allá de otra parada. Esa despreocupada benevolencia me acompañó hasta que llegué a casa.

A la hora de comer, Seth ya me había mandado un mensaje de texto y habíamos hecho planes para cenar la noche siguiente. No lo había soñado. Había pasado algo.

Al día siguiente, se presentó en el restaurante vestido como quien va a una cita. Se había afeitado, se había puesto unos oscuros vaqueros ceñidos y una camisa azul. Me levanté desde el otro lado de la mesa, y torpemente extendí el brazo para que me estrechara la mano. Lo obvio de su nerviosismo disminuyó el mío. Resultaba evidente que Seth quería estar ahí. Y yo quería que dejásemos de comparar nuestra experiencia en la ciudad y que lo retomáramos todo justo donde lo habíamos dejado. Pero con eso me arriesgaba a verle un gesto de incompreensión, una señal de que, en realidad, había estado solo en el momento que creía que habíamos compartido. Que yo era el cursi y el enamorado que tenía que madurar y calmarse. Había elegido el restaurante porque era tranquilo, pero ahora lo lamentaba, echaba en falta la distracción de las voces, la música y los camareros que pasan entre las

mesas.

No tardé en plantearle una pregunta tonta sobre qué tipo de cosas diseñaba, repitiendo enseguida el guion de toda cita de internet, algo que había querido evitar, esa confrontación a ambos lados de una mesa desprovista de todo contexto y sentimiento de camaradería, únicamente sustentada por una mutua suposición de soledad, una fórmula social que siempre me había parecido condenada al fracaso. Me daba igual qué diseñaba con tal de que viniera a casa conmigo después de la cena.

Habló de gráficos y páginas web. Me entraron ganas de frenarlo y decir: «Espera, todavía no». Pero me callé, y él siguió detallando portadas de discos, encargos de autónomo y proyectos propios. Atrapado ahora en esta dinámica, le hice más preguntas, dándome cuenta, mientras escuchaba las respuestas a medias, de que el alivio que su nerviosismo me había procurado lo estaba sustituyendo la sensación de que algo se desinflaba. Se había puesto gomina en el pelo para que mantuviese el aspecto levemente despeinado. Se había limpiado e hidratado la piel levemente pecosa. Se había preparado para la velada, había reflexionado sobre qué ponerse, se había probado diversos conjuntos, se había mirado en el espejo, deseoso de causar buena impresión. ¿Cómo podía esta persona, que antes parecía mucho más espontánea, devolvernos al lugar en el que yo creía que habíamos estado? ¿Había abierto por accidente una vena en mí por la que había entrado esa canción? ¿Era siquiera consciente de la diferencia entre aquel momento y este?

Me preguntó si quería compartir un entrante, y qué vino prefería. La cortesía lo constreñía, y, por defecto, yo lo imité y me protegí, puse el piloto automático de las ocasiones sociales.

Quise que la noche empezara de nuevo. Quise susurrarle al oído algo sugerente nada más verlo llegar, mantener el misterio haciendo que atravesáramos el telón que lleva al mundo más impreciso y más rico de lo romántico. Nada que ver con ese desastroso informe sobre uno mismo, ese descubrimiento previsible de las «cosas en común».

Me preguntó por mi labor periodística, y le conté algunas anécdotas sobre los personajes más pintorescos, y sobre los excesos que se producen al recaudar fondos para los partidos, tema que yo cubría. Era fácil impresionar a la gente de fuera de ese ámbito con su carácter extremo, aprovecharse de ese uso de información privilegiada que mis reportajes, en teoría, debían exponer.

Seguimos con esa charla intrascendente a lo largo del segundo plato, y yo ya me había resignado a la idea de que aquello había terminado, de que solo

había sido otra pequeña dosis de falsa esperanza, una cita que no había estado del todo mal, tras la cual se produciría una conversación por correo electrónico que iría apagándose. Entonces, sin venir a cuento, mientras compartíamos un trozo de tarta de almendra, cuando la cita prácticamente había terminado, me dijo que le gustaba cómo hablaba.

—La forma en que utilizas las palabras —me dijo—. Me gusta.

Perplejo, otra vez, ante su inocencia, no supe qué contestar.

Tenía los ojos verdes. Pocas veces me fijaba en el color de los ojos de la gente, y me parecía poco creíble cuando este detalle aparecía como uno de los primeros rasgos distintivos de una persona en un reportaje, como si a varios metros de distancia la gente distinguiera el color de dos puntos en la cabeza. Pero nuestras caras solo estaban a medio metro de distancia, aproximadamente, y él me miraba con una franqueza perturbadora, y vi que los tenía verde oscuro, sin duda alguna.

—¿He dicho algo malo?

—No.

Dejó el tenedor y apoyó los codos en la mesa.

—Sé que es demasiado pronto para preguntar esto —añadió—, pero ¿tienes novio?

Así, sin más, el parloteo de mi cabeza cesó. «Ahora mismo no», contesté mientras estudiaba su semblante, preguntándome si mi despreocupación ocultaba lo bastante bien la respuesta completa: que en realidad nunca lo había tenido, ninguno que hubiese durado más de unos meses.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Ahora mismo no —dijo repitiendo mis palabras, con una sonrisa, como si quizá hubiera entendido la verdad pero le diese igual.

Lo último que quería era sacar el tema de las relaciones anteriores. Así que no sé por qué pregunté:

—Pero ¿ha habido alguien?

—Fuimos juntos a la facultad de doctorado —contestó.

Lo que más detestaba de los celos que me inspiraba el pasado de los otros era la forma en que esto me encadenaba a Michael. En los años de soledad después de Bethany, se había ido acercando a la amargura. Yo estaba decidido a no permitirme que me pasara lo mismo. Aun así, no pude evitar imaginarme a Seth y su novio bebiendo con amigos en apartamentos de estudiantes, sentados en el suelo durante una fiesta y dándose la mano, saber sin pensarlo que después estarían juntos y desnudos en su dormitorio,

mientras la corriente sexual existente entre ellos fluía también en su trabajo, que asimismo habrían compartido. Para Seth todo aquello era ahora un recuerdo, mucho más glamuroso precisamente por ser eso, algo que se da por sentado, como la riqueza que va al heredero.

—Pero ya hace tiempo de eso —añadió—. ¿Y tú?

—En mi caso también hace tiempo —contesté.

Sonrió otra vez, en este caso ampliamente, como si ya estuviéramos conspirando juntos, como si mi respuesta fuera una seducción, no una tapadera. Lo estaba haciendo otra vez, creando intimidad únicamente para disfrutar de un placer fugaz. Y así, sin más, me contagió aquello.

—Seguramente no debería contártelo —dije—, pero me he descargado esa canción que me pusiste. Y seguramente tampoco debería contarte cuántas veces la he escuchado.

Se sonrojó y dijo:

—Me lo puedes contar.

Deslizó la mano al otro lado de la mesa y le dio la vuelta para que se la cogiera. La piel de su palma estaba húmeda.

—Bueno —añadí—, tengo un apartamento...

—No me digas. Qué raro.

—Me refiero a que...

—Sí —dijo.

Me había acostumbrado a que el sexo fuera un estallido breve, algo de una sola vez, con un placer vinculado al peligro pero contenido por el miedo. Era sencillo cuando todo el mundo hacía lo mismo, exponerse para lograr un subidón rápido. Como la convulsión esporádica de un cuerpo por lo demás controlado, flagrante pero breve. Pero no había nada flagrante en estar totalmente quieto en mi dormitorio con las luces apagadas, en dejar que Seth, sin ninguna prisa, me desabotonara la camisa, ni en sentir el cálido contorno de sus costillas con las yemas de los dedos. El guion requería rapidez y brusquedad, la fanfarronería y la degradación sacadas del porno de los tíos atléticos de vestuario que se excitan consigo mismos y con el otro, esa dureza irreal pensada para conjurar precisamente la confusión en la que yo me hallaba inmerso en ese momento, sin saber qué hacer y tratando de no temblar.

Seth se inclinó con valentía y me besó en los labios. Yo lo atraje hacia mí, como si quisiera protegerlo de su propia franqueza, hasta que empezamos a

abrazarnos. Todo aquello aún no quería decir nada. Él podía ser uno más, y haber desaparecido al día siguiente. Sabía que seguramente me convenía mantener la distancia. Pero él no la estaba manteniendo. Por el motivo que fuese, desconocido e incluso desequilibrado, él no estaba ciñéndose al guion establecido. Era raro darse cuenta de que nos estábamos besando y medio desnudos pero que todavía no habíamos puesto en marcha el reloj, no habíamos iniciado la actividad necesaria para correrlos. Cuando lo toqué, sentí de verdad lo que estaba tocando. Por una vez, no fui separando mentalmente cada uno de sus rasgos (la pequeña curva del final de la columna, la pendiente de los hombros), no los exporté al ámbito de la pornografía ni les puse una nota en función de su atractivo.

Yo no dejaba de hacer gestos para que diéramos un salto adelante, para que fuésemos más deprisa, y él no dejaba de indicarme que no pasaba nada, que podíamos ir lento. Cuando me frenó la mano que se dirigía al interior de sus vaqueros, estuve a punto de decir: «Vale, ya está bien, no hace falta que nos pongamos tan reverentes», pero entonces me pasó la otra mano por la espalda y sentí un escalofrío.

Se me ocurrió que quizá era menos neurótico que yo. Que igual se conocía bastante bien. Lo que me llevó a pensar que, si íbamos a follar por primera vez esa noche, debía ser yo quien me lo follara, para que las cosas no se desequilibraran demasiado.

Finalmente nos desnudó y nos metimos juntos debajo de las sábanas. Aun así, seguimos únicamente besándonos y acariciándonos todo el cuerpo. Si me hubiera tomado la tercera copa o le hubiera dado una calada a un porro, habría sido capaz de dejarme llevar. Pero estaba atrapado en el momento. Empezó a masajearme el culo, pero me aparté de su mano, me zafé de él y me puse boca arriba.

Esperó unos instantes y luego me preguntó si estaba bien.

—Estoy fenomenal —contesté.

—No tenemos por qué hacer nada más. Esto está bien.

—Solo tengo que conseguir que no se me vaya la olla —susurré.

No era mi intención decirlo en voz alta. Pero ya no podía tragarme esas palabras.

Él se puso de costado, mirándome, y me apoyó una mano en el vientre.

—¿Por qué crees que se te va a ir la olla? —me preguntó.

Él no era mi confidente. Yo no podía pretender que hubiese entre nosotros una base para ello.

—No pasa nada —dije—. Esto está bien.

—Sí. Lo está. Y también hablar contigo... ¿Qué pasa?

—Normalmente no soy así. La verdad es que odio que los tíos se pongan así.

—Así, ¿cómo?

—No, nada —contesté—. No estoy acostumbrado a este rollo lento.

—Podemos ir más deprisa. Yo solo estaba intentando prolongar la diversión.

Un póster enmarcado de Ansel Adams colgaba en la pared, por lo demás vacía, de delante de mi cama. Había ordenado el aparador de debajo antes de salir, y la mesa también. Estos eran los muebles con los que había convivido desde el primer año después de la universidad, y durante todos los años en que ya había conseguido permitirme este apartamento. Los amigos y los ligues habían venido y se habían marchado, habían admirado la luz y las vistas. Me había alegrado la certeza de su admiración. Sin embargo, al verlo a través de los ojos de Seth, recordé lo poco que había hecho para convertir el sitio en algo mío. No había querido interrumpir las depuradas líneas blancas ni atestar el espacio abierto. Lo cual lo había dejado estéril. Uno de los miles de dormitorios de Manhattan que parecían de una residencia universitaria para adultos, en los que niños con diplomas llevaban a cabo lo que pensaban que era una vida adulta.

—Es ridículo —le dije—, estar contándote esto. No te conozco. Pero qué coño. No me he sentido normal desde la otra noche. Desde que nos conocimos. No sabes nada de mí. Pero tengo un hermano, un hermano mayor, que lleva mucho tiempo sin estar con nadie. Normalmente no siento esto. Pero él está solo... y yo estoy aquí. Y me siento culpable. No, en serio. No suelo ponerme así. No pienso en ello todo el rato, te lo prometo. Lo siento. No la estoy cagando, ¿verdad?

—No —declaró Seth—. La verdad es que más bien al contrario.

Se me puso dura otra vez cuando dijo eso. No estaba pensando en el sexo, pero la tenía más tiesa que en toda la noche.

—También es demasiado pronto para decir esto —añadió—. Pero creo que eres precioso.

Extendió el brazo por encima de mí, me puso una mano debajo de la espalda y me colocó sobre él hasta que estuvimos pecho con pecho.

—Quiero seguir hablando —dijo—. Pero primero quiero follarte. ¿Puedo?

Durante unos instantes creí que trataba de tomar un desvío y de

devolvernos a la seguridad del porno, que estaba poniéndose el uniforme de machote para sacarnos de aquel lío. Pero eso habría requerido velocidad (darle caña a la escena y no parar) y él no subió el ritmo. Siguió tan lento como antes, besándome y masajéandome, como si acabara de salir de un edén temporal en el que a nadie se le había ocurrido siquiera medir los minutos. Me penetró mientras yo estaba boca arriba, sin dejar de besarme, moviéndose a una velocidad tan suave que no parecía en absoluto relacionada con la dominación o el control, ni siquiera con el orgasmo. Solo era una sensación.

Un dolor repentino y atroz me latió en las sienes y luego desapareció.

Yo casi siempre recurría al juego de roles, asumía el papel del semental que se tira al jovencito, o interpretaba yo mismo al jovencito desvergonzado. Pero Seth no interpretaba nada. No me musitó nada al oído, no se las dio de duro para subirse la autoestima. Mantuvo los ojos abiertos, la polla firme en mi interior, pero con el resto del cuerpo casi laxo, como si estuviéramos dándonos mimos. Eso tendría que haber dejado de excitarme (que ninguno de los dos asumiera el control), sin embargo, la falta de una historia me mantuvo a flote, me dejó exaltado y en un estado cercano a la dicha.

En los primeros meses no dejamos de fingir que concertábamos citas. Era una forma de ligar, de mostrar timidez, como si uno de los dos pudiera decir que no. Si elegíamos un restaurante, o planificábamos una comida, al final de la velada Seth me preguntaba si quería que pasáramos la noche juntos y yo simulaba que me lo pensaba.

Yo no dejaba de esperar que me defraudase, al no llamar o no mandarme un mensaje de texto, o al hacerlo con demasiada frecuencia, pero no fue así. Con lo que traté de buscarle fallos con otras excusas: su apartamento era demasiado ordenado y gay; no tenía suficientes libros en él; no le obsesionaba la política; la voz se le ponía amanerada cuando estaba con amigos; veía comedias de situación, le gustaban las películas de animación, tenía una gata llamada Penelope. Pero en realidad el orden de su apartamento me reconfortaba, y la verdad es que leía el periódico, aunque no se fijase en todas las encuestas. Y cuando charlaba con sus amigos daba la impresión de estar divirtiéndose.

Yo siempre me había imaginado con alguien serio y sobrio. Alguien a quien le preocupase un trabajo también serio. Su lejanía me dejaría hechizado. Sería guapo, claro, pero sin ser consciente de ello. Y me querría sin demostrarlo, con una autoridad sencilla. Pero luego estaba Seth, que me

daba la mano en público, me besaba delante de sus amigos y creía que debía vestirme con colores más fuertes. Yo había estado buscando a un traje a quien le gustasen los hombres, no a alguien que se lo pasaba bien.

Llegué a la conclusión de que la forma en que nos habíamos conocido nos pasaría factura. Uno de los dos se aburriría mientras navegaba por internet y decidiría enrollarse con alguien, solo por diversión, y después llegarían la cita para tomar café y esa conversación por correo electrónico que iría apagándose que yo había previsto en la primera noche, en el restaurante. Habría supuesto cierto alivio. Volver a la normalidad. Pero pasaban los meses y aquello nunca llegaba a suceder.

Los periodistas y los trabajadores del mundo de la política con los que yo convivía estaban, fundamentalmente, solteros o divorciados. O se acostaban entre ellos o iban siempre contando complicadas historias de ciertas personas con las que intentaban llegar a algo. Cuando estábamos de viaje, bebíamos juntos en bares de hoteles. Aquello constituía la comunión de fanáticos a la que soñaba que me invitasen cuatro años antes, justo antes de las campañas de Bush y Gore, y ahora me habían pedido que me uniese a ellos, justo cuando empezaban a producirse los primeros posicionamientos y actos de recaudación de fondos de cara a las primarias. Sin embargo, fuese donde fuese, siempre acababa dando excusas para retirarme pronto a mi habitación y llamar a Seth.

—Creo que alguien tiene novio —me dijo cuando lo llamé por tercera noche consecutiva desde Des Moines.

Me lo podía imaginar sentado en la cama viendo una peli, debajo de los estantes de pino sin tratar que él mismo había fabricado y colocado, con las rodillas levantadas bajo las sábanas, el portátil apoyado en ellas, toda la colada doblada y guardada. Nunca había estado con un hombre el tiempo suficiente para anhelar no solo el sexo, o ni siquiera el sexo, sino su mera presencia.

—Quiero dejar de usar condones —le dije.

—Por cómo lo dices, parece que te ha dado un ataque al corazón.

—Lo digo en serio.

—Ya me doy cuenta.

Había algo en su naturaleza sosegada que hacía que me sintiera como un niño, lo cual me daba rabia, e implicaba que tenía que seguir con él para demostrar que no lo era.

—¿Estás solo? —le pregunté.

—No, mi otro novio está aquí, pero es muy comprensivo.

—¿Y si pienso que es posible que te quiera?

—Ah, menuda pregunta —contestó—. ¿Qué pasaría si, desde un punto de vista hipotético, creyeras que había alguna posibilidad de que me quisieras? ¿Es lo que me estás preguntando? O sea, ¿qué te aconsejaría?

—Lo siento, he sido injusto.

—Yo diría que entre injusto y encantador, pero podemos quedarnos con lo de encantador.

No sé por qué se me ponía siempre dura cuando me decía cosas como esa, pero así era. Me daban ganas de abofetearlo.

—Creo que te quiero —le dije.

—¿Estás borracho?

—¡No! No estoy borracho. Te quiero.

«Chúpate esa», pensé mientras esperaba su réplica.

Se produjo un silencio y después añadió:

—¿Te puedo pedir un favor? ¿Me lo repites cuando llegues a casa?

—Vale —contesté con desgana.

—Muy bien. Porque yo también te quiero.

Apenas registré lo que me había dicho, tantas ganas tenía de seguir hablando yo, de confesar que era la primera vez que le había dicho esas palabras a un hombre, que me daba vergüenza tener treinta y un años y no haber llegado jamás a ese punto, que me daba miedo que mi soledad fuera una lepra, una desfiguración, que, si él llegaba a ver, le asquearía.

—Pues qué suerte tengo —dije en cambio—. ¿Y qué tal se va a tomar la noticia tu otro novio?

—Se recuperará. Se lo diré con tacto.

Así de fácil. Aquello me mareó. Pero ahí mismo, emergiendo al fondo de esa marea de felicidad... la idea de Michael. Lo imaginé delante de su ordenador, rellenando otro cuestionario de una página de contactos, intentando elegir una foto y sin que le gustase ninguna. Mi hermano: el perfecto interruptor de apagado. Nunca fallaba. El mismo interruptor que aparecía siempre que yo llegaba al punto en que salía de mí mismo.

A Michael todavía no le había contado nada de Seth, aunque ya llevábamos seis meses. La soltería era algo que él y yo habíamos tenido en común durante mucho tiempo. Algo de lo que compadecerse. Era Celia la que había tenido relaciones. Ni Michael ni yo queríamos que el otro estuviera solo, pero el hecho de que lo estuviéramos había creado a lo largo de los años

una especie de solidaridad. Nos daba una forma de tener intimidad. Y de continuar siendo fieles, de un modo u otro, al pasado. Una parte de mí sabía que esto era un fraude, que se alimentaba de la desdicha. Pero no sabía cómo renunciar a ello. Podía restarle importancia a lo que estaba pasando con Seth, dar a entender que todo era incipiente aún y que quién sabía en qué acabaría. Hasta podía decirle a Michael que estaba enamorado. Él escucharía semejante declaración con avidez, al menos cuando dejase de hablar de sus penurias el tiempo suficiente para atender. Pero ¿que Seth me correspondía? ¿Que, de ser algo, era el más cariñoso de los dos? Evidentemente, Michael se mostraría sumamente cortés al respecto. Diría que se alegraba, y, sin embargo, yo le estaría alejando de mí, dejándolo más aislado de lo que ya estaba. Y ¿para qué, si podía limitarme a quitarle hierro al asunto, a dejar que creyese que nada había cambiado?

Una de las cosas recientes que habían hecho que me costara menos imaginar que al menos le comentaba a Michael algo de Seth era que, tras años intentándolo, al fin había entrado en la facultad de doctorado. Aunque a la avanzada edad de treinta y seis años. Creíamos que nunca iba a suceder. Mi madre nos había dicho inquieta a Celia y a mí que Michael se limitaba a aumentar su infelicidad al presentar la solicitud un otoño tras otro, únicamente para recibir otra serie de cartas de rechazo cada primavera. Sin embargo, de un modo u otro había logrado perseverar, y ahora lo había logrado. Mi hermano afirmaba que una carrera académica le daba igual, que solo quería llevar a cabo su labor, y que no le importaría dar clase en un instituto si no había trabajo en la universidad. Al menos era un plan, una forma de que pudiera acabar manteniéndose. Mi madre seguía ayudándolo con el alquiler, le extendía cheques para la terapia y agotaba los pocos ahorros que tenía. Aquí, al fin, se presentaba una solución. Solo que resultó que la beca no lo cubría todo. Tendría que buscar trabajo y pedir más préstamos. Debido a su espantosa capacidad crediticia, necesitaba un cofirmante.

—Será él quien devuelva el dinero —me dijo mi madre mientras me informaba de que ya había accedido.

—¿Y si no lo devuelve?

—¿Y qué debo hacer? ¿Decirle que no vaya?

Se preocupaba por él todos los días. Ahora, al fin, Michael tenía buenas noticias. Ella no podía negarle la oportunidad. Lo cual solo dejaba la cuestión de cómo iba a desplazarse de Boston a Michigan. Que Michael condujera un

camión de mudanzas U-Haul, él solo y durante dos días, para llegar a un apartamento vacío en una ciudad en la que nunca había estado, nos pareció mala idea a todos.

—Él nunca te lo pediría —añadió mi madre—, y, evidentemente, estás ocupado..., pero sería de gran ayuda.

Antes de que mi madre me sugiriera esto, Seth me había invitado a conocer a su familia en Denver, en el mismo fin de semana en que Michael debía llegar a Lansing. Yo fantaseaba con la idea de tener familia política. Una pareja agradable, acogedora, que estaría encantada de que su hijo hubiera encontrado a un profesional elegante, y que querían acogerlo en su seno. Su familia acogedora e intacta. La hermana mayor de Seth, Valerie, y el marido de esta, Rick, vivían con su hijo pequeño a un par de calles de los padres. Rick trabajaba en la empresa de construcción que dirigía el padre de Seth. Por lo visto, todos tenían muchas ganas de conocerme, y yo de ir con él, pero si lograba que Michael llegase a su apartamento y se instalase en él, disfrutaría de su nuevo inicio. Cuando le comenté a Seth lo que mi madre me había pedido, él me dijo que lo entendía. Que habría más ocasiones. Que hiciera lo que había que hacer.

Michael y yo salimos del apartamento de Ben y Christine en un día abrasador de mediados de agosto, con el Grand Am que yo le había regalado años antes enganchado a la parte posterior de un camión de mudanzas.

Mi hermano no se encontraba bien. Los preparativos del traslado y la idea de abandonar el sitio en el que había vivido casi toda su vida adulta lo habían sumido en la confusión. Tenía que repetirle las instrucciones más sencillas dos o tres veces para que procesara lo que le había dicho. Los medicamentos que tomaba, fueran cuales fueran, no estaban sirviendo de mucho. A esas alturas yo ya había perdido la cuenta de todas las combinaciones que había probado. Se refería a ellos siempre que hablábamos, pero mentalmente yo no los distinguía.

En la autopista tuve que recordarle que no redujera la velocidad en las cuestas y que pusiese el intermitente. Nunca se había orientado bien, pero, cuando paramos a poner gasolina a las afueras de Albany, ni siquiera pudo volver a encontrar la autopista. En ese momento perdí la paciencia, le pedí que detuviera el vehículo y que me dejara conducir a mí.

Tardamos otras cinco horas bajo una lluvia esporádica en llegar a las cataratas del Niágara. El trayecto más rápido a Lansing se hacía a través del

sur de Ontario y luego volviendo a cruzar la frontera en Port Huron. Niágara era el sitio más lógico para hacer noche y ninguno de los dos había estado nunca. Nos encontré un motel en el lado canadiense, con un aparcamiento lo bastante grande para que cupiese el camión y el remolque, y reservé la habitación con mi tarjeta de crédito. No quedaba mucha claridad, y yo quería ir a la orilla para informarme de cómo coger un barco que nos llevase a las cataratas.

—Yo me debería quedar aquí —dijo Michael.

Los dos estábamos agotados por el viaje, pero yo no soportaba la idea de no salir a dar una vuelta.

—¿Y si alguien llama? —preguntó con voz angustiada.

Estaba sentado en el borde de una de las camas, contemplando el teléfono del motel.

—Pero ¿qué dices?

—No tengo cobertura —añadió—. A lo mejor me llaman al fijo.

—¿Quiénes?

Me escudriñó alarmado, como si le estuviera pidiendo que abandonase una vigilia por los muertos.

—Pero si nadie sabe que estamos aquí —dije—. Este número no lo tiene nadie.

Oyó mis palabras, pero no dio la impresión de creérselas.

—Sal tú —insistió—. Yo me quedo aquí.

—Ese teléfono no va a sonar —aseguré—. Coge la cazadora.

Titubeó unos instantes, torturado por el dilema, y luego hizo lo que le pedía. No sé qué detestaba más: su resistencia o su capitulación. Las dos cosas me daban rabia.

En la calle, fue avanzando lentamente varios pasos por detrás de mí y tuve que aflojar el paso para que siguiera a mi lado. Pasamos entre hordas de turistas que deambulaban por donde estaban las cajas de las tiendas de baratijas y que miraban como si fueran ciervos las cuevas que formaban los bares donde retransmitían deportes. Yo no esperaba gran cosa de aquel sitio, pero tampoco era consciente de lo feo que iba a ser.

Llegamos a un pasadizo que se extendía por debajo de la calzada y que bajaba a la orilla, y nos unimos a otros rezagados que iban formando filas entre barrotes de metal. Al cabo de poco rato ya habíamos cruzado la caseta de los billetes y habíamos subido a un barco.

Mientras la embarcación se alejaba de la orilla, subimos a la cubierta

superior y el acantilado apareció ante nuestra vista; detrás de él, los hoteles de muchos pisos. Me dirigí a la parte frontal, agradeciendo el aire más fresco. Al cabo de unos minutos nos acercamos a las cataratas y el barco puso rumbo a la neblina, la gente se puso los ponchos de plástico transparente y fuimos subiendo y bajando, a punto de que la espuma nos envolviera. Habíamos divisado esta imagen de lejos, al cruzar el puente desde el lado estadounidense, y yo había pensado: «Sí, ahí está, como en las fotos». Sin embargo, sin la perspectiva de la distancia, aquello resultaba de pronto poco familiar. Una atmósfera blanca se hinchaba a nuestro alrededor semejante al blanco vacío y carente de profundidad que la gente asegura ver cuando se aproxima la muerte. Y muy por encima de esta nube, la enorme cortina de agua se precipitaba al vacío, una línea perfecta que se desintegraba frente al cielo menguante.

Yo había oído cómo una persona contaba lo que es ver el Himalaya por primera vez; decía que las montañas parecían ser el límite de la tierra, un borde más allá del cual solo podía existir el vacío del espacio. Nunca había entendido a qué se refería hasta este momento. Sabía lo que estaba contemplando (lo que se suponía que estaba contemplando), y, sin embargo, en esa cubierta oscilante, mientras me llegaba aquel rugido a los oídos y la blancura me envolvía, mis puntos de referencia se deshicieron y me dio la impresión de estar escudriñando la nada.

«Merece la pena», pensé. Solo por haber visto aquello, por unos escasos momentos de lo casi sublime, aunque hubiera tenido que insistir a medias para lograrlo, para permitirme experimentar el estereotipo de quedarme anonadado ante las cataratas del Niágara. Estaba apabullado. Y esa vastedad borró las frustraciones del día, y perdoné a Michael su preocupación y su miedo.

Cuando me di la vuelta, lo vi en la popa, no mirando hacia arriba, sino por un lado del barco, con las gafas perladas de agua. Todos se habían subido la capucha del poncho, pero, por algún motivo, a él no se le había ocurrido hacerlo. Tenía el pelo negro empapado y pegado a la cabeza, y estaba encorvado, como si esa postura pudiera protegerlo del cielo.

«Pero ¡mira, por Dios! ¡Mira!», tuve ganas de gritarle, aunque no me habría oído.

El barco empezó a dar la vuelta entre resoplidos, y la proa volvió a aparecer entre la niebla. Volví adonde estaba Michael. Los otros pasajeros charlaban ahora entre ellos, iban pasando las imágenes de las cámaras para

ver lo que habían captado.

—Increíble, ¿eh? —dije.

Él asintió con la cabeza de forma rápida y automática, como si le hubiera hablado en un idioma extranjero y le resultara más sencillo mostrarse de acuerdo.

—Estás empapado —le dije.

—Ah. Pues eso parece.

Llegamos al paso fronterizo de Port Huron mediada la mañana del día siguiente, y a East Lansing a primera hora de la tarde. Su apartamento quedaba varios kilómetros al sur del campus, en un bloque de viviendas para alumnos de doctorado que se extendía a lo largo de un callejón sin salida que rodeaba un bosque. El edificio era una superficie de dos pisos hecha de hormigón, de principios de los años sesenta, a juzgar por su aspecto, con escaleras a ambos extremos de una ancha pasarela del segundo piso. Su apartamento tenía dos habitaciones, una pequeña cocina y un baño, paredes de ladrillo de cenizas y suelos de linóleo. Quinientos dólares al mes, con internet y gastos incluidos. Celia lo había buscado en la red; ella y yo coincidimos en que Michael no iba a encontrar nada mejor ni aunque hiciera otro viaje con antelación. Iba a ser el primer sitio en que iba a vivir solo. Lamenté que no fuera más bonito.

—Está limpio —dije, y él se mostró de acuerdo.

Teníamos que descargar las cajas y devolver el camión antes de que nos cobraran otro día. Con los discos tardamos casi una hora y con los libros igual, a pesar de que había dejado la mayor parte de ambas colecciones en el sótano de nuestra madre. Tenía un futón, una cajonera, una mesa, estanterías, algunas lámparas y una de las viejas butacas de orejas procedentes del salón, cuya tela deshilachada mi madre había tapado con una tela. Le pregunté cómo quería colocar los muebles y contestó que no lo sabía. Le propuse poner la mesa delante de la ventana principal y las estanterías en la pared del fondo; accedió. Las cajas las amontonamos junto a la puerta y en el dormitorio. Cuando terminamos, le seguí en el Grand Am al aparcamiento de coches alquilados que estaba al otro extremo de la ciudad. Mientras nos íbamos, le recordé que tenía que llenar el depósito antes de devolver el camión, pero se fue pasando todas las gasolineras, hasta que lo llamé al móvil y se lo volví a decir.

Entró en un Speedway; yo dejé el coche en un extremo del aparcamiento

para esperarlo. Estuvo manoseando la tapa de la gasolina; le costaba quitarla. Pasó un minuto, después otro, y seguía sin ser capaz de llevar aquello a cabo. No le dio una patada llevado por la frustración. No dio ninguna muestra de impaciencia. Se limitó a quedarse donde estaba, fracasando. Hasta que al fin se dio la vuelta y recorrió el aparcamiento con la mirada. Al verme, no me hizo un ademán para que me acercara ni me llamó. Se quedó junto al depósito tapado, impotente y desistiendo. Su expresión preguntaba: «¿No lo puedes hacer por mí?».

—Tengo curiosidad —dije después, en un restaurante tailandés de un centro comercial situado cerca del campus— por saber qué habrías hecho si yo no hubiera estado.

—Pues supongo que lo habría resuelto —contestó avergonzado.

—Y si hubieras estado con Caleigh, también lo habrías resuelto, ¿no? No habrías parado. ¿A qué se debe? ¿Por qué lo haces conmigo?

Michael había abandonado su angustia hiperlocuaz y acelerada, y se había sumido en una especie de estado de fuga; le daban miedo el menú, el camarero y la comida.

—¿En qué cambia la cosa? —insistí, pinchándole con la pregunta, obligándolo a no conformarse.

—No lo sé —contestó—. Lo siento.

Me sonó el móvil; me llamaba Seth desde Denver. Le dije a Michael que enseguida volvía, agradeciendo la excusa para levantarme y salir, aunque fuese al aire caluroso de la noche.

—Esto es como hacer de niñera —le conté a Seth después de que me preguntara cómo iban las cosas—. Como cuidar a un niño envejecido.

—Pero le alegrará que estés con él.

—Imagino. No es lo que transmite, pero sí.

Le pregunté por la visita a sus padres. Había pasado la mañana jugando a videojuegos y la tarde en el centro comercial. Cuando empezamos a salir, cada descubrimiento nuevo (que no me hacía falta planear nada el fin de semana para llenar tardes vacías, que tenía a alguien con quien hablar al final del día) había supuesto una revelación para mí. Ahora los descubrimientos eran distintos. Notaba su humor a partir de un par de frases. Sabía cuándo estaba preocupado por mí, y me sentía culpable por ello. Estos detalles también constituían maravillas en sí, extrañamente consoladores al ser pruebas de que Seth y yo estábamos, efectivamente, juntos. Solo escuchar cómo describía el día con su familia me relajaba. Cuarenta y ocho horas con

Michael y ya me daba la sensación de que mi vida se había visto interrumpida. No había devuelto las llamadas, ni siquiera contestado a los correos de mi director. A través del escaparate de vidrio del restaurante, vi que mi hermano esperaba delante de la comida que ya había llegado. Durante un instante lo observé como lo habría hecho un desconocido: un hombre flaco y sin afeitar, con unos pantalones de dril negro y una camisa gris que estaba húmeda en las axilas. De piel pálida, con calvicie incipiente, ya en la mediana edad.

Seth no dejaba de hablar de una fiesta a la que quería que fuésemos el fin de semana siguiente, de un amigo a quien quería que yo conociese, y le dije que todo me parecía estupendo sin prestar atención de verdad, pensando en la imagen de Bethany que había visto en el escritorio del ordenador de Michael cuando lo había abierto en el apartamento, aún presente al cabo de tantos años.

—Has tenido un día largo —dijo Seth—. Te voy a dejar.

—¿Podemos hablar antes de dormir?

—Sí, tonto. Claro.

En cuanto llegué a la mesa, Michael me preguntó qué pasaba.

—Nada —contesté—. ¿Qué quieres que pase?

—Pensaba que había ocurrido algo.

—No —contesté mientras me servía arroz, de pronto muerto de hambre—.

Era Seth. El tío con el que estoy saliendo. Ya te he hablado de él.

—¿Está bien?

—Perfectamente —afirmé—. No pasa nada.

—Estás saliendo con él.

—Sí.

—Me alegro. ¿Y qué tal va la cosa?

—La verdad —respondí— es que va muy bien. —Lo podía haber dejado ahí. Pero él me había hecho una pregunta—. Si te soy sincero, creo que es posible que nos hayamos enamorado.

Movió muy levemente la cabeza hacia arriba y hacia atrás, como si evitara un puñetazo.

—Me alegro —repitió, ahora con mayor seriedad—. Me asombra que no hayas hablado de ello. Me parece inconcebible que alguien no necesite hablar de ello. Teniendo en cuenta cuánto asusta. Tendrás miedo de que te deje.

—Pues no, creo que nos va bien.

Me miró con ojos entrecerrados, intentando entender lo que le decía.

—¿Dónde os conocisteis?

—Por internet. El invierno pasado. Es de Colorado. Sus padres siguen ahí, también siguen casados. Por lo visto quieren conocerme, lo que supongo que es buena señal.

—Extraordinario —declaró Michael—. ¿Ha ido a terapia?

—No creo.

—¿Y de qué habláis?

—De lo que va surgiendo, imagino. Tiene buen gusto musical. Te gustarían algunas de las cosas que me ha puesto.

Más que contarle que estaba enamorado, fue contarle este detalle lo que me pareció cruel. En los enamoramientos de Michael, la música siempre había desempeñado un papel crucial. Esto haría que para él fuese real.

—También entiende mi trabajo —dije—. Cuando surge algo a última hora, o tengo que salir de viaje, no le molesta. Deberías conocerlo en algún momento.

—Claro —contestó mientras miraba los platos de *curry*, que aún no había tocado. No es que no tuviera hambre, solo parecía que se le había olvidado cómo servirse.

—Toma —dije, alargándole un plato—, come.

Y eso hicimos, en silencio.

—¿Qué asignaturas vas a coger? —pregunté al fin.

Esto lo pudo contestar con todo lujo de detalles; me dio una lista de temas y textos, me explicó cuáles eran las orientaciones críticas de diversos miembros del profesorado y cuáles coincidían o no con sus compromisos teóricos.

—Ya me he leído con anterioridad casi todo el material de los dos primeros años —me contó—. Si me dejaran, empezaría la tesis mañana.

Al ver que se le presentaba la posibilidad, se puso a perorar sobre su tema preferido: la esclavitud y el trauma. Yo nunca llegaba a enterarme de si creía que me estaba soltando todo aquello por primera vez, en cuyo caso los medicamentos le habían producido una leve demencia, o si (y esto parecía más probable) no le importaba mucho a quién se lo estaba explicando, solo necesitaba narrarlo, una y otra vez.

Ese mismo verano, la revista había publicado mi primer reportaje desde hacía meses. Había escrito un artículo sobre ciertos personajes de Wall Street que habían empezado a recaudar fondos para los demócratas. Mi director

había eliminado parte del colorido que tanto me había esforzado por incluir en la pieza, pero, por una vez, no había quitado las críticas implícitas. Aquello había suscitado gran cantidad de comentarios en la página web y lo habían difundido por doquier, lo que había creado una vertiginosa emoción en el departamento de *marketing*. Michael estaba en la lista de amigos y familiares a quienes les había mandado un enlace, gente que no leía la revista y que de otro modo jamás vería mi trabajo. Él llevaba años en esa lista. Mi madre estaba suscrita, lógicamente, pues quería ver mis artículos impresos. Celia solía mandar una rápida respuesta por correo electrónico, cosa que había hecho en este caso. Pero Michael, como era habitual, no había dicho ni mu. En casa, en Acción de Gracias o en Navidades, escuchaba con gran atención si le hablaba de un encargo, pero yo no tenía la menor idea de si leía lo que yo escribía, y, si lo hacía, qué opinaba.

Cuando llegó el camarero a retirarnos los platos, le pregunté a Michael por el reportaje. A lo mejor fue por haberle hablado al fin de Seth. O porque al día siguiente cogía un avión para regresar a Nueva York y no sabía cuándo volvería a verlo. O quizá solo porque no recordaba cuantísimo tiempo llevábamos sin pasar juntos un rato así, y quería saberlo.

Dio la impresión de que mi pregunta lo dejaba perplejo y tardó en contestar.

—Tú has tenido ventajas —dijo—. Las redes de las que has formado parte, los amigos que te han dado trabajo.

¿Cómo sabía que unos amigos me habían dado trabajo? ¿Se lo había contado yo? ¿Lo había hecho Celia?

—El tipo de ventajas que la mayoría de las personas negras no tiene —añadió.

Yo me había echado hacia delante en la silla, con ganas de escuchar su respuesta, pero ahora me recosté anonadado. Creía que ni se había fijado en mi reportaje. Pero no, lo había analizado de cabo a rabo.

—¿Y por eso lo que hago se convierte en algo ilegítimo?

—Ilegítimo, no. Pero forma parte del contexto. No hay muchas mujeres negras que estén dedicándose a la información política en las revistas de tirada nacional.

—Anda, venga ya. ¿De verdad seguimos en ese punto? ¿No es eso lo que tú has llamado «multiculturalismo burocrático»? ¿Elegir siempre a un candidato a algo porque sea negro?

—Eso es un peligro, desde luego. Pero a lo mejor es más reveladora la

forma en que reaccionas a la insinuación de que el mundo no es una meritocracia pura. Como si eso fuera un insulto a tus logros.

—¿Y no lo es?

—Bueno. Si es un insulto, piensa en lo que eso implica: da la casualidad de que todas las personas cualificadas son de clase media alta y blancas. Una coincidencia de trescientos años.

—Te pregunto por mi trabajo, ¿y me sueltas una charla sobre la discriminación positiva?

Su mirada imperturbable le daba el aspecto de un ideólogo que trata de no sacrificar los principios por culpa de los sentimientos.

—He leído tu reportaje —dijo—. Estaba bien hecho.

A lo mejor porque estaba cansado, o porque llevaba mucho tiempo sin elogiarme nada, incluso estas pocas palabras desgastadas hicieron que mi autocompasión arreciara en toda su dulzura cálida y depresiva. Trabajaba una barbaridad, a cambio de tan poco dinero, en artículos, miniartículos y *web teasers* que se deshacían en el éter casi nada más ser publicados, ignorados para poder prestar atención a los charlatanes de las cadenas de noticias por cable, y aun así resultaba que era demasiado privilegiado y parte del *establishment* para satisfacer las opiniones políticas de mi hermano.

—Gracias —dije, mientras le hacía una seña al camarero para que nos trajera la cuenta—. Me alegra que te haya gustado.

Ya en el apartamento, me ayudó a montarle el futón y abrimos las cajas con las sábanas que mi madre había metido en ellas, junto a almohadas y mantas. Él hizo la cama mientras yo guardaba los platos y los cuencos, y enjuagaba los cubiertos. Luego deshicimos las maletas y le organizamos el armario. Lamenté que no pudiéramos poner música, algo para que esas habitaciones me resultaran un poco más familiares antes de marcharme, pero se le habían olvidado los cables del altavoz, así que trabajamos con el sonido del ventilador que estaba junto a la ventana.

Cuando terminamos de sacar todas sus pertenencias, sin contar los libros y los discos, eran casi las once. Yo tenía un vuelo a primera hora desde Detroit, y tardaríamos una hora y media en llegar al aeropuerto por la mañana. Me había reservado una habitación en un motel, adonde me dirigí con Michael en el Grand Am por las calles vacías, deseando más que cualquier otra cosa que dijera algo gracioso mientras pasábamos junto a las gasolineras y los centros comerciales en penumbra, algo absurdo que le quitase gravedad al momento

y que nos liberase a los dos.

En el aparcamiento, mientras le daba la llave del coche, pensé que tendría que haber reservado habitaciones para los dos en el motel, para que él no tuviera que dormir en el apartamento sin aire acondicionado. Pero era tarde. Tardaría un buen rato en volver para coger sus pastillas y yo estaba agotado.

# Michael

---

Yo me había imaginado que aquello iba a ser como el grupo de lectura con Caleigh y Myra: la camaradería de la devoción por la erudición radical, un cuestionamiento de los determinantes históricos que afectan a la existencia de los negros y, quizá, voluntarios para participar en el movimiento de las reparaciones. Sin embargo, para mi sorpresa, resultó que la mayoría de los otros alumnos de doctorado estaban suscritos a la televisión por cable, iban al gimnasio y aún no sabían muy bien qué les interesaba lo suficiente para escribir sobre ello. No es que le pusieran objeciones a mi trabajo, ni que no quisieran oír hablar de los fantasmas transgeneracionales, pero aquello no les conmovía. Era mi rollo, cosa que a ellos les parecía bien, aunque no un asunto apremiante. Sin duda les debí parecer un tipo raro, al ser el único blanco en el programa y mayor que los profesores júnior. Lo cual no implica que nadie me tratara de forma poco amistosa; lo que pasaba era que, si alguien organizaba una cena informal, yo no me enteraba. «No pasa nada — me decía—, tú has venido a trabajar.»

Eso podría haber bastado si hubiera podido consumir libros y artículos con la misma velocidad con que lo había hecho tantos años antes, durante la primera mejoría producida por el Klonopin. Pero ahora las páginas de texto me parecían cubiertas de cera, tapadas por una película de distracción. A mediodía solo tenía una escasa cantidad de notas y el estómago ácido por culpa del horror que me causaba todo lo que me quedaba por leer. No dejaba de aplazar el trabajo más aburrido del curso para tratar de dedicarme al mío, y solo lograba retrasarme en los dos. Por las noches, por teléfono, Caleigh intentaba convencerme de que las cosas iban a mejorar, de que solo tenía que adaptarme, mientras que mamá me decía que quizá dormiría mejor si apagaba la calefacción.

No se me había pasado por la cabeza que vivir solo fuera a ser distinto de hacerlo con Ben y Christine. Había acabado temiendo que Ben me recordara

que «ES JUEVES», el día que me pasaba con miedo de que se me olvidase sacar la basura o limpiar bien el baño (cabía la posibilidad de que utilizase el producto que no tocaba y que estropease las baldosas; de que me olvidase de una franja de moho y recibiese un callado resentimiento). No pasaba nada de eso ahora que estaba solo en el Pueblo Espartano. Sacaba la basura cuando me apetecía. Pero no había nadie en la otra habitación viendo 24 y comiendo legumbres cocidas a fuego lento. Nadie se burlaba con cariño de mis cenas a base de enchiladas congeladas, como hizo Christine durante años. No me había percatado de que era su risa lo que les daba dignidad. Había vivido gran parte de mi vida adulta con Ben, después con Christine y él juntos, sin advertir que lo estaba haciendo, y, sin embargo, jamás había sospechado que oír el volumen amortiguado de sus conversaciones detrás de unas puertas cerradas, y que tiraban de la cadena del baño de arriba, me había ayudado muchísimo a saber que existían otras personas. En el nuevo apartamento, las paredes de ladrillo de cenizas tapaban todo el ruido de los vecinos.

De vez en cuando, en la pasarela, charlaba con el corpulento médico residente de al lado, un hombre de piel suave y aspecto infantil, procedente de Delaware, que hacía turnos en una clínica del dolor y que se quejaba de que únicamente trataba a pacientes que no tenían cura. Como la mujer que había ido a visitar a unos parientes en Chicago, tras la tercera operación en la espalda, para después ser arrollada en el pasillo de un Costco en un incidente de furor consumista, lo que le obligó, aunque sabía que no era lo correcto, a mandarle por FedEx una receta de parches de fentanilo, que la mujer se puso todos a la vez, lo que hizo que se saltara la parada de Detroit en el autobús en que volvía a casa y se quedara dormida hasta llegar a Toronto. «Son casos desesperados —me dijo—, otros servicios no quieren tratarlos, así que nos los endosan.» Lo que me llevó a preguntarme, como es lógico, qué clase de existencias podría tener en su apartamento.

Como suele suceder, me vi forzado a tomar más Klonopin para aguantar las jornadas. El doctor Bennet me había dado recetas suficientes para sacarme del apuro durante la transición, pero me lo había pimplado todo en un santiamén. Entonces me tomé la tanda que la doctora Greenman, mi nueva psiquiatra del Departamento Universitario de Salud Mental, me prescribió antes de que pasara un mes. La primera vez se mostró complaciente y me la repuso enseguida, cosa que repitió al cabo de pocas semanas, como habría

hecho cualquier persona humanitaria. No obstante, tras mi tercera petición empezó a mostrar señales de moralismo y me sugirió que tuviese más disciplina.

A esas alturas los sudores ya habían empezado. Los sudores nocturnos eran una cosa. Estaba acostumbrado a despertarme en sábanas empapadas; la ropa de cama se podía lavar y no había por qué perder el día. Pero tener toda la camiseta sudada antes de llegar a la parada del autobús era todo un rollo. La temperatura no tenía nada que ver. El viento podía estar soplando a lo bestia por las estepas de Michigan y, aun así, mis poros parecían grifos abiertos, mi piel estaba tan resbaladiza como un burro apaleado en julio. En los seminarios, dudaba antes de levantar la mano por si el hedor de mi axila se propagaba al otro lado de la mesa. Pero había esperado mucho tiempo para ingresar en este sitio y quería participar, así que empecé a llevar al campus, todos los días, una toallita y más ropa, para secarme y cambiarme antes de clase.

El programa estaba afiliado a un plan para orientar a alumnos de instituto procedentes de minorías y, con el apoyo de Caleigh, me presenté para trabajar de voluntario dos tardes por semana. Me asignaron como pareja a un alumno de primer curso llamado Jaylen. Nuestra primera tarea consistió en revisar un temario para el examen de Literatura Inglesa del Estado. Sin embargo, después de estar diez minutos haciéndonos un lío con un poema de Marge Piercy, solté un comentario sobre su camiseta de Juicy J, y nos distrajimos con una discusión sobre los orígenes de la música *crunk* en Memphis. Coincidí con él en que *It's Hard Out Here for a Pimp*, de Three 6 Mafia, era un desastre pensado para un público generalista creado por un equipo normalmente innovador, y que gran parte de la responsabilidad era del propio Juicy J, teniendo en cuenta su ambición por expandir su marca. Esto coincidió temporalmente con el momento en que Oris Jay (alias Darqwan) se decidió al fin a lanzar otro disco de *bass* de Sheffield en su sello personal, Texture, y sugerí a Jaylen que, si quería menear el tórax de verdad, le echase un vistazo al *dubstep* británico. Cosa que me alegra decir que hizo. En nuestro tercer encuentro ya estaba claro que tenía más cosas en común con él que con los otros estudiantes de doctorado. Para empezar, los dos teníamos quince años (al nivel de lo psíquico), escuchábamos cantidades ingentes de música disco y, por lo que me parecía, a los dos nos atraía su profesora de

## Literatura.

Hice todo lo que pude para que prestara atención a la correspondencia de Abigail Adams y a diversos fragmentos de *Newsweek* centrados en el parapente, pero al final de las sesiones siempre acabábamos volviendo a lo que estábamos escuchando. Cuando le comenté que tenía un *subwoofer* en el maletero del coche, me preguntó si podía oír cómo sonaba y terminé llevándolo a su casa mientras sonaba una tremenda sesión en Berlín de Torsten Pröföck y Monolake. Mientras recorría las calles de Lansing con él, me di cuenta de que no había tenido a nadie más en el coche desde mi llegada a Michigan, y, desde luego, tampoco a nadie con quien escuchar música. Aprecié mucho la compañía. A diferencia de mi familia, él nunca me pidió que bajara el volumen. Y, la verdad, ¿qué habría hecho todos esos años sin un equipo de sonido bestial en el coche? ¿En qué otro sitio, al margen de las paredes de un club, puedes experimentar el bajo lo bastante fuerte para que te borre todos los recuerdos sin que los vecinos se quejen? Los equipos de sonido son lo que convierte a los coches en vehículos de escape, aunque no tengas adonde ir. Un trayecto al supermercado son cinco minutos de esa tormenta que arrecia desde el paraíso. Acepto las muecas de disgusto de los viejos en los cruces, que creen que hay un tiroteo. El alivio es demasiado infrecuente para renunciar a él por cuestiones de urbanismo.

Como es comprensible, Jaylen recelaba de mí, pero le hacía mucha ilusión ser de repente fuente de lanzamientos anticipados para sus amigos, que no se podían creer que se hubiera agenciado una caja llena de temas entrecortados y rarísimos de los que ni siquiera habían oído hablar. Yo ya no hacía muchas críticas (no querer escribir sobre *Moby* resultó ser un auténtico lastre profesional), pero los discos y los comunicados de prensa me seguían llegando a mansalva, sumándose a los montones que, según Alec, debería estar vendiendo por eBay. Empecé a regalarle a Jaylen casi todos los que no eran una basura. Llenaba una bolsa con CD y algún que otro doce pulgadas, y se lo daba cuando se bajaba del coche. Estoy seguro de que me enrollaba demasiado cuando nos topábamos con un fragmento de Wordsworth o con una cita de James Baldwin en su material de repaso, pero no parecía importarle. «Eres raro —me dijo—. ¿Cómo es que no eres profesor?» Le contesté que nominalmente estaba recibiendo formación para llegar a serlo, pero que no estaba seguro de si el mundo académico moderno estaba lo

bastante politizado para mí. «Deberías conocer a mi madre —añadió—, siempre vota.» Ya la había visto en el camino de entrada de su casa varias veces, y me había saludado con la mano. Afortunadamente, no tenía una belleza tan potente para quedarme embelesado nada más verla, pero, desde luego, no tenía nada que objetar a su propuesta de que la conociese.

«Agradezco que ayude usted a Jaylen —me dijo la madre, una tarde en que llevé al chico a casa—. Espero que no le esté pidiendo todos esos productos que le está dando, el chico ya está muy mimado.» «Me los dan gratis —contesté—, así que no supone ninguna molestia.» «Entonces está usted en la Universidad Estatal de Michigan», añadió. «Todavía me estoy sacando la licenciatura. No hago más que decirle que la acabaré a tiempo para que, cuando él termine en instituto, podamos graduarnos juntos, pero ya veremos si lo consigo.»

Afortunadamente, ni siquiera a una distancia más corta la madre despertó en mí el subidón obsesivo; no me tensó las entrañas ni me instó a decirle que la quería. El momento presentaba un cariz más suave. Yo no hablaba con mucha gente fuera de los seminarios. Los fines de semana estaban vacíos: solo llamadas de teléfono, y el apartamento siempre en silencio cuando colgaba. No obstante, no sentía la necesidad de cortejar a aquella mujer. Solo quería entrar en casa de ambos y comer con ellos. Pero entonces oí la voz de Caleigh decirme: «Aleta, no seas repulsivo». Así que me ceñí a las lisonjas y me marché.

Cuando le hablé de mi descontrolada sudoración a la doctora Greenman, me preguntó si en aquel momento había algo que me causase una angustia particular. ¿Como, por ejemplo, que los agentes federales quisieran embargarme los cheques de la beca por impuestos atrasados? ¿O que usted se niegue a recetarme suficientes medicamentos para subsistir? ¿O que haya esperado tanto tiempo para tener esta oportunidad de escribirlo todo, de George Clinton a la estación de Finlandia, de los barcos de esclavos a los estudios sobre el Holocausto, pasando por el eco de la pérdida que se escucha en la velocidad del *charles*, para ver entonces cómo la concentración me iba desapareciendo? Pero no quería ser maleducado. Era una mujer esencialmente comprensiva, con sus pantalones de pana ancha y sus jerséis tricotados. Yo creía que su preocupación por mi estado era sincera, por

mucho que su rectitud a la hora de recetar sustancias controladas no le dejara ver que, a estas alturas, las necesitaba porque eran, lisa y llanamente, la forma de poder sobrevivir a la hora siguiente.

¿Qué podía hacer? Empecé a pillar equivalentes a la benzodiacepinas por internet, donde la gente parecía coincidir en lo útil del *kratom*, un té casi opioide que beben los campesinos tailandeses y que, por lo visto, relaja a base de bien. La Administración de Alimentos y Medicamentos aún no lo había prohibido, así que pedí medio kilo y empecé a utilizarlo. Dentro de un programa de aromaterapia habría estado completamente fuera de lugar, pero también lo habrían estado las personas con problemas de verdad. El efecto se parecía al de un café fuerte aderezado con grandes cantidades de Benadryl. Lo tomaba todas las mañanas. Así empezaban mis días: más Klonopin del que me había mandado el médico, un termo de café, una taza de *kratom*, tres o cuatro de los medicamentos que había guardado, varios cientos de miligramos de lo que la doctora Greenman me hubiera mandado y, después, una ducha caliente. En noviembre ya casi había dejado de leer lo que mandaban en clase, por no hablar de hacer cualquier trabajo ya más que retrasado, con lo que ir a los seminarios perdió relevancia y se hizo casi inadecuado. Mi madre solo se habría preocupado si se lo hubiera contado, como les habría pasado a Celia y Alec. A Caleigh se lo conté, pero me regañó y me dijo que, aunque no redactara trabajos brillantes, tenía que llevar las tareas al día. Me dijo que aquella era mi oportunidad. Así era como encontraría trabajo.

En las tardes de los martes y los jueves hacía todo lo posible por recomponerme, me cambiaba la camiseta, tomaba una taza extra de *kratom* y me acercaba al instituto a recoger a Jaylen. La idea era que durante el primer mes nos viéramos en el espacio seguro del instituto y que después, cuando ya hubiera confianza, nos viésemos fuera y a solas. A los tutores se les pedía que supervisasen la evolución académica de sus pupilos, pero tampoco se nos exigía que nos dedicásemos únicamente a eso. Fundamentalmente, lo que hacíamos Jaylen y yo era pasear en coche por Lansing con el *subwoofer*.

Primero empecé a ponerle cosas de la vieja escuela que me parecía que debía conocer, música que yo llevaba años sin escuchar, *mixes* de música *garage* de Larry Levan, Afrika Bambaataa, Neil Young, cualquier cosa en la que se

percibiera el dolor de lo real. Cuando llegué a Donna Summer, se resistió. «Con esto te estás quedando conmigo —me dijo—. Esto es música de maricones.» Hasta el momento, me había parecido un chico sosegado. En cuanto a su madre, en el espectro político de la respetabilidad negra, ocupaba un lugar en un centro indeciso: contaba con los medios necesarios para no incurrir en pretensiones de clase, pero su hijo le inspiraba una inquietud suficiente como para querer que el chico cruzara una línea que ella nunca había traspasado. Daba la impresión de que la música era un pacto entre ambos, aquello que la madre no intentaba controlar. Él podía visitar el poder imaginario de lograr que sus compañeros de clase blancos tuvieran miedo de un planeta negro, pero también apagar la música y seguir con la cosa de salir adelante. Pero en esa fantasía masculina no cabían Donna Summer ni Diana Ross ni, ya puestos, Nina Simone o David Bowie. Le daban a todo un tono marica. No me pareció que contarle que mi hermano era un respetable homosexual de clase media fuese a servir de nada. Lo que hice fue ponerle los últimos veinte segundos de *Our Love*, de Summer y Moroder, en los que el sintetizador empieza a latir y a percutir por encima del ritmo como productos químicos obligados a bailar, y le dije: «Sin esto no existe el *techno*. Es la genealogía de lo que ya te encanta».

Cuando llegamos a su casa, Trish, su madre, acababa de entrar. «Le puedo dar un café —me dijo—, si le apetece.» Residían en una vivienda de ladrillo, de una sola planta, con un salón que solo utilizaban cuando tenían visitas. Un plástico transparente cubría el sofá y las sillas, para proteger la tela, cosa que me alegró, me alivió que mi humedad no fuese a dejar una mancha. En la mesita de cristal había un cuenco de flores secas, de color bermejo y rosa apagado. Jaylen se sentó incómodo en el otro extremo del sofá y puso los ojos en blanco cuando su madre dijo que le encantaría que fuese a la MSU cuando acabara el instituto. «Ya es fan de los Spartans —añadió—, así que ¿por qué no?» «Porque no quiero quedarme aquí», contestó él. Ella le lanzó una mirada reprobadora, después me miró y me sonrió.

«¿Usted tiene hijos», preguntó en tono esperanzado. «Sí —contesté—, un niño y una niña. De seis y ocho años.» «Ay, esa es la mejor edad —comentó ella con una carcajada—. Cuando llegan a la de este chico no hacen más que meterse en líos. Aunque su hermana es peor; vive ya con su novio y no ha habido manera de impedirselo. Seguro que no da usted abasto con dos niños

—añadió—, y encima sacando tiempo después para ayudar a Jaylen.»

«No viven conmigo —dije—, están con su madre en Chicago. Puedo ir a verlos allí.» Notaba que Jaylen me miraba, pero sin comentar nada. «Bueno, al menos lo hace —dijo ella con filosofía—, al menos lo hace.» El sudor me corría por el torso, y solo podía esperar que ella no lo oliese. «Hoy le toca a Jaylen preparar la cena —añadió—, va a hacer tacos. Puede quedarse si le apetece.»

Unas pocas pastillas más de Klonopin en el baño y la escena se convirtió en algo bastante cotidiano: las luces del techo de la cocina, el queso Kraft rallado, las quejas de Jaylen porque su madre le daba la lata para que no comiese tan rápido. Incluso la conversación sobre mis estudios, que normalmente dejaba perpleja a la gente, pareció de lo más normal. Cuando vives casi todos los días solo en una habitación, con un tigre que no se abalanza sobre ti solo porque no le quitas la vista de encima, que te sirvan un vaso de Pepsi casi puede parecer algo de una misericordia propia de Cristo. También me pareció muy natural decirle a su madre, cuando me preguntó, que había crecido en la zona sur de Chicago, en una amplia familia multirracial. «Ay, Aleta», me dijo Caleigh después, y discutimos. Pero ahí estaba, cenando con los dos, y reinaba la alegría.

A pesar de mi repetida insistencia, no me dejaron fregar los platos. Lo confundieron con una obligación doméstica. No eran conscientes del placer que me brindaría, ni de lo que ese placer supondría. Pero yo era su invitado, así que desistí. En la calle ya se había hecho de noche, con esa primera oscuridad de las tardes de invierno, cuando a las seis parece que es medianoche. La madre de Jaylen encendió la luz de fuera, y le agradecí su hospitalidad mientras me dirigía al coche. «Tenga usted cuidado ahí fuera», me dijo.

En el trayecto al apartamento, me pregunté si eran los ansiolíticos lo que había amortiguado mi anhelo con suficiente algodón para permitir que se produjera un fugaz contacto humano sin que hubiera lesiones ni fiebre, o si apartarme un poco de la verdad era lo que me había ayudado a llegar a ese claro.

¿Qué temes cuando lo temes todo? Que el tiempo pase y que no pase. La muerte y la vida. Podría decir que nunca me llegaba suficiente aire a los pulmones, por muchas veces que recurriera al inhalador. O que mis pensamientos se movían demasiado deprisa para completarse, cercenados por una vigilancia perpetua. Pero incluso afirmar esto llevaría a la mentira de que el terror puede describirse, cuando cualquiera que lo ha conocido sabe que no tiene componentes, sino que está por todas partes en tu interior, todo el rato, hasta que solo te reconoces en las tensiones que vinculan un minuto al siguiente. Pero no dejo de mentir al describir, porque ¿cómo si no puedo evitar este segundo, y el que viene después? De esto se trata la enfermedad en sí: la incesante necesidad de escapar de un momento que nunca termina.

A la mañana siguiente me desperté a las cinco, con las sábanas empapadas y presa del pánico. Con el agua de la mesilla de noche, me tomé el último Klonopin, fui directo a la cocina y puse el hervidor para preparar el *kratom*. Hice los estiramientos de yoga que Celia me había enseñado, y después me senté muy erguido en una silla de respaldo duro, durante cinco minutos, para tratar de respirar pensando en lo que hacía, como aconsejaba que se hiciera en el folleto que me había dado para aprender a calmarse uno mismo. Por algún motivo, al terminar aún tenía treinta y seis años, estaba soltero y a punto de morir. Llamé a la doctora Greenman para que me diera más recetas, pero la secretaria de Salud Mental me dijo que ya no volvía hasta el día siguiente. Había cumplido con los pasos de la rutina matinal, pero el terror seguía imperando. Fue entonces cuando miré el correo y leí el mensaje de la universidad en la que se me informaba que, en cumplimiento de lo dispuesto en una carta del Departamento de Educación sobre un episodio previo y no detallado de impago, iban a suspender la entrega de la beca que necesitaba para el alquiler y la comida.

Cuando logré concentrarme de nuevo en la pantalla, busqué la dirección personal de la doctora Greenman y fui a su casa. Era victoriana, blanca y negra, con unas molduras caladas y un grupo de arbustos podados con gran pulcritud. Me abrió la puerta con una sudadera de la Universidad de Wisconsin y unos pantalones de pana ancha de color naranja tostado. Las lentes de las gafas eran tan grandes que se podía apoyar en ellas una taza de café. «Michael —me dijo—, no recibo a pacientes en casa. Tienes que concertar cita a través de la clínica.» «Solo necesito recetas —le dije—, así

podré aguantar el fin de semana e ir la semana que viene.» «Ya hemos hablado de esto —añadió—. No puedo prescribir nada a petición del paciente, y menos aún en casa.» Me entraron ganas de decirle: «Y, si me hubieran pegado un tiro en la entrepierna, ¿me diría que pidiera cita para otro día? ¿Por qué no me desangro encima del seto y decimos que he tenido un colapso nervioso?» Pero no podía ser grosero ni desagradable con ella. Su actitud seguía siendo cálida, incluso mientras cortaba la soga de la que yo colgaba. «¿Estás pensando en hacerte daño? —me preguntó—. Porque, en ese caso, tienes que ir a urgencias y decir que te he enviado yo.» Estábamos a cero grados, pero me corría tal río de sudor por la espalda que podía haber estado levantando pesas en Lagos. «Michael —me dijo, poniéndome la mano en el antebrazo, como si yo en ese momento fuera una persona, no un puro nervio—, quiero ayudarte, pero no puedo hacerlo así. Si las cosas empeoran...» «Ya han empeorado mucho», le dije. «Lo entiendo, pero si empeoran aún más, y crees que corres peligro, tienes que ir al hospital. No puedo darte más medicamentos, pero sí verte el lunes por la mañana para hablar de todo esto. Podemos trazar un plan. Ahora mismo estoy con mi hija y tengo que volver dentro.»

Caleigh estaba en el trabajo, y después de pasar media hora rogándome que me metiera en la cama y viera reposiciones de *Expediente X*, dijo que tenía que colgar de verdad, de verdad. Celia no lo cogió. Ni Alec. Me saltó el contestador de mi madre, pero no quise dejarle un mensaje que pudiera alterarla.

No sé cuánto tiempo estuve mirando la imagen de Bethany en la pantalla del escritorio antes de marcar su número. Puede que fuera una hora. Estudié los píxeles de sus dientes mientras escuchaba los timbrazos del teléfono. Milagrosamente, tras años de silencio, lo cogió. Me dijo hola, yo dije que era Michael y que qué tal le iba, estábamos hablando. Por fin, por fin. Se había mudado a Houston y había terminado ahí la universidad. Trabajaba en un club deportivo. Me costaba imaginármela trabajando en un club deportivo, pero no parecía que estuviera mintiendo. Me preguntó por mí y le dije que no estaba mal, que al fin había entrado en la facultad de doctorado y que intentaba escribir. «¿Estás saliendo con alguien?», pregunté, cosa que evidentemente no tendría que haber hecho, y punto, menos aún casi al principio, pero tenía que saberlo, porque, si estaba soltera y había cogido el

teléfono, el agresivo motorcito que llevaba en el pecho, y que incluso en reposo iba a velocidad de vértigo, igual podía pararse el tiempo suficiente para que mis ojos descansaran. «No me habrás llamado para preguntarme eso, ¿no?», dijo. «Qué va —contesté—, solo es que tengo curiosidad, solo quiero saber qué tal estás.» «Entonces vale —añadió—, si tú lo dices. La verdad es que estoy prometida, creo que mi chica te caería bien.»

En la licorería aceptaron mi tarjeta de crédito con la alegría de todos los colores del arcoíris. Sobre todo el ámbar claro del Cutty Sark y de la temblorosa caligrafía azul de mi firma. Cuando pude cerciorarme de que nadie me miraba, di un trago de la botella en el aparcamiento, mientras subía el volumen de *The First Cut Is the Deepest* de Norma Fraser (¿se puede hablar de autocompasión cuando no llega el consuelo?). Por algún motivo, nunca me había hecho alcohólico. Cuestión de suerte. No obstante, como depresor del sistema central nervioso, el alcohol presenta sus ventajas. Le dio todo un golpe a la diamantina testa de mi cerebro reptiliano. Privar: esa forma arcaica de mitigar penas y dolores. La abuela de todos los medicamentos psicoactivos, la brusca y vieja bruja que baja renqueante de las montañas con una sonrisa de loca y un garrote. «¿Mundo? —pregunta con aire socarrón—. ¿Qué mundo?» Y te arrea todo un garrotazo en el cráneo.

Finalmente, se llegó a una tregua. La horrible nitidez de las cosas se hizo a un lado. Estuve conduciendo un rato tras un muro de sonido. Sobre la música que escuchaba de niño, mi padre nunca comentó gran cosa. Sus gustos tendían a lo ecléctico, piezas barrocas que había oído en la Iglesia de Inglaterra, Elgar y los magníficos estertores de la época imperial, mezclados con Sinatra y Frankie Laine. Pero siempre que ponían *Bridge Over Troubled Water* en la radio del coche, mi madre nos recordaba que había sido una de las canciones favoritas de nuestro progenitor, y muchas veces yo pensaba que él había hecho algo semejante a lo descrito en ella, se había tendido sobre el problema en que se había convertido para que nosotros pasáramos al otro lado. Me preguntaba cómo ellos (Celia, Alec o mi madre) lograban vivir en otro sitio que no fuera al borde de su tumba, sin poder cerrar los ojos y tratando de apartar la mirada. ¿Cómo eran capaces de no quedarse impasibles frente a todo el mundo, salvo con aquellos que, como mi padre, como Bethany, acababan con quien eras porque te creaban una y otra vez a su imagen y semejanza?

Hay una única secuencia: estoy saliendo de la terminal del aeropuerto de Logan y entro al calor abrasador en la tarde en que volví de Inglaterra con Peter Lorian, con la camiseta empapada antes de que hubiéramos cruzado el aparcamiento; el sol centellea en el techo de los coches; el cielo está azul y el asfalto líquido; todo ello completamente irreal e increíblemente nítido. Llego a casa, veo a mi madre que abre los brazos para estrecharme contra sí, me abraza, me quedo insensible cuando me toca. Luego veo cómo los tres lloran en el salón, quiero consolarlos pero no sé cómo, no puedo acceder a ellos y solo sé una cosa: que los he dejado aquí sufriendo y ahora él ya no está. La única secuencia. Como un surco de un disco grabado con demasiada profundidad para que la aguja salga de él. Con independencia de qué otra cosa esté sonando, esto siempre suena. De ahí el volumen: poner algo más fuerte que este surco. El volumen de los altavoces, o el de la obsesión. El poder de la dosis suficiente.

La llovizna y los faros, los escaparates y las señales de tráfico: se funden unas cosas con otras y lo amortiguan todo. Cuando llamé a la puerta de la casa, fue Jaylen quien abrió. «Hola —me dijo—. Hoy no tenemos el programa, ¿no?» «No», contesté. Entonces, al darme cuenta de que tenía que decir algo más, añadí: «Solo quería daros las gracias por la cena de anoche, me alegró mucho estar aquí». «De nada —contestó, contemplándome con cierta inquietud—. Mi madre todavía no ha vuelto, si es a quien buscas.» «No, no —dije—, solo se me ha ocurrido pasarme.» A lo mejor era verdad, después de todo, que nunca llegaría a tener una relación sentimental con nadie. Que mi angustia, que durante cierta temporada se había especializado en el amor, se había vuelto a convertir en algo indivisible del resto de la vida. En ese caso, era posible que el alivio viniese de otro sitio. Delante de mí, en la puerta, Jaylen no sabía cómo actuar. «Siento no haberte traído discos hoy», le dije. «No pasa nada —contestó—, ya me has regalado un montón.» «Te puedo dar más, muchísimos más.» «Deberías llevar capucha, o algo», dijo. Alcé la vista y noté la lluvia en la cara. «Tienes razón —contesté—, es verdad. ¿Puedo pasar?»

En su cuarto tenía un tocadiscos Technics colocado sobre unas cajas de leche llenas de vinilos. Se veía el imprescindible póster de Tupac, y el que yo le había regalado del primer disco de Run-D.M.C., en el que aparecen Simmons y Smith con sombreros y chándales delante de una pared de ladrillo. Las

sábanas eran todavía rojas y de Mickey Mouse. Tenía los deberes amontonados en el aparador y la ropa en un puf de bolas, que despejó para que yo pudiera sentarme. «Ayer pillé una cosa que igual te gusta, ¿quieres oírla?», me preguntó. «Por favor, ponla», dije. Era una remezcla de Indochina de *Unbelievable*, de Kaci Brown. El original (aunque esta no es la palabra más adecuada) era un típico exitazo de Nashville, pegadizo y sobreproducido, el tipo de tema que aún se denomina *R&B* aunque lo cante una adolescente blanca de Sulphur Springs (Texas), que ni tiene ritmo ni conoce el *blues*. Pero Indochina (seudónimo de Brian Morse y A. Fiend) había quitado el piano que sonaba a brillo labial y las guitarras de músicos de sesión, había dejado la voz únicamente acompañada por un ritmo de *four-to-the-floor* directamente sacado de 1979, y había aumentado la velocidad a la de una noche gay en Róterdam. No pude evitar menear la cabeza, igual que Jaylen, mientras escuchaba esa voz absolutamente anodina manipulada hasta prácticamente desaparecer y, no obstante, cuando la sostenía la caja de ritmos y se elevaba sobre las oleadas del sintetizador, seguía alcanzando la nota que el corazón anhela.

*Es increíble pero te creí,  
imperdonable pero te perdoné.  
Una locura lo que el amor puede hacer,  
por lo que siempre vuelvo junto a ti.*

«Es un poco gay —dijo—. En el insti no la pondría, pero mola, ¿eh?» «¿Un poco gay? —quise decir—. ¿Eres consciente de cuántos homosexuales han tenido que darlo todo en la pista de baile para hacer posible este destacado ejemplo de basura poco original? ¿Cuántos de ellos han muerto de sida, de sobredosis, o se han arruinado antes de que esa chica de Texas logre un contrato con Interscope para grabar un tema que alcanzó un ideal inconsciente solo cuando gran parte de él le fue arrancado a quienes de veras lo necesitaban? ¿Alguna idea de cuánta elocuencia se ha cogido prestada para pagar esos derechos de autor?» Pero me pareció que sería meterse en demasiadas cosas en ese momento, y hacía mucho tiempo que no me notaba tan relajado, sentado en el cuarto de Jaylen junto a él, con el tocadiscos y los álbumes, hablando de música. Como si él fuera mi amigo y yo el suyo. «Sí —dije únicamente—, desde luego que mola.»

Puso el doce pulgadas de Darqwan que yo le había propuesto el día en que nos habíamos conocido, *Rob One 7*, una cueva de bajo distorsionado invadida por una agresiva línea de bajo y hechizada, de tanto en tanto, por una frase de teclado semejante a un láser. No era fácil encontrar un retrato sonoro de lo postindustrial (o al menos del desempleo en Sheffield) tan bueno como este. Como sabía que sus altavoces no estaban a la altura, Jaylen enchufó los auriculares y me lo pasó mientras él buscaba en una caja qué poner a continuación. Me sumí en la caverna y desaparecí.

Aquí al fin podía identificar a los fantasmas de oído, escuchar cómo bailaban en la grabación, cómo los perdidos resucitaban en las vibraciones de mi cráneo y en todo mi cuerpo, que ahora había quedado libre para ser únicamente un túnel, un pasaje por el que los desaparecidos podían regresar, mientras la música los traía a casa.

«¿Te puedo hacer una pregunta?», dijo Jaylen cuando terminó el tema. «Claro», contesté. «¿Por qué le has dicho a mi madre que tienes hijos? No los tienes, ¿no?» «No —contesté—. Supongo que no quería decepcionarla, daba la impresión de que le gustaba la idea. Pero no te preocupes —añadí—, no es que quiera una relación con tu madre, es que sentía que estaba en casa. Si te he decepcionado, lo lamento.» La pared del alcohol empezaba a desmoronarse. Notaba cómo se iba deshaciendo y cómo la marea del horror aparecía por detrás, rompiendo contra las puntas de mis nervios.

«Eres raro», me dijo mientras ponía otro disco de *dubstep*, este a un volumen inferior. Se sentó delante del escritorio y buscó algo en el móvil. «Debería irme», pensé. Pero la idea de levantarme y salir de la casa me daba pavor. Si me quedaba ahí, con su compañía, igual lo sobrellevaba. Harían la cena, comería con ellos. La luz del techo, el queso rallado. Podía ser algo normal. Los párpados me empezaron a temblar, como si estuviera atrapado en un sueño sin dejar de estar despierto. En urgencias pensarían que solo necesitaba drogas.

La puerta se abrió y apareció la madre de Jaylen. Me miró desde el otro lado de la habitación, tirado en el puf mientras el cuerpo me empezaba a temblar, y noté por su gesto alarmado que se hacía tarde, que las cosas ya habían avanzado demasiado y que iba a necesitar su ayuda.

# Margaret

---

Es terrible cuánto se ha secado la tierra. El arroyo se ha convertido en un hilillo, y los cardos y los helechos de las orillas ofrecen un aspecto casi invernal. En todo julio y en todo agosto apenas ha llovido, ni siquiera en los días húmedos en que han pasado nubes de tormenta por la tarde y los relámpagos han brillado a lo lejos. Tuve que regar casi todas las tardes. Ahora estamos a mediados de octubre y sigo haciéndolo, para que la tierra de los arriates siga mojada y para que los arbustos no se marchiten. A pesar de todo esto, en las últimas semanas hemos tenido el más espléndido de los climas, cielos sin nubes y días templados, perfectos para estar fuera como esta mañana, y a mediados de la tarde durante la semana, cuando vuelvo del trabajo. La luz es clarísima en otoño.

En el prado del final de la calle, las margaritas de apertura tardía han florecido pese a la sequía. Los últimos grupos níveos suben por toda la cuesta hasta el borde del bosque. Si le das la espalda a la carretera, puedes divisar una insinuación de lo agreste, de cómo sería esto si ninguno de nosotros hubiera venido. Yo tendía a evitar esta parte de la curva porque era el camino por el que John solía ir. Pero evitarla al final acabó convirtiéndose en un recordatorio, así que llevo un tiempo pasando siempre por aquí, el sitio en el que él estaba y en el que yo sigo, la calle y el campo, donde tan bien se observa el cambio de las estaciones.

Últimamente he estado podando por el jardín las rojas ramas en flor del bonetero, que amenazaba con extenderse por todo el camino de entrada. Hay bulbos que plantar, arriates a los que cambiar la tierra, también rastrillar y cortar el césped, algo en lo que Michael me ha ayudado mucho. No tengo que pedirselo, se ofrece él. Hemos llevado de todo al vertedero, cosas que yo no habría podido sacar sola del mamparo: las cajas de té en las que transportábamos nuestros libros de un lado a otro del Atlántico, llenas de revistas viejas; las cosas del instituto de Alec y Celia; todos los muebles del cuarto de una residencia universitaria, que Caleigh nos dejó hace siglos. Todo lo cual está muy bien tirarlo, dada la situación.

Casi todos los días desayunamos juntos. Él va al piso de arriba, al ordenador, mientras yo trabajo, y está en casa para recibirme cuando llego. Preparo la cena, él friega los platos, muchas veces vemos una película antes de ir a la cama. La verdad es que me gusta mucho volver a tenerlo en casa. Es una persona considerada y siempre lo ha sido. Es cierto que habla de su situación y de sus ideas de forma prolongada e interminable, lo que implica que no siempre escucha especialmente, pero aun así nos hacemos compañía el uno al otro.

Fue mi amiga Suzanne quien recomendó a la agente inmobiliaria. Dijo que Veronica era muy simpática y pragmática, a diferencia de la mayoría de ellos, y que, si quería, podía pasarse a echar un vistazo, solo para ver cuáles podían ser las posibilidades. No me lo estaría planteando si todo lo demás que debo ahora no me estuviera poniendo tan difícil llevar la hipoteca al día. Los cobradores del hospital son implacables. Lllaman a todas horas. Pueden ser de lo más desagradables por teléfono, como si fuéramos delincuentes. Y después, ahora que Michael ya no va a clase, me reclaman los préstamos que le firmé, y también me llaman por eso. Ojalá se limitaran a mandar cartas. Entonces podría organizar todos los papeles y evaluar la situación. Odio no tener ganas de coger el teléfono cuando suena.

A Alec no puedo hablarle de Veronica, ni del contrato inmobiliario que esta quiere que firme. Me lo impediría. Y no quiero molestar a Celia con todo este tema, todavía no. Parece que quedarían unos setenta mil o por ahí tras pagar todas las deudas, que es sin duda más dinero junto del que jamás he tenido, y de sobra para que alquilemos un apartamento. Echaría de menos el jardín, desde luego. No puedo negarlo.

Casi han pasado diez meses desde que me llamó la doctora de Michael en la universidad. Michael me había hablado de ella, de la doctora Greenman, me dijo que le parecía comprensiva, cosa que desde luego parecía por teléfono. Me contó que mi hijo había dejado de tomar un medicamento demasiado deprisa y que lo habían ingresado en un hospital de aquella zona. Que sería mejor que pidiera permiso para no ir a clase una temporada, añadió, y que lo trasladaran a un centro más cerca de casa. Fue Celia quien le devolvió la llamada e hizo las gestiones. Alec me indicó que no firmase nada en el hospital de aquí hasta que él mirase los papeles, pero todo sucedió muy deprisa, lo de recoger a Michael en el aeropuerto y llevarlo a ese edificio, que parecía una fortaleza, de la zona de North Shore. No lo admitían si yo no firmaba, cosa que hice, y por eso ahora las facturas vienen a mi nombre.

Iba a visitarlo casi todos los días, le llevaba bolsas de pistachos, que siempre le han encantado, y revistas de música, y los artículos de aseo que le hicieran falta. Su compañero de habitación era menor, de veintipocos, pálido como una sábana; daba la impresión de que a él no lo visitaba nadie, así que también le llevaba frutos secos, y peras, que me agradecía entre susurros. No tengo la menor idea de dónde estaban sus padres.

A veces Michael estaba dormido cuando yo llegaba y me sentaba junto a la ventana con el periódico, pues no quería perturbar su descanso. Se tumbaba boca abajo y de lado, el hombro le subía levemente cada vez que respiraba. No lo había visto dormir desde que era niño. En las manos y en los pies aún se le notaban convulsiones, al tragar saliva se le movía todo el cuello y la cabeza se le hundía en la almohada. Antes de que Celia y Alec nacieran, me situaba delante de su cama y me maravillaba al contemplarlo: el misterio de su sueño, de que tuviera una vida distinta de la mía, aislada en la intimidad de los sueños. Una sensación cálida, pero también de soledad, porque yo lo quería con una necesidad mayor con la que nunca había querido a nadie, y, cuando dormía, yo entendía que podía dejarme, y que lo acabaría haciendo. Al menos mientras dormía podía descansar de la tensión corporal, esa que había tenido desde el principio, y que yo solo había podido aliviar brevemente y en dosis pequeñas.

Yo era más joven de lo que él lo es ahora. Lo que le confiere algo erróneo a la secuencia, que yo esté de este modo al lado de su cama.

Ninguno de los hijos, Michael el último, habría querido saber que resultaba que casi habían pasado cuarenta y un años desde el día en que cogí aquel autobús a Lambeth para ir a ver a su padre en otra habitación de hospital que daba al norte. ¿Qué importan las fechas? Me imaginaba sus preguntas, y no habría tenido una respuesta que les satisficiera. Piensan que soy una simplona por contar el tiempo de esta manera. No le atribuyo ningún significado profundo a esto, no digo que signifique nada en particular, al margen de que estoy segura de que le dedico demasiado tiempo a cavilar sobre el pasado. Pero es una forma de no perder el vínculo. Igual que irlos a ver a cada uno de ellos si se mudan, para poder imaginar exactamente dónde están, que es lo que hago todas las noches antes de ir a dormir, unas imágenes con que se salva la distancia. Con las fechas pasa lo mismo. Si voy midiendo los meses y los años, es para vincularme a ellos, para volver junto a ellos cuando eran niños, y, antes aún, cuando John y yo estábamos juntos antes de casarnos, cuando todo estaba empezando.

Resultó que Michael dormía tanto en el hospital por el nuevo medicamento que le habían dado. No recuerdo el nombre; empieza por zeta. El doctor Bennet me dijo que era un antipsicótico, que no me alarmase. No es que Michael padeciera psicosis, añadió, solo que el medicamento también funcionaba para la ansiedad.

La primera vez que volvió a casa, es verdad que Michael parecía más tranquilo. Al cabo de un mes o por ahí noté que había empezado a engordar. «Bien», pensé. Siempre había estado flaco como un palo; aquello parecía un signo de salud. Pero aquello siguió pasando. No comía grandes cantidades de comida (yo no preparo grandes cantidades de comida), pero cada semana se iba volviendo más corpulento. En los últimos nueve meses había engordado veinte kilos, por lo menos. Antes no tenía tripa ni por asomo, y ahora sí. Ha pasado de estar cóncavo a casi gordo. Incluso los ojos parecen estar más hundidos en la cabeza, embutidos en una capa de carne de más. Lo cual no está bien. No tiene constitución para ello. ¿Es esta la medicina que le dan a un hombre que trata de recuperar la confianza? Junto a los otros medicamentos, le ha ralentizado el pensamiento. Cuando habla, se detiene y se queda callado, se pierde y se va por las ramas.

Hago todo lo posible por que me acompañe a pasear, sobre todo si sigue en casa cuando vuelvo del trabajo. Solo quince o veinte minutos por el barrio a un ritmo decente para que se mueva, no por la cuestión del peso, sino porque el sedentarismo no es bueno. Normalmente dice que no le apetece y tengo que convencerlo. Y, además de eso, persuadirlo de que no es necesario que traiga su bolsa de mensajero, esa mochila negra de la que no puede prescindir. En su interior lleva media farmacia, junto a libros y papeles. La trata como si fuera un botiquín de supervivencia envuelto en una manta de seguridad. «¿Y si necesito algo mientras estamos fuera?», dice. «¿Dando un paseo? —pregunto—. ¿En el supermercado?» No tiene sentido. Pero, siempre que saco el tema, parece que nunca se lo he comentado, como si nunca se hubiera planteado estar sin ella y tuviera que reflexionar de nuevo sobre el peligro. Si insisto, cede, pero no siempre lo hago, de modo que a veces camina a mi lado con una bolsa repleta y colgada del hombro, como un repartidor que da un paseo, y me pregunto qué pensará la gente cuando nos ve pasar a los dos.

Cuando llego, Michael ya ha preparado el café.

Pocas semanas después de que saliera del hospital y se instalara en casa,

empecé a tener palpitaciones. Fui al médico, convencida de que se debían a la tensión de su regreso. Pero lo primero que me preguntó fue si estaba tomando más cafeína de la habitual. Sin darme cuenta, había estado tomando la versión del café de Michael, una dosis triple. Así que ahora me tomo un tercio de taza y le añado agua del hervidor.

Le digo que después he quedado a comer con Suzanne. Como mi coche está en el taller, tiene que prestarme el suyo. «Te puedo llevar», añado, esperando que quiera salir a la ciudad. Él va una vez por semana, más o menos, a ver a amigos, o eso me gustaría pensar, pero no le pregunto al respecto.

—Ya —dice; al menos ha captado la idea.

Mientras terminamos el desayuno, Dorothy, la vecina, aparece en la escalera de entrada con su perra, Tilly, de la correa, lo que me recuerda los recortes de periódico que le quiero dar. Ella me sonrío y me saluda cuando me ve atravesar el jardín con ellos.

—Son una tontería —le digo—, pero hace tiempo que quería dejártelos en tu puerta. He pensado que igual te divertían.

Me da las gracias, se los guarda en el bolsillo del anorak y comentamos lo precioso que está el tiempo. No he encontrado la ocasión de mencionarle la posibilidad de que me vaya del barrio. No quiero poner nada en marcha antes de lo necesario.

«¿Cómo se encuentra Michael?», me pregunta en su habitual tono alegre, lo que me brinda la oportunidad de decir lo que quiera, aunque sin abandonar un tono lo bastante ligero para no tener que entrar en temas que prefiero evitar. Siempre he valorado esto de ella, desde que se instaló en el vecindario con sus dos hijos, poco después de la muerte de John. No tiene miedo de hablar de nada, pero tampoco insiste.

Cuando le digo que vamos a pasar la tarde en la ciudad, me pregunta si queremos pasar después a cenar estofado. He comido en su casa un sinfín de veces, y ella en la mía, pero, por algún motivo, esta mañana su propuesta me llena de ilusión.

—Me encantaría —le digo.

—Llamad a la puerta, estaré aquí.

Mientras me doy la vuelta para subir por el camino de entrada, me encuentro de frente con la horrible pegatina del parachoques de Michael: «ODIO MI VIDA», escrito en enormes letras negras sobre un rectángulo blanco. No tiene otras pegatinas, ni banderas ni eslóganes políticos, solo la

oxidada insignia de Pontiac y «ODIO MI VIDA», algo ridículo y descarnado, que puede incomodar a Dorothy y a cualquiera que pase por delante. A veces le doy la vuelta al coche para que la pegatina quede mirando al garaje, cosa que Michael no parece advertir, pero no puedo hacerlo todas las noches.

Ayer tuve que cruzar el pueblo en su coche, con esas palabras extendidas en la parte posterior, para que todos creyeran que ese sentimiento era mío. En el aparcamiento del supermercado, al chico de las bolsas le costó no echarse a reír. Es absurdo. Y ahora se supone que tengo que conducirlo hasta Boston.

Ya me he cansado. Entro en el garaje, encuentro el rascahielos menos viejo del estante y me pongo manos a la obra. Está muy pegado, y tengo que apoyar todo el peso sobre el instrumento, pero el borde de plástico levanta el adhesivo poco a poco. Acabo de terminar con el «ODIO» cuando Michael me ve a través de la ventana del comedor y sale por la puerta principal a preguntarme qué hago.

—¿A ti qué te parece? Quitar esta cosa tan horrible.

—Pero es mi coche.

—Puede, pero lo tengo que conducir yo. Y no pienso hacerlo con esto puesto. Es ridículo, Michael, de lo más negativo.

—Es una canción. De los Pernice Brothers.

—Es algo perverso, eso es lo que es. ¿Se puede saber por qué quieres darle publicidad a algo así?

—¿Te preocupa quién pueda verlo? —me pregunta, como si esta fuera una inquietud estrafalaria.

—Tú no odias tu vida, Michael. Nadie odia toda su vida. Es una inmadurez.

Se acerca y mira desde arriba el papel arrugado que cuelga de las palabras «MI VIDA» que siguen pegadas al metal. Entonces, sin mediar palabra, me coge el rascador.

Me sorprende lo asertivo de su gesto. Me deja anonadada, incluso. Me cuesta creérmelo. Él nunca hace cosas así. Casi siento gratitud. Así que no me queda otro remedio que guardarme la decepción para mí cuando se adelanta y empieza a rascar lo que queda.

Mientras avanzamos por la autopista de peaje, Michael se queda en el carril de la derecha, detrás de un camión de Hood Milk que va a ochenta kilómetros por hora. Alec estaría pisando el acelerador a fondo, como si estuviera metido en una fantasía de espías, y yo me habría visto obligada a agarrarme a la

puerta; Celia iría por el carril central; y el Michael de hace una década no se habría percatado de lo rápido que iba, pero ahora seguimos impassibles detrás del camión y yo no digo nada.

Aparcamos en Boylston, cerca de Copley; me entrega las llaves y me dice que volverá en metro, que cogerá un autobús desde la parada. Respondo que si me informa de dónde va a estar, puedo pasarme por ahí cuando haya terminado y recogerlo, si está listo. Contesta que igual en la tienda de discos de Massachusetts Avenue, pero que no me preocupe, y entonces se marcha, con la capucha de la sudadera en la cabeza a pesar del abundante sol.

En el restaurante, Suzanne ya ha ocupado un reservado y disfruta de una copa de vino blanco. Lleva una blusa de cuello en «u» y su collar de jade rojo, con el abundante cabello, teñido de negro, suelto sobre los hombros. A lo largo de todos los años en que hemos trabajado juntas, es sorprendente lo poco que ha cambiado. Todavía está buscando siempre un ligue.

Me pasa la carta de vinos en cuanto me siento.

—¿Qué vas a pedir? —me pregunta—. Hoy invito yo. Tengo algo que celebrar. No me preguntes qué, pero estoy de celebración.

El camarero, un joven de veintitantos años y una belleza convencional, se nos acerca.

—¿Tú lo haces alguna vez? —le pregunta—. ¿Celebrar algo porque sí?

—Claro —contesta él, con una animada sonrisa.

Ella se pone a cotillear enseguida. Por lo visto, el sueldo del nuevo director de la biblioteca no guarda la menor proporción con lo que el resto de los empleados ganamos; se sospecha que un miembro del consejo de administración se ha liado con la mujer de un empresario argentino; y el chico al que han pillado destrozando el aseo de hombres ha resultado ser el hermano menor del vándalo anterior, cosa que yo ya sabía, pero plantea de nuevo el tema de los muy acaudalados y negligentes padres de los muchachos. Yo siempre he carecido del talento de Suzanne para escandalizarse. Poder entretenerse uno mismo de forma tan plena no deja de ser una especie de habilidad. Sobre todo teniendo en cuenta cuál es el material disponible.

Va por la segunda copa de vino cuando terminamos las ensaladas, y yo apenas he probado la primera. En el trabajo siempre está cuchicheando, con gestos sumamente controlados, pero en este restaurante medio vacío hace amplios ademanes, abre los ojos como platos ante las noticias que ella misma cuenta.

Al fin, en la pausa que se produce mientras espera su trucha, logra preguntar por Michael y la venta de la casa, como si aquello fuera la conversación intrascendente del descanso de un espectáculo.

—¿Qué dicen sus médicos?

—Él les habla de John, nada más. Están convencidos de que lo lleva en los genes. Estoy segura de que eso forma parte del asunto. Pero no los conocían a ambos. Michael no es su padre. John no pasaba tanto tiempo pendiente del sufrimiento de los demás, como hace Michael con todo lo que lee.

—Uno siempre busca lo que le es familiar.

—¿Qué quieres decir?

—Yo soy alcohólica —explica Suzanne—. Imagino que nunca te lo he contado tan abiertamente como ahora, pero no te sorprende, ¿no? Hay gente que toma pastillas. Otros van a la iglesia. Yo bebo. A todo el mundo le pasa algo. Hace mucho que conozco a Michael. Es un hombre tenso. No tiene muchas vías de escape. Sufre. Lo que estoy diciendo es que se identifica con todo lo que lee. Es lo que les decimos a los grupos escolares cuando leen novelas: imagínate en la piel de otro. ¿No? La esclavitud no tiene nada de ambiguo. Está llena de sufrimiento.

Tras esas palabras se encoge de hombros, como si dijera: «*C'est la vie*».

Cuando el camarero aparece a ver cómo estamos, ella le posa una mano en el antebrazo y dice:

—Háganos el favor, se lo ruego, que este *sancerre* está buenísimo.

Tenía hambre al sentarme, pero se me ha pasado.

—La verdad —digo— es que no necesito toda esa casa, y, si nos trasladáramos más cerca sería más fácil llegar a los sitios. Y sería mejor que estar discutiendo de dinero con Alec, que Alec esté discutiendo con Michael, que es lo único a lo que se dedican ciertas familias.

—Eres buena madre —asegura—. Mejor de lo que nunca lo fue la mía. Vives entregada a tus hijos.

—No estoy segura de que ellos lo vean así.

—Pues deberían. ¿No te das cuenta? Podrías haber sido todo un desastre, y nadie te lo podría haber echado en cara.

A pesar de mis protestas, no me deja dividir la cuenta. Sigo intentando darle efectivo mientras volvemos a pie a Dartmouth, donde ha empezado a soplar el viento.

—No me des dinero —dice—, pero vente de compras conmigo un rato.

No puedo negarme, y así Michael tendrá más tiempo antes de que pase a

buscarlo. Tengo que rechazar la media docena de vestidos que me propone y diversas joyas, tras lo cual al fin se conforma y compra cosas para ella. Cuando finalmente nos despedimos al lado de su coche, me obliga a jurar que no ha sido una pesada, y que lo repetiremos.

—Y respecto a lo otro, siempre me ha parecido que tu casa era un poco sosa —afirma, haciendo gala de su tacto de siempre, con la lengua aún suelta por el vino. No debería dejar que condujera—. Así que no te preocupes. Harás lo mejor.

Hay una lluvia de hojas de un lado al otro del ancho camino que se extiende por el centro de la Commonwealth Avenue. Paso junto a mujeres con cochecitos y gente que hace *jogging* en este espléndido clima otoñal. Siempre que el tiempo era agradable, era aquí donde venía a leer mientras John tenía sus citas con el doctor Gregory, en Marlborough Street. Si hacía frío o llovía, me quedaba en el coche y esperaba. A que otra persona, que no fuera yo, le dijese que las cosas no podían continuar como estaban.

Me crucé con él una vez, con el doctor Gregory. En el cine con su mujer, pocos meses después de que muriera John. Tuve ganas de hacerle daño. Pero nos dimos la mano y me preguntó cortésmente qué tal me iba. Michael no empezó a verlo hasta mucho después. Imagino que sigue en el mismo sitio, en esa lujosa consulta suya.

Cuando llego a Massachusetts Avenue, giro a la izquierda y busco la puerta que da a la escalera de la tiendecita de discos. Ya he estado una vez, pero se me olvida por dónde se accede. Manzana arriba está la Virgin Store del final de Newbury Street, y delante de ella, para mi sorpresa, se encuentra Michael. Está en la esquina, con la bolsa de mensajero colgada de un hombro, dándoles folletos a las personas que pasan a toda prisa. Les acerca los papeles, lo que les obliga a rechazarlos antes de continuar. Como si le hubieran pagado para promocionar una rebaja de ropa masculina, o para atraer a conversos a una secta religiosa. Al ver aquello noto un nudo en el estómago. Pasa algo. De un modo u otro se ha sumido en la confusión, ha perdido el norte.

Estoy a menos de media manzana de distancia, pero aún no me ha visto. Empiezo a acercarme a él, para ayudarlo a salir del problema en el que esté, y entonces me acuerdo de los folletos, los que lleva en la bolsa, con la imagen de un granjero negro que ara un campo. Eso es lo que está haciendo. Repartiendo sus folletos sobre las reparaciones. Unos cuadernillos sobre la

historia del tráfico de esclavos para quienes han salido a comprar el sábado por la tarde, que creen que les están ofreciendo cupones y lo ignoran abiertamente.

Él sonríe mientras lo hace, a cada persona, tratando de entablar algún tipo de comunicación. Lo hace con esa reflexiva cortesía suya, mientras mueve la cabeza y se disculpa por las molestias que les está causando, mientras sigue imponiendo su presencia en cualquier caso.

No me puedo mover. Quiero pararlo, impedir que lo consideren un chalado que se ha visto reducido a hacer proselitismo en la esquina de una calle. Pero soy la última persona a la que quiere ver. La vergüenza de su madre inquietándose por él en público solo empeoraría la situación. Estoy a punto de marcharme, pero ahora me ha visto y parece quedarse inmóvil, con las manos pegadas a los costados, la sonrisa de pronto desaparecida. Me mira fijamente, como si de pronto estuviéramos solos en la calle. No debo echarme a llorar. No es justo para él. Lo saludo, sonrío y le digo: «Bueno, luego te veo, me marchó», me doy la vuelta y me retiro manzana abajo.

Más tarde, por la noche, después de que Michael vuelva, empieza a llover. Primero cae una llovizna, pero el cielo no tarda en abrirse y las gotas no tardan en golpetear el techo y restallar contra los cristales de las ventanas. Recorro la casa a toda prisa para cerrar las ventanas antes de que los alféizares se empapen. Un aire caliente se filtra a través de las persianas del vestíbulo y llega hasta el porche trasero en esta noche de octubre, como si lo impulsara una tardía tormenta de verano, una de las que no llegaron a soltar su humedad en agosto. En la tierra seca, el agua irá directa a las alcantarillas, desperdiciada. Necesitamos que el agua se absorba, no un torrente. Al cabo de veinte minutos ha desaparecido, se ha desplazado al este, y solo quedan el sonido del goteo de las ramas y la oscuridad que brilla bajo la luz del porche.

En uno de los canales por cable están poniendo *Historias de Filadelfia*, que llevo años sin ver. Le pregunto a Michael si quiere verla conmigo pero dice que no, que sube al piso de arriba. Es una película de lo más placentera, tan llena de estilo y ligereza. Es imposible no animar al borracho de Cary Grant para que recupere a Hepburn. Están hechos el uno para la otra. La veo un rato, después otro, y enseguida me ha atrapado en su amable delirio. Ya es medianoche cuando termina. Mientras voy a la cama, veo por debajo de la puerta que Michael tiene la luz encendida. Pienso que es mejor dejarlo tranquilo, y eso hago; paso por delante sin darle las buenas noches, por si se

ha quedado dormido mientras leía.

Ya es de madrugada cuando me despierto sobresaltada al oír que llaman a mi puerta, que se abre; detrás está Michael, recortado contra el repentino resplandor de la bombilla del pasillo.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—No puedo respirar —dice—. Me ahogo.

La lámpara de mi mesilla de noche revela un gesto de terror absoluto en su rostro. Se acerca al pie de mi cama, abrazándose el pecho.

—¿Te estás ahogando?

—No, no, pero no puedo respirar, no puedo respirar.

—Bueno, siéntate —le pido. Cosa que hace, se sube al lado de mis piernas, mientras todo el torso le sube y le baja—. ¿Es el asma? ¿Tienes el inhalador?

—No estoy jadeando. Tengo que ir al hospital, tienes que llamar una ambulancia.

Salgo de la cama y me pongo la bata.

—No pasa nada —le aseguro—. Estás teniendo un ataque, ¿verdad? Estás preocupado. No pasa nada. No dejes de respirar. ¿Te has dado un baño? Te puedo preparar un baño.

—¡No! Tienes que llamar una ambulancia.

—¡Michael! Vamos, tranquilízate. No vamos a llamar una ambulancia en mitad de la noche. Podemos localizar al doctor Bennet por la mañana. No vas a ir al hospital.

Me mira como si lo estuviera dejando a merced de una tormenta. Pero, por amor de Dios, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Llevarlo en plena noche? ¿O tener sirenas y luces delante de casa a las cuatro de la mañana?

—Seguramente habrá por ahí una de esas pastillas que te duermen. Te la voy a buscar.

Dice que no con la cabeza; pocas veces lo he visto tan desesperado ni tan desgraciado.

—Ven —le digo, sentándome a su lado en la cama, tratando de abrazarlo, aunque tiene el cuerpo rígido como una tabla.

—¿No me vas a ayudar? —me pregunta.

—No estoy diciendo eso. Levántate. Vamos al piso de abajo.

Me sigue a la cocina. Enciendo las luces, lleno el hervidor de agua, saco el limón y la miel y, del armario del comedor, cojo el *whisky* escocés que nunca bebo.

—Algo me está aplastando —dice.

Saco una taza del estante de arriba del fregadero y preparo el ponche caliente.

—¿Por qué no llamas una ambulancia? —repite.

Le pongo la taza delante. Entonces me siento en la silla de al lado, me inclino y trato de abrazarlo, mientras escucho cómo me cuenta por qué la bebida no va a servir de nada. Le digo que se la vaya bebiendo de todos modos. Dice que se va a morir. Le aseguro que no. Acaba cogiendo la taza.

Necesita descansar. Muchísimo. Y yo también.

# Celia

---

Mientras volvíamos colina arriba, Paul iba por delante con Laura y el perro, y Kyle y yo seguíamos por detrás. El día era luminoso y claro. A través de los huecos de los cipreses se distinguía la boca de la bahía del Golden Gate, y, al otro lado del agua, las cuevas de las Marin Headlands. Unos pequeños veleros blancos cruzaban en zigzag el canal, y más cerca de la orilla remaban quienes iban en kayak; había mucha actividad en el agua en aquel domingo cálido y agradable.

Laura y Kyle habían llegado el viernes por la tarde de Los Ángeles. Los padres de ella se ocupaban de su pequeña de nueve meses, lo que les daba el primer fin de semana libre desde su nacimiento. Eran invitados agradecidos, que se conformaban con comer en un restaurante o ver una película. La visita también era buena para Paul. Eran sus amigos más antiguos, y una pareja que yo también conocía bien a estas alturas, tras las visitas mutuas, primero a Boulder y después al sur de California. Ayudaba que ninguno de los dos tuviera nada que ver con el mundo del cine independiente, lo que implicaba que Paul podía hablarles de las idas y venidas de su empleo intermitente sin tener que mostrarse siempre animado y rebosante de proyectos emocionantes. Cuando yo abrí mi consulta, él volvió a trabajar de guionista y de gerente de producción con el éxito suficiente para seguir haciéndolo, sin dejar de estar en un sector que no ofrecía ninguna seguridad. Delante de sus amigos de universidad, el peso de todo aquello se aligeraba.

—Siempre se me olvida lo bonito que es esto —dijo Kyle, haciendo una pausa en uno de los miradores que daban a los promontorios y al océano de detrás. En la década desde que lo conocía, su aspecto había cambiado poco. Todavía llevaba vaqueros raídos, una camiseta descolorida y una gorra de béisbol sobre la mata de pelo rubio oscuro, como si acabara de salir de la cama de una residencia universitaria, algo atontado pero de buen humor.

—Nosotros también vivimos en la costa, supongo, pero no lo parece —añadió.

Yo ya no me fijaba mucho en el paisaje. O, cuando lo hacía, era

fundamentalmente para preguntarme cuánto tiempo más podríamos permitirnos vivir en San Francisco. Lo frágil de nuestra estancia parecía el dato más acuciante. Pero al menos disfrutábamos más del aire libre. Este había sido uno de los motivos para tener perro, que esto nos obligase a dar los paseos que tanto nos habían gustado nada más llegar. En los ocho meses anteriores habíamos salido más de la ciudad, espoleados por los ruegos de Wendell, de lo que lo habíamos hecho en años. Nos sentaba bien a los tres. Eso me brindaba una relajación distinta de la obtenida con los *sprints*, y Paul volvía mucho más relajado a casa que cuando regresaba del gimnasio. Y con más ganas, según advertía yo, de mantener relaciones sexuales. Lo cual no solo era bueno para nuestra vida amorosa; aplacaba la inquietud, de la que nunca me había zafado del todo, de que algo faltaba entre nosotros. Una despreocupación ausente producto de una falta de confianza, pero esto no me agobiaba como antes. Aunque ahí seguía: la idea de que quizá no estaríamos siempre juntos. Y de que, si lo nuestro terminaba, sería yo quien le pusiera fin. Sabía que la cosa no era tan sencilla, y que esta idea cumplía un propósito, el de regular un miedo mío más antiguo y más básico: que un día Paul, como mi padre, desapareciera sin más. El sexo borraba estas abstracciones. Al menos durante un tiempo.

—¿Vosotros cómo estáis? —le pregunté a Kyle—. Desde que habéis sido padres.

—Bien —contestó—. Pensé que detestaría que los padres de Laura estuvieran tan cerca, pero la verdad es que es estupendo. Toda esa mentalidad tan alarmista, que el mundo está lleno de peligros, que Laura iba a abortar si salía a correr..., todo eso se les pasó en cuanto nació la niña y están mucho más cuerdos. Lo cual es bueno para nosotros. Estamos aquí, ¿no?

Más cuerdo. Eso era justo lo que yo pensaba de Kyle. Laura y él se habían casado pocos años después de licenciarse con Paul. Se habían instalado en Colorado porque a ambos les encantaba esquiar y el senderismo. Ella había ayudado a gestionar una panadería durante unos años, y él había retomado los estudios para aprender diseño de videojuegos, por lo que finalmente se habían instalado en Los Ángeles. Ahora trabajaba en una empresa en la que fumaba menos porros que la mayoría de sus colegas, y ganaba lo suficiente para que ella pudiera quedarse en casa, cosa que quería hacer, al menos una temporada. Paul me contaba que tenían sus más y sus menos, como todo el mundo, pero su forma de estar juntos en el mundo estaba tan llena de sosiego, parecía ser tan optimista, que yo no me los imaginaba separados. La noche

antes, en la cena, cuando Laura me había preguntado qué tal me iba la consulta, Kyle había escuchado mi respuesta como si yo fuera una zoóloga que describía el comportamiento de unos primates. Lo de la terapia ni se le pasaba por la cabeza; para él, existía en un universo paralelo. Quizá ese era uno de los motivos por el que me reía con él casi más que con cualquier otra persona. Él ni se planteaba las cosas que me preocupaban, y eso me brindaba un permiso lo bastante fuerte para olvidarme de ellas.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Sigues pensando en lo de los niños?

Parecía raro, viéndolo desde el presente, que nunca les hubiéramos hablado ni a Laura ni a él de mi aborto, teniendo en cuenta todos los fines de semana que habíamos pasado juntos a lo largo de los años y cuántas otras cosas de nuestra vida tendíamos a contarles. Paul y yo habíamos vuelto de las Navidades aquellas en Walcott, cuando lo de Bethany, discutiendo aún al respecto, no porque no coincidiéramos en lo que había que hacer, sino porque yo necesitaba que él reconociera, antes de llevarlo a cabo, la profundidad de la desigualdad que un fallo en la anticoncepción le había supuesto a mi cuerpo, comparado con el suyo. Sin embargo, pocas semanas después de la intervención, una especie de perdón mutuo zanjó el asunto, a lo que contribuyó que yo no se lo hubiera contado a casi nadie, al margen de Alec y un par de amigos. Ahora, cuando salía el tema de ser padres, normalmente porque otra pareja iba a tener un niño, fundamentalmente constituía una ocasión de recordarnos lo poco práctico que sería para nosotros. Y a mí me recordaba lo imposible que parecía que pudiera dedicar muchos más cuidados de los que ya dedicaba a aquellos que me rodeaban.

—Imagino que antes deberíamos plantearnos lo de casarnos —dije, para mi propia sorpresa.

—Eso no es imprescindible.

—No, pero a lo mejor nos sentaría bien, para aclarar las cosas.

Kyle dejó de mirar el agua para quedarse frente a mí con esa expresión amable y franca con la que siempre lo visualizaba, y que me parecía reconfortante pero también confusa, por la forma en que no ofrecía ningún problema al que agarrarse.

—No me quejo —añadí—. No es eso lo que quiero decir.

—Te puedes quejar de Paul todo lo que quieras. Llevas el tiempo suficiente con él. Le cambia el humor. Yo antes pensaba que iba a dejar de pasar tiempo conmigo porque me gusta el esquí y no leo lo suficiente. Pero es un tío leal.

—Tienes razón —dije, mientras tomábamos de nuevo el camino que llevaba al aparcamiento—. Lo es.

Al lado de la fuente que se alzaba delante del Museo Legión de Honor, Paul le estaba dando agua a Wendell con un platito que guardábamos en el maletero del coche. Laura estaba a su lado con el anorak, el pelo recogido en una coleta, contemplando con gesto satisfecho la ciudad y la bahía.

—¿No nos podemos quedar una semana? —preguntó mientras Kyle y yo nos acercábamos.

Aunque Laura siempre había mostrado la misma campechanía que su marido, a veces me preguntaba si esa despreocupación le costaba un mayor esfuerzo a ella, algo que había encontrado en Kyle y que imitaba con éxito, no algo con lo que hubiera nacido. Aunque en determinado momento aquello dejaba de importar. La imitación se convertía en la cosa en sí.

—Por nosotros no hay problema —dijo Paul.

Me agaché para recoger trozos de troncos y hierba del abrigo de Wendell. Era un perro cruzado y negro de tamaño medio, una mezcla de collie, y revoltoso como lo había sido Kelsey, lo cual estaba relacionado con el motivo por el que lo había elegido en la perrera: la alegría infrecuente que había sentido nada más verlo, un recuerdo sensorial de Kelsey en el jardín. Tenía el mismo talante entusiasta.

Tras dejar a Wendell instalado en el coche, los cuatro nos dirigimos al museo que se alzaba en medio del parque. Nunca me habían gustado los museos en domingo, imperaba en ellos un ambiente depresivo. Recuerdos de absurdas excursiones infantiles, mientras te mandaban guardar silencio y contemplar cosas aburridas y supuestamente importantes. La extraña soledad de estar junto a tu familia. Mi paciencia había sido propia de un santo comparada con la de mis hermanos, que no habían dejado de gimotear ni de hacer trastadas durante esos ejercicios obligatorios, como si ejecutasen números circenses. De adulta, por lo menos, me había desembarazado de la sensación de culpa que me invadía cuando no le dedicaba a todas y cada una de las obras un serio examen de dos minutos, y me permitía deambular con libertad.

Yo ya había recorrido la colección, y dejé que Paul guiase a Laura y Kyle mientras yo me paseaba por una exposición temporal de un artista alemán del siglo XVIII del que nunca había oído hablar. Empezaba con una sala de rimbombantes escenas bíblicas. Querubines suspendidos y vestidos

hinchados, un Cristo blanco como la leche en su tumba, rodeado de mujeres afligidas, Dios que flotaba en el cielo por encima de la Anunciación. Nada de aquello me atrajo. Cuando el teléfono me empezó a sonar, una dama mayor y acaudalada, la única visitante de la galería sin contarme a mí, me miró asqueada antes de volver a centrar la atención en un fraile que rezaba agachado.

En Massachusetts eran las tres. La tarde de domingo no solía ser uno de los muchos momentos en que Michael solía llamarme. Podía hacer lo que siempre había hecho hasta los siete u ocho meses anteriores. Dejar todo lo que estuviera haciendo y responder a la última emergencia. Reaccionar de otro modo me seguía pareciendo una crueldad. Pero en primavera había cogido un avión para ir a verlo al hospital, había anulado citas con pacientes que necesitaban sus horas conmigo y cuyos pagos yo necesitaba. Me había quedado dos días más para ayudar a mi madre en sus visitas diarias y había vuelto con un resfriado que me había durado semanas. Después de ese viaje, la forma en que siempre me había comportado con Michael cedió como un músculo agotado.

Se lo dije a mi terapeuta. Se lo dije a Paul, a Alec e incluso a mi madre. Les dije que yo no podía seguir haciendo aquello: hablar con él dos o tres veces por semana durante media hora, sobre él y solo él, un paciente en todo menos en el nombre, escuchar esas repeticiones agotadoras. Por mucho que entendiera, como él no dejaba de repetirme, que poder describir su estado en el momento le ayudaba a controlar el pánico mejor que cualquier medicamento.

No dejé de responder a sus llamadas, me limité a esperar unos días antes de hacerlo. Puse cierta distancia. Sabiendo perfectamente que estaba en el punto más bajo de su vida. Pero eso formaba parte del asunto. Lo extremo de su situación. ¿Dónde terminaba aquello? ¿Hasta dónde llegaría su nivel de necesidad? Por mucho que su suerte me hubiera resultado opresiva anteriormente, nunca había dejado de imaginar que no era responsabilidad mía. Animaba a mis pacientes a ver los límites de las obligaciones que tenían contraídas con los miembros de sus familias, pero yo no hacía lo mismo. También sabía perfectamente que hablar con él una vez a la semana o cada diez días aumentaba la carga para mi madre. Alec, que se había distanciado igual que yo, y más o menos en la misma época, que hablaba menos con Michael, lo entendía también. Habíamos llevado a cabo un gran esfuerzo para darle la oportunidad de que fuera a la facultad de doctorado. Pero solo había

servido para que volviera a nuestro lado, peor que antes. Nadie tenía capacidades infinitas. Lo afirmaba todas las semanas en mi consulta. Ahora me lo creía.

La siguiente galería estaba llena de cuadros de temas clásicos: dioses con túnicas y laureles dentro de una estampa del monte Parnaso; un Perseo casi desnudo guiando un caballo; una escena de la escuela de Atenas, en la que unos filósofos de ropajes de colores fuertes se inclinaban sobre libros y tablillas. Estuve contemplando distraída el último de esta serie, interesándome al menos por los colores intensos. La exposición no gozaba de la menor popularidad, ni siquiera en domingo, y yo entendía el motivo, viendo lo forzado de los temas y el estilo anticuado. Pero en ese momento a mí me bastó que no me exigiera nada.

Varios retratos de príncipes y aristócratas estaban colgados en la última sala, más pequeña. Hombres que lucían sedas brillantes y brocado con cuellos con volantes, y colgantes de adorno en el pecho. Imágenes halagadoras para los hombres que las habían encargado.

Me senté en un banco para descansar antes de volver a unirme a los otros.

El retrato de delante de mí ofrecía un aspecto distinto al resto: un hombre de cincuenta y pocos años, vestido con sencillez, con una chaqueta rojiza de cuello negro y sencillo, y un pañuelo marrón. El ondulado cabello negro le caía hasta los hombros, sin peluca ni broche de joyas que lo sujetara. En el fondo no se veían tapices ni muebles tapizados, solo un uniforme marrón grisáceo, que centraba toda la atención del espectador en la cara. Parecía ser obra de un artista completamente distinto. No debido a la gama cromática más oscura ni a la ausencia de ropas elegantes, y no porque en él se observase mayor grado de realismo. Era algo más inefable. Me daba la sensación de que esa persona había estado viva. No solo históricamente, como los otros personajes, sino desde el punto de vista de la experiencia. Había presenciado cosas que lo habían marcado, y que aparecían reflejadas en la imagen. «Desaliento», podría haberlo llamado, al ver el aspecto oscuro de los ojos y los labios que no sonreían, pero eso no bastaba. No había sido tan sencillo. «Atormentado», pensé, pero eso tampoco servía. «Invadido» lo describía mejor, alguien poseído por una idea que no era suya, una fuerza que no había elegido, algo que había soportado a lo largo de los años. Cuando me acerqué para estudiarlo mejor, leí en la cartela: «autorretrato».

La luz del cuadro caía sobre su frente ancha y por la nariz, y dejaba el lado derecho del rostro sumido en una sombra parcial. Tenía las cejas muy

levemente alzadas, no en un gesto de sorpresa sino de apertura. Como si la tensión de la impaciencia ya se le hubiera pasado. No era un hombre anciano, pero tampoco joven ya. Los ojos eran grandes, negros, de una tranquilidad extrema. Me observaban a mí y también contemplaban el pasado, se fijaban en aquello que lo había llevado a ese conocimiento tan poco sentimental de sí mismo. Una comprensión no eludida de las cosas tal cual eran. No traslucía miedo ni heroísmo.

Cuanto más tiempo observaba, más familiar me parecía: la frente, los labios carnosos, la papada. Sobre todo lo vi en la expresión, en el sello particular de un destino inevitable. Cierta esencia de mi padre impregnaba el cuadro, contemplándome y, aparentemente, a punto de hablar, las palabras ya formadas en la boca algo abierta del personaje. Ahora yo escuchaba tanto como miraba. Lo expresado no procedía de un movimiento de la imagen, como en una película, sino que se transmitía directamente de él a mí. Estábamos juntos de nuevo; los hechos, al fin, eran irrelevantes: que no lo hubiésemos salvado, que él no nos hubiese salvado a nosotros. Él sabía que aquello no había terminado, que aún pervivía en Michael. Yo no pude replicar nada. Su presencia era lo único que había.

Cruzamos el Presidio hasta llegar al puerto deportivo y encontramos un restaurante con mesas al aire libre; Kyle pidió una jarra de margarita. Me bebí una antes de que llegara la comida, y otra con ella. Al otro lado de la mesa, Kyle le pasó a Laura el brazo por los hombros y ella apoyó la cabeza en él mientras miraba el agua a través de las gafas de sol. Aparentemente contagiándose de ese estado de ánimo (el sol, las bebidas), Paul acercó su silla a la mía e hizo lo mismo; no solía tener en público este tipo de gestos, propios de parejas. Me dejé llevar un rato por ese momento agradable de estar los cuatro juntos, sin nada que hacer.

Después volvimos paseando por la calzada hasta el sendero que pasaba por la parte posterior de la playa. En esta ocasión, cuando sonó el teléfono, era Alec. Les dije a los demás que continuaran con Wendell.

—Hola —me dijo con voz tensa, con lo que captó de inmediato mi atención. Me contó que mamá lo había llamado esa mañana muy agitada, que había estado despierta en mitad de la noche con Michael, que este quería llamar una ambulancia, que ella lo había calmado—. ¿Y sabes qué más? —añadió—. Ha llamado a una agencia inmobiliaria de verdad. Está intentando vender la casa. Dice que no sabe qué otra cosa puede hacer.

No había espacio entre los acontecimientos y la forma en que Alec reaccionaba a ellos. Las dos cosas se fusionaban.

—Estás de acuerdo en que esto no puede pasar, ¿no? —añadió; parecía un jugador hasta el cuello y con malas cartas—. No podemos dejar que lo haga.

Se había producido un episodio. Por eso había llamado Michael. Y ahora la descarga de ansiedad que había soltado recorría todo el circuito familiar.

—Bueno —dije—, podrías empezar por separar tus preocupaciones económicas de las de mamá.

—Vaya. Pues muy bien. Imagino que puedes pagar tú su residencia de ancianos con tu fideicomiso. ¿Eres consciente de que trabajo en el sector de la prensa impresa? Del que, para que lo sepas, están a punto de echarme. Así que claro, podemos separar mis preocupaciones económicas, pero ¿crees de verdad que debería vender la casa para seguir manteniendo a Michael?

El dramaturgo de instituto que había en su interior estaba vivo y coleando. Por eso le había interesado la política en un principio, por la parte actoral y la retórica, una elaboración de ese entusiasmo infantil del que Michael y yo nos burlábamos. La profunda familiaridad de aquello eliminó la distancia telefónica. Era como si lo tuviera al lado.

—Tenemos que hablar con ella —dije—. Me lo acabas de contar. Aún no sé qué pensar.

—Vale. Habla con ella. Pero sabes tan bien como yo que el tema no está en la casa. La situación tiene que cambiar. Michael debe dejar la medicación. Es el único remedio. Tiene que volver a algún punto de partida, de lo contrario jamás se pondrá mejor, nunca va a poder cuidarse él solo. Con lo que toma se está yendo a pique.

Alec y yo ya habíamos discutido este tema, a veces con Michael. ¿Cuándo se había vuelto peor el peso de tantos medicamentos que aquello que se escondía por debajo? Yo no estaba en desacuerdo con Alec, en el sentido de que eso ya podía haber sucedido. Pero Michael nunca lo había visto así.

—Llevo pensando en esto todo el día —añadió Alec—. He llamado a Bill Mitchell...

—¿Bill Mitchell?

—Sí, por lo de la cabaña de Maine. Ni siquiera sé si la siguen teniendo, pero mamá me ha dado el número. Ha sido un poco raro, lógicamente, pero me la suda. Es un sitio al que ir. Creo que le ha sorprendido un poco que se lo pida, pero no le he dado todos los detalles. Se lo he presentado de forma menos cruda, más en plan *La montaña mágica*, pero lo ha pillado. Al

principio ha dudado, aunque al final ha dicho que el sitio nadie lo usa. La casa de la isla está cerrada, pero la cabaña sigue ahí. Y no le ha parecido mal. Solo me ha dicho que ponga propano antes de irnos.

—Que no le ha parecido mal ¿el qué? ¿De qué hablas?

Me había detenido en el camino y observaba cómo los tres, más Wendell, salían del sendero, entraban en la arena y se dirigían en diagonal al agua.

—Hablo de quitarle los medicamentos —dijo—. De ir allí con él. Sacarlo de su cuarto, de esa casa. Limpiarle el cerebro. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Cuál es la otra opción? ¿Dejar que mamá se arruine?

Yo ya había oído muchas de sus diatribas sobre nuestra madre y el dinero, pero esto era distinto. En su exasperación había un matiz tierno. Más que enfadado, parecía alterado.

—Además —continuó—, lo echo de menos. Como era antes. ¿Tú no?

—Eso no lo puedes hacer en un fin de semana —contesté—. No puedes quitárselo todo de golpe. Hace falta tiempo.

—Ya lo sé. Por eso hay que hacerlo pronto. Me van a dar un mes involuntario de vacaciones. Van a echar a la mitad de los reporteros. La verdad es que da miedo. Pero así tengo tiempo libre, además de todas las vacaciones que no he llegado a coger. ¿Cuándo voy a volver a disponer de tanto tiempo?

Una apuesta pareja con *shorts* de licra y camisetas sin manga a juego pasaron corriendo junto a mí, con los auriculares puestos, ni un pelo fuera de su sitio, los músculos tonificados y aceitosos. El tipo de personas a las que Michael, con toda su amargura, despreciaría.

—¿Y si él no quiere? —le pregunté, empezando a imaginármelo.

—Creo que una parte de él sí quiere, pero le da miedo.

Sabía a qué se refería. Y estaba en lo cierto. Lamenté no tener dinero para mandar a Michael a una clínica con unas instalaciones llenas de arbolado, enfermeras, masajes y yoga suave. El tipo de programa con el que a veces fantaseaba que mandaba a mis pacientes. Maine en temporada baja no tenía nada que ver con eso. Pero era una salida. Un paso al exterior de su vida inmediata, una forma de salir de la emergencia continua.

A lo mejor fue por la relajación de las copas de la comida, o el transcurso infrecuente del día, o incluso mis ganas en ese momento de volver junto a Paul, Kyle y Laura, que se habían enrollado los pantalones y jugaban en la parte poco profunda con el perro, pero algo me permitió imaginar que lo que Alec proponía realmente iba a suceder, y notar que eso supondría un alivio.

Esa noche, después de que extendiésemos el sofá para los invitados en el estudio de Paul y de que nos diéramos las buenas noches, los dos nos metimos en la cama y él se hizo un ovillo detrás de mí, su pecho contra mi espalda, acurrucándose de una forma que no solía.

—Se lo han pasado bien —dijo—. ¿No crees?

Apoyé el cuello en el hueco de su hombro e hice que me rodeara con los brazos.

—Está bien que hayan venido —dije—. Me gusta cómo estamos con ellos.

—¿A diferencia de cómo estamos sin ellos?

—Ya me entiendes —añadí, estrechándolo contra mí.

Wendell, hedonista sin el menor complejo, notó nuestro cariño desde el otro lado de la habitación y se acercó para recibir su parte. Subió a la cama e intentó meterse entre nosotros; nos echamos a reír y nos retorcimos para ahuyentarlo con las rodillas, pero logró superar nuestras defensas, poner las patas delanteras en la entrepierna de Paul y desplomarse encima de nosotros con un gemido. Finalmente, eligió un sitio a mi lado, donde podía acariciarle el costado, y entonces se tranquilizó.

—¿Tú siempre has creído que ibas a casarte? —le pregunté.

—¿A qué te refieres?

Esperé a que se pusiera boca arriba, pero no lo hizo.

—¿Nunca has dado por supuesto que es algo que te acabaría pasando?

—¿Me vas a proponer matrimonio?

—No te burles.

—No lo estoy haciendo —dijo, acariciándome el muslo con la mano.

—Sí que te burlas.

—Tú no quieres casarte —dijo—. Lo comentamos siempre que vamos a una boda, y tú hablas de las relaciones desastrosas de tus padres, y dices que todavía tenemos que trabajarnos ciertas cosas. Y luego vamos a pasar las Navidades con tu familia y Michael nos cita frases de Kafka sobre el matrimonio.

—¿Por eso nunca me lo has pedido?

—Menuda feminista estás tú hecha.

—No seas malo.

Me rozó el cuello con los labios y luego extendió el brazo por encima de mí para acariciar a Wendell en el hocico.

—Nunca he creído que fueras a decir que sí —prosiguió—. E imagino que

para mí no es tan importante como lo es para otros, del mismo modo que no lo es para ti.

—Te quiero —dije.

—Y yo. ¿Quieres que nos casemos?

—Estás de broma otra vez —dije.

Hundió más la cabeza en mi hombro, pegando la cara a mi espalda. Entonces, de forma casi inaudible, susurró:

—No, no lo estoy.

# Michael

---

## **PETICIÓN DE PERÍODO DE GRACIA**

Querido prestatario:

Si le está costando a usted efectuar los pagos de su préstamo y ha agotado todos los períodos de aplazamiento y buena voluntad, cabe la posibilidad de que encuentre usted cierto alivio en la solicitud de un período de gracia. En él, los pagos de su préstamo se retrasan temporalmente. Debe saber, no obstante, que los intereses no pagados serán capitalizados y se añadirán al total pendiente. Si en la actualidad lleva algún retraso, envíe este impreso lo antes posible, pero sepa que la recepción en sí no garantiza su aprobación.

### **Parte I. Prestatario**

**Solicito un período de gracia que cubra mi deuda pendiente de:**

68.281 dólares

### **Fecha de inicio:**

Hace doce años

### **Fecha de finalización:**

Cuando mueran mis descendientes

**Soy temporalmente incapaz de hacer frente a los pagos por los siguientes motivos:**

«Me enteré de que ese día había ocurrido una muerte que me causó gran consternación, la de Bergotte. Se sabía que llevaba mucho tiempo enfermo. No padecía, evidentemente, la enfermedad que había sufrido en un principio y que era natural. La naturaleza únicamente parece capaz de infligirnos enfermedades muy breves. Pero la medicina ha

desarrollado el arte de prolongarlas. Los remedios, la mejora que estos procuran, las recaídas que la temporal interrupción de estos provoca, crean un simulacro de enfermedad que el hábito del paciente acaba por estabilizar, por estilizar, lo mismo que los niños siguen tosiendo con regularidad y con accesos cuando ya están curados de la tos ferina. Las medicinas van produciendo menos efecto, se aumenta la dosis, y ya no hacen ningún bien, pero han comenzado a hacer mal gracias a esa indisposición duradera. La naturaleza no les hubiera permitido tan larga duración. Es una gran maravilla que la medicina, igualando casi a la naturaleza, pueda obligar a guardar cama, a seguir tomando, so pena de muerte, un medicamento. A partir de aquí, la enfermedad artificialmente injertada ha echado raíces, ha pasado a ser una enfermedad secundaria pero cierta, con la única diferencia de que las enfermedades naturales se curan, pero nunca las que crea la medicina, pues esta ignora el secreto de la curación.»

Marcel Proust, tomo V, *La prisionera*

### **Mi plan para la reanudación de los pagos consiste en lo siguiente:**

Como saben bien ustedes a partir de nuestra correspondencia, tras años de instrucción recibida en la década de 1990, el Departamento de Educación me seleccionó para que viajara en su primera Sonda Crediticia Estudiantil a Júpiter, convertido en uno de sus débitonautas. Viajamos durante años, atravesamos las nebulosas de las prácticas no remuneradas y el comercio, a través de la estela de un *boom* tecnológico en proceso de implosión, y continuamos por los anillos exteriores de la bancarrota, antes de llegar al fin a la superficie gaseosa del planeta. Nuestra esperanza consistía en establecer contacto con la colonia perdida de los empleados por debajo de sus capacidades. Lo que encontramos fue perturbador. En los primeros años, no habían perdido su campechanía, se habían apoyado en los consejos de los colegas y en un nostálgico relanzamiento de la cerveza enlatada estadounidense. Pero su tasa de natalidad había caído, y una persistente tormenta de ansiedad que se formó en el cambio de milenio aniquiló a todos los perezosos, su clase sacerdotal, con lo que se quedaron sin cosmología. Las esperanzas de llegar a abandonar el planeta habían disminuido, y la colonia pasó a llamarse Necios de las Humanidades. La mayor sorpresa, no obstante, nos la llevamos al ver cuánto pesaban. Esperábamos una dieta de burritos y helio. Para nuestra gran sorpresa, un proveedor, Eli Lilly, había

seguido en contacto por radio con ellos durante todo aquel período, y les habían enviado palés del atípico antipsicótico Zyprexa desde una estación de lanzamiento de Kazajistán. Los colonos llevaban años tomando este medicamento. Su peso medio había aumentado hasta los ciento veintisiete kilos. La diabetes y la disquinesia eran endémicas. Tal como me explicó una licenciada en Historia del Arte: «Cuando Cristo pidió agua en la cruz, le dieron vinagre». (Momento en que, tal como podría haber añadido, Cristo estiró la pata.) Aunque, tal como preguntó otro colono, ¿quién no querría engordar seriamente y tener un tic facial al envejecer sin pareja? Habló, he de confesar, con cierta rabia. Había sido delgado, e incluso en esa época le había costado considerarse atractivo. Ahora no parecía haber muchas esperanzas de que esto sucediera. Por lo visto, la empresa había empezado a aumentar los envíos poco antes de que llegara la fecha de caducidad de la patente. Sus representantes empezaron a presentárselo a los médicos como una cura heterodoxa de todo tipo de afecciones, desde la neurosis de guerra al tartamudeo, y los desastrosos efectos secundarios no se apreciaron hasta varios años después. Varios colonos quisieron unirse a la demanda colectiva, pero el tráfico de cohetes solo funcionaba en una dirección. Al empatizar con ellos como lo hacía, lamenté no poder hacer nada por ayudarlos, pero lo único que nos habían dado para repartir entre ellos eran los formularios de solicitud de aplazamiento, que enseguida se quemaron debido al calor. Cuando volví, seguía siendo el de siempre.

**Además de los préstamos arriba detallados, mis deudas también incluyen:**

El privilegio inalienable de mi raza frente a las víctimas del comercio de esclavos, una deuda cuya restitución ha resultado complicada de organizar, teniendo en cuenta el sinfín de aplazamientos producidos, cuando no han sido prórrogas, y el modo en que la sangre de la esclavitud tiende a perder densidad en las lágrimas de los progresistas.

**La suma total de mis bienes actuales asciende a:**

La certeza de que la violencia psicótica de hacer que los negros sean negros para que los blancos puedan ser blancos corre por mi cuerpo con la misma seguridad con que lo hace por los cuerpos de los carceleros y de los encarcelados.

## Parte II. Términos y condiciones

Entiendo que (1) vivo con mi madre; (2) que está a punto de vender su casa para pagar mis deudas; y (3) que mi petición de aplazamiento jamás se aprobará.

También entiendo que: (a) en el otoño de 1803, frente a la costa de Mozambique, una fragata portuguesa llamada el *Joaquín* metió a trescientos africanos raptados en la bodega y se dirigió al sur, hacia el cabo de Buena Esperanza. (b) Que pocos días después de la salida, las personas que estaban bajo cubierta empezaron a morir. Fallecieron lentamente al principio, al ritmo poco llamativo de una al día, pero, al cabo de un mes y medio, mientras el navío doblaba la punta del continente e iniciaba la travesía del Atlántico, las muertes se hicieron más frecuentes. A lo largo de los cuatro meses siguientes, los cautivos estuvieron maniatados en una oscuridad sin aire, apretujados unos contra otros sobre el lecho de sus propios excrementos, vómitos, pus y sangre, con los cuerpos resbaladizos por la mugre que se descomponía en el calor ecuatorial, mientras se despertaban encadenados a los cadáveres de desconocidos o padres o hijos, que los miembros de la tripulación finalmente se llevaban y tiraban por la borda, para los tiburones que los seguían. (c) Que cuando el *Joaquín* llegó al puerto español de Montevideo, doscientos setenta de los trescientos iniciales habían muerto. Por miedo al contagio, el médico de la ciudad ordenó al navío que volviera a hacerse a la mar. Como soplabla una tormenta procedente de las pampas, al principio, el capitán se negó. Sin embargo, cuando el práctico del puerto lo amenazó con arrestarlo y embargar el navío, cedió y se dirigió a mar abierto. Unos vientos feroces no tardaron en destrozar los tres mástiles de la fragata, y el barco estuvo a punto de naufragar. Tratando de volver a llevarlo a puerto, se quedó varado en la zona poco profunda del Río de la Plata, donde estuvo varias semanas más mientras su suerte se decidía. (d) Que el comerciante español que era el dueño de la embarcación decidió subastar a los supervivientes para compensar las pérdidas, demandó al médico del puerto por incompetencia y exigió que le permitieran descargar la mercancía. Para resolver el conflicto, los oficiales de la ciudad organizaron una comisión de investigación y nombraron a cinco médicos que tenían experiencia en el tratamiento de esclavos enfermos. (e) Que, al observar que ninguno de los oficiales ni los marineros del *Joaquín* había muerto, la comisión llegó a la conclusión, para sorpresa de casi todos, de que los esclavos no habían muerto de infección, sino de deshidratación y

de lo que los doctores denominaron «melancolía». En palabras de Carlos Joseph Guezzi, un médico suizo-italiano, la pérdida de sus casas y sus familias, junto a las condiciones de la travesía, les habían producido una «indiferencia vital absoluta», un «cisma», que resultaba en «un abandono del yo». (f) Que, como se consideró que esta afección no era contagiosa, al mercader le permitieron trasladar a los esclavos a tierra firme y venderlos en el mercado libre. Y, finalmente (g) que, durante la travesía, se oyó con frecuencia que los cautivos del *Joaquín* cantaban.

En último lugar, declaro por la presente que no pretendo saber con ninguna clase de certeza por qué vuelvo continuamente a estas escenas, por qué sigo imaginando a estos hombres, mujeres y niños encadenados en la oscuridad oscilante. Aunque sería lo más comprensible, incluso tolerable, atribuirlo al robo de cuatrocientos años de trabajo, a los beneficios del comercio que se extiende mediante una sucesión empresarial hasta llegar al banco que me prestó el dinero para estudiar la historia de su propio barbarismo, no son los razonamientos económicos ni la justicia pública los que no me dan tregua. Son los cuerpos debilitados, los llantos de los agonizantes, las cubiertas empapadas de sangre, ese carnaval de maldad lo que trato de derrotar todas las mañanas con la medicación. La verdad es que, cuando leí la historia del *Joaquín*, me sentí comprendido. No en un sentido literal (comparar mis miedos con los suyos sería grotesco), sino en el terror incesante, en ese cisma de la mente. Por eso sé ahora que las generaciones muertas no se transmiten como un fantasma por unas nítidas líneas raciales, si es que tal cosa existe. La psicosis se comparte. Yo nací en la fantasía de su supremacía. Otros nacen en el coste de esa fantasía. Pero la fuente de la violencia es la misma. El trabajo que llevo a cabo no lo hago por nadie más que por mí.

# Alec

---

La cabaña de los Mitchell daba a un brazo de mar situado al final de St. George, un kilómetro después de Port Clyde, el último pueblo de la península. A mi hermano le parecía increíble que me hubiese acordado de cómo llegar sin mapa: hasta la iglesia baptista, después por la pequeña carretera que bordeaba la costa, que bajaba junto a una playa de rocas y que después volvía a un terreno más elevado, donde las casas empezaban a escasear.

No era el azul lo que yo recordaba, sino un gris claro con un borde blanco. El resto presentaba más o menos el aspecto con que lo imaginaba: el jardín en cuesta, ahora cubierto de nieve, el montón de rocas junto al camino, la rampa de aluminio que daba al pequeño muelle, el mástil y los arbustos de arándanos.

Al otro lado de la calle, subiendo aún más la cuesta desde la orilla, había una casa blanca de estilo Cabo Cod con un montón de langostas en el jardín. Se veían algunas casas más a lo lejos, antes de que la carretera desapareciera en el bosque.

En la luz que se apagaba rápidamente llevamos a la cocina la comida que hemos comprado en el trayecto, junto al equipaje. Michael se quedó en medio de la sala, estrechando la bolsa de mensajero contra el pecho, mientras yo buscaba las llaves para abrir el agua y el gas. Cuando volví no se había movido, como si hubiéramos ido a hacer un recado, a dejar unas cuantas cosas, y fuéramos a regresar al coche. Dio la impresión de que pedirle que guardara la comida en el frigorífico rompió el hechizo, y sacó las cosas de las bolsas mientras yo cogía leña del cobertizo.

—¿Sabes encender un fuego?

—Sí, y tú también. Lo has hecho cientos de veces.

—Ah, ¿sí?

Durante el viaje yo había hecho alguna referencia de pasada a cierto momento del futuro en que nos quedaríamos solos los tres, cuando mamá ya no estuviera, y él me había mirado anonadado, como si la idea de sobrevivirla

nunca se le hubiera pasado por la cabeza. Estuve a punto de parar el coche para gritarle por estar tan ido, por aferrarse a una visión de la realidad tan distorsionada, pero no quería empezar así las cosas y me mordí la lengua, igual que ahora.

Por lo que se apreciaba, no habían renovado la cabaña, solo estaba bien cuidada. Los suelos de madera oscura eran desiguales pero estaban pulidos; los antiguos muebles de dibujos florales los habían cambiado por otros macizos, de color blanco y marrón claro. En las estanterías de ambos lados de la chimenea se veían fotografías de la familia Mitchell: sus dos hijas a la edad que tenían la primera vez que habíamos venido, en bañador y con flotador, con los ojos entrecerrados por el sol, y después de adolescentes y de adultas con novios o maridos.

Le dije a Michael que se quedara el más grande de los dormitorios abuhardillados del piso superior, el que habían ocupado papá y mamá, para que tuviera más espacio; yo dije que le desharía el equipaje para que nos instalásemos.

A lo largo de las semanas anteriores, Michael había accedido, con desgana, a probar lo que le había propuesto, pero puso el límite en lo de dejar el Klonopin, dijo que no tomaría nada más al margen de eso. Caleigh lo había animado, lo que había servido de ayuda. Lo mismo había hecho mi madre, quien, más que nadie, quería que aquello funcionase, pero que también temía lo difícil que le iba a resultar a Michael. Había hecho galletas de jengibre para el viaje, y nos había despedido con manzanas, mantequilla de cacahuete y una bolsa de las patatas fritas preferidas de mi hermano, que se terminó con una cerveza mientras yo nos preparaba la cena.

La noche anterior, Seth y yo habíamos tenido nuestra primera pelea seria. Llevábamos juntos un año y medio y, a lo largo de ese tiempo, siempre habíamos sido corteses con el otro, habíamos procurado no ofender ni molestar. Aquello parecía fundamentalmente un cuidado mutuo, un deseo de proteger lo que habíamos iniciado.

Él había soportado todos mis viajes, hasta el espantoso final de las elecciones. Yo pasaba semanas fuera y él no se quejaba. Y, cuando él tenía que trabajar en algún proyecto en los fines de semana en que yo sí estaba, yo nunca se lo reprochaba. Incluso le vio el lado bueno a la noticia de que me hubieran echado de la revista, e insinuó que deberíamos plantearnos vivir juntos. Cuando mi madre me llamó y me habló de la agencia inmobiliaria y del contrato con dicha agencia, y yo le había dicho a Seth casi justo después

de colgar con ella que tenía que irme, me dijo: «Claro, lo entiendo».

Sin embargo, cuando estaba cogiendo mis cosas en el apartamento, preparándome para marcharme de nuevo, y le pregunté si me hacía el favor de reservarme por internet un billete para el tren a Boston, levantó la vista del ordenador con cara de incredulidad.

En un tono que nunca le había oído hasta entonces, me preguntó:

—¿Tienes la menor idea de cuántas veces has dicho esta semana que íbamos a hacer un viaje juntos? Cuando al fin terminases. ¿Acaso te importa que vas a dedicarle prácticamente todo tu tiempo libre a Michael, y a mí nada?

—¿Crees que debería anularlo? —le pregunté—. ¿Después de haber conseguido el sitio y de convencerlo para que lo hiciera?

Cerró el ordenador de un golpe y se dirigió al dormitorio. Pero lo seguí, exigiendo una respuesta.

—¿De verdad piensas eso? ¿Que debería llamar a Michael y decirle que he decidido irme de vacaciones con mi novio?

—Dios no lo quiera —replicó—. Pero no te preocupes, ya lo pilló: nadie tiene problemas más importantes que los tuyos. Eso lo has dejado claro. Y ahora te vas al bosque, en plan Robert Bly, para salvarlo tú solo. No eres tan listo como te crees.

Después, en el baño, mientras nos pasábamos la pasta de dientes, nos volvimos a acercar el uno al otro. Después de apagar las luces, sin decir ni una palabra, me folló muy fuerte, pues los dos sabíamos que no estaría bien que nos separásemos durante tanto tiempo sin tocarnos. Por la mañana prometí llamarlo.

Como sospechaba, en la cabaña no había cobertura. Pero los Mitchell tenían una línea fija que funcionaba, a la que mi madre nos llamó después de la cena, para decirnos que solo quería cerciorarse de que habíamos llegado bien y de que la calefacción funcionaba. Habló poco rato con Michael y luego nos deseó buenas noches.

Junto con el montón de libros que había metido en la bolsa de mensajero, Michael había traído unos cuantos DVD. Vimos dos episodios de 24, una distracción que agradecí. Él ya no tenía paciencia para nada que fuese más lento que una película de Bruce Willis. Tenía que haber acción: persecuciones de coches, guerras galácticas, asesinatos de mafiosos. Afortunadamente, al lado del supermercado de la autopista 1 yo había visto

un sitio en el que aún alquilaban vídeos, y sabía que no nos quedaríamos sin existencias.

Antes de irme a la cama le dije que deberíamos hacer lo que habíamos hablado. Subió al piso superior y volvió con el neceser al sofá del salón, donde estuvo rebuscando en su interior; sacó frascos de medicamentos con receta de color naranja y, con ellos, formó una fila en la mesita en lo que pareció un acto de resignación decidida. En total dejó cinco, y también un bote de té de *kratom*.

Durante años había estado empeñado, como un niño, en que algún día un médico le recetaría una pastilla que le procuraría el mismo alivio que había vivido la primera vez que se había drogado. Lo habíamos regañado por creer eso, por buscar una solución tan puramente externa, y, sin embargo, nosotros nunca habíamos dejado de anhelar lo mismo, tanto por su bien como por el nuestro. Lograr que el problema desapareciera sin más. Esa fantasía había terminado. Ese remedio no existía. Todas las terapias, todos los medicamentos, toda la ayuda que habíamos brindado..., nada había funcionado. Así que ahora no quedaba otra solución. Tenía que ser capaz de cuidar de sí mismo. Tenía que mejorar. Cuando mi madre había llamado en ese domingo del mes anterior y me había dicho que debía vender la casa, tendría que haber sabido que yo no iba a permitirselo. Contármelo equivalía a decirme que quería que se lo impidieran. Así que se lo había impedido.

—Es lo que te conviene —le dije mientras cogía los frascos con las dos manos.

—No estoy seguro —dijo—. No estoy seguro.

Durante los dos primeros días lo más complicado para los dos fue no tener internet. Yo llevaba años sin carecer de acceso a internet durante tanto tiempo. Lo mismo le pasaba a Michael. La ausencia de distracciones nos causó irritación y aburrimiento. Pero eso formaba parte del motivo por el que yo había querido ir, desengancharlo de esa semiestimulación continua y acuciante que solo le fomentaba la ansiedad. Ayudarlo a que volviera a una especie de presente.

Después del sinfín de horas que yo le había dedicado a analizar datos y chismes de campaña, a buscar detalles relevantes en todo ese torrente de información basura, yo también quería limpiarme de todo eso. Aun así, en las dos primeras tardes no pude evitar acercarme al punto de la carretera en el que había cobertura y quedarme ahí, temblando, mientras los titulares se iban

cargando. Michael se había llevado su portátil, pero, sin nuevos mensajes ni actualizaciones de sus muchísimas listas de distribución de los que estar pendiente, ni se molestaba en abrirlo.

En la tercera mañana me levanté más descansado de lo que había estado en mucho tiempo. Michael aún no se había movido. Me vestí y salí al jardín, al aire helado; bajé paseando al muelle de la dársena desde la que solíamos salir hacia la isla.

Detrás de los pocos barcos que aún seguían anclados, un banco de niebla iba entrando desde el mar. Observé cómo cubría lentamente la punta de tierra situada en la boca de la ensenada, tapando los abetos y la orilla de granito, y después todo el extremo de la bahía, cubriendo los afloramientos de rocas donde había percebes, donde se posaban los cormoranes y donde las focas se tumbaban en verano, y se iba acercando lentamente a mí, sobre el agua, hasta que vi que no era niebla sino nieve, unos copos que caían gruesos y mudos de la nube que todo lo envolvía; y recordé que era igual cuando veníamos de niños, cuando veíamos que un fenómeno meteorológico se acercaba desde lejos, una tormenta en el horizonte, la lluvia que arreciaba mientras se aproximaba como una cortina por encima del agua, y que aquello me causaba una gran emoción, esa enormidad y esa potencia, lo ajenos que le resultábamos. Ahora volví a percibir esa idea, ese estado de estar completamente abierto al tiempo, no como una cosa que utilizar o malgastar, sino como un movimiento en sí, una totalidad invisible que se manifestaba gracias al movimiento del mundo.

Cuando la nieve llegó adonde yo estaba, ya no veía más allá de veinte metros; las rocas, el agua y los barcos habían desaparecido. Al volver a la cabaña vi mi móvil en la encimera, lo apagué y lo metí en un cajón de la cocina.

Después de desayunar con Michael, lo obligué a recorrer conmigo el kilómetro que había hasta la tienda. Esto se convirtió en una rutina para nosotros, a la que él accedió de mejor grado cuando supo que vendían donuts. Por las tardes pasábamos más tiempo del necesario por la autopista 1, reponiendo existencias y revisando todos los pasillos del videoclub; por las noches veíamos una película de acción tras otra. Aun así, nos quedaban muchas horas ociosas, y, cuando a Michael empezó a costarle dormir, en lo que parecía la primera señal del síndrome de abstinencia, esas horas empezaron a resultarle agobiantes.

—¿Cuándo va a dejar de hacer eso? —me preguntó a última hora de una

tarde, a finales de nuestra primera semana, mientras estaba al lado de la ventana del comedor y miraba a través de la media cortina de brocado.

El langostero del otro lado de la calle se había pasado toda la mañana cortando leña en su jardín. Lo hacía a un ritmo metódico; cada interrupción era lo bastante larga para que creyeras que ya había terminado. Hasta que oías otro hachazo y cómo se partía un tronco.

—Cuando termine, imagino.

—¿Cuántos años crees que tiene?

Una pregunta con trampa, viniendo de Michael, que se consideraba viejísimo. Había empezado a decir que estaba en «la última etapa» de su vida. Algo absurdo en el caso de un hombre de treinta y siete años; gracioso, incluso, si lo dice una persona que está llegando a la madurez; pero no lo era tal como él lo decía, con una sombría convicción.

En lo referente al tipo del otro lado de la calle, me había fijado en él unas cuantas veces, cuando volvía a su casa a última hora de la tarde, y había observado cómo cambiaba las langosteras rotas de la plataforma del camión y las sustituía por otras del montón que tenía en el jardín. Era hijo de un pescador, no el padre. De unos treinta años, con una constitución que se le notaba a través de las camisetas térmicas de trabajo y un pelo rapado rubio oscuro. Como no estaba Seth ni tenía pornografía, la noche anterior había cerrado los ojos y había imaginado que me agachaba delante de él, sobre el capó de su Ford.

—No sé..., ¿cuarenta? —dije, por echarle una mano a Michael.

—No, no. Tan mayor no.

—¿Treinta y ocho?

Michael negó con la cabeza desdeñosamente.

—Yo siempre me imaginaba más joven que los hombres como él. Igual que te imaginas más joven que tu dentista. Pero ya no lo soy. Está casado con la mujer esa que vive en Bronco, que podría tener veintimuchos años. Viven en esa casa. Es increíble.

—Pero si es una casa bastante normalita.

—No hablo del edificio. Lo que quiero decir es que vive en este vórtice polar, únicamente rodeado de ciervos y de unas pocas personas blancas, y ha encontrado a una mujer sexualmente atractiva con la que convivir todo el año. Me deja perplejo.

No pude evitar sonreír. Había recuperado su voz. Su velocidad, su agudeza. Él no se había dado cuenta. Pero su vacilante olvido había

desaparecido. Casi hablaba como siempre. Incluso daba la impresión de que el color le había vuelto al rostro.

—Eso sí, me gusta la pegatina que lleva en el parachoques. «Si lo llaman “temporada de turistas”, ¿por qué no podemos pegarles tiros?» Qué buena idea. Seguro que se pasa los ratos libres luchando por el desarrollo del estado del bienestar, que es lo suyo. Eso sí, ojalá dejase ya esas labores manuales. El ruido es espantoso.

Volvió a pasearse por el salón, donde yo leía un ejemplar atrasado de *Vanity Fair*, y paseó la vista por la estancia como si buscara intrusos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Fatal.

Como no contábamos con el *spa* de una clínica privada para rebajar la tensión, empecé a llevarlo a un gimnasio que había visto un poco más atrás del supermercado. Ocupaba un antiguo concesionario de coches, tres paredes de cristal y un fondo de hormigón que contenía una pequeña extensión de máquinas Nautilus de segunda mano. Allí, en temporada baja, era lo máximo que íbamos a aproximarnos a cualquier tipo de régimen que no solo incluyera la televisión.

Al estudiar la escena en nuestra primera visita (una mujer con un chándal de felpa que leía el *US Weekly* en un Stair Master, y una flaca adolescente que deambulaba en torno a las pesas libres), Michael preguntó:

—¿Y dónde están todas las musculocas?

A través de la música, él había aprendido lo que era la cultura gay mucho antes que yo. Puede que a mí se me escapara el significado de los Village People cuando era pequeño, pero a él no se le había escapado. No había retrasado hablarle de mi homosexualidad por miedo a que me rechazara. En todo caso, él consideraba que ser gay era un punto a mi favor, algo que me situaba un paso más allá del trono del patriarcado al que él también había renunciado en la práctica. Solo que no me había apetecido lidiar con lo incómodo de hablar de sexo con mi hermano.

En esa época él siempre iba hecho un pincel. Esas camisas inglesas de diseñador suyas, los pantalones de tobillos estrechos, las chaquetas oscuras que tan bien le sentaban, como si fuera un joven Jeremy Irons con un estilo *new wave* perfecto. Después de que volviera de Londres, yo nunca había podido estar a su altura.

Ahora estaba en la cinta de correr con unos viejos *shorts* de deportes y una

camiseta de cuello en uve con manchas en las axilas, agotado por lo mucho que había engordado. A mí no me había transmitido ninguna queja sobre su peso, solo comentaba, como nunca lo había hecho hasta entonces, lo delgado que estaba yo, y notaba cómo le avergonzaba haber tenido un tipo de cuerpo toda la vida, cómo le preocupaba estar demasiado delgado, y ahora, de repente, tener otro, corpulento no por el músculo sino por la grasa. Había algo perverso en ello. Ver cómo luchaba sobre la máquina era como verme envejecer a mí de modo enfermizo. Pero al menos en ese sitio podíamos quemar algunas calorías y pasar otra hora de los días, por lo demás, vacíos.

Michael, sin embargo, estaba convencido de que sus sesiones de entrenamiento no le servían para nada.

—No —dijo rotundamente cuando le pregunté, al volver de una de nuestras excursiones, si se sentía un poco más relajado.

—Vale —dije—. Pero también es cierto que solo te estás tomando una pastilla, no seis. Y que no te estás tomando el té ese. La verdad es que estás mejor que cuando llegamos. Más vivo.

—Es posible. No sé. Todo se tambalea.

—Pues claro. Te estás despertando.

—Ya sabes que no es tan sencillo. Esto no cambia mi situación.

—Ahora mismo no hace falta que pienses en eso. Vamos a olvidarlo una temporada. Verás las cosas distintas cuando tengas la cabeza más clara. Por eso creo que también deberías dejar el Klonopin.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—No es lo que hemos acordado.

—Pero es lo que quieres, en resumidas cuentas, ¿no? Tú mismo lo has dicho.

—Dejarlo es lo que me llevó al hospital.

—En esa época estabas solo. Ahora no.

Estábamos haciendo lo que había que hacer. Tenía que quitarse la última venda. Como había dicho Celia, los sedantes le erigían un muro en torno a sus emociones. Y, cuanto más altos eran esos muros, más miedo le daba aquello de lo que lo protegían.

Pero en ese momento no insistí en esa idea. Tenía que dejar que la asimilase. Esperé, pues, a que estuviéramos cenando esa noche.

—Tardaría meses —me dijo.

—Entiendo que te asuste la idea de dejar de tomar ese medicamento en

concreto.

—No es la idea, es la química.

Cuando llegamos, ni siquiera habría sido capaz de planteárselo. Pero ahí estaba, planteándose.

—¿Te encuentras mejor ahora que el primer día que lo tomaste?

—Claro que no. —Tenía la cara rígida por la aprensión. Pero se veía una súplica en su mirada—. ¿De verdad crees que podría?

—Sí. Creo que puedes.

Nos había comprado helado de postre. Nos lo comimos mientras veíamos *El caso Bourne*. En la última secuencia, Matt Damon perseguía a unos francotiradores en los campos y los bosques de alrededor de la casa de campo a la que había huido con la mujer de *Corre, Lola, corre*. Los Mitchell habían instalado un televisor de plasma con unos altavoces estupendos, y el chasquido del rifle mientras Matt Damon les disparaba tiros a sus agresores nos gustó a los dos. Michael hasta sonrió.

A la mañana siguiente me preguntó si tirábamos el alcohol que había en la casa. Le daba miedo recurrir a él si trataba de prescindir del último medicamento.

Sin contestar, saqué del frigorífico toda la cerveza y todo el vino que habíamos llevado y vacié las botellas en el fregadero mientras él miraba. Las enjuagué y las saqué a los cubos; luego encontré una caja de cartón, metí en ella el contenido del armario de las bebidas de los Mitchell y la llevé también al fregadero. Estaba a punto de verterlas por el desagüe cuando se me ocurrió que seguramente costaría varios cientos de dólares sustituir todo ese alcohol. Michael seguía ante la mesa de la cocina, observándome.

—Ya me ocupo yo de lo que queda —dije—. Tú ve a escuchar música. No lo has estado haciendo mucho.

Esperé hasta que oí cómo abría el portátil, y después el sonido metálico de los sintetizadores que salía de los auriculares. Entonces llevé la caja de botellas al cobertizo y la dejé detrás de unas tumbonas plegadas.

—Ya está —anuncié al volver—. Ahora, dame las pastillas.

—Ya sabes que las tomo por algo —dijo—. No soy adicto. No es que antes estuviera bien.

—Ya lo sé.

—Lo mío es una enfermedad —añadió—. No lo finjo.

—Nunca he dicho que lo hagas.

—El doctor Bennet cree que me podrían declarar una discapacidad. Que no lo apoya en la mayoría de sus pacientes, pero que en mi caso sí, por lo grave que es mi estado.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que se convierta en algo permanente? ¿Que te den un subsidio? Si era lo que querías, ¿para qué venir hasta aquí? Si es lo mismo que la insulina para un diabético, ¿por qué has accedido a venir?

—Me dijiste que tenía que hacerlo.

—No, te lo propuse. Y tú accediste.

—Tú no quieres que mamá venda la casa. Crees que debería dejar de mantenerme.

—Eso es verdad. Pero ¿de verdad crees que no quiero ayudarte? Siempre dices que hablar de la ansiedad la mitiga, y que por eso hablas tanto por teléfono con Caleigh. Bueno, pues aquí estoy. No te hace falta teléfono, puedes hablar todo lo que quieras. No me voy a mover de aquí.

Michael hacía todo lo posible por creerme.

Mi madre me había prometido que no llamaría con demasiada frecuencia, pero cuando sonó el teléfono supe que era ella.

—Ahí hace pero que mucho frío —dijo—. Y esta noche os van a caer diez centímetros más de nieve.

Fuera donde fuera yo, ella siempre conocía el clima mejor.

—Hoy os voy a mandar por correo pan de arándano, y también voy a meter salsa de arándano. Ya sé que me has dicho que no ibais a preparar toda una cena de Acción de Gracias, pero por si acaso. A lo mejor cambias de idea. ¿Cuánto tiempo más crees que estaréis?

Quería que le asegurase que Michael estaba bien. Con independencia del contenido de las preguntas, esa era la intención. Le dije, como había hecho desde el principio, que no sabía cuánto tiempo iba a tardar la cosa, pero que mandase el paquete sin problema.

Michael estuvo hablando más rato con ella, contándole lo mal que dormía y describiéndole sus náuseas matutinas, pero pidiéndole que no se preocupara. Había sido más independiente de ella con diecinueve años, cuando vivía en Gran Bretaña, que en cualquier otro momento desde entonces. Contarle a mi madre todos y cada uno de los pasos no iba a ayudar, pero no podía controlarlos a ambos.

Esa noche, antes de que Michael se fuera a la cama, le di tres cuartas partes de su dosis habitual de Klonopin, que consistía en dos pastillas. Sabía que

este medicamento era distinto, que dejarlo demasiado deprisa podía ser peligroso. Hacía falta tiempo. Pero no disponíamos de meses por delante, lo que implicaba que teníamos que esforzarnos todo lo posible.

—Si necesitas despertarme, no pasa nada —le dije—. Llama a mi puerta.

Se tragó un comprimido y medio delante de mí y se puso la mano abierta delante del esternón, como vigilándose la respiración.

Yo esperaba a medias que se rebelase enseguida y que me pidiera que le devolviese las pastillas, pero esa noche no durmió peor, ni en las siguientes, hasta el final de la segunda semana en la cabaña, así que accedió con desgana a mi sugerencia de que eliminásemos también la dosis de la mañana. Yo guardaba el frasco en mi habitación y le suministraba los comprimidos como si fuese una enfermera.

Cuando yo viajaba, normalmente Seth y yo hablábamos todas las noches, pero hasta entonces solo lo había llamado dos veces, cosa que lo había cabreado. Sin embargo, teniendo en cuenta cómo nos habíamos separado, no iba a darme la satisfacción de mostrármelo. La tercera vez que lo llamé, la noche antes de que se dirigiera a Denver a pasar Acción de Gracias, estuvo tan distante como siempre, me hizo preguntas educadas y escuchó mis educadas respuestas. Sin embargo, este breve contacto con él bastaba para sacarme de quicio. Nos había recluso a Michael y a mí por un motivo. Había que hacerlo así.

—Necesito tiempo, nada más —le dije—. Esto no va a durar para siempre.

—Eres tú el que ha llamado —replicó.

—Quiero irme contigo, y quiero conocer a tu familia. Pero antes tengo que hacer esto.

—Ya lo sé.

No podía echarle en cara su tono inexpresivo, ni su decepción. Le pregunté por su semana, como era de esperar, y quién más iba a ir a pasar las vacaciones, pero cuando la conversación se fue apagando ninguno de los dos trató de revivirla.

Esa noche oí que Michael se levantaba varias veces para ir al baño y, cuando fui yo, había luz por debajo de su puerta. Tenía que haberme oído, saber que estaba despierto, pero no me llamó y yo tampoco le toqué a la puerta. A la mañana siguiente estaba sumido en el pánico. Apenas había dormido y decía que el corazón le latía a mil por hora.

—Tienes que darme las pastillas —me dijo.

No le grité, no le dije que se estaba poniendo irracional, me limité a

asegurarle que el principio sería lo más complicado, mentalmente, y que, si no dormía de noche, podía echarse de día todas las cabezadas que quisiera. Pero no me escuchaba. Estaba demasiado centrado en sí mismo. Le alargué su abrigo y le pedí que saliera inmediatamente de la cabaña conmigo, antes del desayuno, pues sabía que el frío al menos lo distraería.

Fue en ese paseo cuando advertí que ya no tenía que aflojar el paso para que no se quedara atrás. Era a mí a quien me costaba seguirle el ritmo.

El supermercado no había cambiado. Era un sitio que parecía un cobertizo, con corrientes, techos altos y suelos que crujían, erigido frente al embarcadero. Cerca estaba el muelle en el que amarrábamos el bote para comprar gasolina y suministros antes de zarpar a la isla, y, delante, un malecón en el que los langosteros guardaban los esquifes. Lo que había desaparecido eran la cafetería y el restaurante de pescado frito de al lado, sustituidos por un restaurante más caro que se anunciaba como «La auténtica experiencia de Maine», cerrado hasta la primavera.

Nos compré café y donuts y propuse que nos los tomásemos en el mostrador. Cuanto más tiempo pasáramos fuera, mejor. Al terminar, lo convencí para que me acompañara a dar un paseo por delante del muelle y hasta el otro extremo del pueblo; de ahí salimos al camino que lleva a la punta, con el memorial de guerra y la placa dedicada a los pescadores muertos en el mar. En el lado no protegido de esa lengua de tierra, la marea se había llevado la nieve de las rocas, dejando franjas visibles de algas de color gris verdoso.

De pie en medio del viento, contemplando el agua helada, pensé: «Esto es absurdo, que estemos aquí solos con este frío. Es un disparate romántico. Seguramente estoy a punto de perder el trabajo. Tengo que volver a la ciudad a buscar otro. Y, si me quedo sin empleo, ¿cuánto tardaré en perder el apartamento? ¿Y luego qué? ¿Instalarme a la fuerza con Seth antes de que sea el momento? ¿De qué sirve todo esto si voy a acabar hundido en la miseria?».

—Aquí hicimos un pícnic —dijo Michael—. ¿Te acuerdas? Kelsey mató una gaviota coja. Se la cargó. Qué raro. Este es el primer sitio de por aquí que reconozco.

—¿Que mató una gaviota?

—Bueno, papá le retorció el pescuezo cuando ella la dejó, pero creo que ya estaba más que muerta. Celia se opuso por cuestiones de procedimiento: no la habíamos llevado a un veterinario. Fue aquí mismo, desde luego. La verdad es que lo veo con una nitidez insuperable, como si hubiera pasado

hace un minuto. Casi lo puedo oír. A lo mejor tomar alucinógenos se parece a esto.

—No, eso es distinto.

—¿Los has probado?

—En el instituto.

Movió lentamente la cabeza, como si dijera: «Tiene sentido», aunque daba la impresión de que el tema lo seguía sorprendiendo. No haberse percatado de ese episodio de mi vida social.

—Supongo que no hablamos mucho en esa época, cuando yo no estaba.

Lo dijo como si la idea no se le hubiera ocurrido hasta ese momento. Era una afirmación de lo más sencilla, un dato obvio, y, sin embargo y sin darme cuenta, sin previo aviso, estuve a punto de echarme a llorar. Yo siempre había querido tener noticias tuyas. Saber qué hacía en Londres, o solo oírte hablar. Pero siempre que llamaba era para hablar con papá o mamá sobre las clases o el dinero, y apenas nos decíamos nada aparte de «hola». Me mandó unas cuantas casetes por correo, pero las únicas palabras que incluían eran la lista de canciones y unos *post-it* en los que declaraba: «¡Esto te va a dejar muerto!», o «¡Cuidado!».

—Aquel sitio te gustaba, ¿eh? —le pregunté mientras cruzábamos al aparcamiento vacío para volver al pueblo.

—Sí. Me enamoré de una mujer que se llamaba Angie. Ese fue el principio. Es raro, pero cuando lo digo me llega el perfume que llevaba. Lo huelo en la cabeza.

Sonreí para mis adentros. ¿Cuándo había dado un paseo con Michael y había escuchado cómo se ponía a recordar? El velo entre el pasado y él empezaba a caer.

Con la mitad de la dosis, comenzó a dormir peor. A finales de la tercera semana no se podía concentrar lo suficiente para pasar de las primeras escenas de una película, ni siquiera para elegir antes un DVD. Le obsesionaba el ruido del tío del otro lado de la calle que cortaba leña, y me preguntaba cada pocos minutos: «¿Por qué tiene que ir tan lento?».

Pero los estallidos de recuerdos se seguían produciendo. Siempre había dicho que le costaba recordar a nuestro padre, o prácticamente cualquier detalle de su infancia. Pero ahora, junto a los monólogos en los que afirmaba que no podía continuar con nuestro plan, que nunca podría retomar su trabajo de verdad, que había fracasado y no tenía futuro, aparecían esos fragmentos

de años pasados, que salían de la nada. Fundamentalmente, eran preguntas.

—Papá y mamá no bebían mucho, ¿verdad? —me preguntó, como si de pronto recordara un detalle de un sueño, por lo demás, esquivo.

Al principio solo eran momentos aislados. Me preguntaba si era cierto que me había roto un brazo al caerme de un árbol del jardín de Oxfordshire, y contesté: «Pues claro», siempre asombrado de que se le hubieran podido olvidar esas historias tan familiares.

—Y yo os acompañé a papá y a ti al médico, ¿verdad?

—Sí.

—En la casa octogonal... papá nos contaba historias.

—Sí —repetí; no se me ocurría qué otra cosa decir.

Cuando le bajé la dosis a un cuarto de ración, el cuerpo le empezó a doler. Los músculos se le contraían por la ausencia de los efectos relajantes del medicamento. Le compré paracetamol y una almohadilla eléctrica en el *drugstore*. Y, cuando un punto concreto le fastidiaba especialmente, le daba un masaje en la espalda con los nudillos a través de su sudadera con capucha, que no se quitaba por mucho que yo subiera la calefacción.

Le estaba deshaciendo una contractura que tenía en el omóplato mientras él se sujetaba al marco de la puerta de la cocina cuando me preguntó:

—Fuiste tú quien dejó que la serpiente entrara en mi cuarto, ¿no?

Dejé de frotar. Esto no era solo su voz que volvía, sino que había retrocedido al principio. Como si fuera un adolescente de nuevo y hablase con su hermano menor. Lo inmediato del tono, lo urgente de la pregunta, como si aquello hubiera sucedido minutos antes, hizo que yo volviera junto a él al mismo sitio, delante de la puerta de su dormitorio en Samoset, en el descansillo.

—Esa noche en que la serpiente se coló en mi cuarto, la soltaste tú, ¿verdad?

Michael le había dedicado tanta atención a esa criatura... Mi madre me había prohibido tocarla. Por muchas veces que se lo pidiera. Decía que era demasiado pequeño. Michael se sentaba con ella en los escalones de atrás, con una de las viseras de mamá y un par de sus gigantescas gafas de sol, mientras la serpiente se enroscaba en la tabla de cortar que tenía en el regazo. «Está disfrutando —decía— como todos merecemos disfrutar.» Kelsey montaba guardia conmigo, sin quitarle el ojo de encima a esa ofidia criatura, cuyas escamas brillaban como baldosas lustrosas y cuya lengua bífida salía disparada a analizar el aire; sus ojos negros y sin pestañas de una calma

blanquecina.

—Fue después de que fuéramos al embarcadero con papá —añadió ahora—. Después de que saltaras en el barro.

Ese día, al que se refería, yo había preguntado, mientras volvíamos de la iglesia, si podíamos sacar el Sunfish a la bahía, pero en el coche todos habían afirmado que hacía demasiado frío y que era una época del año demasiado tardía. Menos papá, que había dicho:

—¿Por qué no?

—Entonces, llevaos a Michael —había dicho mi madre.

Pero papá no miró el calendario de mareas antes de que nos marcháramos, y, cuando llegamos al embarcadero, los botes estaban ladeados en las marismas. A mí siempre me habían parecido barro normal, pero nos habían asegurado que eran peligrosas, un cieno profundo en el que un hombre se había hundido una vez. Estábamos justo por encima, al final del embarcadero abandonado. Papá empezaba ya a distraerse, a pensar en otras cosas. Si volvíamos a casa, leería el periódico, luego vendría la comida del domingo, él se echaría una siesta y yo ya no lo vería.

No recuerdo habérmelo pensado mucho. Me limité a tirarme por el borde, extender los brazos y llamarlo. Él se dio la vuelta enseguida y se agachó para cogerme la mano justo cuando el cieno me llegaba al cuello, salvándome con una fuerza repentina.

Cuando llegamos a casa, Michael no dejaba de decir que lo había hecho a propósito, que no había sido un accidente.

Y Michael lo recordaba bien. Fue esa noche cuando esperé a que todos se hubieran acostado, luego bajé sigilosamente por las escaleras traseras, entré al cuarto de juegos y dejé que la serpiente se metiera a toda prisa en la bolsa de malla que Michael utilizaba para transportarla. La llevé al piso superior, la solté a través de su puerta entreabierta y observé como reptaba hacia su cama.

—¿Por qué lo hiciste? —me preguntó ahora—. Menudo mocoso.

Estuve a punto de darle un puñetazo en el cuello ahí mismo, de castigarlo al fin por todo lo que se había burlado de mí. Pero el impulso se transformó casi inmediatamente en tristeza, una sensación de la desaparición total de esa época. Y luego eso también se disipó, dejando a su paso una gratitud absolutamente desconocida. Por el hecho de que hubiese sido mi hermano y me hubiese dejado odiarlo. Por el hecho de que los cinco hubiésemos sido una familia. Y por que Michael no se hubiera ido. Ahora estaba regresando, a mi lado, pieza por pieza.

Cuando el medicamento desapareció completamente de su cuerpo, empezó a oír cosas. Entraba en la cocina y acercaba el oído al altavoz de la radio, anonadado al descubrir que estaba apagado. Oía baterías y sintetizadores, según decía, y la letra de canciones enteras, que duraban varios minutos.

Me lo encontré en el salón examinando el equipo de música de los Mitchell, y después observé cómo se quedaba escuchando delante de la ventana porque había oído que alguien cantaba fuera. Le dije que no se preocupase, que solo era una etapa, que su mente se estaba readaptando.

Luego llegaron el ruido de los autobuses, las puertas que se cerraban en algún punto de la casa y un fuerte ruido de interferencias. Dejó de dormir del todo. Yo no dejaba de esperar que descansase en el sofá durante el día, pero sus paseos se volvieron más incesantes. Me suplicó que no lo llevara al gimnasio, que estaba demasiado agotado, y yo no podía contradecirlo.

No existía ninguna forma elegante de hacer aquello. Iba a sufrir.

Se quedaba fundamentalmente en el salón, y yo con él. Le llevaba comida de la que engullía unos primeros bocados, como si se muriera de hambre, pero luego dejaba el resto intacto. Más que por el pánico, parecía poseído por la fiebre. Me rogó que le volviera a dar las pastillas. ¿Qué sentido tenía contarle que ya había tirado las que quedaban? Eso solo lo habría asustado aún más.

Seguí obligándolo a dar paseos por las mañanas, y también a mitad de la tarde, cuando más agitado se encontraba. Lo convencí varias veces para que se quitara la sudadera y se pusiera boca abajo en el sofá, y, durante media hora o más, le daba un masaje en el cuello y la espalda, le repetía que respirase. Al cabo de un rato los omóplatos se le destensaban y la cabeza se le hundía más en el cojín, y pensaba que igual se dormía de agotamiento. No obstante, en cuanto paraba, se levantaba y empezaba a pasearse de nuevo, a preguntarme si había oído lo mismo que él, empujado de un cuarto a otro por algo rayano en el delirio.

Parecía que toda la ansiedad que el medicamento había mantenido a raya a lo largo de los años se había quedado acumulada, en vez de eliminarse, que había quedado retenida en su cabeza como un río contenido por una presa, y que ahora se habían abierto las compuertas y había llegado la inundación. Lo único que se podía hacer era esperar a que aquello pasara. El cuerpo se le tenía que cansar en algún momento.

A estas alturas, el resto del mundo parecía muy lejano. Solo había llamado

una vez a Seth desde nuestra última conversación y lo había hecho en medio de su jornada laboral, cuando sabía que no era probable que lo cogiera; había dejado un mensaje en vez de explicarme personalmente. Había empezado a dejar que saltara el contestador cuando llamaba Celia, y también cuando lo hacía mi madre. Pero una noche mi hermana no dejó de marcar el número de la cabaña hasta que lo cogí.

—Lo habías prometido —me reprochó—. Me habías dicho que ibas a estar en contacto. Mamá me ha estado llamando todos los días.

Había dejado de contarles las novedades porque sabía lo que iba a pasar. Michael les aseguraría que ya no podía más y, al no estar con nosotros para entender lo que habíamos avanzado, decidirían ponerle fin a la situación. Celia lo cancelaría todo.

—No hay mucho que contar —le dije—. Es complicado. No esperábamos que fuera fácil, ¿no? Pero deberías oír su voz. Es increíble. Parece que tiene diez años menos. Parece que está vivo.

Cuando pidió hablar con él le podría haber soltado alguna excusa. Que estaba en la ducha, o durmiendo algo al fin. Habíamos llegado bastante lejos. ¿De qué servía ahora volver hacia atrás, perder el terreno que tanto le había costado ganar? Pero yo tampoco había dormido mucho en los días anteriores, mientras lo escuchaba durante la noche y me inquietaba, nada más cerrar los ojos, que todo aquel esfuerzo hubiera sido un error. Al menos, si él hablaba con Celia, la decisión de continuar no sería solo mía.

Entré en el salón y le di el teléfono a Michael mientras pensaba: «Ya está, al menos lo hemos intentado».

Él estuvo escuchando lo que le decía Celia durante un par de minutos y luego contestó:

—Solo me hace falta dormir. Esa es la cosa. Lo de no dormir es brutal. Pero Alec está aquí. Intenta ayudarme. —Volvió a escuchar y volvió a rechazar sus palabras—. Deberíais dejar de preocuparos —añadió—. Las dos.

Michael podría haberle puesto fin a todo aquello quejándose lo bastante para que Celia me ordenase que lo dejásemos. Pero no lo hizo. Decidió no hacerlo.

—Da la impresión de que está fatal —me dijo ella cuando Michael me devolvió el teléfono.

—Ha empezado a recordar —le conté mientras subía al piso superior, para que él no me oyese—. Siempre has dicho que era eso lo que tenía que hacer, ¿no?

—Alec, no le vas a solucionar la vida en un mes. Esto tiene que ser el principio.

—Lo sé. Es eso. Pero hay que llegar al final. Llama a mamá de mi parte, anda. Dile que todo va bien, por favor.

Volvió a nevar a la mañana siguiente, lo cual cubrió la carretera, el coche y nuestras pisadas en el camino. Cuando el cielo se despejó y salió el sol, le dije a Michael que esta vez íbamos a pasear en la dirección opuesta, en la que no iba al pueblo.

Solo había otras tres casas detrás de la de los Mitchell en esta franja, todas cerradas durante el invierno, con los caminos de entrada bloqueados por los bancos que el quitanieves había dejado a su paso; los jardines se habían convertido en unas explanadas lisas que bajaban al agua. Seguimos la carretera al interior del bosque, donde apenas penetraba la luz del sol y el silencio era casi absoluto. Michael llevaba dos días sin salir de casa, desde que había dejado de dormir del todo, y parecía que el entorno lo dejaba perplejo. No iba ni rezagado ni a toda velocidad por delante de mí. Al fin, su estado de vigilancia había disminuido, su atención se había vuelto menos crispada. Más que cualquier otra cosa, parecía que trataba de orientarse.

Al cabo de un kilómetro, aproximadamente, la carretera subía a un campo rocoso desde el que se divisaba el fondo de la ensenada. Desde ahí podíamos ver el mar abierto hasta la isla, un montículo verde oscuro rodeado de rocas nevadas y con una franja de granito en la orilla.

—Esa es la casa —dije—. En el acantilado. —Recordaba la isla mucho más alejada, en una vasta extensión de mar, pero en realidad la distancia solo era de tres o cuatro kilómetros—. ¿La ves?

Michael entrecerró los ojos.

—¿Dónde está? —preguntó.

Señalé, guiándole la cabeza. Tenía los ojos hinchados, prácticamente cerrados, incluso en medio del frío. «Ahora dormiré —pensé—. Le daré de comer y un té, y dormiré.»

Pero no lo hizo. Ni esa noche, ni la siguiente, ni la de después. En la sexta noche sin dormir me levanté de madrugada a hacer pis y, mientras caminaba al baño, oí que se abría la puerta trasera del piso de abajo y luego pisadas en el suelo de la cocina.

—¿Michael? —lo llamé.

Las pisadas se detuvieron.

—¿Qué? —contestó al cabo de unos instantes.

—¿Qué haces?

Como no contestó, apagué la luz del pasillo y bajé.

Se había sentado en medio de la oscuridad, ante la mesa del comedor. Encendí la lámpara del aparador y vi delante de él un vaso de zumo y una botella de *whisky* escocés.

—Hay una canción —dijo—. No para de sonar.

Rompió el sello, descorchó la botella y, empleando las dos manos para estabilizarla, se sirvió una copa.

—¿Eso de dónde lo has sacado?

—Lo has guardado en el cobertizo.

—Pero estábamos de acuerdo. Me habías pedido que lo tirara.

Se llevó la copa a los labios y dio un trago largo.

—No quería despertarte —añadió—. Deberías volver a la cama.

Me puse una sudadera que había dejado en una de las sillas del comedor y me senté delante de él. ¿Había visto cómo sacaba la caja de alcohol al exterior? ¿O solo había deducido que yo era demasiado tacaño para tirarlo? Ahora ya daba igual. Una copa no le iba a hacer daño.

Estuvimos un par de minutos sentados mientras se acababa lo que se había servido.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó—. Llevo seis años sin acostarme con nadie. Fue hace seis años, y solo dos veces, con Bethany. Antes de eso fueron dos años. Dos veces en ocho años. Empecé a escribir pornografía. En Michigan. Solo para mí. Para al menos tener algo que no fuera internet.

No me hacía falta saber aquello, no quería saberlo. Pero le había dicho que lo iba a escuchar, así que eso hice.

—La verdad es que me ayudó —prosiguió—. Convertirlo así en algo personal. Fue sorprendentemente efectivo. Escribirlo.

—Tiene sentido. Supongo.

—Lo bueno de algunos de los medicamentos es que me dejaban sin libido. Lo cual lo hacía todo más fácil. Era una bendición, la verdad.

—Has dicho que tenías una canción en la cabeza; ¿cuál?

—*Temptation*, de New Order. Solo una frase en bucle: «Arriba, abajo, por favor, no me dejes tocar el suelo. / Creo que esta noche caminaré solo, encontraré mi alma en el camino a casa». Sus letras nunca fueron muy buenas. Pero esa melodía interpretada con la línea de bajo...

—Esto no va a ser siempre así —aseguré—. No puede seguir así eternamente.

—No dejas de repetirlo.

—Porque ya no tomas nada. Nada. Esto son los coletazos. Lo has conseguido.

Apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó hacia delante, bajando la cabeza.

—Hay un límite, Alec. No quieres pensar en ello, pero hay un límite ético en cuanto a lo que una persona debería tener que aguantar. No puedes negar eso mediante el sentimentalismo. Con la idea de no sé qué espíritu indómito. Eso es un cuento de hadas. Es lo que la gente dice de los demás para evitar las desgracias. Pero solo es crueldad por otros medios. Obligar a una persona a seguir con vida. Para ti. Papá, por ejemplo. Yo nunca lo culpé. Nunca. Había llegado a su límite.

—Estás oyendo música, Michael. Se te pasará. Puedo poner música distinta. Tendríamos que haber estado haciendo eso, tendríamos que haber estado escuchando más música juntos.

—No es eso —dijo—. Ahora entiendo por qué privan de sueño a la gente para torturarla. Porque es lo que es: una tortura.

—Te has tomado una copa. Te calmará los nervios. Deberías tumbarte y cerrar los ojos. Todo el agotamiento se te vendrá encima.

Parecía que cada respiración le costaba, que sus pulmones trataban de expandir la piel tensa del pecho. Utilizando de nuevo las dos manos para enderezar la botella, llenó tres cuartas partes del vaso.

—Eso no es buena idea —le dije.

Se quedó mirando el vaso de zumo, que tenía un dibujo a cuadros.

—No tendría que haber vuelto a Inglaterra —declaró—. No tendría que haberos dejado a todos en esa casa. Tampoco es que hubiera podido frenarlo. Pero podría haberos avisado. Podría haber estado.

—Querías estar con tus amigos —dije—. Tenías los estudios a medias. Lo entendimos, Celia y yo, lo entendimos.

—No soportaba estar ahí. Tenía que volver. Pero esa es la cosa, esa es la cosa: aún me da pavor. Ya ha pasado, pero aún me da pavor lo que está a punto de pasar... pronto, ahora mismo... No he sido buen hermano —dijo—. Lo siento.

Extendió la mano por encima de la mesa, me cogió el antebrazo y me lo apretó, como hacía cuando yo era pequeño.

—Sí que lo has sido —objeté.

Nunca había visto a Michael llorar. Ni siquiera de pequeños. Los músculos de la cara se le soltaron, dio la impresión de que toda la mandíbula se le destensaba, los labios le temblaron. En sus ojos brillantes había una luz. Parecía nuevo otra vez. Nuevo y tristísimo. Lloré con él.

—No supe qué decir cuando volví ese verano —prosiguió—. Estabais todos de lo más alterados. Pero yo no sentía nada. Nada. Estaba vacío. No dejé de intentarlo, sabía que debía sentir algo, y ayudaros, pero no pude. Y hacía muchísimo calor. ¿Te acuerdas? El tiempo era abrasador. Lo fue durante semanas. Y yo me limité a quedarme en mi cuarto y a poner discos porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Llevabas lana —dije con una carcajada—. Cuando llegaste, llevabas unos pantalones de lana gris y un *blazer*. Tenías un aspecto muy distinto. Como de adulto.

—Odio esa casa en verano.

—Celia y yo... estuvimos juntos mientras papá estaba enfermo. Lo vimos todo, y supongo que los dos..., bueno, sobre todo ella, logramos hablar de ello de un modo u otro. Pero tú no estabas. Yo pensaba que hablabas con papá por teléfono, que de alguna forma lo conocías mejor. Yo tampoco sabía que decir. No fue culpa tuya.

De pronto, que el sufrimiento de Michael me hubiera inspirado impaciencia me pareció algo cruel. Todo el esfuerzo que le había dedicado a fingir que nuestras vidas no eran muy distintas, para que él no tuviera que sentirse más solo de lo que ya se sentía: todo aquello no había sido por él, sino por mí. Porque aspiraba con todas mis fuerzas a no compadecer a mi hermano. A no compadecerlo como lo hacía ahora.

Se me ocurrió que podía besarlo. Podía abrazarlo. No nos habíamos tocado de ese modo desde hacía muchísimo tiempo. Podía ayudarlo. No con el amor que él quería, sino con el amor que había. ¿Qué podía tener eso de malo?

Le di una servilleta de papel y se sonó la nariz. Le dio otro sorbo a la copa. Yo me limité a sonreír. Ahora ya no importaba que se hubiera echado a llorar. Al fin se estaba abriendo, soltándose.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos aquí en verano? —le pregunté—. En las rocas, en la isla.

—Creo que leí *Muerte en Venecia* —dijo—. Cosa que a mamá le parecía bien, no sé por qué. «El poeta de quienes luchan al borde del agotamiento.»

—Esas frases tuyas, las que leías en voz alta... Por eso empecé a escribir. Seguramente nunca te lo había dicho. Fue gracias a que me leíste esas frases.

Se incorporó en la silla, perplejo por lo que había dicho, esforzándose por entenderlo.

—Esas frases te emocionaban mucho, te daban mucha satisfacción. Era como escuchar predicar a alguien, por la forma en que las leías. Yo no sabía qué quería decir la mayoría de ellas, solo oía el ritmo. Y quería formar parte de él.

—¿De verdad?

—Intentaba reproducir ese sonido, fuera el que fuera. Escribir algo que tú quisieras leer en voz alta del mismo modo. Ya no es lo que hago ahora, obviamente. Pero, al principio, sí.

—«El milagro de una analogía» —dijo, utilizando ahora la servilleta para quitarse el sudor de la frente—. Así lo llama Proust. «En esas infrecuentes ocasiones en que el milagro de una analogía me ha llevado a escapar del presente.» Esa es la única vida real, lo único que te hace saber que estás vivo: ese dolor retroactivo. La música es eso. El problema, para mí, es que en determinado momento me di cuenta de que esos milagros, esos dolores, tienen una historia. No son íntimos. La música siempre habla de lo que alguien ha perdido. Es lo que escuchas, cuando es buena: los mundos que la gente pierde, los que quiere recuperar. Una vez que la escuchas así, no puedes evitarlo: en cierto sentido, habla de la justicia.

Apuró la copa por segunda vez y la dejó en la mesa.

—Es como si fuera agua —declaró—. No siento nada.

—Nunca he querido decirte esto, parecía demasiado duro —añadí—. Pero, siempre que sacabas el tema ese de las reparaciones, yo siempre pensaba que las únicas reparaciones que se estaban pagando las desembolsaba mamá, y eran para ti. Como si exigieras que te diera otra infancia. Que te cuidara tanto como lo ha hecho. Porque te enfadaba cómo te habían salido las cosas. Y no me parecía justo para ella. Sigue sin parecérmelo.

La novedad de su tristeza había empezado a desaparecer, su gesto se iba volviendo más distante. Yo no sabía si estaba reflexionando sobre mis palabras, o si sencillamente no las había registrado.

—Tú quieres que lleve una vida como la tuya —dijo—. Como la tuya o la de Celia. Alguien con quien llevar una vida doméstica, una profesión, para que esté cuidado. Mamá también quiere eso para mí. Pero a eso me refiero cuando hablo de lo sentimental, de lo cruel que puede llegar a ser. Porque

¿cómo no voy a querer esas cosas si todos vosotros las queréis para mí? Y, sin embargo, eso nunca va a pasar. No lo digo en plan autocompasivo, aunque a veces incurra en la autocompasión. Pero es que mi vida no es así. La gente no quiere que la amen como la amo yo. Se asfixian. No es culpa suya. Pero mía tampoco.

—Pero ahora ya puedes olvidarte de eso —dije—. De ese rollo infantil y obsesivo. Forma parte de aquello a lo que te has estado aferrando.

—No me estás escuchando —afirmó; volvió a levantar la botella y llenó el vaso casi hasta el borde.

—Por qué no frenas un poco —le dije; extendí el brazo para alejarle el vaso y lo deslicé a mi derecha—. Estoy aquí, te estoy escuchando. Acaba lo que estabas diciendo.

Se levantó de la mesa lentamente, se dirigió a la cocina y volvió con otro vaso, que llenó y empezó a beber.

—Ya te lo he dicho —afirmó con una voz que no reconocí, grave y resuelta—. Ahora tengo que dormir.

Esto lo había repetido ya muchísimas veces, y yo lo había interpretado como una queja. Con la que mostrarse comprensivo, sí, pero no tanto como para cambiar mi plan. Pero esto sonó distinto. En esas palabras ya no había un ruego, sino que estaba haciendo lo que nunca hacía: afirmarse. Podría habérselo impedido. Podría haberle quitado la botella, y también la segunda que había traído y colocado en el suelo, al lado de la silla, y haberlas vaciado las dos en el fregadero igual que había vaciado las otras. Pero no lo hice. Contemplé cómo se tomaba el tercer vaso de *whisky* hasta el final, y después otro.

¿Supe entonces lo que iba a pasar, lo supe sin saberlo?

En determinado momento, me levanté de la mesa y me dirigí al salón, donde repasé la música del portátil de Michael, y encontré uno de los discos que me ponía una y otra vez. «Ven», le pedí mientras *On the Radio*, de Donna Summer, empezaba a llenar la cabaña.

Al principio, Michael no se movió y lo llamé de nuevo. Al fin se levantó, vino y se sentó de forma inestable en el brazo del sofá.

—¿Por qué has puesto esto? —preguntó.

Lo que me había dicho unos instantes antes era cierto. No lo había estado escuchando, llevaba años sin hacerlo. Hacía tanto tiempo que quería que se pusiera bien que había dejado de prestar atención cuando me decía que estaba enfermo. Por primera vez lo vi ahora como un hombre, no como miembro de

una familia. Una persona independiente, que llevaba casi toda la vida esforzándose al máximo únicamente por sobrevivir.

Le cogí de las manos, entrelacé mis dedos con los suyos y me fui meciendo mientras seguía el ritmo, que había empezado a sonar ahora por debajo de la voz anhelante de Summer. «Vamos», le dije a Michael, animándole con un ademán de los brazos a que se meciera conmigo, cosa que hizo al cabo de un momento, para mi sorpresa, moviendo la cabeza con desgana a derecha e izquierda, atontado pero aun así reaccionando, al tiempo que movía un poco las rodillas para seguir el ritmo.

¿Durante cuánto tiempo habíamos sentido vergüenza los dos? ¿Cuánto tiempo había sufrido a solas?

Me acerqué a él y, cogiéndole la muñeca con la mano, le puse su brazo en torno a mi cintura; yo también rodeé la suya con mi brazo y lo estreché contra mí. Suavemente, hice que me apoyara la cabeza en el hombro. Entonces nos apoyamos el uno en el otro, y bailamos.

Recuerdo haber visto cómo las luces traseras de la furgoneta del langostero aparecían en medio de la oscuridad, y haber escuchado los jadeos de su viejo silenciador mientras el vehículo salía a la carretera dando marcha atrás y se dirigía al puerto. Por eso sé que aún era de noche cuando, en vez de quedarme despierto con él, dejé a Michael solo en el piso inferior.

Vi la otra botella de alcohol en el suelo, junto a su silla. Y debí de distinguir también los frascos de paracetamol. Michael los había dejado en la mesa del comedor, al lado de la sal y la pimienta. Los vi, y sin embargo no los vi.

—No quería despertarte. Deberías volver a la cama.

Eso era lo que me había dicho cuando bajé. Supe que no iba a dejar de beber. No iba hacerlo hasta que conciliara el sueño, con independencia de la cantidad que le hiciera falta, o del tiempo necesario. Aun así, lo dejé solo, subí a mi cuarto y apagué la luz.

Dormí hasta la mitad de la mañana, más tarde de lo que nunca lo hacía, con un sopor denso y sin sueños. Me despertó tranquilamente el sonido de un goteo; vi que el sol derretía los carámbanos frente a mi ventana. Estuve un rato en la cama aguzando el oído, tratando de oír el ruido que hacía Michael en casa, pero lo único que me llegó fue ese sonido del goteo del deshielo en el jardín.

Me vestí y me encontraba bajando a mitad de las escaleras cuando lo vi. Tendido en el sofá, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, las piernas estiradas hacia donde yo estaba. Bajo el borde de la manta que le tapaba las piernas se le distinguían los pies separados. Un hilo seco de vómito le corría por una comisura de la boca pálida, le llegaba a la mejilla y le bajaba por el hombro. Las botellas vacías estaban en la mesita, a su lado.

Enseguida supe que estaba muerto. Y que yo le había fallado.

Sin embargo, corrí al sofá y me arrodillé a su lado, como si aún pudiera lograr que su cuerpo resucitara zarandeándolo. Al tocárselas, le noté las manos frías; la barbilla le sobresalía formando un ángulo poco natural, como si tratara de respirar con dificultad. Le levanté la cabeza de la almohada, se la abracé y la estreché contra mi pecho, meciéndosela, sollozando sobre su pelo.

—Despierta —susurré varias veces —, por favor, por favor, despierta.

No recuerdo cuánto tiempo estuve abrazándolo. Ni cuánto tiempo pasé después en la silla de delante, contemplándole el cuerpo, el ceño fruncido, los ojos que ocupaban las órbitas como si fueran piedras. El tiempo suficiente para observar cómo un cuadrado de sol iba avanzando por la pared, sobre un mapa de la bahía, hasta posarse en el cuerpo brillante de Michael, para después deslizarse por la alfombra y desaparecer.

Hasta entonces no había entendido lo que es la invisibilidad de un ser humano. Que lo que consideramos que constituye a la persona es, en realidad, un espíritu que jamás llegamos a ver. No lo comprendí hasta que estuve en esa habitación, con la cáscara muerta que había contenido a mi hermano a lo largo de su vida, y con la que yo siempre lo había confundido.

En cuanto me puse en pie supe que debía actuar. Tenía que salir al mundo y buscar ayuda. Sin embargo, mientras siguiera en la silla, en medio del silencio, nada de aquello podía empezar.

\* \* \*

# Celia

---

No me lo creí. Al principio nunca lo haces. La fuerza de la necesidad de que no sea cierto borra la verdad. Después, se produce un aturdimiento.

Me acuerdo, después de que Alec me llamase, cuando ya me había marchado del trabajo, de estar tumbada en el suelo del salón, mientras el follaje verde de la palmera de la acera se mecía recortándose contra el blanco de las nubes a través del cristal superior de la ventana, mientras los cables telefónicos colgaban de forma algo combada de un lado a otro de la imagen, sin pensar en Michael, aún no.

Curiosamente, lo que me venía a la cabeza continuamente no eran Alec y Michael en la cabaña, y lo que podría haber sucedido entre ellos, sino una noche de hacía casi dos décadas, ocurrida en Walcott. Yo había estado bebiendo con Jason y sus amigos en el campo del final del sendero que llevaba al arroyo, sentados en la oscuridad del prado. Jason y yo aún salíamos, pese a que a mi madre le preocupaba que nos drogásemos juntos, y pese a que le había mentado a mi padre, en el último día de su vida, al decir que iba a romper con él. Se lo había dicho porque creía que eso le iba a poner las cosas más fáciles, que así podría decirle a mi madre que lo había conseguido, pues sabía que yo les podía ocultar la verdad sin la menor dificultad.

Jason llevaba varias semanas incómodo al estar conmigo. No sabía qué decir sobre la muerte de mi padre. Esa noche no dejó de soltarme la mano mientras las teníamos entrelazadas. Estuvo continuamente gastando bromas con sus amigos y también con las chicas que estos habían traído, incluso cuando se formaron parejas y empezaron a enrollarse en el césped. Al cesar las charlas, le di un codazo para que se pusiera en pie y subimos la cuesta que llevaba al bosque, donde nos tumbamos y empezamos a besarnos. Yo quería notar su peso encima de mí, pero él se quedó apoyado en los hombros y solo dejó que se rozaran nuestros labios. Ese verano, las horas que pasé con él fueron las únicas en las que no sentía que me ahogaba. Aunque no podía decírselo. Él no habría querido oírlo.

Deseé que me pusiera la mano en el vientre, que me acariciara el pecho con la cara, que llegáramos más lejos. Pero al oír que las voces de los otros iniciaban nuevas conversaciones, se levantó y se marchó tranquilamente cuesta abajo. Yo no lo seguí de inmediato. Me quedé contemplando las estrellas en el despejado firmamento nocturno, escuchando cómo las voces se iban apagando, diciéndome que lo que mi padre había hecho tampoco era fácil para Jason. Tenía que ser paciente.

Cuando me levanté y volví adonde nos habíamos reunido al principio, se habían ido, todos. Crucé el arroyo varias veces mientras llamaba a Jason muy bajito, como si fuera a despertar a alguien. Pero se habían marchado, sus amigos y él, para beber en casa de alguien.

Fue mientras volvía sola a casa, en medio de la cálida oscuridad de esa noche estival, en el silencio casi perfecto de nuestro barrio, cuando me juré que nunca dejaría que me volviera a pasar algo así. Que jamás me pondría en la posición de que un hombre pudiera dejarme. Fue una de esas promesas de juventud que te haces y que mantienes mucho tiempo después de que hayas dejado de reconocer que las estás llevando a cabo o hasta qué punto están distorsionando tu vida.

Eso fue lo que no dejó de venirme a la cabeza en medio del estupor de la tarde en que Alec llamó: el alcance de esa promesa y cuánto tiempo la había mantenido, lo de no estar nunca con un hombre que pudiera dejarme. Siempre conservando ese control.

La promesa de no permitir que te dejen nunca. Menudo truco mental.

En la emisora de radio de la BC, donde Michael había hecho de DJ, retransmitieron un homenaje y pusieron la música que él había difundido. Alec, mi madre, Caleigh y yo lo escuchamos juntos en el salón de Walcott. Caleigh había venido a casa un par de días antes del servicio funerario. Había mil cosas que hacer, y Alec y yo nos ocupamos prácticamente de todas ellas, colaboramos como el equipo bien engrasado que a veces formamos. Mi madre, que nunca se pone enferma, pilló un resfriado monumental. Sus amigas Suzanne y Dorothy nos traían comida, y también prepararon la comida para después del servicio.

Me pareció que no era el momento indicado para anunciar la noticia de que Paul y yo habíamos decidido casarnos, cosa que esperaba contarle a mi madre en persona, en Navidades, pero Paul no se mostró de acuerdo, dijo que a ella le gustaría saberlo, y, después de pensármelo, me pareció pertinente

regalarle eso a mi madre. La mañana antes de que volviéramos a California, la encontré en su dormitorio del piso superior, escribiendo notas de agradecimiento a las personas que nos habían dado el pésame. Volvió a llorar cuando se lo conté (por mí, y por Michael), pero me alegré de haberlo hecho.

Ya en casa, me di un par de días antes de volver a ver a mis pacientes. Al principio me costó. Y siguió costándome durante meses. Estar sentada en silencio, con las manos entrelazadas en el regazo, escuchando cómo explicaban sus problemas. Reapareció una vieja impaciencia, la que había vivido al empezar a trabajar de terapeuta: el impulso de buscar los episodios de su pasado que contenían la clave para liberarlos en el presente. Eso era lo que hacía antes, insistir para que me contaran más y más detalles de su historia familiar; me lo justificaba diciéndome que eran muestras de interés y atención, cuando, en realidad, aquello servía para distraerme del sufrimiento que tenía delante, era un deseo de encontrar un fragmento de experiencia que explicase y solucionase dicho sufrimiento. ¿Acaso no brindaban aquello todos los buenos argumentos? Un significado que bastaba para aclarar los acontecimientos. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, me di cuenta de que las vidas de mis pacientes no eran obras de arte. Ellos también narraban historias todo el rato, pero estas se iban por la tangente, pasaban al olvido y después se repetían: distracciones en sí, muchas veces, para rehuir los sentimientos que en cierto momento alguien les había enseñado que los llevarían a la condenación o al hundimiento.

Tardé mucho tiempo en ver lo intenso que era este deseo de obtener una respuesta. Tuve que entrenarme para notar cómo surgía, y cómo obviarlo. Porque si lo único que hacía era andar rastreando pistas en lo que una persona me contaba, no le sería de gran ayuda. Tenía que renunciar a mi necesidad de curar si quería tener alguna posibilidad de guiar a esa persona a la aceptación de quien ya era.

Eso nunca lo hice con Michael. Nunca dejé de creer en que había un secreto, una verdad oculta en el pasado, que lo liberaría si él era capaz de vivirla y aceptarla. Yo consideraba que, para él, esa verdad era el momento que había vivido en el bosque, con mi padre, Kelsey y conmigo. Un adolescente torpe que vivía en un pueblo que odiaba, dando un paseo que no quería dar, sobrellevando a duras penas su infelicidad como hacen los adolescentes. Y entonces, sin que él lo decidiera, cuando llegamos a ese claro y nos detuvimos, notó a su alrededor toda esa malignidad que no podía nombrar, una violencia de la que debía escapar. Una visión del mal.

Cuando Alec me contó lo que Michael le había dicho en la última noche, lo de que se sentía culpable por haber vuelto a Inglaterra sin habernos avisado de un modo u otro, pensé: «Sí, eso era, el momento que le hacía falta confesar y soltar». Como si fuera tan sencillo.

Cuando Michael estaba en Maine y hablé con él, parecía de lo más desesperado. Sin embargo, no dije lo que tendría que haberle dicho a Alec: que aquello había ido demasiado lejos, demasiado rápido, y que había que ponerle fin. Seguía creyendo que era posible un momento de catarsis. Igual que hacían Alec, y mi madre, y, a su manera, incluso Michael, que jamás dejó de intentar querer lo que nosotros queríamos para él. ¿Cómo iba a dejar de hacerlo? No somos individuos. Habitan en nosotros tanto los espíritus de los vivos como los de los muertos. Ya creía eso antes. Pero ahora sé que es verdad. Eso es lo que Michael siempre intentaba transmitirnos.

# Alec

---

Valerie, la hermana de Seth, vino a buscarnos al aeropuerto. La saludé desde el asiento de atrás mientras él y yo nos apretujábamos junto al equipaje.

—Así que existes —me dijo Valerie—. Bienvenido.

Tenía el mismo pelo fino y negro que su hermano, solo que más largo y levemente ondulado, y los mismos ojos de color verde oscuro.

—Por Luke no os preocupéis —añadió—, que se ha quedado frito.

El niño pequeño que ocupaba la silla de seguridad que estaba a mi lado tenía la cabeza apoyada e inclinada por encima del cuerpecito, mientras un claro hilillo de saliva le caía por la comisura de la boca.

Detrás de la terminal y de los aparcamientos de coches alquilados, el paisaje se abría a una llanura lisa y casi vacía, con una meseta de arbustos y maleza que se extendía a ambos lados de la autopista. Las nubes bajas de invierno se fundían con el perfil de las laderas en lontananza. Valerie pisó el acelerador por el carril de adelantamiento y pasó a toda velocidad junto a camiones y furgonetas mientras Seth y ella hablaban y sonaba, a un volumen bajo, una emisora de canciones de éxito. Al cabo de un rato aparecieron las vallas publicitarias, seguidas por la fábrica de gas y las factorías, y un kilómetro tras otro de almacenes de una sola planta construidos a lo largo de vías de acceso vacías. Finalmente pude distinguir los árboles y el inicio de ciertos barrios, con los rascacielos de Denver aún a lo lejos.

Los padres de Seth vivían en una enorme casa de estilo campestre en una calle de casas del mismo estilo situadas en parcelas de media hectárea jalonadas de álamos. Su madre nos recibió en la puerta con una blusa blanca y un collar de coral rosa y trenzado.

—Qué bien —dijo, posándome la mano suavemente en el brazo—, al fin te veo con mis propios ojos.

Yo esperaba que me recibiera con cariño, ella en particular, teniendo en cuenta lo que Seth me había contado, pero su calidez me sorprendió. Nos llevó al solárium, donde había sacado galletas y té con hielo. En el jardín de detrás, una lona azul combada por el peso de la nieve sin derretir tapaba una

piscina de bordes de hormigón blanco. Había setos de enebro bien cuidados y un camino de baldosas que bajaba por el centro del jardín, hasta un arroyo. Yo percibía todo aquello como me había pasado con casi todo durante muchas semanas anteriores, como si fuera una imagen congelada de un sitio ya desaparecido.

La madre y la hermana de Seth me hicieron unas preguntas anodinas sobre qué partes de Colorado ya conocía, y sobre el tiempo que hace en invierno en Nueva York, cualquier tema que no fuese el de mi familia. Yo contesté con educación, mientras miraba cómo Luke se revolcaba por el suelo con el terrier de su madre.

Tenía ganas de venir y conocer a la familia de Seth desde que él y yo nos habíamos conocido, pero en los dos meses anteriores había sido complicado tener ganas de nada. Seth me había dicho que sería bueno para nosotros, me había animado. Que había llegado el momento. Y habíamos venido.

Tras el refrigerio, fui a echar una cabezada en la habitación que nos habían asignado en el extremo opuesto de la casa del que ocupaba el dormitorio de sus padres. No era la de Seth, él no había crecido en esa casa, sino un cuarto de invitados. Una mullida moqueta gris, un diván bajo la ventana, dos lavabos en un tocador doble situado entre las puertas de listones de dos armarios. Me dormí en cuanto puse la cabeza en la almohada.

En torno a una hora después, Seth me despertó con un beso en la frente. Me acarició el pecho y me dio otro beso en los labios.

—Quieren llevarte al centro comercial sin mí. ¿Te parece muy horrible?

Yo había tenido muchísimo miedo de perder a Seth. De que la muerte de Michael y el estado de vacío en el que me había sumido anulasen lo que habíamos iniciado. Pero él me había ayudado como no lo podría haber hecho nadie más, al insistir en que diésemos el paso de buscar un sitio en el que vivir juntos, incluso cuando durante unas semanas dio la impresión de que quizá yo no recuperase el trabajo. En mi momento de mayor debilidad, él se había negado a dudar de nosotros.

—Vale —dije—, voy.

Su madre, su hermana y yo hicimos el trayecto en el amplio Lincoln de la progenitora, a través de la ancha red de calles comerciales en cuyos cruces había enormes semáforos y generosos carriles de giro; el sol de última hora de la tarde se reflejaba en las franjas de los parabrisas.

—No queríamos secuestrarte —dijo la madre—, pero ya te ha tenido mucho tiempo para él solo, y a alguien tengo que preguntarle qué ropa le

gusta ahora.

—Te estás anotando un montón de puntos —me cuchicheó Valerie mientras cruzábamos el aparcamiento—. Esto es lo que hace con la gente que le cae bien.

Era sábado y el centro comercial estaba lleno. Los padres guiaban a los niños pequeños entre grandes grupos de adolescentes que avanzaban a toda prisa. Algunos ancianos paseaban tranquilamente por el pasillo central. Los dependientes, con pantalones de algodón y polos, sonreían distraídos desde los taburetes de los puestos de joyas. Un empleado de mantenimiento fregaba una naranjada del suelo de baldosas blancas, mientras, por encima y a través de todo aquello, sonaba *Friday I'm in Love*, una de las baladas pop más ligeras de The Cure.

—Solo quiero saber si el orden le obsesiona tanto contigo como con nosotros —dijo la madre de Seth—. Prácticamente organiza las camisetas alfabéticamente.

En Brooks Brothers, me limité a recomendar la talla mediana en vez de la grande, e insinué que seguramente Seth querría comprarse él mismo los vaqueros. Cuando la madre se empeñó en que le dejase comprarme una corbata, se lo quité de la cabeza con la ayuda de Valerie.

Estuvimos así en torno a una hora, en varias tiendas, y luego fuimos juntos a un Starbucks. Me hicieron más preguntas, ahora atreviéndose a tocar el tema de mi madre, de Celia y de Paul. Hice todo lo posible por corresponder, les pregunté por la parte de Denver en que habían vivido cuando Seth era pequeño, y por el trabajo de Valerie como asesora académica. Era una muestra de gentileza por su parte hacer aquello conmigo y quería que supiesen que me alegraba.

Cuando volvimos, el padre de Seth y el marido de Valerie, Rick, habían llegado y estaban en la extensísima cocina, mientras Seth sacaba carne de una nevera. Su padre era una versión mayor y más tosca de Seth, unos pocos centímetros más alto, de mandíbula más grande y espaldas más anchas, y con la piel moteada de un hombre que se ha pasado la vida trabajando al aire libre. Tenía la misma postura erguida, la misma manera de hacer gestos con los hombros, y hablaba con el mismo ritmo rápido que Seth, monótono y apresurado. El parecido era asombroso.

Me estrechó la mano con fuerza, me presentó a su yerno y me preguntó si me gustaba preparar la carne a la parrilla. Rick estaba a escasa distancia sosteniendo una fuente de filetes marinados.

—Alec quiere hablar con nosotras —dijo la madre mientras se inclinaba al lado de su marido para rebuscar algo en los cajones de las verduras del frigorífico.

—Qué pasa, ¿que no lo puede decidir él solito? —replicó el padre, como si yo no estuviera delante.

Seth me sonrió con un burlón gesto de disculpa, pero se quedó convenientemente callado. La expresión de Rick indicaba que la mejor opción era unirme a ellos. Extendiendo el brazo por encima de la espalda de su mujer, el padre de Seth me cogió una cerveza del estante superior, y los tres salimos juntos al patio.

Venían de una reunión con un promotor. Una serie de permisos para un bloque de apartamentos a las afueras del centro se había retrasado, lo que le había costado a la empresa miles de dólares. Me incluyeron en su conversación de los detalles de las promociones inmobiliarias como si yo fuera un profesional de toda la vida.

—Llevo un par de años diciéndole a Seth que necesitamos un diseñador —comentó su padre—. Aquí tiene trabajo siempre que quiera.

El oro bruñido del anillo de casado de su padre y la caja de oro de su reloj reflejaban la luz de las llamas. Me costaba no quedarme mirando a ese hombre, la forma en que se colocaba delante de la parrilla, moviendo solo manos y brazos mientras les daba la vuelta a los grandes trozos de carne con un tenedor, dirigiendo sus comentarios al fuego. Me pregunté cómo me vería. ¿Qué pensaba del hombre que se acostaba con su hijo? ¿Lo obligaba mi presencia a imaginárselo? ¿Le habría aleccionado su mujer para que me aceptase? ¿Había llegado él a desear a otro hombre en alguna ocasión?

En la cena, ocupó la cabecera de la mesa, cortó la carne en tiras y la fue colocando en los platos que su mujer le sostenía; se cercioró de haber servido a todo el mundo antes de sentarse. Mientras comíamos, Seth les contó nuestro plan de hacer un viaje a la montaña a principios de la semana siguiente; Valerie y su madre nos sugirieron algunos sitios en los que podíamos hacer una parada durante el camino. Cuando Rick me preguntó a qué me dedicaba, la madre respondió por mí y le contó que era periodista especializado en política. En ese momento se hizo en la mesa un silencio.

—Si los congresistas siguen vendiéndose a este ritmo —dijo el padre—, acabarán mandando sus propios empleos a China.

Solté una carcajada. Y todos hicieron lo mismo enseguida, con un alivio nervioso, sobre todo Seth. Me puso una mano en la rodilla por debajo de la

mesa y me la apretó. Yo no recordaba la última ocasión en que había logrado relajarme como en este momento. Su padre, encantado con la reacción que su ocurrencia había recibido, empezó a soltar opiniones sobre la corrupción en el Gobierno y la mala calidad de los materiales de construcción extranjeros, sobre el carácter poco fiable de los tipos de interés, hasta que al fin su mujer le dijo que nos estaba aburriendo y anunció que había tarta.

Me imaginé a Celia poniendo los ojos en blanco al ver que Valerie y su madre retiraban los platos y se iban a la cocina para limpiar y ordenar mientras los cuatro hombres seguíamos sentados. Pero entonces Seth se levantó a ayudar, y los tres volvimos a quedarnos solos.

—Voy a poner una copa —dijo el padre, inclinando la cabeza para que Rick y yo lo acompañásemos al cuarto de estar.

En él había una barra de superficie de cuero, con bordes de latón y un estante con espejos, delante de una pared con paneles. Unas vigas de madera oscura atravesaban el techo. Unos troncos de abedul estaban apilados en la rejilla de una chimenea elevada. En un extremo de la sala, un sofá de piel marrón y unas butacas estaban colocadas mirando a un televisor de plasma, iluminado por los fuertes colores de un partido de baloncesto que se desarrollaba en silencio.

—Rick toma *bourbon*, y creo que esta noche yo también. ¿A ti qué te apetece, Alec? —Posó la mano en la botella ambarina esperando mi respuesta, mientras la parte inferior de su pulsera de eslabones tocaba el cuero de la superficie de la barra.

—Un *bourbon* está bien —contesté.

Puso hielo en los vasos dando un golpe con la mano abierta y sirvió tres copas generosas.

—Salud —dijo, mirándome a los ojos por primera vez, solo un instante, mientras asentía levemente con la cabeza, como si me permitiera entrar un poco más en el círculo de su intimidad.

Rick hizo lo mismo cuando lo miré, y los tres hicimos chocar los vasos. Fue un gesto sencillo y masculino, esa forma de bajar levemente el mentón con la boca cerrada, ese modo de cruzar las miradas durante un instante brevísimo. Yo había ofrecido y recibido ese gesto mil veces. Era lo que quedaba, imagino, del ademán de levantarse el sombrero. Pero yo siempre lo había vivido como algo más que eso. Una renuncia a la amenaza implícita de la violencia. Una señal, entre hombres, de desarme.

—Salud —dije, mientras era consciente de lo cerca que estaban sus

cuerpos del mío; el físico robusto del padre de Seth, el pecho fuerte y las piernas gruesas de Rick.

Estos dos hombres a los que acababa de conocer me estaban brindando una aceptación sin palabras, me concedían el respeto mínimo de formar parte de su grupo. Pero solo en el más estricto de los sentidos. Para ellos, me había ganado el derecho de ser tratado como un hombre. Como participante en la competición básica entre todos los hombres.

Solo darme cuenta de eso, no tomármelo sin más como algo que suele suceder al conocer a un extraño, deshizo algo en mi interior. Un nudo en el estómago. Una preparación frente al ataque.

Intenté concentrarme en lo que decían sobre proveedores y el mercado inmobiliario, pero no podía concentrarme en las palabras. Veía cómo movían los labios y el cuerpo, cómo iban cambiando la postura y, al observarlos, comprendí con claridad y por primera vez que ese era el motivo por el que una parte de mí había acabado odiando a Michael. Su negativa a ser como otros hombres. Su negativa a competir. A vivir bajo el dominio de eso, como siempre había hecho yo, y como hacían estos hombres. Y atisbé algo que nunca me había permitido reconocer hasta entonces, es decir, que en alguna parte de mí también había odio hacia mi padre, aunque por el motivo opuesto: por sumarse al juego pero ser demasiado débil para ganarlo. Un odio que me había ocultado a mí mismo de niño pero que nunca había olvidado, y que su muerte y la pena que mi padre me inspiraba me habían impedido admitir durante tantos años.

—Aunque, en líneas generales —decía el padre de Seth—, esta vida no está mal.

Rick, asumiendo el que parecía ser su papel, se mostró de acuerdo con su suegro.

Detrás de mí oí los pasos de Seth y, al cabo de un instante, lo tenía a mi lado, mientras el círculo se ampliaba para acogerlo.

—Sethy —le dijo su padre—, cógete un vaso.

Nos rellenó las copas y le puso una a su hijo.

Mientras los cuatro levantábamos los vasos, el padre volvió a dirigirme esa rápida inclinación de cabeza. Pero esta vez yo no hice lo mismo. Devolverle el mismo gesto me parecía una respuesta demasiado nimia, y demasiado fría. Era una forma de actuar (una forma de vida) que me había llevado, sin que me diera cuenta, a despreciar a los hombres a los que amaba.

Así que pasé el brazo por el hombro de Seth y le dije a su padre:

—Me gustaría darte las gracias por recibirme en tu casa. Quiero mucho a tu hijo.

# Margaret

---

Me llama mucho la atención cómo el tiempo acaba metiéndose en los sitios. Y, por el mismo motivo, lo carentes de tiempo que pueden estar los sitios nuevos. Este techo, por ejemplo, en este dormitorio mío que baña la luz de la mañana de septiembre. Está casi desprovisto de significado. Es nuevo, como la luz del centro del techo, como la doble ventana a través de la cual pasa la luz y los armarios de listones de ambos lados, que contienen muchísimo menos de lo que tenían los de Walcott. Todo lo cual está bien, y es verdaderamente tal como debería ser.

«Después de un gran dolor, llega una sensación de lo formal...»

Esas frases que Michael llevaba encima a todas partes, en fajos de papel metidos en su bolsa de mensajero, resultaron ser peroratas, fundamentalmente, sobre los males persistentes de la esclavitud. Pero también tenía otras, sobre música y arte, y aspectos más generales de la vida. Algunas de ellas se me han quedado grabadas desde que las leí todas el invierno pasado, en los meses posteriores a su muerte. Parecían notas que nos había escrito pero que nunca nos había llegado a entregar. O que nos había transmitido de viva voz solo cuando yo ya había dejado de escuchar.

«Los nervios reposan ceremoniosos, como tumbas...»

Así fue todo una temporada: abstracto. Yo llevaba a cabo las tareas desde una gran distancia. Me veía con Veronica, la agente inmobiliaria. Ordenaba la casa para los posibles compradores que ella traía a verla. Lo más duro, lógicamente, fue revisar las cosas de Michael. Descubrir por el montón de correspondencia de sus acreedores, y por las listas manuscritas del estado de cada préstamo y de la cantidad pendiente, cómo había tratado hasta el final de gestionar sus deudas.

Alec tardó menos de un día en lograr que todas se anularan, menos las que yo también había firmado. Lo único que hizo falta fue un certificado de defunción.

Y luego estaban sus discos, en las cajas grises de leche situadas a lo largo de las paredes, en otras cajas del despacho y en el antiguo cuarto de Alec,

también por todas las esquinas del sótano: había miles. En esta nueva casa no tengo sitio para ellos, pero tampoco queríamos tirarlos, así que están en un almacén hasta que les encontremos un hogar, en el que con suerte puedan seguir juntos y ser escuchados.

En el nuevo baño, las baldosas están enlechadas con un blanco perfecto. El botiquín es un rectángulo también perfecto con un espejo que refleja las paredes de un blanco níveo. Antes utilizaba la bañera, pero ahora solo hay una ducha de cristal, en la que se quedan las gotas de agua reflejando la luz que haya en ese momento en la estancia.

—¿Estás segura de querer mudarte? —me preguntó Alec, una y otra vez.

Sí que me planteé quedarme, al menos durante cierto tiempo más, sobre todo por él. Por lo mucho que se había esforzado en que yo no perdiera la casa. Pero ya no podía vivir en esas habitaciones.

Aquí hago la compra a pie, y también paseo por el camino de piedra que rodea el embalse. Algunos vecinos me han invitado a comer. Estoy empezando a conocer a la cartera. Lo mejor de todo: Dorothy está a cinco minutos de distancia. Pocos meses después de que me trasladara, me dijo que se había hartado de los barrios residenciales y que quería estar más cerca de Boston, por los conciertos y los museos. Nos vemos al menos un par de veces por semana, cosa que no podría agradecer más.

Después de ducharme y vestirme, paso de puntillas por delante del cuarto de invitados y oigo que Celia y Paul empiezan a moverse. Paul podría haberse quedado en casa de su madre la noche antes de casarse, pero Celia y él querían estar juntos aquí. Cruzó el salón y cierro las puertas cristaleras para que Alec y Seth puedan seguir durmiendo en él, en el sofá cama.

Las magdalenas las hice ayer por la tarde, solo tengo que calentarlas en el horno, cortar la fruta en rodajas y preparar los huevos. Me ofrecí a hacer un desayuno para más gente, al menos para sus amigos Laura y Kyle, y para los padres de Paul, pero Celia me dijo que no era necesario. Cuando mi hermana llegue del hotel, los seis desayunaremos alrededor de la vieja mesa del comedor que traje, junto a casi todos los otros muebles que me cupieron. (Alec también estornuda aquí, y dice que a lo mejor no era el moho del sótano lo que lo obligaba a llevar mascarilla, al fin y al cabo, sino algo de las alfombras.)

—Te echo una mano —dice Paul mientras entra en la cocina con pantalones de chándal y una camiseta.

Coge un melón de la encimera y un cuchillo del soporte.

—No te preocupes —contesto—, ya puedo yo.

Pero ha encontrado una tabla de cortar y se pone a ello.

A pesar de las muchas Navidades que ha pasado con nosotros, apenas he hablado a solas con él; Celia o los otros siempre andaban cerca. Sí que hablamos más en los días que pasé con ellos en San Francisco en el mes de marzo. Estuvo más atento que nunca, conmigo y con Celia; preparaba la comida y organizaba excursiones. Supongo que a algunos padres les preocuparía que su hija se casara con él, teniendo en cuenta la inestabilidad económica del trabajo al que se dedica, pero eso es algo que a mí nunca ha llegado a importarme, y ahora menos aún. Me alegra que los dos hayan decidido asumir el compromiso, y también me alegra recordar lo bien que se llevaba con Michael, cómo se reía siempre con sus payasadas.

En una de esas excursiones, mientras paseábamos por la zona de Stinson Beach y Celia jugaba con el perro delante de nosotros, sin darme cuenta le solté a Paul que tenía muchísimas ganas de que al doctor Gregory, al doctor Bennet y a la doctora Greenman, y a quienes habían inventado todos esos medicamentos, los metieran en la cárcel por lo que habían hecho. Era la primera vez que se lo decía de este modo a alguien. También a mí misma. Él reaccionó con calma, me aseguró que lo entendía.

Me alarga el melón y lo meto en el cuenco junto con la manzana y los frutos del bosque.

—De verdad —insisto—, deberías ir a hacer lo que tengas que hacer, no me haces falta.

Como me ve poco, todavía se muestra solícito con la madre en proceso de duelo, con un talante que los que se encuentran más cerca ya no adoptan, ahora que casi va a hacer un año. Para ellos, la muerte de Michael ha quedado absorbida por lo cotidiano.

Oigo cómo los cuatro se mueven por la casa mientras pongo la mesa y empiezo con los huevos. Es la primera vez que están aquí todos juntos. Llevo toda la semana consultando los partes meteorológicos, cruzando los dedos, y, hasta ahora, la predicción de un día despejado se cumple.

Cuando Penny aparece al fin nos reunimos, y espero a que todos estén servidos para ponerme un poco de fruta. Cuando Alec me indica que coma más, Seth me lanza una mirada casi suplicante, como si quisiera disculparse por lo que hace mi hijo. Hasta hace pocos meses nunca le había conocido una pareja a Alec. Seth no ha dejado de mostrarse educado en ningún momento y, al igual que Paul últimamente, me habla como si corriera un peligro

inminente de venirme abajo. Parece tremendamente joven, aunque solo tiene algunos años menos que Alec. Su madre mandó una tarjeta de lo más amable por lo de Michael, cosa que, al no haberme visto nunca en persona, desde luego no tenía por qué hacer, y yo le contesté para decirle que esperaba que nos conociéramos en algún momento.

Durante muchísimo tiempo me preocupó que Alec no encontrara a nadie, teniendo en cuenta lo difícil que es ese mundo y lo constreñido que está él. A lo mejor, si hubiera gozado de la aceptación de su padre, eso lo habría tranquilizado. Yo soy únicamente su madre. Yo no puedo elegir solo una de sus cualidades, cosa que él siempre ha sabido, con lo que mi aceptación cuenta menos. Pero ahora Seth y él se han ido a vivir juntos a un apartamento nuevo, y creo que es más feliz de lo que le gustaría reconocer.

Está de lo más comprometido con su sensación de culpa. Necesita ser el culpable de la muerte de Michael. Así es como logra que su hermano no muera para él, con ese vínculo. Como si, mientras él aún tenga una confesión que hacer, Michael esté obligado a volver en algún momento para oírla. Sin esa posibilidad, solo hay un final.

Eso es lo que he descubierto: que Michael no esté no quiere decir que hayamos dejado de intentar salvarlo. La tensión es menor, pero no desaparece. Forma parte de nuestra perplejidad, una especie de actividad sin motivo, lo cual nos brinda una extraña continuidad.

Penny y yo escuchamos cómo los cuatro van hablando sobre quién va a venir esta tarde, sobre la música de la ceremonia y sus planes de salir con los amigos que todavía no se hayan marchado mañana por la noche. Mi boda fue más formal, lógicamente. Mi madre redactó y mandó las invitaciones, casi todas ellas dirigidas a amigos de mis padres. La cena también formal celebrada con una semana de antelación para que los padres de John conocieran a los míos. Pruebas con la modista, una reunión con el sacerdote, el ensayo en la iglesia. John tuvo paciencia con todo aquello, y le tensaron menos que a mí las exigencias de los trajes y la producción. Pero nada de eso hace falta hoy, y tampoco tendría sentido para Celia.

Cuando llegan las furgonetas, todos ayudan a descargar las cosas en el pequeño jardín trasero que comparto con el apartamento del otro lado del edificio. Afortunadamente, a la pareja que vive en él no les interesa mucho la jardinería y les alegró enterarse de que a mí sí. Hasta ahora solo ha habido una época de crecimiento, pero he quitado unas cuantas cosas y plantado otras cuantas. Me gustaría que fuera más grande, sobre todo hoy. Me ofrecí a

pagar una celebración mayor, pero Celia dijo que no, que esto estaba bien, solo la familia y unos pocos amigos íntimos, nada de tirarse un año con planes y gastos. Al menos me ha dejado que le compre el vestido, que le llega a la rodilla, es de seda azul celeste, tiene cuello y puños blancos, y unos zapatos conjuntados.

Y las flores... Me permitieron que me ocupara yo de ellas; Penny me ayuda a colocarlas en una mesa, junto a la valla posterior, y a lo largo de las cuatro cortas filas de sillas plegables. Yo debería tener algo más que hacer aparte de esto, pero parece que ellos ya lo han pensado todo.

Sobre el mediodía aparece Caleigh con unos altavoces alquilados y un equipo de música, que pone en el pequeño porche acristalado situado delante de la cocina. La ayudan Ben y Christine, con quien me ha supuesto todo un consuelo estar en contacto este año. Caleigh no ha querido que le pague el billete desde Chicago, donde vive ahora, aunque supongo que tampoco hay ningún motivo por el que yo debiera haberlo hecho, al margen de lo mucho que me alegré cuando Celia me dijo que la había invitado y que iba a venir. Tiene prácticamente el aspecto de siempre, elegante y delgada, y su timidez no ha cambiado. Me ha dicho que se va a quedar en casa unos cuantos días, para que podamos ir al trastero y revisar algunos de los discos de Michael (ella los conoce mejor que ninguno de nosotros). He apartado todos los papeles en los que aparecía el nombre de Caleigh y también un montón de los folletos del tema de las reparaciones, para que se los quede. Sonríe nerviosa mientras le presento a los otros invitados y estos se congregan en el jardín.

En la única concesión a la tradición, a Paul no le dejan entrar en mi dormitorio mientras Celia se viste y se peina. Me esfuerzo todo lo posible por ayudar, le abotono el vestido por detrás, le cierro el broche del collar, cosas que no le he hecho desde que era niña.

Tiene treinta y seis años, mi hija. A su edad, yo ya había sido madre de los tres. Ya corrían por el jardín de Samoset. No es que quiera eso para ella, ni siquiera es que desee tener nietos, necesariamente, aunque todas mis amigas ya son abuelas. Solo quiero que sea feliz.

—¿Los pendientes pegan? —me pregunta.

Son unos pequeños colgantes de cristal azul suspendidos en un hilo de plata, y le digo que quedan perfectos con el vestido.

No me mira a mí, sino a sí misma en el espejo.

—Si tu padre estuviera, él sabría qué decir. Estoy segura de que yo debería decirte algo en un día como este. Debería haber dicho un montón de

cosas a lo largo de los años.

Ella me dirige la mirada y luego la vuelve a centrar en el espejo.

—Seguramente hay cosas que podrías haber dicho —reconoce.

Aunque nunca se maquilla, hoy ha decidido ponerse un lápiz de labios claro, cosa que hace con lentitud y precisión, antes de darse unos toquecitos en la boca con un pañuelo.

—¿Sabes lo que odiaba? —pregunta—. Los calcetines en Navidad. No los odiaba, pero me molestaban. Y el calendario de Adviento. Esos pequeños rituales, por muy mayores que fuésemos ya. Parecía que evitabas la realidad, que te dedicabas a ser ingenua.

—Seguro que lo era, pero...

—Mamá, escucha: ya no lo pienso. Veo a muchas mujeres y a sus parejas o maridos, gente con hijos. Se están viniendo abajo, por el dinero, la salud mental, sea lo que sea, y no saben qué hacer. Están desesperados. Tú tratabas de que nuestro mundo no se desmoronase. De que todo siguiera igual. Ahora lo entiendo.

—Es increíble cómo cuidas a todas esas personas. No sé cómo lo haces.

—Tú nos cuidaste a nosotros. Lo hiciste lo mejor que pudiste.

La abrazo para no echarme a llorar.

—Bueno, Paul es muy afortunado. Eso lo tengo muy claro —le dije.

Ella deja que la abrace.

—A veces te envidio —me dice desde atrás—, por lo del tiempo y todas esas fechas de las que te acuerdas, que disfrutes de todo eso, de esos detallitos. Eso también me parecía una ingenuidad. Pero tienes suerte. Está bien que puedas disfrutarlos.

Antes de que pueda procesar lo que ha dicho, se abre la puerta, entra Alec tan tranquilo y nos medio echa de delante del espejo para ponerse bien la corbata.

—Las muchedumbres se han congregado —anuncia—. Os esperan con suma expectación.

No sé qué tiene de graciosa la situación, aunque ese es el tipo de frase que habría soltado Michael para burlarse del momento. Y eso, quizá más que cualquier otra cosa, es lo que me hace reír, lo que les saca una sonrisa a los dos; después ellos también se echan a reír, sin ningún motivo, por lo visto.

Al cabo de poco tiempo me tengo que secar los ojos de lo mucho que me estoy riendo, y les digo:

—Venga, vamos, que tenemos que estar serios.

—¿Por qué? —pregunta Alec.

El servicio en sí es breve. Llevo a Celia al altar por el estrecho pasillo. Dos de sus amigos leen poemas breves. Kyle les va diciendo los votos que tienen que repetir. Al final, todos aplauden y los recién casados indican a los invitados que se dirijan a una mesa larga en la que se han dispuesto copas de champán. El mantel blanco brilla bajo el pleno sol. La luz refulge en el vino mientras lo sirven. Ben, Laura y Caleigh se cercioran de que a nadie le falte una copa. Al cabo de un rato, Alec da unos golpecitos en la suya, las conversaciones cesan y pronuncia un discurso para su hermana del que el padre de ambos habría estado muy orgulloso.

Hace mucho calor y la gente empieza a sudar, a los invitados les brilla la frente mientras charlan y ríen, mientras se divierten en esa tarde preciosa. Y aunque sé que no debería fijarme en el pasado, que debería participar en el momento, no puedo evitar que todo esto (el jardín con las bebidas, y el sol, y la gente de tan buen humor) me recuerde el día en que fui a la casa de Slaidburn Street, al lado de King's Road, donde se celebraba una fiesta a la que me llevó una amiga, y cómo atravesamos un pasillo de techo bajo y llegamos a aquel jardincillo cuadrado del fondo, donde vi a John por primera vez, con sus pantalones de raya diplomática y en mangas de camisa, detrás de la mesa del comedor que habían sacado al césped y cubierto con lo que parecía ser una sábana doblada. Estaba preparando unos *gin tonics*, y, después de hacerme uno, rodeó la mesa para tomarse el suyo conmigo. Para iniciar nuestra primera conversación. Con tanta educación y tanto cariño.

Es un día que no recuerdo con tristeza, sino maravillada por todo lo que sucedió a continuación.

Título original: *Imagine Me Gone*

Edición en formato digital: 2017

Copyright © 2016 by Adam Haslett

© de la traducción: Ismael Attrache Sánchez, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.), Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9104-698-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)